

PRENECROLOGIA DEL FRANQUISMO

cuadernos de

**ruedo
ibérico**

segunda época



46

48

julio-diciembre 1975



cuadernos de

ruedo ibérico

**Revista bimestral
Segunda época**

Redactor-jefe
JOSE MARTINEZ

Directeur Gérant de la publication :
FRANÇOIS MASPERO

© Editions Ruedo ibérico
Tous droits de reproduction et de traduction
réservés pour tous pays.

Administration, diffusion et ventes :
6, rue de Latran, 75005 Paris.
Téléphone : 325.56.49
C.C.P. Paris 16.586-34

Imprimerie S.E.G., Châtillon-sous-Bagneux

46
—
número
48

I Teoría y práctica del movimiento revolucionario

Aulo Casamayor: <i>Los presupuestos de la táctica leninista de la «lucha por la democracia»</i>	17
Maurice Brinton: <i>Lo irracional en política</i>	47
Clara Zetkin: <i>Recuerdos de Lenin</i>	75

II. Historia y presente

<i>El Comienzo: La «liberación» de Lora del Río (1936)</i>	81
<i>¿El fin?: Las últimas horas de un revolucionario: Txiki (1975)</i>	95
Pablo Harri: <i>Crónicas prenecrológicas de un régimen:</i> 1. Dictadura de excepción; 2. Ofensiva de clase; 3. «Fusil contra fusil»	97
Anónimo andaluz: <i>El óbito</i>	157
Juan Goytisolo: <i>Reinar después de morir. In memoriam F.F.B. 1892-1975</i>	159
Angel Bernal: <i>Crónica breve de una agonía macabra</i>	165
José Angel Valente: <i>Corona fúnebre</i>	169
F. Garrido: <i>Intramuros: la muerte de Franco</i>	171
J.M.A.: <i>¿Quién amnistiara al amnistiador?</i>	187
Antonio Sala y Eduardo Durán: <i>Esperando a los capitanes</i>	189
J.M.A.: <i>Los políticos católicos y la convergencia erótica</i>	199
José Martínez: <i>Del atentado contra Ruedo ibérico y de otros atentados</i>	201
Francisco Carrasquer: <i>Nuevo rumbo de «Cuadernos de Ruedo ibérico»</i>	213
Felipe Orero: <i>Carta abierta a «Cuadernos de Ruedo ibérico»</i>	217

« Cuadernos de Ruedo ibérico » se propone a constituir en todas partes colectivos de trabajo y de reflexión, fundidos en la práctica de la clase obrera, no aislados de ella por estructuras políticas y sindicales rígidas cuando no verticales, y aspira a ser el vehículo de relación entre ellos y su órgano de expresión. Varios de esos colectivos funcionan ya.

Léanse las proposiciones de Francisco Carrasquer y Felipe Orero a este respecto en las páginas 213 y 217 de este fascículo.

Cuadernos de Ruedo ibérico

**6, rue de Latran, 75005 Paris
Teléfono 325 56-49
CCP 16586-34 Paris**

Precio de venta : cuaderno ordinario a partir del número 43 : 10 F ; cuaderno ordinario a partir del número 36 : 9 F ; cuaderno ordinario del número 7 al 35 : 7 F ; colección completa (números 1 al 42): 450 F. La suscripción a **Cuadernos de Ruedo ibérico** da derecho al 20 % de descuento en la compra de libros pertenecientes a nuestro fondo o al de aquellas editoriales en venta en nuestra librería.

Condiciones de suscripción :

**6 cuadernos
ordinarios**

Francia
Otros países (correo ordinario)
América (correo aéreo)
América latina (correo certificado)
Número simple

57 F
65 F
115 F
85 F
10 F

España contemporánea

CESAR M. LORENZO

Los anarquistas españoles y el poder

420 páginas

39 F

MAX GALLO

Historia de la España franquista

564 páginas

77 ilustraciones

48 F

JACQUES GEORGEL

El franquismo

Historia y balance : 1939-1969

332 páginas

36 F

JOSE PEIRATS

La CNT en la revolución española

Tomo 1 404 páginas

94 ilustraciones

39 F

Tomo 2 372 páginas

29 ilustraciones

36 F

Tomo 3 364 páginas

17 ilustraciones

33 F

JON AMSDEN

Convenios colectivos y lucha de clases en España

192 páginas

30 F

ORTZI

Historia de Euskadi : el nacionalismo vasco y ETA

448 páginas

60 F

IAN GIBSON

La muerte de Federico García Lorca. La represión nacionalista en Granada en 1936

(Segunda edición revisada y corregida.)

33 F

MICHAEL ALPERT

El ejército republicano durante la guerra civil

en prensa

Ruedo ibérico

A. Sáez Alba

La otra "cosa nostra"

La Asociación Católica Nacional de Propagandistas

Aportación fundamental para el conocimiento de la naturaleza y del papel político de la derecha católica en la España contemporánea. Libro polémico y, sin embargo, de una riqueza de datos y anécdotas difícilmente superable. Documento fundamental del anticentrismo y la antirreconciliación.

Prólogo del editor: Introducción a la ACNP. La ACNP y las derechas católicas españolas antes de la segunda República. La ACNP, la segunda República y la guerra civil. Los propagandistas y la construcción del nuevo Estado en los años cuarenta. El fracaso del Estado nacionalcatólico (1956-1965). La preparación del posfranquismo.

Introducción. De los orígenes al franquismo. Incondicionales a Franco. Por los secretos claustros de la ACNP. La religiosidad acenepista. Ideología y práctica política. El humanismo acenepista. ACNP, Promotora Nacional de Altos Cargos. Al asalto de la información. La apertura: ¿Conversión o adaptación? Apéndices: Cronología del caso de *El correo de Andalucía*. Índice biográfico.

Cuadernos de Ruedo ibérico : El franquismo sin Franco y la oposición democrática ●●● Maurice Brinton : Lo irracional en política ●● Aulo Casamayor : Los presupuestos de la táctica leninista de la « lucha por la democracia » ●●● La « liberación » de Lora del Río ●● Las últimas horas de Txiki ●● Pablo Harri: Crónicas pre-necrológicas de un régimen: 1. Dictadura de excepción; 2. Ofensiva de clase; 3. Fusil contra fusil ●● Juan Goytisolo: Reinar después de morir ● In memoriam F. F. B. 1892-1975 ●● Angel Bernal : Crónica breve de una agonía macabra ●● F. Garrido: Intramuros: la muerte de Franco ● José Martínez: Del atentado contra Ruedo ibérico y de otros atentados

El franquismo sin Franco y la oposición democrática

«El poder, por su propia naturaleza, puede decidir su propio destino y no está obligado a entablar una vasta confrontación de ideas de donde podrían desprenderse las líneas de fuerza de un consenso cuyo lugar, en rigor, puede ocupar la defensa de los intereses establecidos y de las posiciones adquiridas»¹.

La «oposición política antifranquista»² no esperaba que el general Franco, saludable anciano, falleciera de repente, sin previo aviso, a la temprana edad de 83 años. La oposición política antifranquista no tuvo tiempo para asentar los supuestos materiales de una alternativa de gobierno democrático, aunque esa teórica alternativa constituyese desde siempre su objetivo declarado. No tuvo tiempo aunque para ello dispuso de treinta y cinco años. A nadie debe, pues, extrañar la ausencia de la oposición política antifranquista del proceso sucesorio del dictador.

La parsimoniosa, quebrada y zigzagueante marcha hacia la democracia de la oposición política invita hoy a afirmar que erró el camino, que erró siempre el camino. La parcelación de los objetivos en cada uno de sus momentos históricos, la escisión entre fines y medios, la confusión entre táctica y estrategia que fueran la característica fundamental de la práctica política de la oposición política, justificada sempiternamente en nombre de la razón y de la eficacia, se ha saldado por un fracaso total, precisamente en el momento en que ella situaba sus posibilidades óptimas de intervención en el hacer político de la sociedad dominada por el Estado franquista: la desaparición del dictador. Se ha saldado, también, por una acentuación de la dicotomía entre la red de sus maniobras «políticas» y el hacer *político* —permanente, cotidiano— de las clases y grupos oprimidos por aquel Estado.

Se ha saldado, por añadidura, con la desmovilización en el momento decisivo de buena parte de los oprimidos, al empujar a éstos a un atentismo sin justificación real.

Las maniobras de la oposición política echaban ancla y han contribuido a anclar a las clases y grupos oprimidos en «verdades» políticas remedos de aquella («Ganemos primero la guerra y ya haremos después la revolución») ya lejana, de tan negativas consecuencias. «Acabemos con Franco que ya habrá tiempo después para atacar al Estado franquista y al

1. Claude Julien : «Derrotisme?», *Le Monde Diplomatique*, diciembre de 1975.

2. Comprendemos en este término aquellos grupos definibles como democristianos y socialdemócratas y al Partido Comunista, en lo esencial formando parte hoy de la Junta y de la Convergencia democráticas. En lo sucesivo, oposición política y oposición democrática.

sistema capitalista dominante». «Ganemos la batalla en el terreno de la política y ya se modificarán después la ideología y las instituciones que sostienen al sistema». «Acometamos primero las reformas democrático burguesas y se plantearán después las socialistas». Coletilla expleativa de algunas de las fracciones de la oposición política el segundo miembro de esas frases. Es decir: más débiles que el enemigo en armamento «clásico», luchemos contra él limitándonos al empleo de semejante armamento.

Pocas han sido las organizaciones del conjunto de la oposición política que no han estado inmersas en ese planteamiento, enraizado en los grupos de pretendida vocación socialista en el análisis «leninista», que en los últimos tiempos ha alcanzado extremos de mala caricatura.

Si hubo un tiempo en que la consecución de libertades formales aparecía ligada a reformas de base, mejor o peor planteadas, dirigidas a recortar el poder de los grandes terratenientes y de la oligarquía financiera, si hubo un tiempo en que no se concebía que fuera posible alcanzar un objetivo como el que constituye la «amnistía» sin exigir responsabilidades a verdugos y opresores, sin alterar las bases del funcionamiento de los cuerpos represivos, hoy la oposición política antifranquista, convertida por la muerte del dictador en «oposición democrática», ya no habla de reformas agrarias, de nacionalización de bancos e industrias de base, ni de exigencia de responsabilidades a los implicados en la represión bajo el franquismo. Residuos obsoletos del pasado que todavía duermen en los programas de algunos de esos grupos en espera de su deshauccio total. Pidamos, roguemos sólo, amnistía y libertades formales, y pidámoslas al Estado cuya razón de ser es precisamente negarlas y satisfacer su demanda con productos adulterados. Objetivos desencarnados de tal suerte, en nombre del realismo y de la eficacia, que se han convertido en utópicos, pues nada más utópico hay que pretender modificar un resultado sin alterar los factores que intervienen en el cálculo. Aquí emerge la antinomia entre los objetivos políticos confesados, arrojados como pasto a las tropas que se pretende reclutar, y los objetivos políticos perseguidos en realidad.

La oposición política tomó como punto de referencia de sus maniobras la persona del dictador. Este y su Estado constituían una unidad indivisible que se derrumbaría totalmente a la desaparición de aquél. La hipótesis de que el Estado franquista sobreviviera a la muerte del dictador que lo encarnaba era eliminada automáticamente por la visión que de tal Estado imponían los objetivos políticos perseguidos. De esa visión llegaron a contagiar a fracciones del propio conglomerado en el poder. ¿Qué otro sentido tiene el empeño en prolongar la vida de Franco cuando su incapacidad para gobernar era ya manifiesta ante la opinión pública? ¿Pero qué otras causas puede tener el escaso poder, el escaso esfuerzo, incluso, movilizador de la oposición política a lo largo de la intermitente y lenta agonía (año y medio) del general Franco?

Definirse en función de un talismán era no sólo cómodo sino imprescin-

dible para una oposición política que intenta pactar con las fuerzas sociales que sirven de base al régimen, al Estado franquista, ofreciendo a éstas colaboración para la creación *ex nihilo* de una nueva legalidad de la cual no verse excluida. Ciertamente es que sólo en el estricto marco de la negociación con los representantes políticos —legítimos o espúreos— de aquellas fuerzas, pueden los diversos fragmentos de la oposición política seguir pretendiendo al monopolio de la representación de los oprimidos, al monopolio del papel que se arrojan de trujimanes entre éstos y los dominadores. En sí misma, esta estrategia —o táctica— elimina toda posibilidad de vacío político, de solución de continuidad: la por ellos mismos tan cacareada «ruptura democrática».

Si como proclamaban insistentemente los órganos de expresión de la oposición política, el general Franco monopolizaba el poder, ejercía una dictadura omnímoda en contra, incluso, de los intereses profundos de la mayor parte de la burguesía, ¿qué ha pasado con ese poder absoluto una vez muerto el dictador? ¿Dónde se ha manifestado el «vacío de poder» que ineluctablemente iba a crear la desaparición del general Franco, y que se ofrecían a colmar generosamente Juntas y Convergencias democráticas? ¿Qué avatar o qué carencia ha empujado a los representantes políticos de la clase dominante a compartir el gobierno con las fuerzas «democráticas» para salvar el Estado, su Estado, como proponía la Junta Democrática en su documento programático constitucional? Los representantes políticos de la clase dominante no se han visto obligados a llenar vacío alguno, porque la desaparición del general Franco no dejó vacío político. Los representantes de la clase dominante y sus agentes (aparato represivo en el más amplio sentido) han seguido instalados en el terreno que les era propio, el Estado franquista, que se mantiene intacto, «atado y bien atado», muerto el dictador, el hombre «carismático, insustituible» que lo cimentó. Intacto e irreformable por su propia naturaleza. La expectación que precedió al nombramiento del primer gobierno de Juan Carlos de Borbón (enésimo gobierno franquista), las cábalas en torno a su posible composición, a su «dosificación», no tenían justificación alguna, y abandonarse a ilusiones fundadas sobre tales bases hubiera sido suicida para cualquier oposición auténtica. La composición del segundo gobierno de Arias —las personalidades cuentan poco en este caso y el abanico disponible de las mismas sumamente amplio— es la única que podía secretar el Estado dejado en pie por la muerte de Franco. El gobierno de Arias es el exponente prístino de quien detenta el poder en la sociedad española. Y su programa, despojado de ajados oropeles, es en esencia —«apertura continuista»— el mismo del último gobierno de Carrero, el mismo del primer gobierno de Arias, el mismo de la conjunción Fraga-Opus Dei de 1962, el mismo del gobierno «monocolor» de 1969.

Un primer ministro irremediabilmente vinculado al pasado, al presente y al porvenir, en consecuencia, del conjunto del aparato represivo franquista; una vicepresidencia, pero no un ministerio de Defensa nacional,

a la burocracia militar; una vicepresidencia y los ministerios económicos, pero no la presidencia, a la oligarquía financiera, grupo hegemónico de la clase dominante; la Justicia y los Asuntos exteriores para los más caracterizados representantes del capitalismo estadounidense; para la burocracia represiva administrativa, la vicepresidencia puntera, la de la propia «apertura». La militancia acenepista de varios ministros garantiza el *statu quo* entre el Estado y la jerarquía católica, que con sus declaraciones de «neutralidad política» confirma el cardenal Enrique y Tarancón.

Ni siquiera quedan recortadas las prerrogativas de la burocracia falangista en tanto que tal, pues —masa burocrática— ésta está dispuesta a pagar cualquier precio «ideológico» para seguir incrustada en el aparato del Estado. Y para facilitar su adaptación, en los límites que puede exigirle el Estado franquista, dispone de los hombres que exige la coyuntura.

La estructura del Estado franquista hace de él un búnker de cara a la sociedad, de cara a las clases y grupos oprimidos. Pero hace de él igualmente, al mismo tiempo, un espacio pautado suficiente para impedir las veleidades centrífugas que pudieran animar a algunos de sus moradores, un espacio pautado que impone la negociación entre ellos. El poder, arbitrario y arbitrador, que detentaba el general Franco, se diluye ahora entre las piezas esenciales de su Estado: el rey (que no nombra materialmente primer ministro), el jefe de gobierno (que no designa en realidad sus ministros), el Consejo Nacional (que propone y veta), las Cortes (que no legislan), la burocracia represiva (administrativa, judicial, militar, policiaca, sindical...), base demográfica del Estado, y el complejo legal dejado a su disposición, de imposible modificación sin romper sus líneas esenciales. La negociación, el juego entre esas piezas sólo puede abocar, en ausencia de una presión política eficaz de la sociedad sobre su conjunto, a desenlaces que favorezcan a la clase dominante también en su conjunto.

Desaparecida la superestructura dictatorial —no como resultado de un proceso revolucionario, ni meramente político, sino por sus propios determinismos biológicos—, el carácter autoritario del régimen franquista se mantiene intacto, despojándose de parte de su vulnerabilidad. El «antifranquismo» puede ser diluido en un movimiento fácilmente manipulable por las fuerzas políticas más auténticamente burguesas, cuando de ello tengan necesidad, lo que todavía no es el caso. El antifranquismo a secas empieza ya a ser tolerado³.

3. La revista *Cambio 16* puede decir ya, sin que la secuestren, que el franquismo ha sido un régimen de poder personal: «Dios Santo —dice uno de sus editoriales—, ¿por qué no nos dejarán llamarlo dictadura?» Y van y les dejan. Dentro de poco se dirá que el franquismo ha sido una dictadura, no de clase, sino de una clique, de una camarilla. Después se atribuirán a Franco, solo, las matanzas del franquismo: ni Fraga se enteró de lo de Grimaud, Granado y Delgado, ni Arias de lo de Málaga, de lo de Puig Antich, de lo de Txiki, de lo de Otaegui, Baena, García

Disipado el espejismo del catastrófico «vacío de poder» que debió crear la muerte del dictador, ¿en qué aguas va a nadar la oposición democrática, hacia qué puerto poner rumbo? Numerosos son ya los *mass media* en que hoy confluyen las exposiciones de proyectos de futuro político de quienes ocupan el Estado franquista y de quienes pretenden invadirlo —para mejorarlo, para adaptarlo, para reformarlo, para destruirlo... A juzgar por las declaraciones que consienten, por las colaboraciones que procuran a tales *mass media*, los más conspicuos representantes de la oposición democrática —González y Tierno Galván, Ruiz Giménez y Gil Robles, Sánchez Montero y Camacho— hay un acuerdo, una convergencia como ahora se dice, entre las diversas componentes de tal oposición. Hay que ir, vamos ya, de la dictadura personal a un sistema democrático más o menos parecido a los que rigen en Europa occidental, «sin saltos en el vacío» —si hubo un tiempo en que se hizo la oferta de llenar el «vacío», ahora se abandona toda tentación de crearlo. Ya somos europeos y casi norteamericanos. Pero, ¿en qué país europeo es posible una tercera restauración monárquica y la expectativa de una cuarta? La ambigüedad del gobierno de Juan Carlos de Borbón, porque así lo quiere la oposición democrática, actúa como válvula de seguridad del régimen. Sus ministros alternan públicamente con líderes de la oposición y los desplazamientos de algunos de ellos son facilitados porque brindan a sus correligionarios europeos el pretexto hipócrita que éstos necesitan para levantar el entredicho que todavía pesa sobre el Estado español. Además de sus propios embajadores ante los Estados europeos, el Estado franquista dispone en tales líderes de embajadores ante las fuerzas políticas que gobiernan aquéllos. Porque la permisividad manifiesta un declive caracterizado. Instrumentalizar la oposición en provecho de los fines que se asigna el gobierno actual. Durar, en la medida de lo posible sin concesión legal alguna. La maniobra, por burda que sea, adquiere credibilidad por la reacción que provoca en el conjunto de la oposición democrática.

«El paso en falso de Fraga lo espera todo el mundo y sería engañarle ayudarle a creer que está en condiciones de dar pasos en firme. Cuando se dice: el país pide esto o aquello, no sé muy bien si se dice algo con sentido. Se suele hablar de «el país» para enmascarar entidades más pequeñas: uno mismo, un grupo de amigos, una secta, un partido. Pero creo que en la España actual sí se puede emplear la expresión «el país pide soluciones firmes y no medio kilo más de provisionalidades», esa tonelada de provisionalidad que se está acumulando como una inútil

Sanz, Sánchez Bravo; ni Areilza, su primer alcalde franquista, intervino en absoluto en la «liberación» de Bilbao. Llamar a Franco «dictador» a estas alturas tiene menos incidencia que decir que el ciudadano Juan Carlos de Borbón es rey por gracia de ese dictador.

y posiblemente dramática ganga desde la promulgación de la Ley orgánica. Durante años hemos visto legislar y sancionar para no perder el pasado, perdiendo ley a ley el futuro, mixtificando sanción a sanción el presente. Desaparecida buena parte de la hipoteca de la excepcionalidad, ¿quién está en condiciones de acabar con el resto de la hipoteca? Autoimposibilitado para apoyarse en las fuerzas realmente democráticas, hostigado por los que no han sabido ni siquiera falsificar la democracia, progresivamente odiado por los que temen cualquier nivel o brizna de democracia contaminadora, el desafío Fraga puede ser un sainete, pero también una tragedia. Como espectáculo merece la pena, si no corriéramos el riesgo de que el espectáculo se nos cayera encima⁴»

Profético quizá.

La oposición democrática cerró los ojos ante los componentes ideológicos incrustados durante treinta y cinco años de franquismo, ante el desarme informativo, ante las consecuencias de la desorganización, ante el medio que engendraron las matanzas de los diez primeros años de franquismo y la permanente represión mantenida hasta nuestros días⁵. Para maniobrar en el terreno que cree recibir prestado del Estado franquista, la oposición democrática omite en sus esquemas que la madurez o inmadurez política no es una situación ajena a las políticas que se proponen, a las posibilidades y obstáculos que se manifiestan ante los pueblos en cada coyuntura histórica. Angustiadamente aceleradas desde mediados de 1974, las maniobras políticas de la oposición democrática han tenido un exclusivo carácter preelectoral, concretado en dos alianzas inoperantes: la Junta Democrática y la Convergencia Democrática. Y haciendo suya la explicación oficial, confunde sus efectos en los oprimidos con la madurez política. Sólo esto, la incapacitaba para canalizar políticamente la energía liberada en ciertas zonas de la sociedad por la desaparición del dictador.

Europa occidental, ese el objetivo común declarado.

En sí misma, la referencia a Europa occidental es elocuente. Y no menos elocuente que esa referencia sirva también de norte declarado al actual equipo de Arias. La referencia a Europa occidental es consustancial con la «vocación de poder» (alternativa gubernamental) de las tres principales componentes de la oposición democrática española (democracia cristiana, socialdemocracia, Partido Comunista) en el contexto internacional en que se halla situada, ya sea tal referencia dictada por los propios objetivos de la componente (democracia cristiana y socialdemocracia), ya sea aceptada como única vía abierta a la «vocación de poder» Partido Comunista.

Es decir, que la democracia a la que en realidad aspiran esas compo-

4. M. Vázquez Montalbán, *Triunfo*, nº 677, 17 enero 1976.

5. Léase a este respecto en este mismo fascículo el ensayo de M. Brinton: «Lo irracional en política», p. 47. Y, sobre todo, léase el testimonio de J. Goytisolo: «In memoriam F.F.B. 1892-1975», p. 159.

nentes, la democracia a la que debemos ir, a la que vamos ya, es la «democracia» que permite la inserción, querida o aceptada, en el contexto occidental, lo cual no es necesariamente una democracia de tipo occidental de corte clásico, democracia de la que se alejan cada día más Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia y Estados Unidos.

«Sin salto en el vacío», la democracia de tipo europeo occidental hacia la que hay que ir, hacia la que vamos, según la oposición democrática, sólo es posible por magnánima concesión del Estado franquista. El ideal occidental de éste y aquélla es la Europa que se enfrenta con los pobres del mundo, la Europa de la NATO, de la alianza militar presidida por un general cómplice de Nixon en Vietnam, en Chile, en Watergate; la Europa de las jurisdicciones de excepción —la cadencia y la discriminación en el recurso a éstas es punto secundario—; la Europa liberal, socialcristiana o socialdemócrata avanzada, cada vez más represiva; la Europa vasalla de Estados Unidos, del capitalismo multinacional.

¿Hunden en este hecho sus raíces la estrategia y la táctica de cada una de las componentes de la oposición democrática española? El proyecto de la oposición coincide en líneas generales con el de las fuerzas políticas que ocupan hoy el Estado franquista. Esta circunstancia, en lógica formal, fundaría la posibilidad de entendimiento entre los representantes políticos declarados de la clase dominante española, los representantes tácitos de la misma y quienes se pretenden genuinos representantes políticos de las clases y grupos oprimidos, para administrar juntos el Estado y para juntos darle una organización remozada. Empero, la evolución constante de los sistemas políticos occidentales hacia un mayor autoritarismo, la actual coyuntura de crisis del sistema capitalista y la relación de fuerzas sociales (no políticas) cada vez más desfavorable en España a la clase dominante, hacen que la necesidad de democracia que para la sociedad española sienten los Estados de occidente sea de fácil satisfacción y, para contentarla, se bastan las fuerzas políticas que unidas monopolizan el Estado franquista. Y a esa satisfacción se encaminan, que no a otra cosa.

La necesidad de la incorporación de España a Europa, unida a la imposibilidad de que el Estado franquista sea aceptado por ésta, ha sido la línea maestra de la estrategia de la oposición democrática. ¿Que posición pública adoptará la socialdemocracia española tras la misión de Areilza ante la República Federal Alemana? ¿Gritará ¡traición! como gritó Indalecio Prieto en otra coyuntura no tan diferente? ¿Quién puede dudar tras las declaraciones formuladas por el Consejo de ministros de Negocios extranjeros de los «nueve» de que el dique mantenido a duras penas por la oposición democrática para impedir el acceso de España a la Europa democrática se está derrumbando antes de que se agriete el Estado franquista?

No es que aquí desdeñemos esas briznas de democracia formal, si es que de democracia formal se trata (*habeas corpus*, libertad de expresión y asociación, sufragio universal) y no de meras apariencias de demo-

cracia formal. Pero nos sentimos en el deber de señalar su carácter integrador, de denunciar sus efectos desmovilizadores si el proceso de «apertura» va avalado —tácita o expresamente— por grupos tradicionalmente antifranquistas, tradicionalmente democráticos, tradicionalmente definidos como revolucionarios; hemos de gritar que la consecución de esas briznas de democracia no sólo no precisa el apoyo, la aquiescencia o la neutralidad de tales grupos. Afirmamos rotundamente que el proceso de «apertura» se vería acelerado por la impugnación clara de parte de esos grupos.

En manos de sus monopolizadores, el Estado franquista puede adoptar la apariencia de la «democracia brasileña»: una limitada «liberalización», con asociaciones, partidos y elecciones marginados de la designación del jefe del Estado, del primer ministro, del gobierno, de los gobernadores civiles, de los capitanes generales; una «liberalización» filtrada, aplicada por un aparato administrativo y represivo heredado del franquismo y mantenido cuidadosamente intacto; una «liberalización» combinada con la prohibición de los grupos y partidos «extremistas», con la represión sangrienta, con la tortura, más o menos civilizada, más o menos a cargo directo de policías o parapolicías, para quienes de verdad se opongan a esa «democracia», a esa «liberalización», a esa «apertura». «Apertura» en la que a la seudo adhesión carismática suceda la seudo participación, y al mito del caudillo nacional el mito del monarca árbitro. Para esa andadura, las fuerzas que monopolizan el Estado franquista no precisan ni siquiera del apoyo de la oposición democrática: les basta la complicidad que supone el mero prestarse al juego que es afirmar hoy la «vocación de poder», de manifestarse portadores de una alternativa gubernamental. Las fracciones más pesimistas del franquismo pueden descansar tranquilas. Cánovas convenció a Sagasta de la necesidad del caciquismo. Fraga —el Fraga de turno— puede convencer en el momento querido a buena parte de la oposición democrática de la necesidad de aceptar su «democracia occidental moderna». La vocación profunda de la socialdemocracia europea es ser el ala izquierda del capitalismo multinacional, del imperialismo económico y político estadounidense. Las inquietudes que inspiran a los demócratas sinceros, incluso a las alas «izquierdas» de los partidos socialistas europeos, las relaciones entre Kissinger y ciertos líderes socialdemócratas están plenamente justificadas.

Pero aunque el protagonismo socialdemócrata es necesario hoy en Alemania y Gran Bretaña y quizá lo sea mañana en Francia, la socialdemocracia española (PSOE, PSP o Confederación socialista) sólo puede aspirar a ser insignificante fuerza de apoyo, o a mantenerse en una larga oposición hasta que la clase dominante se vea obligada por la presión social a confiarle el protagonismo político. Ambas tendencias se manifiestan, con mayor o menor intensidad, en cada una de las facciones en que se dividen hoy todos los grupos de la socialdemocracia española. La piedra de toque es la distinta posición respecto al PCE.

Grande es la tentación en las componentes socialcristiana y socialdemócrata de sacrificar el PCE al entendimiento con las fuerzas políticas franquistas, a marginar al rival comunista de la vida pública española. La propia Junta Democrática nació sietemesina en un esfuerzo desesperado de cortar en seco uno de esos momentos de tentación.

A un partido revolucionario le importaría muy secundariamente obtener el reconocimiento legal gracias a su amalgama con grupos políticos que ya hoy debiera combatir. No es éste el caso del PCE. Todos sus esfuerzos, todas sus maniobras, van dirigidos exclusivamente a obtener el reconocimiento de socialcristianos y socialdemócratas y a través de ello —ya que no puede sin ello— alcanzar personalidad legal.

Los resultados obtenidos en este plano por el PCE son magros, como lo han sido también hasta ahora los esfuerzos de las otras dos grandes componentes de la oposición democrática para participar en la ocupación del Estado franquista. Fijos sus ojos en los pasos de baile de Areilza, de Arias, de Fraga, y en los sobresaltos que provocan en los vecinos de oposición, pocas esperanzas caben de que la estrategia-táctica de esos grupos cambie —más allá del verbalismo— en el próximo futuro. La manipulación de numerosos «líderes» de la oposición democrática por los servicios de las grandes potencias capitalistas ahogará en querellas internas la voluntad de construir una política autónoma, sincera en otros.

Los vaivenes, desde el maximalismo más teórico hasta el minimalismo más insignificante, siguen el ritmo de los avatares de las negociaciones entre bastidores. No pueden ser tomados en serio por las fuerzas franquistas ni son capaces de movilizar, en profundidad ni a medio o largo plazo, a los sectores dominados de la sociedad española: clases, grupos, naciones. Las dos familias fundamentales de la oposición democrática y sus dos confederaciones se instalan *sine die* en el posibilismo. La frustración que para ellas ha significado la constitución del segundo gobierno de Arias y la práctica de éste durante los dos primeros meses de su existencia, empuja a la Junta a pasar de la reivindicación de un gobierno «democrático» para salvar el Estado, a declarar a éste irreformable, sin mucha convicción y tardíamente. No atacar con credibilidad la fórmula monárquica ha sido en el terreno de los hechos aceptar la monarquía de Juan Carlos de Borbón, la monarquía franquista, aunque contra ésta fuesen dirigidos los ataques públicos de la oposición democrática. «Sobre todo, que no haya ataques a las personas» (reales, se entiende), exigía un líder socialdemócrata al discutir la posición frente a la monarquía que debía expresar el documento conjunto firmado por la Convergencia y la Junta democráticas el 30 de octubre de 1975, descubriendo la ambigüedad intrínseca de un ataque contra la monarquía franquista formulado a partir de una oposición aparentemente antimonárquica. Veremos, empero, que, perdida toda posibilidad de ser aceptada en las maniobras de las fuerzas políticas franquistas, la oposición democrática enarbolará —ambigua y tardíamente— la bandera republicana.

El acento puesto año y medio después de su constitución sobre la necesidad de multiplicar los movimientos de masas —tardía y ambiguamente, incluso en sus formas más acusadas (Carrillo y Camacho)—, ha coincidido con la exacerbación de los movimientos populares a todo nivel que amenazan con poner en entredicho de manera flagrante las pretensiones de dirección de las burocracias y de las clientelas políticas. Ni siquiera la amnistía escapa al sino de carta a jugar en una partida de tramposos. ¿Qué credibilidad puede tener el carácter maximalista de esa insoslayable exigencia democrática, que sólo a los terroristas, a los violentos (anarquistas, FRAP, ETA), puede ya alcanzar, cuando se la formula en un contexto de condena explícita, reiterada, de la violencia del oprimido, cuando no de la sórdida calumnia contra los sujetos de esa violencia, de la violencia «venga de donde venga»? ¿Qué sentido hay que atribuir a la sordina (de significación pareja a la puesta por unos y otros a la ejecución del almirante Carrero) en torno a los Consejos de guerra pendientes (Eva Forest, Wilson, Esquerra, etc.), en una coyuntura que sería aprovechada por cualquier oposición auténtica para exigir, no la mera libertad de esos encarcelados, sino la urgente vista de las causas?

Equiparar la violencia de los oprimidos con la violencia de los opresores, entendiendo por tal únicamente la de los «guerrilleros de Cristo Rey», la de ATE o la de otras organizaciones parapoliciales, constituye una burla hacia los oprimidos. Pues mientras esa violencia es una parte ínfima de la que el Estado franquista ejerce cotidianamente, las acciones de los oprimidos que se condenan constituyen toda la violencia de éstos, y generalmente es el único medio de acción contra una «legalidad» hostil y violenta. Pero es también un error táctico, error si se cree en la sinceridad oposicional y democrática de quienes formulan tal condena, al brindar a Fraga la oportunidad de lavar la cara del Estado franquista, condenando moralmente, y no suprimiendo, la violencia de las parapolicías⁶. Condenar la violencia «venga de donde venga» es más que error táctico, porque en la práctica es abandonar al Estado el establecimiento impune de los límites de lo que es violencia, incluso de la suya propia. Porque si difícil es determinar dónde acaba la lucha pacífica y dónde empieza la acción violenta cuando de los dominados se trata (¿es violencia o no responder en una manifestación a las cargas de las fuerzas del orden? ¿Es violencia o no resistir a la policía invasora en una huelga con ocupación de locales de trabajo?), más difícil es desde aquel presupuesto determinar qué es violencia o no es violencia en la práctica cotidiana del Estado, de sus fuerzas represivas. Y con harta frecuencia

6. Sobre el origen de los sujetos de esa violencia, remitimos al lector a las páginas 97-156 del presente cuaderno (Pablo Harri: «Crónicas prenecrológicas de un régimen»), y al libro *Euskadi: el último estado de excepción de Franco* (Ruedo ibérico, París, 1975). La eficacia, o la sinceridad, de la condena formulada por el vicepresidente ministro de la gobernación, la pone de manifiesto la circunstancia de que los actos de terrorismo de este tipo han proseguido en los límites del Estado español y fuera de él.

para revelar el carácter violento de la acción de las fuerzas del orden el único método es oponerse violentamente a tal acción. Una clase social oprimida no puede renunciar a ninguna de las armas de lucha que le ofrece una situación. ¿Quién puede honradamente pretender en la coyuntura política española que la violencia revolucionaria está reñida con las acciones de masas?

Una oposición, no ya revolucionaria sino sinceramente democrática en el sentido jacobino de la palabra, hubiera dirigido sus esfuerzos a articular su quehacer político con los movimientos de masa, a supeditarlos a éstos y no a supeditarlos a las exigencias de negociaciones y conspiraciones con las fuerzas políticas franquistas, como ha procedido la oposición democrática española. Al obrar así, ésta ha reforzado la magra credibilidad a que como democratizadores podían aspirar hombres como Areilza, Arias, Fraga o Garrigues. Al obrar así ha desmovilizado a amplios sectores del pueblo español, propensos a esperar la limosna democrática del Estado franquista y no a conquistar la democracia con su victoria de cada día. No sólo no se ha propiciado tal articulación, sino que cuando la iniciativa popular ha puesto de manifiesto luminosamente su necesidad y su posibilidad, socialcristianos, socialdemócratas y comunistas se han esforzado con éxito en sabotear el impulso, en torcer el rumbo del incipiente torrente popular. Las posiciones adoptadas por la Junta Democrática, por el PCE, por el PNV en ocasión de la huelga general reivindicando la libertad de los presos políticos lo prueban. El práctico abandono de los presos vascos en su huelga de hambre de septiembre de 1975 lo prueba de manera todavía más lamentable. La justificación de esa práctica política apelando a referencias tales como la eficacia, la fatiga del pueblo, su rechazo de la violencia, de la guerra civil, del «salto en el vacío», carecen de fundamento. A lo largo de 1974 y 1975, mientras las dos confederaciones de la oposición democrática no conseguían movilizar al pueblo español con la convocatoria a tímidas jornadas de lucha, boicots de mercados y de transportes públicos u otras acciones «cívicas» por el estilo —al parecer hasta ahí podía ir únicamente el acuerdo entre sus componentes—, en Euskadi, donde la lucha está dirigida por una oposición anticapitalista y antiestatal, han tenido lugar verdaderas huelgas generales; el movimiento obrero ha demostrado una agresividad digna de mejores causas en todo el ámbito del Estado; en Cataluña se ha logrado la unidad política en torno a un postulado aparentemente moderado (la reivindicación incuestionable del Estatuto de 1932), pero radicalmente inasimilable por el Estado, franquista y monárquico. La tregua entre el pueblo vasco y el Estado español que José María de Leizaola pretende que existe hoy en Euskadi, y afirma que debe ser respetada para no poner obstáculos a la evolución aperturista anunciada por el régimen franquista, puede, quizá, abocar a resultados que contenten a las fuerzas que representa el PNV, pero no satisfará las exigencias legítimas del conjunto del pueblo vasco. Detener la acción en espera de la institucionalización por el Estado franquista de Cataluña, fórmula hueca,

empleada estos días por Manuel Fraga en Barcelona, y que puede ser llenada con una lejana legislación que, tras una apariencia de autonomía administrativa, salve el carácter esencialmente centralista del Estado franquista, puede colmar a la burguesía catalana más timorata. Pero reivindicar el Estatuto de 1932 es reivindicar la transferencia de las fuerzas de orden público a la Generalitat, es reivindicar el sufragio universal para todos los pueblos del Estado, es reivindicar el Tribunal de garantías constitucionales, puntos concretos éstos incompatibles con la naturaleza del Estado español actual, por mucho que se «reformen», y supone no cejar en la lucha hasta que tal Estado se desmorone y sea reemplazado por un Estado democrático.

El descalabro sufrido por las esperanzas de la oposición democrática traerá consigo la ruptura de su precaria y dual unidad. Esa unidad apuntaba al *bon plaisir* de las fuerzas políticas hegemónicas del franquismo. La resistencia opuesta por éstas a la buena voluntad de aquélla toca a muerto por la Junta y la Convergencia democráticas. El gobierno de hoy puede quebrar a golpes de «apertura» las formaciones unitarias de la oposición democrática que tanto había costado conseguir.

«¿Se dirá que es derrotismo? Quizá. Pero el modo más seguro de precipitarse a la derrota sigue siendo ocultarse la realidad. No basta con luchar para triunfar. Como ha recordado un libro reciente, la resistencia, en Francia, no impidió la restauración. Y en ese terreno nunca han existido Pirineos⁷.»

Una parte de las fuerzas que hoy integran esos conglomerados está abocada —al ritmo de los altibajos inherentes en la maniobra «aperturista»— a ser asimilada por el sistema. Otra, incapaz por definición de franquear ciertas barreras, o rechazada, repudiada por la propia dinámica de la maniobra «aperturista», se verá empujada hacia posiciones más radicales —ambigua y tardíamente—, acercándose, aunque sea sólo transitoriamente, para conseguir un mayor poder negociador, a fuerzas sociales y políticas auténticamente revolucionarias, fuerzas hasta hoy al margen de las alianzas «democráticas», no por no serlo, sino por su carácter alógeno respecto de un comportamiento político que no acercaba a la democracia, a la libertad ni al socialismo.

Sin tapujo alguno, el descalabro revela que incluso para conseguir la satisfacción de sus mezquinos intereses las burocracias y la clientelas políticas socialcristianas, socialdemócratas y comunistas, han de sacrificarlos en lo inmediato y, al menos en lo inmediato, ponerse al servicio del pueblo en general y no poner éste al servicio de un éxito imposible. Esta afirmación es cínica. Pero así debe ser por estar dirigida a unas burocracias y clientelas de práctica fundamentalmente cínica. Y ese talante cínico debe ser tenido siempre presente por las fuerzas sociales y políticas revolucionarias, porque en el hacer político cotidiano ambas

7. Claude Julien, *art. cit.*

vertientes, la «democrática» y la revolucionaria, estarán obligadas por motivaciones distintas, contrapuestas, incluso, a articular formas de acción común. Esta articulación, por transitoria que deba ser, ha de estar fundada en bases claras, horras de toda ambigüedad, siquiera sea porque las fuerzas revolucionarias pagan cara con frecuencia la ambigüedad de sus aliados «democráticos». Ni siquiera conformándose a los análisis «leninistas» puede un grupo revolucionario anudar una alianza fundada en un pacto de gobierno con tales fuerzas. La articulación de la unidad de acción debe limitarse al alcance de un objetivo concreto, perfectamente delimitado, destinado a abrir el camino hacia los propios objetivos globales, pero sin hipotecar éstos ni expresa ni tácitamente, ni gracias al subterfugio de cláusulas huecas o ambiguas. Al lado de la reivindicación parcial deben afirmarse siempre las reivindicaciones globales. Las alianzas deben ser hechas para hacer y no para renunciar a hacer. La revolución no puede construirse sobre el engaño de propios ni extraños. Al enemigo político, al enemigo de clase hay que exigirle lo que no puede conceder sin dejar de ser, y no rogarle que ceda las defensas avanzadas que está dispuesto a abandonar en una retirada estratégica. Para los dominados exigir lo imposible es siempre el camino más corto para conseguir aquello que, según las normas de los dominantes, es posible en cada momento. Y en ese posible es donde chupan su savia los grupos opositoristas «democráticos» penetrados de la «vocación de poder», penetrados de la voluntad profunda de salvar el sistema que pretenden combatir, tendiendo la mano al explotador y encaramándose en los hombros de los explotados⁸.

Cuadernos de Ruedo ibérico

8. Por habernos llegado tardíamente, nos vemos obligados a publicar en nuestro número 50-51 el ensayo de Felipe Orero: «Ayer, hoy, mañana ya», en el que se desarrollan muchas de las sumarias afirmaciones a que nos ha costreñido este editorial.

I

Teoría y práctica del movimiento revolucionario

Los presupuestos de la táctica leninista de la «lucha por la democracia»

I. Introducción

«La publicación del libro de Lenin *Dos tácticas de la socialdemocracia* constituyó un hecho notable en la vida del Partido. En este libro, escrito en junio y julio de 1905, se fundamentan teóricamente, en todos sus aspectos, los acuerdos del III Congreso del Partido Obrero Social Demócrata Ruso (POSDR), así como el plan estratégico y la línea táctica del Partido en la revolución. Por vez primera en la historia del marxismo, Lenin elaboró el problema de las peculiaridades de la revolución democrático-burguesa en la época del imperialismo, así como el de sus fuerzas motrices y sus perspectivas»¹.

Pero esta elaboración de Lenin no es sólo un documento histórico. Su interés se ha visto renovado constantemente porque las posiciones por él sintetizadas en su trabajo constituyen un modelo sobre el que se inspiran las políticas que orientan la actuación, no sólo de muchos partidos comunistas, sino también de otras organizaciones de la izquierda.

La toma del poder político por los bolcheviques, que les hizo ganar autoridad entre los revolucionarios, y el liderazgo ejercido durante tanto tiempo por la URSS sobre el movimiento comunista internacional, contribuyeron a la generalización en el espacio y en el tiempo de esta «línea» de actuación política. Por otra parte, la proliferación de gobiernos dictatoriales en países con un capitalismo poco desarrollado, unida a la aparición de regímenes fascistas en países industrializados, empujaron a la izquierda a hacer suyos los objetivos democráticos que tiempo atrás había defendido la burguesía: la consecución de ciertas libertades políticas que habían inspirado la lucha de la burguesía contra el Antiguo Régimen, pasó a ocupar ahora un lugar importante en los programas de la izquierda.

En las páginas que siguen no se pretende discutir los éxitos o fracasos que para el movimiento revolucionario supuso la aplicación de los principios contenidos en las *Dos tácticas de la socialdemocracia* a la Rusia de principios de siglo. Este tema se tocará sólo cuando sirva de ayuda para discutir los presupuestos teóricos e ideológicos que subyacen en estos planteamientos y los problemas que conlleva su posterior aplicación a contextos diferentes. El objeto de este trabajo es poner en discusión toda una serie de presupuestos en los que se basa la posición de Lenin y sus derivaciones posteriores.

1. Prefacio del Instituto de Marxismo-Leninismo del Comité central del PCUS a la edición de las

Obras escogidas (OE) de Lenin, Moscú, 1960, I, p. 12.

I. El recurso a los padres en la justificación de la « etapa democrática »

La idea central del planteamiento leninista enunciado en las *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* consiste en afirmar la necesidad y la conveniencia, de que una «etapa» de lucha «democrática» —en la que el proletariado se une a la burguesía en la defensa de la democracia burguesa— precediera a la «etapa» de lucha abiertamente anticapitalista que desembocaría, con la derrota de la burguesía, en la revolución socialista.

Al buscar los orígenes de estos planteamientos leninistas que han dominado durante largo tiempo en el movimiento comunista internacional, se puede acudir a la obra de Marx. Ello obedece al hecho de que —como se analiza más adelante— efectivamente dichos planteamientos reposan sobre ciertas nociones sobre el progreso y la evolución de los sistemas sociales en la Historia, contenidas en la obra de Marx. Pero también el carácter doctrinario que tomó el marxismo oficial² ha obligado a fundar toda elaboración ortodoxa posterior en «lo que Marx había dicho».

En el caso de las *Dos tácticas de la socialdemocracia*, Lenin intenta dar una mayor autoridad a sus argumentos apuntalándolos con citas de Marx que se refieren a sus posiciones políticas en relación con contextos muy diferentes.

Para mostrar que Marx fue el primero en formular la teoría de las «etapas» por las que transcurren los procesos revolucionarios y en recomendar a los comunistas una táctica política de unión con la burguesía en una primera «etapa» de lucha por objetivos democráticos, se suele acudir a sus escritos políticos que precedieron a la revolución alemana de 1848.

En una primera «etapa» —señala Marx en el *Manifiesto*— «los proletarios no combaten contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, es decir contra los vestigios de la monarquía absoluta, los propietarios territoriales, los burgueses no industriales y los pequeños burgueses³».

Esta afirmación no esconde, a nuestro juicio, ninguna recomendación política. Únicamente se encarga de constatar el hecho de que en las primeras revoluciones burguesas el proletariado incipiente era incapaz de desarrollar una acción política propia, mientras que la burguesía estaba llamada a constituir la clase ideológica y políticamente hegemónica. Esta constatación del pasado aún guardaba gran actualidad en la época del *Manifiesto comunista*. La escasa importancia numérica y la falta de conciencia política del proletariado —clase en la que Marx cifra sus esperanzas revolucionarias— empujaban a Marx y Engels a creer que en esos momentos aquél no podía jugar más que un papel subordinado y veían con buenos ojos una táctica transitoria de alianzas con la burguesía. Aparece así el círculo en el que se han debatido numerosas veces las orga-

2. La consideración del «marxismo-leninismo» como «una gran doctrina, completa y armónica» encabeza el prefacio a la primera edición del *Manual de marxismo-leninismo* del Instituto de Marxismo-Le-

ninismo del PCUS, Progreso, Moscú, 1964.

3. Carlos Marx y Federico Engels: *Obras escogidas en dos tomos*, I, Progreso, Moscú, 1966, p. 27.

nizaciones de la izquierda: su poca fuerza las empuja a la renuncia, a corto plazo, de la aplicación de una táctica política autónoma, estableciendo pactos con sectores de la derecha que les obligan a subordinar su acción política inmediata a objetivos que les vienen marcados desde fuera. Esto, a su vez, hipoteca sus posibilidades de desarrollo futuro con vistas a imponer una transformación revolucionaria de la sociedad que tendría lógicamente que basarse en unos objetivos autónomos, pues ello les exigiría previamente una afirmación de su propia autonomía mediante la práctica diaria de una política independiente.

Las referencias de Marx y Engels a cuestiones de táctica política se hacen más prolizas al tratar la situación que precedió a la revolución alemana de 1848. En los artículos por ellos publicados en 1847 se llega a la conclusión de que la burguesía alemana se ha fortalecido considerablemente y es, sin discusión, la fuerza hegemónica en la lucha contra el absolutismo, mientras que «el pueblo, el partido democrático, no puede desempeñar más que un papel subordinado»⁴. Esto explica parcialmente su posición táctica que sintetizan al final de 1847 en el *Manifiesto del partido comunista*: «En Alemania el Partido Comunista lucha de acuerdo con la burguesía en tanto que ésta actúa revolucionariamente contra la monarquía absoluta, la propiedad territorial feudal y la pequeña burguesía reaccionaria».⁵

Pero no es sólo la debilidad política de los comunistas lo que inducía a Marx y Engels a aconsejar el pacto interclasista en aquellos momentos. Esgrimían argumentos económicos y políticos que les hacían pensar que el triunfo de la revolución democrática burguesa en Alemania sería altamente positivo para los objetivos últimos del proletariado. El argumento económico de base —sobre el que volveremos más adelante— consistía en considerar como progresivo el desarrollo del capitalismo, aduciendo que, a la larga, el sistema llevaba dentro de sí su propia negación y que el desarrollo de las fuerzas productivas acabaría por chocar con su envoltura capitalista, provocando la crisis revolucionaria del sistema. Este planteamiento —que ha llevado hacia el reformismo a algunas corrientes del marxismo— explica que se considerara progresiva la revolución burguesa por el simple hecho de eliminar las trabas que el Antiguo Régimen ejercía sobre el desarrollo del capitalismo.⁶

Pero a esta idealización del carácter progresivo del desarrollo de las fuerzas productivas se añade un argumento político basado en la mistificación de la democracia burguesa que lleva a Marx y Engels a considerar que «la revolución burguesa alemana no podrá ser sino el preludio inmediato de una revolución proletaria»⁷. Esta idea de que el triunfo de la revolución burguesa podía conducir con rapidez al comunismo, se basa en la creencia de que cuando en un país el proletariado adquiere cierta importancia, la república y el sufragio universal son incompatibles con el mantenimiento del capitalismo. Como ocurre en algunos otros casos, también aquí Engels es más simplista y tajante en

4. Cfr. F. Claudín: *Marx, Engels y la revolución de 1848*, Siglo XXI, Madrid, 1975. p. 35.

5. OE, I, p. 50.

6. Entre otras cosas, al considerar progresivo *per se*

cualquier desarrollo de las fuerzas productivas, el «marxismo» quedó atrapado dentro de la ideología burguesa.

7. OE, I. *El Manifiesto*, p. 50.

sus afirmaciones que Marx. «La consecuencia necesaria —afirma Engels en 1847— de la democracia en todos los países civilizados es la dominación política del proletariado y la dominación política del proletariado es la condición primera de todas las realizaciones comunistas».⁸

La revolución —dice también Engels—⁹ «establecerá, ante todo, un régimen democrático y, por lo tanto, directa o indirectamente, la dominación política del proletariado. Directamente en Inglaterra, donde los proletarios constituyen ya la mayoría del pueblo. Indirectamente en Francia y en Alemania, donde la mayoría del pueblo no consta únicamente de proletarios, sino, además, de pequeños campesinos y de pequeños burgueses de la ciudad, que se encuentran sólo en la fase de la transformación en proletariado y que, en lo tocante a la satisfacción de sus intereses políticos, dependen cada vez más del proletariado, por cuya razón han de adherirse pronto a las reivindicaciones de éste».

Esta interpretación se encuentra mediatizada por la concepción de los ideólogos de la burguesía según la cual el sufragio universal permitiría a los ciudadanos expresar realmente mediante el voto una «voluntad general» (Locke, Rousseau) acorde con sus intereses mayoritarios. Sin embargo, la larga experiencia existente sobre el funcionamiento de las democracias burguesas evidencia su carácter formal y muestra que el sufragio universal y el juego de los partidos políticos en los parlamentos ha contribuido a perpetuar el sistema en los países capitalistas más desarrollados, ocupando estérilmente buena parte de las energías de la izquierda.

Hoy se observa que los argumentos económicos y políticos en que Marx y Engels basaban la oportunidad de la colaboración táctica de los comunistas con la burguesía, adolecían de un marcado mecanicismo, que hizo que fueran refutados por los hechos. Pero esto hubiera ocurrido a más largo plazo. De forma más inmediata hubo otro hecho que no se *ajustó a las previsiones* de Marx y Engels: ni siquiera la revolución burguesa llega hasta el final en la Alemania de 1848. Fue escaso el ardor revolucionario de la burguesía, que quedó muy por debajo del papel que Marx y Engels le habían asignado en 1847 como clase hegemónica en la lucha contra el absolutismo.

Marx describe con prosa exhuberante el papel conciliador de la burguesía alemana en la revolución de 1848 en un artículo que publicó el 15 de diciembre de ese año en la *Nueva Gaceta del Rin*: «La burguesía prusiana no era, como la burguesía francesa de 1789, la clase que representa a toda la sociedad moderna frente a los representantes de la vieja sociedad: la monarquía y la nobleza. Había descendido a la categoría de un estamento tan opuesto a la corona como al pueblo, pretendiendo enfrentarse con ambos e indecisa frente a cada uno de sus adversarios por separado, pues siempre los había visto delante o detrás de sí misma; inclinada desde el primer instante a traicionar al pueblo y a pactar un compromiso con los representantes coronados de la vieja sociedad, pues ella misma pertenecía ya a la vieja sociedad; no representaba los intereses de una nueva

8. *Deutsche Zeitung*, 12-9-47, citado por Fernando Claudín: *Op. cit.*, p. 38.

9. Engels: *Principios del comunismo*, Progreso, Moscú, 1972, p. 80.

sociedad, sino unos intereses renovados dentro de una sociedad caduca; colocada en el timón de la revolución, no porque la siguiese el pueblo, sino porque el pueblo la empujaba ante sí; era un estrato del viejo Estado que no había podido aflorar por sus propias fuerzas, sino que había sido arrojado a la superficie del nuevo Estado por la fuerza de un terremoto; sin fe en sí misma y sin fe en el pueblo, gruñendo contra los de arriba y temblando ante los de abajo, egoista frente a ambos y consciente de su egoísmo, revolucionaria frente a los conservadores y conservadora frente a los revolucionarios, recelosa de sus propios lemas, frases en lugar de ideas, empavorecida ante la tempestad mundial y explotándola en provecho propio, sin energía en ningún sentido y plagiando en todo, vulgar por carecer de originalidad y original en su vulgaridad, regateando con sus propios deseos, sin iniciativa, sin vocación histórica mundial, un viejo maldito que está condenado a dirigir y a desviar en su propio interés senil los primeros impulsos juveniles de un pueblo robusto; sin ojos, sin orejas, sin dientes, una ruina completa: tal era la burguesía prusiana cuando, después de marzo, se encontró al timón del Estado prusiano»¹⁰.

Esta «traición» de la burguesía a los ideales democráticos se hace cada vez más frecuente a medida que aquélla consigue participar en el poder político, pasando a adoptar posiciones autoritarias e incluso fascistas cuando trata de defender el poder adquirido. Pues si la burguesía se mostró más radical en sus proclamas democráticas en las revoluciones que tuvieron lugar en 1648 y 1789 en Inglaterra y en Francia fue porque necesitaba ganarse el apoyo popular para conquistar el poder político. Lo cual es difícilmente repetible cuando el predominio mundial del capitalismo y su extensión y afianzamiento hacen que la ideología y las relaciones de producción capitalista se extiendan y afiancen en los países en los que estén menos desarrolladas, sin necesidad de apoyos populares ni revoluciones democráticas. Es más, el hecho de que los regímenes políticos dictatoriales puedan resultar más eficaces a estos efectos, empuja a la burguesía de esos países hacia posiciones claramente autoritarias.

Para concluir este apartado cabe apuntar que el decaimiento en el empuje revolucionario y democrático de la burguesía a medida que aumenta su participación en el poder político pone en entredicho la posibilidad del pacto democrático que Marx y Engels propugnaban en la Alemania de 1848. Pues en el *Manifiesto* se indica que este pacto con la burguesía se sostenía «en tanto que ésta actúa revolucionariamente».

III. La justificación de la « etapa » democrática en Lenin

Así como Marx y Engels dedicaron la mayor parte de su obra a problemas teóricos generales y prestaron escasa atención a problemas de táctica política, Lenin hace lo contrario, contribuyendo, entre otras cosas, a hacer una elaboración más detallada sobre la teoría de las «etapas» en la marcha de las revo-

10. C. Marx: OE, I, p. 54.

luciones y sobre la táctica política a seguir en cada momento.

En su obra *Dos tácticas de la socialdemocracia* se expone y justifica la táctica a seguir por los comunistas en la «etapa» democrática de la revolución rusa. Cabe destacar que correspondió a Lenin el haber hecho usuales en el campo de la política los términos —ya utilizados por Engels en ese terreno— de «táctica» y «estrategia» procedentes de los tratados militares. Lo cual está en correspondencia con su concepción del partido como organización muy centralizada y disciplinada, que guarda un estrecho paralelismo con los ejércitos, como el mismo Lenin ha explicitado:

«Todos los miembros del comité de fábrica deben considerarse agentes del Comité [central], hallándose obligados a obedecer todas sus directrices, a observar todas las «leyes y costumbres» de ese «ejército en combate» en el que se han alistado y al que no pueden abandonar sin autorización del capitán»¹. Este tipo de organización autoritaria y disciplinada está en correspondencia con la pretensión de hacer viable el establecimiento de una táctica política que está en contradicción con los objetivos últimos de los revolucionarios, o el practicar virajes tan bruscos en la táctica política como los que Lenin pondrá en el curso de la revolución rusa.

Esta contradicción entre los medios y los fines aparece inequívocamente planteada al proponerse el pacto con la burguesía en la «etapa» democrática a pesar de que tanto los objetivos últimos de los comunistas como los intereses más directos e inmediatos del proletariado eran anticapitalistas. Veamos cuáles son los argumentos con los que se justifica esta operación táctica.

En primer lugar, Lenin apela a «las tesis elementales del marxismo, relativas a la inevitabilidad del desarrollo del capitalismo sobre el terreno de la producción mercantil. El marxismo enseña que una sociedad fundada en la producción de mercancías y que tiene establecido el cambio con las naciones capitalistas civilizadas [...] al llegar a un cierto grado de desarrollo se coloca inevitablemente ella misma en la senda del capitalismo»². Esta idea de la «inevitabilidad» del desarrollo del capitalismo en Rusia hacía que según Lenin «los marxistas (estuvieran) absolutamente convencidos del carácter burgués de la revolución rusa»³, revolución que se supone «garantizaría el desarrollo más amplio, más libre y más rápido del capitalismo»⁴. Lo cual, unido a la creencia de que «la clase obrera está *absolutamente interesada* en el desarrollo más vasto, más libre y más rápido del capitalismo»⁵ lleva obligadamente a la conclusión de que «es una idea reaccionaria buscar la salvación de la clase obrera en algo que no sea el mayor desarrollo del capitalismo».⁶

Conviene discutir las dos premisas que conducen a tan sorprendente conclusión. Marx mantuvo la tesis de que el advenimiento de la nueva sociedad co-

1. Citado por E.H. Carr: *La revolución bolchevique*, 1, p. 49.

2. Lenin: OE, p. 526-527.

3. *Ibid.*, p. 526. Lenin puntualiza que «la revolución burguesa es una revolución que no va más allá

del marco del régimen económico-social burgués, esto es, capitalista» (*Ibid.*, p. 527).

4. *Ibid.*, p. 528.

5. *Ibid.*, p. 528.

6. *Ibid.*, p. 528.

munista sólo podría tener lugar cuando el capitalismo hubiera alcanzado ya una cierta madurez. Esto no sólo se basaba en su idea de que las contradicciones inherentes al sistema se agudizarían con su desarrollo, acabando por producir la ruptura revolucionaria del mismo. Marx pensaba también que la nueva sociedad comunista sólo podría construirse cuando las contradicciones originadas en un capitalismo avanzado crearan la conciencia clara de lo que debía ser la nueva sociedad y cuando el desarrollo de las fuerzas productivas generado por el capitalismo facilitara este paso. Lo cual, con ciertas matizaciones⁷, podría ser válido como interpretación general.

Pero lo que no resulta justificado es la pretensión de Lenin de que el camino hacia el socialismo tenga que pasar inevitablemente por una «etapa» de democracia burguesa en la que el capitalismo alcance en cada caso un grado de desarrollo muy considerable. Por una parte, hoy se conoce la imposibilidad material de que todos los países del globo sigan por la senda trazada por los países industrializados y alcancen unos niveles de desarrollo (de consumo de materias primas, de energía, de poluciones) próximos a los de los países industrializados de hoy.

Por otra, está el hecho de que las metrópolis capitalistas han conseguido paliar sus propias contradicciones a base de proyectarlas sobre los países del tercer mundo. Lo que ha creado en ellos situaciones más explosivas, al juntarse problemas tan primarios como el de la agravación de la subsistencia alimenticia con otros generados por la creciente esquilmación de materias primas y de las riquezas naturales para abastecer las cada vez mayores exigencias de los países industrializados.

Por ello, mientras se puedan seguir ampliando las fuentes externas de generación de plusvalía (con el consiguiente abaratamiento relativo de materias primas y de mano de obra de los países dependientes) se conseguirá retrasar el recrudecimiento de las contradicciones en los países industrializados. Sólo el reciente encarecimiento relativo del petróleo y de las otras materias primas ha mostrado un giro contrario en esta situación. Pero hasta ahora la dimensión planetaria del capitalismo ha hecho que su desarrollo se tradujera más en la agravación de las contradicciones de los países de capitalismo dependiente, que en la creación de una situación revolucionaria en los países más industrializados.

¿En qué se traducen los beneficios que Lenin atribuye al desarrollo capitalista para el proletariado? Tal vez en que este desarrollo ha puesto al alcance de la clase obrera de los países industrializados las baratijas de la mal llamada sociedad de consumo, pero no en que se haya aproximado la revolución en estos países en los que el sistema gozó de mayor estabilidad que el capitalismo incipiente de los países del tercer mundo. No existe el automatismo en que el desarrollo del capitalismo lleve consigo la agudización de las contradicciones *en el país en el que se ha producido* y que conduzca a la revolución y al paso a la nueva sociedad en ese país. La dimensión planetaria del capitalismo implica una

7. Véase «La mitificación del trabajo y del desarrollo de las fuerzas productivas» *CRI*, 41-43.

mayor expoliación de los países dependientes y la agudización de las contradicciones en estos países.

Sin embargo, la justificación leninista de la «etapa» democrática adolece de un claro mecanicismo que no encaja con la evolución posterior de los hechos: «El desarrollo económico de Rusia (condición objetiva) y el grado de conciencia y de organización de las grandes masas del proletariado (condición subjetiva, indisolublemente ligada a la objetiva) hacen imposible la absoluta liberación inmediata de la clase obrera», señalaba Lenin⁸. Se pretende hacer creer que era necesario un desarrollo previo del capitalismo en Rusia para que fuera posible organizar y movilizar en ese país a «las grandes masas del proletariado» en la lucha por el socialismo. «Sólo la gente más ignorante —continúa Lenin, apuntalando sus argumentos con la violencia verbal— puede no tomar en consideración el carácter burgués de la revolución democrática que se está desarrollando; sólo los optimistas más cándidos pueden olvidar cuán poco conocen aún las masas obreras los fines del socialismo y los procedimientos para realizarlo».

Estas afirmaciones no dejan de ser paradójicas cuando una revolución socialista tuvo lugar en Rusia sólo unos meses después de la llamada revolución «democrático-burguesa». La tesis de la «inevitabilidad» del desarrollo capitalista que Lenin —lo mismo que los bolcheviques— intentaba aplicar a la Rusia de principios de siglo (postulando que este desarrollo acentuaría en ese país la lucha de clases y pondría al orden del día la revolución socialista que entonces era prematuro plantear) está en franca contradicción con la historia posterior del movimiento revolucionario: las revoluciones tuvieron lugar en países en los que el capitalismo estaba poco desarrollado; mientras que en los países que consiguieron «despegar», aunque fuera tardíamente, por la vía del desarrollo industrial, se desarrollaron asimismo mecanismos integradores que dieron una mayor estabilidad al sistema. Negar hoy la posibilidad de que en los países de capitalismo poco desarrollado pueda tener lugar una revolución socialista equivale casi a negar la posibilidad de que ésta tenga lugar, pues en esos países es donde hoy tiene más posibilidades de éxito. Y aunque no cuenten con un aparato productivo muy desarrollado, pueden aprovechar la experiencia de los países industrializados para trazar una estrategia de desarrollo autónoma, en la que no esté todo supeditado al aumento de la producción (como ocurre en el capitalismo). En la que tanto la tecnología como la organización de la producción se adaptan a las exigencias impuestas por la construcción de la nueva sociedad más igualitaria, descentralizada y respetuosa del medio natural y no sea una mera copia de las que se han desarrollado bajo el capitalismo.

Hay que señalar también que el campo de aplicación de la idea de la inevitabilidad de la «etapa» democrática y de la necesidad de que la revolución burguesa preceda a la socialista, se ha visto ampliado considerablemente por el desarrollo dogmático y doctrinario que siguió el marxismo ortodoxo, quedando anclado en los análisis históricos que Marx hizo sobre el desarrollo del capi-

8. *Dos tácticas*, OE, p. 510.

talismo antes de la aparición de los fascismos en países industrializados. En aquella época la forma en la que la extensión y el afianzamiento del capitalismo se habían producido en los países en los que este sistema estaba más desarrollado, apoyaba la idea de que la revolución burguesa era la condición necesaria para que su implantación fuera amplia y efectiva. La revolución inglesa de 1648 y la francesa de 1789 ilustraban sobradamente esta idea en la época de Marx. En estos casos la burguesía tuvo que contar con el apoyo del pueblo para derrocar al Antiguo Régimen. Para ello tuvo que enarbolar inicialmente la bandera de la libertad y la democracia aunque más tarde, cuando llegó a controlar el poder político y adaptar a su medida el Estado, traicionara estos principios cuya aplicación efectiva le hubiera impedido ejercer la dominación a la que aspiraba.

El desarrollo numérico del proletariado, su organización independiente y el cariz anticapitalista de sus objetivos revolucionarios, hicieron que la burguesía tuviera cada vez más recelo de apoyarse en esta clase para emprender una lucha decidida contra el Antiguo Régimen. Sus fundados temores de que una vez desencadenado el proceso revolucionario perdiera el control del mismo, empujaron a la burguesía a volver la espalda al proletariado y a pactar con los representantes del Antiguo Régimen. La revolución alemana de 1848 ilustra ya con claridad esta actitud de una burguesía deseosa no de destruir sino de compartir la antigua fortaleza del Estado y de adaptarla a sus intereses.

A partir de ese momento se han multiplicado los ejemplos históricos de revoluciones burguesas abortadas o inconclusas y se ha visto cómo el capitalismo se abría camino y se afianzaba sin necesidad de cortes radicales ni rupturas revolucionarias. Se ha visto cómo el desarrollo del capitalismo minaba las instituciones del Antiguo Régimen que paulatinamente se iban modificando y adaptando a las nuevas exigencias y cómo la ideología burguesa se imponía sobre ciertas culturas milenarias. Se ha visto cómo la aristocracia pasaba a un lugar importante en el mundo de los negocios y cómo la gran burguesía se ennoblecía —bien por matrimonio o por la concesión de nuevos títulos nobiliarios— estrechándose los lazos entre ambas dentro del sistema capitalista y acentuando un interés mutuo en su mantenimiento. La implantación de la propiedad burguesa de la tierra, del libre comercio de mercancías o de la libertad de explotación del trabajo asalariado constituyen la base para que el capitalismo pueda prosperar. Pero la implantación de estas «libertades» para la explotación capitalista del trabajo y de las riquezas naturales no tiene por qué ir acompañada de la concesión de libertades políticas y sindicales que permitan a sus enemigos de clase organizarse de forma efectiva e influir en mayor o menor medida sobre el poder. Mantener la ficción de que la burguesía tiene que ser liberal o de que las libertades económicas que demanda el capital tengan que ir acompañadas de libertades políticas para los oprimidos, constituye un flaco servicio a la causa revolucionaria. Sobre todo cuando la situación ha evolucionado de tal manera que lo difícil sería evitar que las relaciones de producción y la ideología capitalista se sigan extendiendo en los países en los que este sistema está menos desarrollado. Y aquí

es donde encajan las «tesis del marxismo sobre la inevitabilidad del desarrollo capitalista» a las que Lenin hace referencia. Pues es esta «inevitabilidad» del desarrollo capitalista la que hace cada vez más superflua la revolución burguesa como exigencia previa para conseguir este desarrollo. Y concebida en este sentido tal «inevitabilidad», lejos de retrasar la posibilidad de una nueva sociedad, como Lenin suponía, la pone más al orden del día.

En los países de capitalismo dependiente los regímenes dictatoriales constituyen un marco muy favorable para que se produzca una explotación intensiva de la fuerza de trabajo y de las riquezas naturales que puede servir de base a un proceso de desarrollo capitalista. En estos casos difícilmente se puede defender la revolución burguesa como un medio para facilitar el desarrollo capitalista del país. Pues, aparte de los riesgos que para la supervivencia misma de la burguesía entraña la movilización de las masas oprimidas, en el terreno estrictamente económico, a corto plazo, las ventajas que entrañaría la afirmación de la independencia nacional podrían verse ampliamente contrarrestadas por las represalias del imperialismo. Así la misma lucha por conseguir la independencia nacional, en la que la burguesía había llevado la iniciativa en los tiempos de la emancipación colonial, tiene ahora, en la época del imperialismo, cada vez menos cabida entre los objetivos burgueses y resulta difícilmente alcanzable dentro del capitalismo.

Pero el marxismo ortodoxo ha cerrado los ojos a esta realidad tan distante de las primeras revoluciones burguesas y continúa atribuyéndoles el mismo papel que desempeñaron entonces en el desarrollo del capitalismo. Así, se observa con cierta frecuencia el triste panorama de una izquierda que sigue intentando vanamente convencer a la burguesía de que le interesaría una evolución democrático-burguesa para afianzar y acelerar el desarrollo del capitalismo cuando éste ha adquirido ya en la autocracia un nivel de desarrollo difícil de escamotear. De una izquierda que intenta erigirse en campeona de la revolución democrático-burguesa cuando la burguesía pierde todo su interés por realizarla. De una izquierda que intenta corregir la historia cuando ésta no se había ajustado a sus esquemas. La dificultad cada vez mayor que ofrece el avance por la considerada por Lenin como la «única senda certera»⁹ hacia el socialismo (la senda de la revolución democrático-burguesa y de la república democrática) explica en alguna medida la ineficacia revolucionaria de la ortodoxia leninista, tan imbuida por estos planteamientos.

También cabe señalar que la idealización que Lenin hace del carácter progresivo de la revolución burguesa y del desarrollo del capitalismo se basa en la aplicación mecánica de ciertos esquemas tomados de Marx y Engels en los que el desarrollo de las fuerzas productivas aparece como el gran motor de la historia

9. *Dos tácticas*, OE, p. 510. «Nosotros los marxistas —afirma Lenin también— debemos saber que no hay y no puede haber otro camino hacia la verda-

dera libertad del proletariado y de los campesinos que el camino de la libertad burguesa y del progreso burgués», p. 584.

y se utiliza para calificar en bloque de «progresiva» la forma en que se suceden los distintos «modos de producción»¹⁰.

Después de idealizar el carácter beneficioso del desarrollo capitalista. Lenin presenta la revolución burguesa como la puerta de acceso al mismo que permite, además, barrer los restos de lo antiguo. «La revolución burguesa es precisamente la revolución que de un modo más decidido barre los restos de lo antiguo, las reminiscencias del feudalismo [...] y que de un modo más completo garantiza el desarrollo más amplio, más libre y más rápido del capitalismo. Por eso la revolución burguesa es extremadamente beneficiosa para el proletariado»¹¹.

Al divulgar esta consideración global de todo lo nuevo como más progresivo que lo «antiguo», se está contribuyendo a que se acepten como un mal menor las instituciones y valores del capitalismo con sus nuevos elementos de represión que a veces resultan más duros y mistificadores que los antiguos. ¿Cómo pueden aceptarse como «progresivos» los hechos que presentan el advenimiento del capitalismo como uno de los episodios más sórdidos de la historia de la humanidad? «La población campesina violentamente expropiada, expulsada del suelo y hecha vagabunda, fue sometida por las leyes de un terrorismo grotesco a la disciplina del sistema de trabajo asalariado, mediante el azote, el fuego y el tormento»¹². «El descubrimiento de los países de América, ricos en oro y plata; el exterminio, el esclavizamiento y el enterramiento de la población nativa en las minas; el principio de la conquista y del saqueo de la India occidental y la transformación de África en un mercado para caza comercial de pieles negras, señalan la aurora de la era capitalista»¹³.

Pero Lenin no se fija en estas constataciones de Marx o en aquellas otras de Engels en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, que ponen de manifiesto toda una serie de aspectos en los que la introducción del capitalismo no supuso un avance hacia la liberación de la humanidad sino que han sido portadores de una mayor represión para ésta. Por el contrario, Lenin toma al pie de la letra los párrafos tan elogiosos que sobre el carácter «progresivo» del capitalismo y de la clase burguesa aparecen en el *Manifiesto*. «La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario», afirman Marx y Engels en el *Manifiesto*, enumerando después las actuaciones de la burguesía que justifican tal calificativo. El carácter ideológico y mistificador de los «logros» del capitalismo que figuran en la enumeración alcanza a veces niveles fuera de todo comentario. «La burguesía —se afirma— ha creado urbes inmensas; ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, substrayendo una gran parte de la población del idiotismo de la vida rural. Del

10. Véase «La mitificación del trabajo y del desarrollo de las fuerzas productivas en la ideología del movimiento obrero», *CRI*, 41-43.

11. *Dos tácticas*, OE, p. 529.

12. C. Marx: *El Capital*, I, XXIV, Aguilar, Madrid, 1934, p. 548. En España fue nuestro ilustrado rey Carlos III el que se ocupó de llevar al mercado de trabajo a aquellos grupos de la clase plebeya que

renunciaban a entrar en el mismo. Para ello desarticuló la beneficencia de la Iglesia y ordenó perseguir, encarcelar y enviar a trabajos forzados a todos aquellos mendigos y vagabundos que fueran útiles para el trabajo. (Véase P. Romero de Solís: *La población española en los siglos XVIII y XIX*, Siglo XXI, 1973.)

13. C. Marx: *Ibid.*, p. 557.

mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente¹⁴.

Es curioso el contraste entre los párrafos transcritos de *El Capital* y estos últimos del *Manifiesto*. Lo que allí era sometimiento de la población campesina «por las leyes de un terrorismo grotesco a la disciplina del sistema del trabajo asalariado» aquí aparece como la acción benéfica de sustraer a la población «del idiotismo de la vida rural». Lo que allí era «exterminio, esclavizamiento y saqueo» aquí es «subordinación de países bárbaros a países civilizados, de pueblos campesinos a pueblos burgueses, de Oriente a Occidente». En una palabra, lo que allí era «represión» aquí se transforma curiosamente, a golpe de ideología, en «liberación» y acción «civilizadora».

Lenin se coloca en esta línea de identificación mística del desarrollo del capitalismo con el «progreso» y con los intereses del proletariado, como queda patente en muchas de sus afirmaciones, algunas de las cuales hemos transcrito. En los párrafos anteriormente citados, Lenin califica a la revolución burguesa de «extremadamente beneficiosa para el proletariado» porque de forma decidida «barre los restos de lo antiguo».

«En cierto sentido —prosigue Lenin— la revolución burguesa es más beneficiosa para el proletariado que para la burguesía, pues a la burguesía le conviene mantener algunas reminiscencias [...] es decir que la revolución no sea del todo consecuente [...] la burguesía se traicionará a sí misma»¹⁵. Ciertamente, como Lenin señala, a la burguesía ya no le interesaba barrer todos los restos de lo antiguo, pero no porque fuera «inconsecuente», ni porque se «traicionara a sí misma», sino porque ya había pasado a formar parte de la vieja sociedad y el desarrollo del capitalismo no necesitaba entonces de revoluciones violentas, sino de adaptaciones y reformas paulatinas. En estas condiciones, ¿era tan «extremadamente beneficioso» para el proletariado tomar la bandera de la revolución burguesa y llevarla hasta el final, a pesar de la burguesía, con el fin de «barrer» todos los restos de lo antiguo e implantar plenamente el capitalismo? La posición claramente ideológica de Lenin, en la que se identifica lo nuevo con lo progresivo, le hace perder de vista que al proletariado no tiene por qué interesarle romper con todo lo antiguo para que sea sustituido por el capitalismo, pues —como se ha indicado— en ciertos aspectos puede ser más represivo que lo antiguo y trabar, más que facilitar, el camino hacia la liberación de la humanidad.

Tal es el caso de la larga tradición colectivista que acompañaba a la comuna campesina, todavía muy extendida en tiempos de Lenin. Estos «residuos» que la burguesía deseaba eliminar (y así lo demostraban los kulaks deseosos de apoderarse en plena propiedad de las tierras de las comunas) podían, sin embargo, servir de base para la construcción de la sociedad socialista como Marx y En-

14. C. Marx, F. Engels: *El manifiesto del Partido Comunista*, Progreso, Moscú, 1964, I, p. 24.

15. *Dos tácticas*, OE, p. 529.

gels habían apreciado¹⁶. Pero Lenin, tomando al pie de la letra las «enseñanzas del marxismo» sobre la «inevitabilidad» del desarrollo capitalista y sobre el carácter «revolucionario» de este último, se declara partidario de barrer estos «residuos» colectivistas para que florezca el desarrollo del capitalismo en la agricultura y se extienda entre el campesinado el individualismo propio de la ideología burguesa. Como se analiza más adelante, éste es un caso claro en el que no es cierto que fuera «absolutamente beneficioso para la clase obrera la anulación de todas las reminiscencias del pasado que entorpecen el desarrollo del capitalismo¹⁷».

Constituye éste un ejemplo típico en el que la esperanza de obtener éxitos políticos inmediatos lleva a Lenin a propugnar una táctica política que está en franca contradicción con los objetivos últimos de los revolucionarios. Hay que tener en cuenta que esta contradicción entre la táctica leninista y los objetivos de los revolucionarios, entre los aspectos represivos y mistificadores que acompañan al desarrollo del capitalismo y las exigencias liberadoras que plantea la construcción del socialismo, se compaginan con la concepción tan particular que Lenin tiene de lo que debe ser el socialismo y del papel que el Estado debe jugar en la transformación, pues según Lenin, el Estado capitalista altamente centralizado ofrece el aparato que se necesita para la construcción del socialismo¹⁸. Y la organización jerárquica y represiva de la fábrica inculca al proletariado la disciplina necesaria para realizar esta construcción¹⁹. La deformación burocrática del Estado soviético fue el resultado de aplicar las instituciones y enseñanzas «del capitalismo a la construcción del socialismo», siguiendo las sugerencias de Lenin.

Todo lo anterior conduce a divulgar una representación idealizada de la revolución burguesa y de la democracia burguesa que se presentan como una panacea que interesa a todo el mundo. Ya hemos visto que según Lenin «la revolución burguesa» además de ser «absolutamente necesaria» y «extremadamente beneficiosa para los intereses del proletariado» «garantiza el desarrollo más amplio, más libre y más rápido del capitalismo». En suma, la revolución democrático-burguesa, se puede producir «tanto en forma ventajosa sobre todo para el gran capitalista, para el magnate financiero, para el terrateniente ilus-

16. Véase «Prólogo» a la edición rusa del *Manifiesto* que se cita más adelante.

17. *Dos tácticas*, OE, p. 528.

18. «Sin los grandes bancos, el socialismo sería irrealizable. Los grandes bancos constituyen el «aparato del Estado» que necesitamos para realizar el socialismo y que tomamos ya formado del capitalismo; aquí nuestra tarea consiste en extirpar todo aquello con que desfigura al modo capitalista ese magnífico aparato, en hacerlo aún mayor, aún más democrático, aún más universal [...]» «Un Banco único del Estado, el más grande de los grandes, con sucursales en cada distrito, en cada fábrica, supone ya nueve décimas partes del aparato socialista.» «Según Lenin, este tipo de aparato proporciona la posibilidad de

«una contabilidad nacional, un cálculo nacional de la producción y distribución de los productos, que es, por decirlo así, como el esqueleto de la sociedad socialista» (el subrayado es de Lenin). [Maurice Brinton: *Los bolcheviques y el control obrero*, Ruedo ibérico, París, 1972, p. 44.] Nadie pone en duda la importancia de disponer de una buena contabilidad pero como «esqueleto de la sociedad socialista» resulta bastante pobre.

19. «Esta fábrica que a algunos parece un esperpento es, precisamente, la forma superior de cooperación capitalista que ha agrupado y disciplinado al proletariado, le ha enseñado la organización, le ha puesto a la cabeza de todas las otras categorías de la población trabajadora y explotada. Es el marxismo,

trado, como en forma ventajosa, para el campesino y el obrero»²⁰. Esta pretensión de convencer a burgueses y terratenientes «ilustrados» de lo beneficioso que resultaría para ellos la revolución democrático-burguesa, será una tarea —como se ha indicado— en la que persistirán los discípulos más ortodoxos del leninismo a pesar de las crecientes dificultades a las que se enfrenta. No deja de llamar la atención que partidos que dicen representar al proletariado se encomienden la tarea de recomendar a una burguesía supuestamente «inconsecuente» lo que debería de hacer. Pero lo que resulta más nocivo para la causa revolucionaria es la idealización que se hace de la «democracia burguesa» en relación con los intereses del proletariado. Afirmaciones como la de que «la asamblea constituyente elegida por sufragio universal expresa efectivamente la voluntad del pueblo»²¹ contribuyen a divulgar, en vez de a denunciar, la ideología mistificadora que había construido la burguesía en torno al sufragio universal y los regímenes parlamentarios como portadores de una libertad real y no meramente formal.

Esto encaja con el hecho de que Lenin no defiende la democracia por considerarla deseable en sí misma, sino que lo hace desde posiciones meramente tácticas buscando conseguir con ello un triunfo político. Por ello, las libertades que defiende no van más allá de libertades burguesas, mientras que su práctica política es autoritaria y no vacilará en cuando, ya alcanzado el poder político, aquéllas podían suponer una traba en el ejercicio del mismo.

La práctica por los bolcheviques de una política autoritaria se refleja tanto en su propia forma de organización política —la concepción leninista del partido— como en la configuración de los nuevos centros de poder después de la revolución de Octubre. En este último aspecto, cabe destacar que una vez que los bolcheviques alcanzaron el poder político se encargaron de limitar las funciones y de sabotear el libre funcionamiento de los comités de fábrica que habían surgido en el curso de la revolución como órganos de expresión del poder popular, a través de los cuales el proletariado ejercía un control real y directo sobre la producción. Así, en el decreto del 3 de noviembre de 1917 sobre control obrero ya se establecía un recorte substancial en el poder de los soviets, al estipular que debían someterse y velar por la aplicación de las decisiones que les venían impuestas desde el Estado y los sindicatos, que constituían instancias burocráticas²². También acabarían reprimiéndose las propias libertades formales que tanto se habían idealizado con anterioridad. Así, el propio Lenin se encargaría de suprimir la Asamblea constituyente en enero de 1918 cuando no le resultaba útil para el ejercicio del poder político. Estas muestras de una táctica política tan versátil y oportunista servirán de base a la imagen que presenta a los

ideología de proletariado educado por el capitalismo, el que ha enseñado y enseña a los intelectuales inconstantes la diferencia entre el lado explotador de la fábrica (disciplina basada en el miedo a morir de hambre) y su lado organizador (disciplina basada sobre el trabajo en común). La disciplina y la organización que al intelectual burgués le cuesta adquirir

son asimiladas muy fácilmente por el proletariado gracias justamente a esta escuela de la fábrica». François George: «Oublier Lenine», *Les Temps Modernes*, 321, avril de 1973.

20. *Dos tácticas*, OE, p. 527.

21. *Dos tácticas*, OE, p. 505.

22. Maurice Brinton: *Los bolcheviques y el control*

comunistas —que la burguesía se encargaría de divulgar posteriormente— como lobos disfrazados con piel de cordero que sin ningún escrúpulo traicionan los objetivos democráticos propuestos inicialmente.

Las discrepancias sobre cuestiones organizativas ocuparon un lugar central en el II Congreso del Partido Obrero Social Demócrata Ruso en el que se produjo la escisión entre bolcheviques y mencheviques. Los representantes de estos últimos echaban en cara a Lenin su «monstruoso centralismo», que conduce al «anquilosamiento» de las organizaciones de base y «está imbuido de la tendencia a otorgar al centro un poder ilimitado, el derecho a la intervención ilimitada en todo», que reserva a las organizaciones «el único derecho a someterse sin un murmullo de protesta a lo que se les ordene desde arriba»... «El organismo central que prevé el proyecto se encontrará en un espacio vacío: a su alrededor no habrá periferia alguna, sino una especie de masa amorfa en la que se moverán sus agentes ejecutores»²³.

En el III Congreso —ya producida la escisión— la fracción bolchevique, a la vez que propugna la lucha por la democracia burguesa, acentúa el centralismo dentro del partido al instituir como único centro director el Comité central. Lenin ya había expuesto en *¿Qué hacer?* (1902) su concepción de un partido pequeño de revolucionarios profesionales organizados y disciplinados. En consecuencia con esto Lenin aclara: «mi idea [sobre la organización del partido] es burocrática en el sentido de que el partido se estructura de arriba a abajo»²⁴. Ya hemos señalado al principio de este apartado cómo Lenin establecía un estrecho paralelismo de este tipo de organización fuertemente disciplinada con los ejércitos. Organización que más tarde bautizaría de «centralismo democrático», aun cuando de hecho, tan fuerte «centralismo» eliminará cualquier resto de democracia. La concepción leninista del partido originaría desde las propias filas del marxismo una ola de críticas. El ataque de mayor envergadura sería el artículo de Rosa Luxemburgo, publicado en el *Neue Zeit* en julio de 1904 en el que se denunciaba esa política de «ultracentrismo» como burocrática y no democrática.

Este tipo de organización responde a la pregunta *¿Qué hacer?* que Lenin dirige básicamente sobre los medios y no sobre el contenido o la orientación de la acción. Se trata de buscar los medios organizativos más eficaces, pues se plantea la eficacia como el criterio fundamental que orienta la acción. Pero la historia se ha encargado de demostrar que existe una estrecha relación entre medios y fines y que éstos no se pueden alcanzar a través de unos medios que están en contradicción con los objetivos últimos.

Estos planteamientos presididos por la eficacia a corto plazo, cueste lo que cueste, llevan a renunciar a la aplicación de una praxis revolucionaria que vaya creando una conciencia global anticapitalista y poniendo al descubierto todos

sus propias decisiones.

23. Citado por Lenin en *Un paso adelante y dos pasos atrás*, OE, p. 236.

24. *Un paso adelante, dos pasos atrás*, OE, p. 475.

obrero, op. cit., p. 49-50. Esto está en correspondencia con la idea que Lenin tenía de lo que debía ser el control obrero: el proletariado debía limitarse a comprobar que se aplicaban las decisiones que le venían impuestas desde fuera, pero no a imponer

los mecanismos represivos de la ideología y las instituciones dominantes, que suponga un avance real en la liberación de los oprimidos y que, en una palabra, vaya sentando las bases para la construcción de la nueva sociedad socialista. Contribuyen, por el contrario, a limitar la acción de los revolucionarios al estrecho marco de una táctica política oportunista con la que se espera ilusoriamente abrir la puerta a un nuevo orden social en el que desaparecerían los elementos de represión contenidos en el capitalismo.

Resulta paradójico que el marxismo ortodoxo acabe realizando una práctica política que se ajusta a la concepción de un materialismo mecanicista a la que Marx antepuso su idea de la «praxis revolucionaria». «La doctrina materialista —señalaría Marx en las *Tesis sobre Feuerbach*— afirma que los hombres son productos de las circunstancias y de la educación y que, en consecuencia, los hombres nuevos serán los productos de nuevas circunstancias y de una educación nueva. Esta doctrina olvida que las circunstancias son justamente modificadas por los hombres y que el educador mismo debe ser educado. La coincidencia del cambio del medio y de la actividad no puede concebirse ni aprenderse racionalmente más que como resultado de la *praxis revolucionaria*». Así, para Marx la transformación de la naturaleza humana es un elemento necesario para que pueda darse el cambio revolucionario. Esta modificación de los individuos tiene que producirse mediante la actividad encaminada —consciente o inconscientemente— a transformar el medio social en el que se desenvuelven. Por ello si esta actividad no sólo se encuadra en un tipo de organización autoritaria y dogmática, sino que se limita a una acción política orientada, por motivos tácticos, hacia objetivos burgueses, difícilmente puede educar a los militantes en los principios de la nueva sociedad. Y ciertamente, la organización de la fábrica y de las instituciones opresoras del capitalismo contribuye a disciplinar a los oprimidos y a hacerlos fácilmente manipulables, pero no a educarlos con vistas a su emancipación.

IV. La base social de la «revolución democrática»

Si Marx y Engels pudieron hacerse ilusiones sobre el comportamiento revolucionario y democrático de la burguesía alemana en la revolución de 1848, ello resultaba más difícil tratándose de la burguesía rusa de principios de siglo. Aunque Lenin continúa más aferrado incluso que Marx y Engels a la idea de la inevitabilidad de una revolución democrático-burguesa que precediera a la revolución socialista, se ve obligado a avanzar una interpretación de las fuerzas que apoyarían esta revolución democrático-burguesa en Rusia, que difiere de la que Marx y Engels habían formulado con vistas a la revolución alemana de 1848. Como se detalla en los párrafos antes transcritos del *Manifiesto*, Marx y Engels consideraban que en Alemania, los comunistas debían luchar en la «etapa» democrática «de acuerdo con la burguesía» en contra de «la propiedad territorial feudal y la pequeña burguesía reaccionaria».

Sin embargo, Lenin pretende que la «revolución democrático-burguesa» contra

la monarquía se apoye en el proletariado, los campesinos y la pequeña burguesía, mientras que da por supuesto que «la gran burguesía, los terratenientes y los fabricantes» son «incapaces, por su situación, de una lucha decisiva contra el zarismo». «Tienen demasiada necesidad del zarismo, con sus fuerzas policiaco-burocráticas y militares contra el proletariado y los campesinos, para que puedan aspirar a la destrucción del zarismo»¹.

«Debemos darnos cuenta de un modo exacto de las fuerzas sociales reales que se enfrentan con el «zarismo» —señala Lenin— y que son capaces de obtener la «victoria decisiva» («decisiva» dentro de la «etapa» democrático-burguesa)* sobre el mismo. Esta fuerza no puede ser la gran burguesía, los terratenientes, los fabricantes...» «La fuerza capaz de obtener la «victoria decisiva sobre el zarismo» no puede ser más que el pueblo, es decir, el proletariado, los campesinos, distribuyendo la pequeña burguesía rural y urbana, entre uno y los otros². Aunque inicialmente la burguesía adopte posiciones «democráticas» Lenin advierte (p. 571) que «la burguesía en su mayoría se volverá del lado de la contrarrevolución»³.

Estas advertencias de Lenin sobre el carácter contrarrevolucionario de la burguesía son una constante a lo largo de las *Dos tácticas de la socialdemocracia* y le llevan a propugnar el hacer con el pueblo la revolución democrático-burguesa a pesar de la burguesía inconsecuente, egoísta y cobarde (p. 570). No deja de sorprender que Lenin permanezca fiel a la defensa de la revolución democrático-burguesa aun habiendo tomado conciencia del viraje contrarrevolucionario que había dado una burguesía que quizá pudiera ser calificada de «egoísta y cobarde» pero que no parece justificado acusar de «inconsecuente»⁴, por su falta de entusiasmo democrático. La historia posterior muestra que era precisamente la defensa de sus intereses e incluso su supervivencia como clase, lo que le aconsejaba no embarcarse en una «lucha decisiva» contra el zarismo, sino todo lo más apoyar algunos cambios formales que aseguraran la continuidad de la monarquía. Pues, como se ha analizado en el apartado anterior, no siendo para Lenin la lucha por la democracia un fin en sí mismo sino una posición meramente táctica, el reconocimiento del carácter contrarrevolucionario de la burguesía debilitaba sensiblemente la justificación en términos de «eficacia», con la que se defendía la conveniencia de hacer una revolución burguesa «a pesar de la burguesía» y la necesidad de que «el pueblo» supeditara su acción, en esa «etapa», a la consecución de unos objetivos que le venían dados desde fuera.

En el *Informe sobre la revolución de 1905* elaborado por Lenin en vísperas de la revolución de 1917 se señala el desfase existente entre el papel de «fuerza dirigente» ejercido por el proletariado y el carácter «democrático-burgués» de los objetivos perseguidos.

1. *Dos tácticas*, Obras escogidas en tres tomos, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, I, p. 534.

* Nota del autor.

2. *Op. cit.*, p. 534.

3. El partido monárquico propugnaba un «zarismo democratizado».

4. Calificativo profusamente utilizado por Lenin en *Dos tácticas*...

«La peculiaridad de la revolución rusa estriba precisamente en que por su contenido social, fue una revolución democrática-burguesa, mientras que, por sus medios de lucha, fue una revolución proletaria⁵ [...] no sólo por ser el proletariado la fuerza dirigente, la vanguardia del movimiento sino también porque el medio específicamente proletario de lucha, la huelga, fue el medio principal para poner en movimiento a las masas⁶ [...]» Y si ya en 1905, Lenin atribuyó al proletariado un papel dirigente en la revolución, con más motivo podía recomendar en las *Dos tácticas*... que éste tratara de imprimir a la revolución «su sello proletario». Pero aun en este caso, señalaba que «no se podían tocar (sin pasar por toda una serie de grados intermedios de desarrollo revolucionario) las bases del capitalismo». Son numerosas las veces que Lenin insiste en *Dos tácticas de la socialdemocracia* sobre el «carácter burgués de la revolución rusa» (p. 526) señalando que «la revolución democrática en Rusia es una revolución burguesa por su esencia y por su contenido» (p. 583) y que «no podemos saltar el marco democrático-burgués» de la revolución (p. 530).

La contradicción existente entre el papel de fuerza dirigente atribuido al proletariado en la revolución y el empeño de que ésta no pudiera sobrepasar «el marco democrático-burgués» Lenin intenta resolverla señalando que se podía, sin embargo, «ensanchar en proporciones colosales dicho marco». En este empeño de no romper sino de «ensanchar» el marco burgués de la revolución se llega a afirmaciones tan sorprendentes como que «la nacionalización del suelo no es sólo el medio de liquidar las prácticas medievales en la agricultura, sino también el mejor régimen agrario posible bajo el capitalismo»⁷. O a pretender conciliar dentro del «marco burgués» de la revolución el que «el proletariado armado, dirigido por la socialdemocracia, presione constantemente al gobierno provisional con el fin de mantener, consolidar y extender las conquistas de la revolución»⁸ (p. 506). O a presentar la consigna lanzada por Lenin de «dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y de los campesinos» (p. 531 o 539) apoyada por «las masas armadas» (p. 534) como compatible con el «carácter burgués de la revolución».

Esta preocupación de Lenin de resaltar que todo lo propugnado era posible dentro del «marco burgués» de la revolución y que en última instancia ésta favorecería «un desarrollo más vasto y rápido, europeo y no asiático del capitalismo» (p. 527) sólo puede interpretarse como un esfuerzo desesperado por atraer a la burguesía del lado de la revolución a pesar del cariz proletario que ésta adoptaba. En este sentido encaja la afirmación —que por lo demás resulta contradictoria con la consigna de la «dictadura democrática del proletariado

5. V.I. Lenin: *Informe sobre la revolución de 1905*, OE, I, p. 848.

6. *Op. cit.*, p. 849.

7. V.I. Lenin: *Programme agraire de la socialdémocratie dans la première révolution russe de 1905-1907*. Editions du Progrès, Moscou, 1969, p. 298-299.

8. Más tarde, en 1917, Lenin reconocería que, puesto que muchas tierras estaban hipotecadas en los ban-

cos, la nacionalización era impensable hasta que «la clase revolucionaria haya vencido la resistencia de los capitalistas con el empleo de medidas revolucionarias». Así, Lenin se adhería entonces al programa agrario de los socialrevolucionarios —que incluía la nacionalización de la tierra—pero señalando que este programa sólo podría llevarse a cabo como parte de la revolución socialista.

y de los campesinos»— de que la situación política de Rusia «no pone al orden del día la conquista del poder» sino solamente «el derrocamiento de la autocracia y la convocatoria de la Asamblea constituyente» (p. 506). Estas afirmaciones —que contrastan con el rápido giro anticapitalista que adoptó la revolución una vez iniciada y con el no menos rápido cambio de «táctica» de los bolcheviques— constituyen un claro precedente del maniobrerismo político y de la subyacente concepción amoral de la política que será una constante en la actuación de los partidos comunistas. Lo cual se contradice por otra parte, con la posición moralmente más respetable de Marx en el *Manifiesto* cuando señalaba que «los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y sus propósitos».

Frente a las reservas que para Lenin ofrece la colaboración de la burguesía en la «etapa democrática», considera que los campesinos se convertirán en el «baluarte de la revolución y la República» (p. 571), pasando a ser el principal aliado del proletariado en esa etapa. Es más, la cuestión agraria aparece presentada por Lenin como la base económica más importante de la revolución: «La lucha entre los intereses de los campesinos y de los terratenientes —señala Lenin— que domina en toda la historia de Rusia después de la abolición de la servidumbre y constituye la base económica más importante de nuestra revolución, es la lucha por uno u otro tipo de revolución agraria burguesa»⁹. La idea de que las aspiraciones de los campesinos no van más allá de la «etapa democrático-burguesa» constituye, pues, un argumento de primer orden en la justificación leninista de la conveniencia de respetar «el marco burgués» de la revolución. Pasemos, pues, a estudiar cuáles fueron los frutos de esta política leninista aparentemente tan respetuosa de los intereses de los campesinos.

V. El campesinado en la revolución rusa

A pesar de la importancia que Lenin había concedido a la cuestión agraria y al papel del campesinado en la revolución, en la práctica este papel fue bastante modesto. En 1917 la revolución triunfó en las ciudades sin que se hubiera desarrollado todavía la lucha en el campo. Conviene, pues, interrogarnos por qué los bolcheviques no consiguieron nunca implantarse sólidamente en el campesinado y buscar la explicación no sólo en las condiciones que dificultaban esa movilización, sino también en los defectos de su propia política agraria.

Los problemas agrarios habían reclamado desde el principio el interés de Lenin, como atestigua la publicación en 1899 de *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, obra en la que se realiza un análisis pormenorizado de la expansión de las relaciones de producción capitalista en la agricultura rusa y del desmembramiento del viejo orden feudal, tema que ya había tratado en algunos escritos de menor importancia. Dentro de la complejidad con que se desenvuelve este

9. V.I. Lenin: *Programa agrario de la socialdemocracia*, p. 36.

proceso aparece como telón de fondo el hecho de que las relaciones de producción capitalista acabarían por ser dominantes y, con ellas, la contradicción entre el proletariado rural y los agricultores capitalistas.

Pero en aquella época Lenin pensaba que esta contradicción no podía jugar todavía un papel político importante. «Nuestros obreros agrícolas están todavía demasiado fuertemente ligados al campesinado; las miserias comunes a todos los campesinos pesan todavía demasiado sobre ellos para que su movimiento pueda jugar, hoy o en un próximo futuro, un papel a escala nacional»¹, señalaba Lenin exponiendo el programa agrario de su partido en 1901.

Para Lenin, la tarea inmediata en la agricultura en esa «primera etapa» no era exacerbar la conciencia anticapitalista del proletariado rural y de los campesinos pobres. Teniendo en cuenta —como ya se ha indicado— que Lenin consideraba progresivo todo lo que acelerara el desarrollo del capitalismo, el objetivo propuesto era potenciar la lucha unitaria del campesinado para conseguir la supresión de las supervivencias feudales y con ella acelerar el proceso de expansión de la agricultura capitalista. «La esencia de nuestro programa agrario es que el proletariado rural debe luchar con los campesinos ricos por la abolición de la servidumbre y por la recuperación de las tierras amputadas»². Este planteamiento de la cuestión agraria constituía el elemento fundamental que obligaba a que la revolución no se saliera del marco burgués en esa «primera etapa»; el recrudecimiento de la lucha de clases en el campo haría resquebrajarse la alianza interclasista propuesta. La consideración progresiva que Lenin daba a la agricultura capitalista en el terreno económico le lleva, en el terreno político, a sobrevalorar el papel del kulak en la lucha por la supresión de las supervivencias del antiguo régimen frente al de los campesinos medios —en trance de desaparecer como clase— y al del proletariado rural, demasiado ligado a éstos.

Hasta 1905, los bolcheviques habían pensado que la burguesía rural (los kulaks) constituirían el principal sostén de la revolución democrático-burguesa en el campo. Por ello no habían dirigido sus esfuerzos a organizar las masas más amplias del campesinado³. Los levantamientos campesinos de 1902 y 1905 no se ajustaron a estas previsiones, obligando a modificar sus puntos de vista: tras el levantamiento campesino de 1902 Lenin empieza a preocuparse de llevar la agitación al campo, pero su línea política no se ve modificada. Es la amplitud y duración del levantamiento de 1905 y la actitud indiferente, cuando no abiertamente hostil, de los campesinos ricos⁴ lo que le hizo considerar con más interés la conveniencia de organizar separadamente a los campesinos pobres y al proletariado rural. Después de la explosión del levantamiento campesino en febrero de 1905, Lenin decide que «debemos explicarle [al proletariado rural]

1. Lenin. Artículo de *Iskra*, abril de 1901. *Obras Completas*, IV, p. 441. (Edición francesa.)

2. *Ibid.*, VI, p. 464. (Edición francesa.)

3. Cfr. Hamza Alavi: «Paysans et révolution», *Les Temps Modernes*, 306, París, enero de 1972, p.

1036. En este artículo aparecen desarrolladas muchas de las ideas que se apuntan en el presente apartado.

4. Cfr. G.T. Robinson: *Rural Rusia under the old Regime* (New York, 1949), p. 2065.

el antagonismo de sus intereses y los de la burguesía rural e invitarle a combatir por la revolución socialista».⁵ Aunque de hecho se continúa proponiendo por motivos tácticos su unión con los campesinos medios y ricos en la lucha por la supresión de los vestigios feudales. Pues la idea central que sigue orientando la política agraria de los bolcheviques es la necesidad de apoyar en esta «etapa» la «vía campesina» de desarrollo capitalista de la agricultura.

«El desarrollo burgués puede transcurrir con la gran propiedad señorial a la cabeza, que adopta paulatinamente formas burguesas y reemplaza gradualmente las prácticas feudales de explotación por procedimientos burgueses; puede también transcurrir, con las pequeñas explotaciones campesinas a la cabeza, las cuales por la vía revolucionaria, eliminan del organismo social esta «excrecencia» que son los latifundios feudales, para desarrollarse libremente sin ellos, siguiendo la vía de explotaciones capitalistas». De «estas dos vías de desarrollo burgués objetivamente posibles [...] nosotros debemos sostener no la evolución burguesa de tipo señorial, sino la evolución burguesa de tipo campesino».⁶

Así, en la agricultura los objetivos a alcanzar siguen siendo burgueses. Pero las principales fuerzas políticas con las que Lenin espera lograr estos objetivos son ahora el proletariado agrícola y los campesinos pobres a los que desde 1905 redobla sus llamamientos que resultarán bastante estériles.

La razón básica del fracaso de la política agraria leninista fue que —guiado por la aplicación mecánica de ciertos esquemas preconcebidos que empujaban a buscar una acción unitaria del campesinado, guiada por objetivos burgueses— pasa de sobrevaluar el papel de los kulaks en la lucha política a cifrar sus esperanzas y volcar el trabajo político en el proletariado rural y en los campesinos pobres, desatendiendo el grupo que mostró un mayor dinamismo en los levantamientos campesinos de 1902, 1905 y finalmente de 1918: el formado por los campesinos medios. Este grupo —que suponía la tercera parte de la población agraria— era el que sufría de lleno el problema de las «tierras amputadas»⁷ mientras que ni los kulaks ni los campesinos semiproletarios se veían directamente afectados por él.

Por otra parte, los campesinos tenían que comprar las tierras que les habían correspondido a precios superiores a los de mercado, trabajando gratuitamente para el propietario. Esto, unido a otras supervivencias de leyes e instituciones del Antiguo Régimen que pesaban sobre ellos, fue el origen de numerosos conflictos y explica el papel de vanguardia que los campesinos medios ejercieron. Pero, a pesar de que los campesinos medios constituían la fuerza política más importante en las zonas rurales, sus aspiraciones no se adaptaban bien al

5. Lenin: *Obras completas*, VIII, p. 231. (Edición francesa.)

6. Lenin: *Programme agraire de la socialdémocratie...* *Op. cit.*, p. 32, 33, 39.

7. Aunque el Edicto de Abolición de la Servidumbre de 1861 asignó a cada siervo el «lote» de tierra que cultivaba, una parte del mismo quedó retenida

por el propietario. Estas «tierras amputadas» resultaban ser aproximadamente la quinta parte del total de las cultivadas anteriormente por los siervos, y constituían un elemento esencial en la economía campesina al comprender prados y bosques donde se procuraban el alimento para el ganado, la leña y otros productos necesarios para la subsistencia.

programa agrario de los bolcheviques. Lo que a su vez explica que éstos cifraran más sus esperanzas, primero en los kulaks y, después, en el proletariado rural y los campesinos pobres, que se ajustaban mejor a su política de la «vía campesina» de desarrollo capitalista de la agricultura. El tema de la «comuna campesina» constituía el principal centro de conflictos. Los campesinos medios defendían con ahinco las tierras comunales y el mantenimiento de la institución comunal, en la que se sustentaba su economía. Mientras que los kulaks deseaban su disolución para verse libres de las restricciones comunales; y los campesinos pobres mostraban todo lo más indiferencia por una institución que no les aseguraba la subsistencia.

Los puntos de vista de los populistas —que veían en la «comuna campesina» la institución que facilitaría el paso directo al socialismo— se adaptaban mejor a las aspiraciones de los campesinos medios que las posiciones leninistas que la consideraban como una supervivencia del Antiguo Régimen que había que destruir. Lenin investía sus puntos de vista de un pretendido cientifismo marxista que contrasta con los planteamientos más flexibles del propio Marx, que en este caso se aproximaban a los de los populistas. Pues, como señalaban Marx y Engels en el prefacio a la edición rusa del *Manifiesto comunista*, en 1882 «en Rusia, al lado del florecimiento febril del fraude capitalista y de la propiedad territorial burguesa en vías de formación, más de la mitad de la tierra es poseída en común por los campesinos. Cabe, entonces la pregunta: ¿podría la comunidad rural rusa —forma, por cierto ya muy desnaturalizada de la primitiva propiedad común de la tierra— pasar directamente a la forma superior de propiedad colectiva, a la forma comunista, o, por el contrario, deberá pasar primero por el mismo proceso de disolución que constituye el proceso histórico de Occidente?» «La única respuesta que se puede dar hoy a esta cuestión es la siguiente: si la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se complementen, la actual propiedad común de la tierra en Rusia podría servir de punto de partida a una revolución comunista»⁸. Es decir que la dificultad la ven Marx y Engels en hacer la revolución socialista en un solo país en el que el capitalismo estaba poco desarrollado pero no en dar el paso directo hacia el comunismo a partir de la «comuna campesina», evitando el rodeo de la reforma agraria burguesa.

Tras uno u otro planteamiento subyacen puntos de vista distintos sobre el contenido y finalidad de la acción y sobre el papel que se le atribuye al campesinado en el proceso revolucionario. Un programa agrario puede concebirse dando por sentado que el motor de la revolución tiene que ser el proletariado urbano; el campesinado no forma parte de la vanguardia, su papel queda relegado a constituir una fuerza de apoyo con la que se tiene que contar para obtener una victoria política. Suponiendo que las aspiraciones del campesinado sean fundamentalmente burguesas o pequeño burguesas, la táctica más adecuada para conseguir su rápida movilización pasaría por plantear en esa «etapa» objetivos bur-

8. Carlos Marx, Federico Engels: *Obras escogidas*, Progreso, Moscú, 1966, I, p. 14-15.

gueses o pequeño burgueses. Pero se puede concebir, desde un ángulo revolucionario, una política agraria que no se proponga «utilizar» al campesinado como un «medio» para obtener la victoria política; sino que trate de conseguir su participación libre y consciente en la transformación revolucionaria de su entorno social y en la construcción de una nueva sociedad, atribuyéndole un papel protagonista. Pero esto no podría conseguirse con una práctica política que exacerbara la conciencia burguesa o pequeño burguesa de los campesinos, ni tratando la «comuna campesina» como un residuo arcaico a extirpar. Por el contrario, habría que tomar la larga tradición colectivista del campesinado ruso como un elemento favorable en la configuración de una conciencia que permitiera la constitución de la sociedad comunista.

Como hemos visto, la política leninista de alianza entre el conjunto del campesinado y el proletariado urbano en la «etapa democrática» se adapta más bien al primero de los esquemas apuntados. Pues aunque a partir de 1905 se intentara explicar al proletariado agrario «el antagonismo de sus intereses y los de la burguesía rural» y se le invitara a «combatir por la revolución socialista» estas «explicaciones» e «invitaciones» teóricas no se reflejaban en la práctica política. Lo que contaba realmente era la recomendación de una política de alianza con la burguesía rural, orientada a la consecución de objetivos burgueses.

En 1917, en el ambiente creado por la revolución de Febrero, se empezaron a acusar nuevos síntomas de agitación campesina. Como en ocasiones anteriores, la lucha de los campesinos medios contra los terratenientes por la recuperación de las «tierras amputadas» y la abolición de las supervivencias feudales, ocupó el lugar central. El proletariado rural, sin embargo, no llega a mostrarse como fuerza independiente. También se agudizó la lucha entre los distintos grupos del campesinado que mantenían posiciones contrarias en relación con el tema de la «comuna», impidiendo que tomara cuerpo el llamamiento de Lenin a la constitución de «comités revolucionarios campesinos» con el que pretendía plasmar la política de alianza del campesinado en bloque con la clase obrera.

El resultado fue que mientras los campesinos medios controlaron la situación en los pueblos, los kulaks dominaron los «soviets» de campesinos que sólo existían a nivel de distrito y de provincia.

Tras la revolución de Octubre, cuando los soviets rurales constituían los principales centros de poder local, los kulaks desempeñaron en ellos el papel principal. Todavía en octubre de 1918, un año después de la revolución proletaria en las capitales, Lenin se quejaba de que «en razón de la falta de madurez, del atraso y de la ignorancia de los campesinos pobres la dirección [de los soviets] pasó a manos de los kulaks»⁹

Después de la revolución de Febrero se fue agudizando el problema del abastecimiento alimenticio de las ciudades que alcanzó niveles angustiosos a principios de 1918. La mala cosecha de 1917 y la retención del grano por agricultores y especuladores se encontraban en la base de este proceso. Esta situación

empujó a los bolcheviques a pasar precipitadamente a la «segunda etapa» de la revolución en el campo. El 9 de mayo de 1918, se promulgó un decreto que confería al Comisariado del Pueblo para Abastecimientos poderes extraordinarios «en la lucha contra la burguesía rural que oculta las reservas de grano y especula con ellas», apelando a «todos los obreros y campesinos sin tierra» a una «guerra sin cuartel» contra los kulaks.¹⁰

Para llevar la revolución socialista al campo se crearon «destacamentos de hierro del proletariado» reclutados fundamentalmente en las zonas consumidoras cuya «misión principal» —aparte de ayudar a arrancar a los campesinos los productos alimenticios que acaparaban— era «la organización del campesinado obrero en contra de los kulaks»¹¹. Así, habiendo fracasado tanto en el intento de persuadir y movilizar al campesinado en bloque, como en el de hacer del proletariado agrario una fuerza independiente, se recurre finalmente a prácticas policíacas. Esta manera de «forzar» la revolución socialista en el campo, en vez de volver al campesinado en favor de los bolcheviques hará que el problema agrario sea para éstos una constante, empujándolos a una política contradictoria que terminaría en la colectivización forzosa impuesta por Stalin. Esta es la forma en que se consigue que «un año después de la revolución proletaria en las capitales, bajo su influencia y con su ayuda, la revolución proletaria comience en las zonas rurales».¹²

Lenin además toma la «falta de madurez, el retraso y la ignorancia» del proletariado rural y los campesinos pobres como factor explicativo de que no respondieran al llamamiento de los bolcheviques e intenta finalmente racionalizar la situación haciendo intervenir factores objetivos. En 1920 señala que «una verdad que ha estado plenamente demostrada por el marxismo, sobre el plano teórico y plenamente confirmada por la experiencia de la revolución proletaria de Rusia, es que las tres categorías de la población rural de las que hemos hablado [el proletariado agrícola, los semiproletarios y los campesinos medios] interesados sobre el plano económico, social y cultural en la victoria del socialismo, no pueden sostener resueltamente al proletariado revolucionario sino *después* que éste haya conquistado el poder político, *después* que haya arreglado sus cuentas con los grandes terratenientes y capitalistas, *después* que esos hombres oprimidos hayan constatado *prácticamente* que tienen un defensor y un guía organizado lo suficientemente firme y poderoso para ayudarles, mostrarles el buen camino».¹³

Con tal de no reconocer los errores de su propia política agraria, Lenin construye con pretendidos visos de cientifismo esta interpretación ideológica de los hechos, que más tarde será refutada. La historia de las revoluciones posteriores desmiente la tesis —que Lenin presenta como «una verdad plenamente demostrada por el marxismo»— de que el campesinado sólo pudiera «apoyar resueltamente al

10. Citado por E.H. Carr: *La revolución bolchevique*, II, p. 63.

11. Decreto del 27 de mayo de 1918, citado por E.H. Carr: *Op. cit.*, II, p. 64.

12. Lenin: *OE*, III.

13. Lenin: *OE*, III, Moscú, 1968, p. 322.

proletariado revolucionario después de que éste último haya tomado el poder político». La experiencia de la revolución china constituye un ejemplo típico de que no era necesario que se produjera la condición previa establecida por Lenin para que el campesinado se movilizara en torno a objetivos revolucionarios¹⁴.

Aparte de lo ya indicado en relación con la subestimación del papel revolucionario de los campesinos medios y la sobreestimación primero del papel de los kulaks y después del proletariado rural y de los campesinos pobres o semiproletarios, cabe suponer —a la vista de los resultados— que las consignas unitarias de la «etapa democrático-burguesa» además de ser poco movilizadoras para esto último¹⁵ constituyeron un lastre cuando se decidió que había llegado el momento de pasar a la «etapa socialista».

VI. Algunas conclusiones

La amplia difusión alcanzada por los escritos de Lenin después de 1917 y la proliferación y engrosamiento de los grupos encuadrados en las distintas corrientes del leninismo, encuentran buena parte de su explicación en la aureola de «eficacia» que rodeó a Lenin y a los bolcheviques tras la toma del poder en Rusia. Muchos revolucionarios se encontraron deslumbrados por la figura de Lenin, que apareció como el gran estratega de la revolución rusa y como el gran organizador del partido bolchevique, que se ofrecía como el eficaz instrumento que la había hecho posible. De ahí que se intentara profusamente utilizar la misma táctica política y los mismos principios organizativos para abrir el camino de la revolución en otros países.

Pero ésta no deja de ser una visión que ensalza místicamente el papel desempeñado por Lenin y los bolcheviques en la preparación del estallido revolucionario de 1917 y que creará una conciencia deformada del hecho histórico. Pues como señala E.H. Carr, autoridad indiscutible como historiador de la revolución rusa¹, «la revolución de Febrero de 1917 que derribó a la dinastía Románof fue el espontáneo estallido de unas masas exasperadas por las privaciones de la guerra y por una evidente desigualdad en el reparto de las cargas bélicas [...] Los partidos revolucionarios no tuvieron una participación directa en el desarrollo de la revolución. No esperaban su estallido, y en un primer momento quedaron en cierto modo estupefactos. La creación del Soviet de Diputados Obreros de Petersburgo, una vez iniciada la revolución, fue el acto espontáneo de un grupo de obreros sin dirección central. Constituyó la resurrección del Soviet de Petersburgo que había

14. Esta movilización no se hubiera conseguido si los comunistas chinos hubieran dado por válida la interpretación de Lenin. Estos, sin embargo, adoptaron una política agraria mucho más flexible y adaptada a los intereses y aspiraciones de los campesinos medios que desempeñaron así un papel importante en la revolución.

el programa agrario en el II Congreso del Partido Socialdemócrata Ruso— a un jornalero a luchar del lado del campesino rico, por los «recortes» que ya están en buena medida en manos del campesino rico». Lenin: *OE*, I, p. 321.

1. E.H. Carr: *Historia de la Rusia Soviética*, Alianza Editorial, Madrid, 1973, I, p. 86-87.

15. «No podéis obligar —dice Iegorov criticando

desempeñado un papel breve pero glorioso en la revolución de 1905; y al igual que su antecesor fue una organización apartidista elegida por obreros fabriles, en la que se encontraban representados los socialistas revolucionarios, los mencheviques y los bolcheviques [...] el hecho de que los decretos del Soviet fueran aceptados por un número cada vez mayor de obreros y soldados le confirió, pese a él mismo, una posición de autoridad que no podía ser ignorada; tal fue el fundamento práctico, y casi fortuito, del llamado «doble poder» instaurado por la revolución de Febrero, cuando la autoridad pública era ejercida en cierto modo por dos cuerpos cuya recíproca actitud oscilaba entre la rivalidad y la cooperación: por un lado, el gobierno provisional, sucesor legal del gobierno zarista y reconocido como tal por las potencias extranjeras; por otro los Soviets de diputados obreros formados por propia iniciativa y, por ende, revolucionarios. El ejemplo de Petrogrado fue imitado, y pronto: en Moscú y otras grandes ciudades primero, y en los distritos rurales algo más tarde, lo que, a su vez, llevó a la convocatoria de la primera Conferencia de Soviets de toda Rusia a finales de marzo de 1917».

Lenin, que se encontraba exilado en el extranjero, se vio igualmente sorprendido por la revolución de Febrero. El 22 de enero, unos días antes del estallido de la revolución pronunció en la Casa del Pueblo de Zurich, ante una asamblea de jóvenes obreros suizos una conferencia en la que terminaría hablando de la revolución socialista y señalando que «nosotros, los viejos, quizás no lleguemos a ver las batallas decisivas de esa revolución futura. No obstante, yo creo que puedo expresar con seguridad plena la esperanza de que los jóvenes, que tan magníficamente actúan en el movimiento socialista de Suiza y de todo el mundo, no sólo tendrán la dicha de luchar sino también de triunfar en la futura revolución proletaria».²

«La contribución que Lenin y los bolcheviques hicieron al derrocamiento del zarismo fue mínima, señala E.H. Carr. Y la responsabilidad del gobierno provisional, sólo les puede ser atribuida en un sentido formal. A partir de julio de 1917, la caída del gobierno era inevitable: sólo se necesitaba que surgiera un sucesor. Los momentos cruciales del intervalo entre la revolución de Febrero y la revolución de Octubre fueron el anuncio, hecho por Lenin en junio al Primer Congreso de Soviets de toda Rusia, de que los bolcheviques estaban dispuestos a asumir el poder. Los más importantes logros de Lenin fueron posteriores a la incruenta victoria de la revolución de Octubre de 1917 y constituyen la obra de un gran estadista y constructor. Sin embargo, lo que Lenin construyó, con todos los méritos y defectos, descansa en las bases por él sentadas mucho tiempo ha...»³

Los hechos no parecen demostrar que la organización y la táctica política de los bolcheviques fueran realmente eficaces para *hacer* la revolución en la Rusia de principios de siglo. No es para sorprenderse el que su aplicación a otros países no haya dado tampoco grandes muestras de eficacia en este sentido (las

2. Lenin: *OE*, I, p. 862.

3. E.H. Carr: *Op. cit.*, I, p. 40.

revoluciones que tuvieron lugar con posterioridad se dieron precisamente al margen de la ortodoxia leninista). Ciertamente la organización espontánea de los soviets y la consiguiente aparición del poder obrero que se opondría al gobierno provisional contradijo la idea divulgada tanto por Lenin como por los mencheviques, de que el país estaba maduro para la revolución burguesa pero no para la socialista. El hecho en el que Lenin dio grandes muestras de su talento político fue en hacerse rápidamente cargo de la situación real, en ser lo suficientemente flexible para reconocer —en contra de lo que había dicho hasta entonces— que la toma del poder por el proletariado sí estaba a la orden del día y cambiar con agilidad de táctica política, disponiéndose a asumir el poder en nombre de los soviets y del socialismo. Y en lo que sí se mostraron eficaces, tanto en Rusia como en otros países los principios de la organización leninista fue para monopolizar el poder político una vez realizada la revolución, para reforzar nuevamente la autoridad y la disciplina y para reconstruir el Estado y el poder de la burocracia. Pues las construcciones posrevolucionarias de los bolcheviques y la «deformación» burocrática del Estado soviético serían el resultado de la concepción centralista y burocrática que Lenin tenía del partido; de su concepción limitada de la praxis revolucionaria reducida al juego de una táctica política de cortas miras, muchas veces en contradicción con los objetivos últimos de la revolución; y, en suma, de su visión idealizada del desarrollo capitalista y de las instituciones propias de este sistema, que constituyeron un lastre importante a la hora de crear una auténtica alternativa socialista.

Volviendo a los problemas que suscita la aplicación posterior en otros países de la táctica política leninista de lucha por la democracia, lo primero que llama la atención es que se mantengan invariables durante tanto tiempo unos objetivos cuando las fuerzas políticas interesadas en ellos han variado tan considerablemente. Ya hemos señalado cómo la evolución de la burguesía a este respecto modificó los presupuestos en los que Marx y Engels basaban el «pacto» democrático. Ya hemos discutido el escaso sentido revolucionario de esta política en relación con el campesinado, que Lenin consideraba como el baluarte de la revolución democrático-burguesa. El proceso de proletarianización de una parte del campesinado y de aburguesamiento de otra, que opera a medida que se desarrolla el capitalismo, hace inaplicable la justificación leninista de la «etapa democrática» como acorde con los intereses del campesinado por la realización de una reforma agraria burguesa. Así, en los países con un capitalismo desarrollado que tienen regímenes fascistas o dictatoriales la lucha por los objetivos democrático-burgueses queda despojada del carácter revolucionario que Lenin pretendía imprimirle, pues ni la revolución burguesa, ni la reforma agraria burguesa tienen cabida en ellos. La táctica política leninista de lucha por la democracia, se limita en estos casos cada vez más a tratar de modificar la forma política de gobierno sin tocar la base sobre la que se sostiene, al no tener cabida en esos países las reformas propias de la revolución burguesa. Aparte de la dudosa eficacia de esta táctica para avanzar hacia la demo-

cracia, conduce a mistificar la llamada democracia burguesa y a ofrecer una salida para que la clase dominante pueda seguir ejerciendo el poder mediante soluciones falsamente democratizadoras, cuando los regímenes dictatoriales o autocráticos de los que se beneficiaba se desgastan y exigen una renovación.

Como conclusión a lo anterior podemos decir que cuando la burguesía abandona sus posiciones democráticas y opta por la dictadura como instrumento político para ejercer su dominio de clase, tiene escaso sentido revolucionario que la izquierda continúe erigiéndose, por motivos tácticos, en defensora de la «democracia burguesa», y que, esperando cubrir primero esta «etapa democrático-burguesa» de la lucha, se abstenga de desarrollar una praxis revolucionaria anticapitalista.

Ya va siendo hora de que los revolucionarios tomen conciencia de la conveniencia, no de luchar por motivos tácticos por una democracia burguesa, sino de defender como objetivo último una democracia verdadera, en el sentido etimológico de la palabra. Y de que la forma de avanzar por este camino pasa por descubrir y denunciar todos los mecanismos que sostienen a la sociedad autoritaria actual y que hacen que los oprimidos se sometan pasivamente, haya o no parlamento y sufragios universales. Pasa por denunciar cómo la burguesía ha vaciado la palabra democracia de su contenido originario, lo mismo que ocurrió con el término «liberal» que tuvo que ser sustituido por el de «libertad» para llenar el vacío de contenido que aquél había dejado. Y que hacia la libertad y la democracia se avanza desarrollando en todos los terrenos una praxis anticapitalista, antiautoritaria y, en consecuencia, democrática.

Novedad Ruedo ibérico

Noticias del País Vasco

Euskadi : el último estado de excepción de Franco

El estado de excepción instaurado en abril de 1975 en Euskadi fue el último firmado personalmente por Franco. Pero no pertenece todavía a la historia sino a un presente bien vivo. El estado de excepción continúa de hecho en Euskadi. A través de quince boletines clandestinos denominados *Noticias del País Vasco durante el estado de excepción*, a veces difundidos a 50 000 ejemplares, un equipo anónimo dio a conocer la represión policiaca y parapoliciaca, ocultada o deformada por la prensa oficial, demostrando la necesidad y la posibilidad de una información paralela, no sometida a censura ni dependiente de grupos políticos.

Euskadi: el último estado de excepción de Franco no es una simple reproducción de aquellos quince boletines. El equipo autor de éstos ha estructurado las informaciones adquiridas para la elaboración de los mismos. Los datos de primera mano han sido siempre comprobados escrupulosamente; no se trata, sin embargo, de una información neutra, sino militante, al servicio de «la liberación del pueblo y de la clase obrera».

Índice: Presentación. Aspectos del estado de excepción. Tres meses de estado de excepción en Vizcaya y Guipúzcoa. Asesinatos. Torturas. Terrorismo blanco. Garmendia y Otaegui: penas de muerte. Juicio y muerte de Juan Paredes, «Txiki». Reacción del pueblo. Solidaridad. Documentos.

José Borrás

Políticas de los exilados españoles

1944 - 1950

La muerte de Franco no ha traído consigo la desaparición del exilio, que sigue siendo sujeto político en el posfranquismo. Sin embargo, el exilio no es un bloque monolítico ni lo fue nunca. El exilio ha evolucionado y, al mismo tiempo, ha conservado parte de sus características, muchas de ellas negativas. Con perspectiva histórica de veinticinco años y con una actitud crítica, José Borrás expone las políticas de republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas durante los años 1944 a 1950, que se proyectan en la actualidad al condicionar sus respectivas estrategias frente al posfranquismo. El periodo se saldó con un fracaso global, cuyas causas son desentrañadas a través del análisis de los hechos reflejados en multitud de documentos. La historia global del exilio antifranquista queda por hacer y todavía no se ha cerrado. Pero las bases de su primer periodo han sido puestas. Las enseñanzas son claras: bastará al posfranquismo para perpetuarse el que la oposición cometa los mismos errores que en el pasado.

Índice: Panorama general. 1. Los republicanos. 2. Los socialistas. I. La vida interna del PSOE y de la UGT. II. Legitimidad republicana o gobierno de transición. 3. Los comunistas. I. Vida interior del PCE. II. Trayectoria política del PCE en el exilio. 4. Los libertarios. I. De la clandestinidad al gran resurgir confederal. II. No fue posible el entendimiento... III. ... Ni la reconquista de la libertad. Epílogo: La travesía del desierto de los años cincuenta. La década de los sesenta. Posición de los partidos y organizaciones en 1974-1975. Apéndice: Algunos aspectos de la vida de los sectores libertarios.

1. Algunos ejemplos

Para cualquiera que se interese por la política, el comportamiento «irracional» de individuos, grupos o amplias capas de la población aparece como un hecho desagradable y aterrador pero incontrovertible. He aquí algunos ejemplos.

Entre 1914 y 1918, millones de trabajadores se mataron unos a otros en la «guerra que acabaría con las guerras». Murieron por fines que no eran los suyos, defendiendo los intereses de sus respectivos gobernantes. Aquellos a quienes nada unía con sus banderas respectivas, participaron en la sangrienta carnicería en nombre del «Kaiser» o del «Rey y la Patria». Veinte años más tarde el proceso se repitió incluso a mayor escala.

A principios de los años 30, Alemania se vio afectada por la crisis económica. La sociedad burguesa reveló su total incapacidad de satisfacer incluso las más elementales necesidades materiales del hombre. Eran tiempos maduros para el cambio radical. Pero aun en esta coyuntura crucial, millones de hombres y mujeres (incluyendo a sectores importantes de la clase obrera alemana) prefirieron seguir las crudamente nacionalistas, autocontradictorias (anticapitalistas y anticomunistas) exhortaciones de un demagogo reaccionario que pregona una mezcla de odio racial, puritanismo y estupidez etnológica, en lugar de embarcarse por las rutas desconocidas de la revolución social.¹

En Nueva Delhi, en 1966, cientos de miles de campesinos indios hambrientos y de pobres de la ciudad, participaron activamente en la manifestación mayor y más militante que la urbe nunca conoció. Sectores enteros de la ciudad fueron ocupados, la policía atacada, automóviles y autobuses incendiados. El objetivo de esta acción masiva no era sin embargo protestar contra el sistema social que había mantenido a las amplias masas populares en un estado de pobreza permanente y hecho de sus vidas una burla, sino denunciar la reciente legislación que permitía el sacrificio de las vacas bajo circunstancias específicas. Los «revolucionarios» indios entretanto, no estaban en condiciones de hacer comentarios significativos. ¿No eran ellos acaso los que todavía permitían que sus padres fijaran sus matrimonios y que las condiciones de casta colorearan repetidamente su política?

En Gran Bretaña, varios millones de obreros, disgustados por la actuación del actual gobierno laborista, con sus congelaciones de salarios y sus intentos de asalto a los sindicatos, votarán a los conservadores en las próximas semanas tal como lo hicieron en 1930 y en 1950-51. O siguiendo los débiles consejos de los revolucionarios de pacotilla, votarán por los laboristas con la esperanza (o sin ella) de que las cosas serán «diferentes la próxima vez».

1. El voto popular a favor de los candidatos nazis en las últimas etapas de la República de Weimar, pasó de 800 000 en mayo de 1928 a 6 500 000 en septiembre de 1930 (A. Rosenberg: *Una historia de la República alemana*, Methuen, 1936, p. 275, 304.)

A nivel más mundano, el comportamiento de los consumidores hoy día no es «más racional» que el de los votantes o el de las clases oprimidas en la Historia. Los que comprenden las raíces de las preferencias populares saben cuán fácilmente se puede manipular la demanda. Los expertos en publicidad son totalmente conscientes de que la elección racional tiene poco que ver con las preferencias del consumidor. Cuando se le pregunta a un ama de casa por qué prefiere un producto a otro, los motivos que da raras veces son los verdaderos (incluso si contesta con total buena fe).

En general, las motivaciones inconscientes influyen incluso las ideas de los revolucionarios y el tipo de organización en que militan. A primera vista podría parecer paradójico que los que aspiran a una sociedad creativa y sin alienación, basada en la igualdad y la libertad, «rompan» con las concepciones burguesas... tan sólo para esposar las ideas jerárquicas, dogmáticas, manipulatorias y puritanas del leninismo. Parece raro que su «rechazo» de las normas de conducta irracionales y arbitrariamente impuestas de la sociedad burguesa, con su requerimiento de obediencia acrítica y de aceptación de la autoridad, tenga que tomar la forma de ese epítome de actividad alienada: el seguimiento de la «línea» tortuosa de un partido de vanguardia. Puede parecer extraño que aquellos que incitan a la gente a pensar por sí misma y a resistir el lavado de cerebro de los medios de comunicación de masas, se llenen de ansiedad cada vez que surgen nuevas ideas en las dubitativas cabezas de los que componen sus propias filas². O que los revolucionarios continúen todavía hoy buscando el establecimiento de marcas personales recurriendo a los métodos prevalecientes en la jungla burguesa de afuera. Pero como más tarde mostraremos hay una coherencia interna en toda esta aparente irracionalidad.

2. Algunas explicaciones inadecuadas

Ante el hecho tan desagradable como el apoyo popular a las guerras imperialistas o la escalada del fascismo, puede garantizarse que cierto tipo revolucionario tradicional dará una respuesta estereotipada. Automáticamente sacará a relucir la «traición» o «línea equivocada» de la segunda o tercera Internacionales o del Partido Comunista Alemán... O de esta o aquella dirección que, por una u otra razón, no consiguió alcanzar la ocasión histórica. (Quien arguye esto no parece siquiera darse cuenta de que la repetida *tolerancia* por parte de las masas de tales traiciones o «líneas equivocadas» necesita ya de por sí una explicación seria.)

Los revolucionarios más sofisticados situarán la culpa en otros lugares. Los medios de moldear la opinión pública (prensa, radio, TV, Iglesias, escuelas y

2. Recientemente hemos oído cómo se proponía con bastante seriedad en una organización que se dice a sí misma libertaria —la nuestra— el que nadie debería hablar de asuntos de la organización sin antes haber sometido el meollo de sus comentarios a un «comité de reuniones», para que de esta forma, nada nuevo surgiera de repente en las inocentes y presumiblemente indefensas filas de los ideológicamente emancipados.

universidades) están en las manos de la clase dominante. Estos medios diseminan en consecuencia las ideas, valores y prioridades de la clase dominante un día tras otro. Lo así diseminado afecta a todas las capas de la población, contaminando a todos sus miembros. ¿A quién puede sorprender —preguntarán estos revolucionarios con una amplia sonrisa— que en tales circunstancias la gran mayoría de la gente mantenga todavía ideas reaccionarias?³

Esta explicación, aunque parcialmente correcta, es insuficiente. A lo largo no explicará la aceptación continuada de la dominación burguesa por la clase trabajadora o que tal dominación haya sido vencida para ser reemplazada por instituciones del tipo de capitalismo de Estado, que encierra fundamentalmente similares relaciones jerárquicas (culto al jefe, delegación total de autoridad en un partido de «élite», adoración de la verdad revelada plasmada en los textos sagrados o en los comunicados del Comité central).

Si tanto en el este como en el oeste millones de personas no pueden enfrentarse con las implicaciones de su explotación, si no pueden percibir su cada vez mayor subdesarrollo intelectual y personal, si no pueden soportar el mirar al vacío de sus vidas, si están ajenos al carácter intrínsecamente represivo de tantas de las cosas que consideran «racionales», de «sentido común», «obvias» o «naturales» (la jerarquía, la desigualdad y el ethos puritano, por ejemplo), si tienen miedo de la iniciativa y de la actividad autónoma, miedo de pensar nuevas ideas y de trazar nuevos caminos y si están siempre listos para seguir a este o a aquel líder (que les promete la luna), o a este partido o a aquel otro (que se compromete a cambiar el mundo en su «nombre»), es porque existen factores muy poderosos que condicionan su conducta *desde edad muy temprana* e inhiben su acceso a un tipo diferente de conciencia.

Consideremos por un momento —y no a través de un cristal de color de rosa— al votante medio británico, obrero de edad mediana, en nuestros días (poco importa a este respecto el que vote a los conservadores o a los laboristas). Es probablemente xenófobo, promonárquico, defensor de la jerarquía, partidario de la pena de muerte, lleno de prejuicios raciales, pro ley y orden, enemigo de las manifestaciones y también enemigo de los estudiantes de pelo largo y de los desertores. Con casi toda seguridad, estará reprimido sexualmente (y por tanto será un impenitente consumidor de la distorsionada sexualidad desparramada sin fin en las páginas de la prensa mundial). Ningún partido «práctico» (que intentase la toma del poder a través de las urnas) soñaría jamás en dirigirse a él mediante la defensa de la igualdad de salarios, de la dirección obrera de la producción, de la integración racial, de la reforma penal, de la abolición de la monarquía, de la disolución de la policía, de la libertad sexual de los adolescentes o de la legalización de la marihuana. Cualquiera que proclamase un «programa de transi-

3. El aceptar esto como una «explicación» sería invertir las ideas de un poder que no tienen, en particular del poder de dominar totalmente las condiciones materiales, neutralizando la influencia de los hechos económicos. Es sorprendente que esto no se le haya ocurrido nunca a nuestros «marxistas».

ción» de este tipo, no solo no obtendría apoyo alguno, sino que muy probablemente sería considerado como un imbécil.

Pero hay un hecho aún más importante. Cualquiera que tratase de discutir asuntos de este tipo, se encontraría con casi toda seguridad no sólo con el descrédito, sino también con esa hostilidad positiva que tan a menudo denuncia una ansiedad latente⁴. Tal respuesta no se encontraría esgrimiendo ciertos argumentos sin sentido o simplemente ridículos. Ciertos temas están con toda seguridad acompañados de una fuerte carga emocional. Su dirección genera peculiares resistencias difícilmente encaminables hacia la discusión racional.

El propósito de este ensayo es explorar la naturaleza y causa de estas resistencias y poner de relieve que no son innatas sino sólidamente determinadas (si fueran innatas, no habría una perspectiva ni socialista ni racional). Llegaremos a la conclusión de que estas resistencias son el resultado de un largo condicionamiento, que se remonta a la primera niñez, y que tal condicionamiento se lleva a cabo a través de los ya condicionados padres y a través de la institución de la familia patriarcal en su totalidad. El resultado neto es el poderoso refuerzo y perpetuación de la ideología dominante y de la producción en masa de individuos que encierran ya la esclavitud en sí mismos, individuos dispuestos en una etapa posterior a aceptar la autoridad del maestro de escuela, sacerdote, patrón y político (y a endosarles la norma prevaleciente de «racionalidad»). La comprensión de esta estructura de carácter colectivo arroja nueva luz sobre la conducta frecuentemente «irracional» de individuos y grupos sociales y la «irracionalidad» en la política. También puede proporcionar a la humanidad nuevos medios de superar estos obstáculos.

3. El área ignorada y la izquierda tradicional

Este área ha sido ampliamente ignorada en su totalidad por los revolucionarios marxistas. La culpa de esta omisión no puede imputársele a Marx ni a Engels. La herramienta apropiada para la comprensión de este aspecto de la conducta humana —es decir el psicoanálisis— fue desarrollada tan sólo en las dos primeras décadas de esta centuria. Las contribuciones más importantes de Freud al conocimiento (la investigación de la causalidad en la vida psicológica, la descripción de la sexualidad infantil y juvenil, el honrado establecimiento del hecho obvio de la mayor importancia del sexo sobre la procreación, el reconocimiento de la influencia de móviles instintivos inconscientes —y de su represión— en la determinación de las normas de comportamiento, la descripción de cómo tales móviles son reprimidos de acuerdo con los dictados sociales prevalecientes, el análisis de las consecuencias de esta represión en términos

4. En palabras de Thomas Mann (*Buddenbrooks*), «lo más probable es que nos enfademos y nos excitemos al oponernos a alguna idea cuando nosotros mismos no estamos lo suficientemente seguros de nuestra posición y en el fondo nos tienta tomar la parte del contrario».

de síntomas y en general «la consideración de los aspectos no oficiales y desconocidos de la vida humana»⁵) pasaron a formar parte de nuestra herencia cultural tan sólo unas décadas después de la muerte de Marx. Ciertos aspectos reaccionarios del psicoanálisis clásico (la adaptación necesaria de la vida instintiva a los requerimientos de una sociedad cuya naturaleza de clase nunca fue proclamada explícitamente, la sublimación «necesaria» de la sexualidad «indisciplinada» con objeto de mantener la «estabilidad social», la «civilización» y la vida cultural de la sociedad⁶, la teoría del instinto de muerte), tan sólo trascenderían más tarde gracias al psicoanálisis revolucionario de Wilhelm Reich⁷ y otros.

Reich inició la elaboración de una psicología social basada a la vez en el marxismo y en el psicoanálisis. Su objetivo fue explicar cómo las ideas surgían en la mente del hombre en relación con la condición real de sus vidas y en qué medida tales ideas influenciaban la conducta humana. Había una clara discrepancia entre las condiciones materiales de las masas y su concepto conservador de la vida. No era necesario recurrir a la psicología para entender por qué un hombre hambriento robaba pan o por qué los obreros, hartos de presiones y manejos, decidían hacer huelga de brazos caídos. No obstante, lo que la psicología social sí tenía que explicar «no es por qué el individuo hambriento roba o por qué el individuo aislado hace huelga; sino por qué la mayoría de los individuos hambrientos *no* roban y la mayoría de los explotados *no* hacen huelga». La sociología clásica podía «explicar satisfactoriamente un fenómeno social cuando tanto el pensamiento como los actos humanos sirven a un propósito racional, cuando sirven para la satisfacción de necesidades y expresan directamente la situación económica. Sin embargo, fracasa cuando la actuación y el pensamiento humano *contradicen* la situación económica, cuando, en otras palabras, son «irracionales»⁸.

¿Qué había de nuevo, al nivel de la teoría revolucionaria, en este campo? Los marxistas tradicionales habían subestimado siempre —y todavía lo hacen— el efecto de las ideas en la estructura material de la sociedad. Repiten,

5. B. Malinowski : *Sex and Repression in Savage Society* (Meridian Books, Cleveland, novena edición, 1966), p. 6.

6. Un ejemplo (entre muchos) de las afirmaciones reaccionarias de Freud, puede encontrarse en su ensayo *The future of an illusion*, publicado en 1927 y en el que escribe: «tan imposible es, en el camino de la civilización, actuar sin el control de las masas por una minoría como lo es el distribuir sin coerción. Las masas son perezosas y sin inteligencia: no le tienen aprecio alguno a la renuncia de los instintos y no pueden ser convencidas con el argumento de su inevitabilidad; y los individuos que las componen se apoyan unos a otros a la hora de dar rienda suelta a su disciplina».

7. Recientemente ha sido publicado un excelente estudio en Suiza (*La vie et l'œuvre du docteur Wilhelm Reich*) por Michel Cattier, La Cité, Lausanne, 1969, que trata a la vez del Reich psicoanalista y del revolucionario. Su lectura es esencial para cualquiera que esté seriamente interesado en comprender la trágica vida de este hombre notable. El autor de este ensayo ha acudido con frecuencia a esta fuente.

8. W. Reich: *The Mass Psychology of Fascism*, Orgone Institute Press, Nueva York, 1946, p. 15.

como si fueran cotorras, que las infraestructuras económicas y las superestructuras ideológicas se influncian mutuamente. Pero entonces, comienzan a considerar lo que es esencialmente una relación dialéctica y biunívoca casi como un proceso exclusivamente unívoco (la «base» económica que determina lo que ocurre en la esfera de las ideas). Nunca han buscado en concreto la explicación de cómo una doctrina política reaccionaria pudo ganar apoyo popular masivo y más tarde mover una nación entera (como por ejemplo, a principios de los años 30, la ideología nazi se extendió rápidamente por todas las capas de la sociedad alemana, incluyendo este proceso la ahora bien documentada deserción masiva de miles de militantes comunistas hacia las filas de los nazis)⁹. En palabras de un marxista «herético», Daniel Guérin, autor de unas de las interpretaciones psicológico-económico-sociales más sofisticadas del fenómeno fascista: «Hay gente que se cree muy «marxista» y muy «materialista» al despreciar los factores humanos y preocuparse tan sólo de los hechos materiales y económicos. Esta gente acumula cifras, estadísticas y porcentajes. Estudia con extrema precisión las causas profundas de los fenómenos sociales. Pero la realidad viviente se les escapa, ya que no estudian con precisión similar cómo se reflejan estas causas en la conciencia humana. Como sólo están interesados en los factores materiales, no entienden absolutamente nada de cómo las privaciones sufridas por las masas se convierten en aspiraciones de tipo religioso»¹⁰. Al no tener suficientemente en cuenta este factor subjetivo en la historia, tales «marxistas» —que constituyen hoy día la inmensa mayoría de la especie— no pueden explicar la falta de correlación entre las frustraciones económicas de la clase trabajadora y su falta de empeño en terminar con el sistema que las engendra. No llegan a captar el hecho de que cuando ciertas creencias se anclan en el pensamiento (e influncian la conducta) de las masas, pasan ellas mismas a ser hechos materiales de la historia.

¿Qué era pues —preguntaba Reich— lo que limitaba la voluntad de revolución de los oprimidos en la vida real? Su contestación fue que la clase obrera estaba presta a influenciarse por las ideas irracionales y reaccionarias porque tales ideas caían en suelo fértil¹¹. Para el marxista medio, los obreros eran personas aghatas que alquilaban su fuerza de trabajo a los capitalistas y eran al tiempo explotados por éstos. Todo esto era correcto en principio. Pero también

9. No, no estamos «calumniando» a aquellos valientes antifascistas alemanes que estuvieron entre los primeros en morir en los campos de concentración de Hitler. Tan sólo decimos que por cada uno de estos comunistas, al menos dos se unieron a los nazis, mientras que docenas ni hicieron ni dijeron nada.

10. *Fascisme et grand capital*, Gallimard, París, 1945, p. 88.

11. En la próxima sección describiremos cómo el «suelo» se vuelve «fértil» para la aceptación de tales ideas. De momento nos gustaría sólo señalar que otros sectores de la población se ven afectados también. Las clases dominantes, por ejemplo, están a menudo mistificadas por su propia ideología. Pero políticamente, éste es un fenómeno menos significativo (las «élites» dominantes se benefician de hecho del mantenimiento de la mistificación ideológica y de los sistemas sociales irracionales que proclaman la «necesidad» de tales «élites»).

había que tener en cuenta todos los aspectos de la vida de la clase obrera si querían entenderse las actitudes políticas de los trabajadores como clase. Quería esto decir que había que reconocer algunos hechos obvios, en especial, el que el obrero habría tenido una niñez, que había sido educado por unos padres que a su vez estaban condicionados por la sociedad en la que vivían, que tenía una mujer y unos hijos, necesidades sexuales, frustraciones y conflictos familiares. La superpoblación de los barrios, la fatiga física, la inseguridad económica y los abortos clandestinos hacían que estos problemas fueran especialmente agudos en los círculos obreros. ¿Por qué habrían de ser ignorados tales factores a la hora de buscar una explicación a la conducta de la clase obrera? Reich intentó desarrollar un análisis global que incorporase estos factores y les atribuyese la importancia adecuada.

4. El proceso de condicionamiento

Al aprender a obedecer a sus padres, los niños aprenden el concepto de obediencia en general. La sumisión aprendida en el contexto familiar se manifestará cada vez que el niño se enfrente con un «superior» en su vida futura. La represión sexual ejercida por los ya sexualmente reprimidos progenitores¹² es parte integrante del proceso de condicionamiento.

Los padres, rígidos y obsesos, comienzan por imponer horarios de comida rígidos al recién nacido. Después intentan imponer el hábito de sentarse en el orinal a niños que a duras penas pueden mantener tal postura. Están obsesionados por la comida y los intestinos de la criatura y por «inculcarle buenas costumbres». Un poco más tarde empezarán a reñir y a castigar a su hijo de cinco años que se masturba. A veces llegarán incluso a amenazar a sus vástagos masculinos con la mutilación física¹³. (No pueden aceptar que los niños a esa edad —o a cualquiera otra— deriven placer del sexo.) Se sienten horrorizados cuando descubren el exhibicionismo sexual entre niños cuando están a solas. Más tarde, todavía prevendrán a sus muchachos de 12 años de los terribles peligros de la «masturbación real». Mirarán el reloj para ver a qué hora llegan a casa sus hijas de 15 años, o registrarán los bolsillos de sus hijos buscando anti-conceptivos. Para la mayoría de los padres, la pasada niñez de sus hijos constituye toda una larga saga antisexual.

¿Cómo reacciona el niño ante esto? Se adapta juzgando y errando. Se le riñe cuando se masturba. Se adapta reprimiendo su sexualidad. El intento de reafirmación de las necesidades sexuales toma entonces la forma de una revuelta contra la autoridad paterna. Pero esta revuelta es de nuevo castigada. La

12. Para una discusión de las raíces históricas de todo el proceso de represión sexual, véase la sección 6 de este estudio.

13. En *Portnoy's Complaint* de Philip Roth (Cape, 1968) [también llamado *Las asideras de Roth*] se puede encontrar una muy divertida narración de esta clase de condicionamientos y de sus consecuencias en una familia india de Nueva York.

obediencia se logra mediante el castigo. El castigo asegura también el que las actividades prohibidas sean investidas con sentimientos de culpa¹⁴ que pueden ser (aunque más a menudo no lo sean) suficientes para inhibirlas¹⁵.

La ansiedad asociada con la satisfacción de las necesidades sexuales llega a ser parte de la ansiedad asociada con todos los pensamientos o actos rebeldes (tanto la sexualidad como todas las manifestaciones de la rebeldía son indiscriminadamente refrenadas por los «educadores»). El niño llega gradualmente a suprimir aquellas necesidades que requieren para su satisfacción el incurrir en el desagrado paterno o cuyo resultado es el castigo, y acaba teniendo miedo de sus inclinaciones sexuales y de sus tendencias a rebelarse. En una etapa posterior, se logra otro tipo de equilibrio que ha sido descrito como... «estar desgarrado entre los deseos que son repugnantes a mi conciencia y una conciencia repugnante a mis deseos»¹⁶. El individuo está señalado como un mapa de carretera, de pies a cabeza, por sus represiones»¹⁷.

En el niño que atraviesa la pubertad, la temprana represión se asocia con una identificación con la imagen paterna. En cierto modo, esto no es más que una prefiguración de la identificación posterior del joven adulto con la «autoridad» de «su» empresa, o con las necesidades de «su» país o partido. El padre, en este sentido, es el representante del Estado y de la autoridad en el núcleo familiar.

Con objeto de neutralizar sus necesidades sexuales y la rebelión contra sus padres, el niño desarrolla ciertas «sobrecompensaciones». La revuelta inconsciente contra el padre engendra servilismo. El miedo a la sexualidad engendra pudor. Todos sabemos de esos viejos criados o criadas, en alerta siempre contra el menor rastro de actividad sexual entre los niños. Sus preocupaciones están obviamente determinadas por los profundos temores de su propia sexualidad. La aversión de la mayor parte de los revolucionarios a discutir estos temas tiene una motivación similar.

Otro producto frecuente de la represión sexual es dividir la sexualidad en sus partes componentes. Se le da a la ternura un valor positivo mientras a la sensualidad se la condena. En muchos adolescentes varones se observa una disociación entre afección y placer sexual que les lleva a adoptar *standards* sexuales dobles. Idealizan a alguna chica, poniéndola en un pedestal, mientras buscan la satisfacción de sus necesidades sexuales con otras muchachas a las que abierta o subconscientemente desprecian.

El camino hacia una vida sexual sana les está bloqueado a los adolescentes por obstáculos a la vez internos y externos. Estos últimos (dificultad en encontrar un lugar tranquilo donde no sean molestados, dificultad en escapar de la

14. Los padres son «los más destacados productores y empaquetadores de culpa de nuestros tiempos» (P. Roth: *Op. cit.*, p. 36).

15. Este equilibrio inestable es conocido como «complazco a mis padres en público mientras me abro la bragueta en privado» (*Ibid.*, p. 37).

16. *Ibid.*, p. 132.

17. *Ibid.*, p. 124.

vigilancia familiar) son suficientemente obvios. Los internos (psicológicos) pueden a veces ser lo suficientemente severos como para influenciar la percepción de la necesidad sexual. Los dos tipos de obstáculos (internos y externos) se refuerzan mutuamente uno a otro. Los factores externos consolidan la represión sexual y la represión sexual predispone a la influencia de los factores externos. El centro de este círculo vicioso es la familia.

Por mucho éxito que aparentemente tenga la represión, la materia reprimida continúa, por supuesto todavía ahí. Pero ahora corre por canales subterráneos. El individuo, al haber aceptado un abanico dado de valores «culturales», tiene que defenderse ahora de cualquier cosa que pueda romper el tan dolorosamente establecido equilibrio. Tiene que movilizar constantemente parte de sus potencialidades psicológicas contra las influencias «molestas». Además de las neurosis y psicosis, la «energía expandida en esta represión constante resulta en las dificultades para pensar y concentrarse, en la disimulación del conocimiento y probablemente en el empeoramiento de la capacidad mental». La «incapacidad de concentración» es quizás el más común de todos los síntomas neuróticos.

Según Reich, la «supresión de la sexualidad natural del niño, en particular de su sexualidad genital, hace de él un ser aprensivo, tímido, obediente, temeroso de la autoridad, «bueno» y «ajustado» en el sentido autoritario; paraliza las fuerzas rebeldes porque cualquier rebelión está cargada de ansiedad; produce, al inhibir la curiosidad sexual y los pensamientos sexuales del niño, una inhibición general de las facultades críticas y de pensamiento. Resumiendo, el fin de la represión sexual es el producir un individuo ajustado al orden autoritario al cual se someterá a pesar de toda miseria y degradación... El resultado es el miedo a la libertad y una mentalidad conservadora, reaccionaria. *«La represión sexual ayuda a la reacción política no sólo a través de este proceso que convierte al individuo de la masa en un ser pasivo y apolítico, sino también mediante la creación en su estructura de un interés en apoyar activamente el orden autoritario»*¹⁸.

Una vez criado el niño, el individuo ha adquirido algo más complejo y dañino que una simple respuesta obediente a la autoridad. También ha desarrollado todo un sistema de reacciones, represiones, ideas, racionalizaciones, que conforman la estructura de carácter adaptada al sistema social autoritario. El propósito de la educación —tanto en el este como en el oeste— es la producción en masa de robots de este tipo que han internalizado así las restricciones sociales, que se les someten automáticamente.

Sicólogos y psiquiatras han escrito muchas páginas sobre los efectos médicos

18. W. Reich : *The Mass Psychology of Fascism*, p. 25-26. (El subrayado es mío. MB.)

de la represión sexual¹⁹. Sin embargo, Reich ha reiterado constantemente la función *social* de la misma, ejercida a través de la familia. El propósito de la represión sexual era anclar la sumisión a la autoridad y el miedo a la libertad en el carácter del pueblo. El resultado neto era la reproducción, generación tras generación, de las condiciones básicas esenciales para la manipulación y el esclavizamiento de las masas.

5. La función de la familia

En su obra clásica sobre *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Engels atribuye a la familia en la sociedad capitalista tres funciones principales:

- a) Era un *mecanismo para la transmisión de la riqueza a través de la herencia*, un proceso que permitía a los grupos sociales dominantes perpetuar su poder económico. Esta ha sido sin duda una función importante de la familia burguesa. Sin embargo la esperanza de Engels de que «con la desaparición de la propiedad privada la familia perdería su última razón de ser» no se ha hecho realidad. La propiedad privada de los medios de producción se ha abolido en Rusia hace más de 50 años y la familia (en sentido compulsivo burgués) todavía parece estar profundamente arraigada tanto en la conciencia como en la realidad rusa. Por una extraña paradoja, es en el oeste capitalista donde la familia burguesa se ha sometido a la crítica más radical —en la teoría y en la práctica.
- b) La familia era también *una unidad de producción económica*, particularmente en el campo y en el pequeño comercio. La industria a gran escala y el éxodo general a las ciudades características del siglo XX han reducido marcadamente el significado de esta función.
- c) La familia era finalmente *un mecanismo para la propagación de la especie humana*. Esta afirmación es también correcta en relación con todo un periodo de la historia humana. Pero desde luego no debe ser tomada de forma que implique el que si no fuera por los matrimonios civiles o religiosos de tipo burgués (que Engels llamaba los «permisos para practicar el sexo»), ¡la propagación de la especie humana cesaría bruscamente! Otros tipos de relaciones

19. Esta aproximación fáctica es de desarrollo relativamente reciente. Como ponen de relieve Kinsey, Pomeroy y Martin en su famoso estudio sobre *La conducta sexual del varón* (Sauders, Philadelphia, 1948, p. 21-22): «Desde los albores de la Historia humana, desde las pinturas rupestres dejadas por los pueblos primitivos y a través de los desarrollos de todas las civilizaciones (antigua, clásica, oriental, medieval y moderna) los hombres han registrado sus actividades sexuales y sus ideas sobre el sexo. La literatura impresa es enorme y el otro material inacabable... [Esta literatura] es a la vez un interesante reflejo del absorbente interés del hombre por el sexo y de su pasmosa ignorancia del mismo; de su deseo de saber y su aversión a hacer frente a los hechos; de su respeto por una aproximación científica objetiva a los problemas implicados en el sexo y su irresistible necesidad de ser poético, pornográfico, literario, filosófico, tradicional y moral... en suma de hacer cualquier cosa excepto determinar los hechos básicos sobre sí mismo».

(más o menos duraderas, monógamas —o de otro tipo— mientras duren) son ciertamente concebibles. En una sociedad comunista los cambios tecnológicos y las nuevas formas de vida suprimirían casi por completo los quehaceres domésticos. La educación de los niños no sería probablemente función exclusiva de un par de individuos durante más de un cierto tiempo. Lo que se da normalmente como razones psicológicas para la perpetuación del matrimonio compulsivo a menudo no son más que meras racionalizaciones.

Los comentarios de Engels sobre la familia, aunque todavía conserven parte de su validez (y por muy válidos que hayan sido) no le permiten realmente a uno captar por entero el significado de esta institución. Tales comentarios ignoran toda una dimensión de la vida. El psicoanálisis clásico apuntaba una función adicional: la transmisión de las formas culturales dominantes. El psicoanálisis revolucionario tenía que llevar este concepto mucho más lejos.

Freud mismo había señalado que los padres educaban a sus hijos de acuerdo con los dictados de sus propios superegos (de los padres)²⁰. «En general los padres y autoridades similares siguen los dictados de sus propios superegos al educar a los niños [...] En la educación del niño son severos y exigentes. Han olvidado las dificultades de su propia niñez y les alegra ser capaces de identificarse al fin y totalmente con sus propios padres, quienes en su día les sujetaban a las mismas severas restricciones. El resultado es que el superego del niño no se constituye realmente sobre el modelo de los padres sino del superego de los padres. El superego llega a ser el vehículo de la tradición y de todos los viejos valores que se han transmitido de esta forma de generación en generación [...] La humanidad nunca vive totalmente en el presente; las ideologías del superego perpetúan el pasado, las tradiciones de la raza y el pueblo se rinden lentamente a la influencia del presente y a nuevos desarrollos. Mientras que actúan a través del superego, juegan un importante papel en la vida del hombre, con bastante independencia de las condiciones económicas».²¹ Reich desarrollaría estas ideas para explicar el desfase entre la conciencia de clase y la realidad económica y la tremenda inercia social representada por los hábitos de respeto y sumisión entre los oprimidos. Para ello tuvo que lanzarse a un asalto frontal contra la institución de la familia burguesa, un asalto que provocaría encendidos ataques contra su persona. Tales ataques no sólo fueron lanzados por los reaccionarios y fanáticos de todas clases, sino también por los marxistas²² y psicoanalistas ortodoxos²³.

20. De acuerdo con el modelo freudiano la personalidad consiste en el *id*, el *ego* y el *superego*. El primero y el último son inconscientes. El *id* es la suma total de los conductos del instinto del individuo. El *superego* es un tipo de policía interno, originado por las represiones ejercidas sobre el individuo «en nombre de la sociedad» por los padres y otros educadores. El *ego* es la conciencia misma del hombre.

21. S. Freud. *New Introductory Lectures on Psychoanalysis*, The Hogarth Press, Londres, 1933, p. 90-91.

22. Reich fue expulsado del Partido Comunista Alemán en 1933. En diciembre de 1932 el partido había prohibido la circulación de sus trabajos entre el Movimiento Juvenil Co-

«A medida que la base económica [de la familia] se hacía menos importante» escribía Reich, «su sitio era ocupado por la función política que la familia empezaba a asumir ahora. Su función cardinal, respaldada y defendida principalmente por la ciencia y la ley conservadoras, es la de servir *de fábrica para las ideologías autoritarias y las estructuras conservadoras*. Forma el aparato educacional a través del cual prácticamente cada individuo de nuestra sociedad, desde el momento de su primer respiro, ha de pasar [...] *es la correa de transmisión entre la estructura económica de la sociedad conservadora y la superestructura ideológica*».²⁴

Reich indagó implacablemente en la conducta familiar. El tipo predominante (la familia de «clase media baja») amplió hacia arriba la escala social, pero haciendo al mismo tiempo bajar en mayor grado a la clase de los trabajadores industriales. Su base era «la relación del padre patriarcal con su esposa e hijos [...] A causa de la contradicción entre su posición en el proceso productivo (el subordinado) y su función familiar (el jefe) juega el papel de «sargento». Se humilla ante los superiores, absorbe las actitudes predominantes (de aquí su tendencia a la imitación) y domina a los que están por debajo de él. Transmite los conceptos gubernamentales y sociales y los refuerza».²⁵ El proceso se «suaviza en el medio de los trabajadores industriales por el hecho de que los niños están mucho menos vigilados».²⁶

Casi todos los reaccionarios perciben claramente que la libertad sexual subvertiría el matrimonio compulsivo y con él la estructura autoritaria de la que la familia es una parte. (La actitud de los coroneles griegos hacia la minifalda, la coeducación y la literatura «permisiva» serían un ejemplo de libro de texto de lo que estamos tratando). Las inhibiciones sexuales tienen por lo tanto que ser ancladas en los jóvenes. «La sociedad autoritaria no se interesa por la moralidad *per se*. Más bien el anclaje de la moralidad sexual y de los cambios que provoca en el organismo son los que crean esa estructura síquica masiva de cualquier orden social autoritario. La «estructura del vasallo» es una mezcla de impotencia sexual, desvalidez, anhelo de un fñhrer, miedo de la autoridad, miedo de la vida y misticismo. Se caracteriza por una lealtad devota y una rebelión simultánea [...] La gente con tal estructura es incapaz de vivir democráticamente; su estructura anula todos los intentos de establecer o mantener

munista en el que habían tenido considerable eco. Marxista y sicoanalista, Reich vio condenada su obra por aquellos que pretendían ser los sustentadores-tipo del marxismo y del sicoanalismo. Un poco más tarde los nazis también prohibieron la circulación de sus obras en Alemania.

23. En 1927, Freud mismo advirtió a Reich, su antiguo alumno, de que atacando a la familia estaba «entrando en un nido de avispas». En agosto de 1934, Reich era expulsado de la Asociación Alemana de Sicoanalistas.

24. W. Reich: *The Sexual Revolution*, The Noonday Press, Nueva York 1962, p. 72. [Edición española de Ruedo ibérico, París, 1970.]

25. *Ibid.*, p. 73.

26. *Ibid.*, p. 75.

organizaciones regidas por verdaderos principios democráticos²⁷; forman el terreno psicológico en el que pueden desarrollarse las tendencias dictatoriales o burocráticas de sus líderes elegidos democráticamente.»²⁸

Una sociedad de clase sólo puede funcionar en tanto que aquellos que explota acepten su explotación. La expresión debería ser tan obvia como para no necesitar explicación. Sin embargo existen todavía en la escena política actual, grupos que mantienen que las condiciones «se pudren de puro maduras que están para la revolución» y que sólo la falta de una dirección apropiada impide a las masas revolucionarias ambicionar una transformación total de sus condiciones de vida, llevar a cabo tal revolución. Por desgracia está muy lejos de ser éste el caso. De una forma empírica incluso Lenin se dio cuenta. En abril de 1917 escribió: «La burguesía se mantiene a sí misma no sólo por la fuerza sino también por la ausencia de conciencia, por la fuerza de la costumbre y el hábito entre las masas.»²⁹

Es obvio que si amplios sectores de la población pusieran en cuestión constantemente los principios de la jerarquía, la organización autoritaria de la producción, el sistema de salarios u otros aspectos fundamentales de la estructura social, ninguna clase dirigente podría mantenerse durante largo tiempo. Para que los gobernantes continúen gobernando es necesario que los últimos de la escala social no sólo acepten sus condiciones sino que hasta eventualmente pierdan el sentido de ser explotados. Una vez que se haya llevado a cabo este proceso psicológico la división de la sociedad llegará a legitimarse en las mentes del pueblo. Los explotados dejan de percibirla como algo que se les impone desde fuera. Los oprimidos han internalizado su propia opresión. Tienden a actuar como robots, programados para no rebelarse contra el orden establecido. Los robots pueden incluso tratar de defender su posición subordinada, racionalizarla y muchas veces rechazarán cualquier charla sobre la emancipación como un «cuento de hadas». A menudo son impermeables a las ideas progresivas; sólo en tiempos de brotes de insurrección ocasionales tienen que recurrir a la fuerza, como un tipo de refuerzo de un estímulo condicionante.

Reich describe este proceso como sigue: «No es meramente una cuestión de imposición de ideologías, actitudes y conceptos a los miembros de la sociedad; es cuestión de un proceso de profundo alcance en cada nueva generación de la formación de una estructura síquica que corresponde al orden social existente,

27. La relevancia de esto para la mayoría de las organizaciones «de izquierda» apenas necesita ser subrayada. Los revolucionarios mismos —en éste como en otros aspectos— están entre los peores enemigos de la revolución.

28. *Ibid.*, p. 79.

29. V.I. Lenin: *Selected Works*, vol. VI, p. 36. Lenin escribió esto a pesar de la ausencia total de entendimiento o conciencia de los mecanismos por los que «la fuerza de la costumbre y el hábito entre las masas» estaban mediados y perpetuados. Esta falta de entendimiento le llevó a una abierta hostilidad hacia la revolución sexual que floreció en Rusia en la etapa de la guerra civil y a contribuir todavía con otro elemento a la degeneración burocrática.

en todos los estrados de la población [...] Dado que este orden moldea la estructura síquica de todos los miembros de la sociedad se reproduce a sí mismo en el pueblo [...] *el primer y más importante lugar de reproducción del orden social es la familia patriarcal* que crea en los niños una estructura de carácter que les hace asequibles a la influencia posterior de un orden autoritario [...] este anclaje caracteriológico del orden social explica la tolerancia de los oprimidos hacia la regla de la clase superior, tolerancia que a veces llega hasta la afirmación de su propia subyugación. La investigación de la estructura de carácter tiene pues un interés mayor que el puramente clínico; lleva a la cuestión de por qué las ideologías cambian mucho más lentamente que la base socio-económica, por qué el hombre por regla general se queda atrás de lo que crea y de lo que debería y podría cambiarle. La razón es que la estructura de carácter se adquiere en la niñez y experimenta poco cambio.»³⁰

Volviendo al título de este trabajo, es esta estructura de carácter colectivo, esta armadura «protectora» de reacciones e ideas rígidas y estereotipadas, la que determina la conducta irracional de los individuos, grupos o grandes masas de gente. En palabras de Spinoza, nuestro trabajo no es «ni reír ni llorar, sino entender.» Es en esta estructura colectiva de carácter de las masas donde uno debería encontrar explicaciones a la ausencia de conciencia de clase del proletariado, a su aceptación del orden establecido, a su pronto apoyo a las ideas reaccionarias y a su participación en las guerras imperialistas. Es también aquí donde uno buscaría la causa del dogmatismo, de las actitudes religiosas en política, del conservadurismo entre «revolucionarios» y de las inquietudes generadas por lo nuevo. Es aquí donde deberían buscarse los orígenes de «lo irracional en la política».

6. Las raíces históricas

No todas las sociedades están —o han estado— reprimidas sexualmente. Hay considerable evidencia de que el ethos y las costumbres sexuales de ciertas sociedades adelantadas —y de ciertas sociedades «primitivas» actuales— son muy distintos de las del «hombre moderno, occidental».

Es imposible entender cómo o por qué se originó la represión —y qué influencias la mantienen, refuerzan o debilitan— sin ver el problema en un contexto mucho más amplio, es decir, el de la evolución histórica de las relaciones entre los sexos, en particular de la evolución de relaciones tales como parentesco y matrimonio. Estas son las principales preocupaciones de la antropología social moderna.

La cuestión puede compararse a un campo de minas sembrado de trampas metodológicas. Hace unos cien años se publicaron un número importante de

30. W. Reich: *Character Analysis*, Vision Press, Londres, 1958. Prefacio a la primera edición, p. XIII, XXIII, XXIV.

libros que sacudieron las ideas establecidas hasta las raíces, en los que se preguntaban sobre la inmutabilidad de la conducta y las instituciones humanas³¹. Los autores de estos libros jugaron un importante papel en la historia de la antropología. Pretendieron colocar el tema sobre una base histórica firme. Señalaron importantes conexiones entre formas de matrimonio y costumbres sexuales, por un lado y —por otro lado— factores tales como el nivel tecnológico, la herencia de la propiedad y las relaciones autoritarias que prevalecen dentro de los distintos grupos sociales, etc. Establecieron el estudio completo del parentesco y le dieron su terminología. Pero, llevados por la gran euforia científica y racionalista de finales del siglo XIX, estos autores generalizaron más allá de lo que era permisible sobre la base de los datos disponibles. Construyeron grandes esquemas y sacaron grandes conclusiones sobre la historia de la humanidad que algunos expertos modernos han descrito cortésmente como «las famosas especulaciones pseudohistóricas»³² y otros como «algo vacilantes y sin fundamento.»³³

Resumiremos ahora estos conceptos «clásicos» (en relación con las áreas que nos conciernen) con una ojeada para comentar qué es dudoso y qué no puede aceptarse por más tiempo a la luz del conocimiento moderno.

En las sociedades primitivas el nivel tecnológico era muy bajo y no había excedente que pudiera ser apropiado por los sectores no productivos de la comunidad. Había una división elemental, «biológica», del trabajo: los hombres, que eran más fuertes, salían a cazar o a sembrar los campos; las mujeres preparaban la comida y cuidaban de los niños. Se mantenía que en estas sociedades los «matrimonios de grupo» eran normales. Por consiguiente era difícil o imposible conocer el padre de cualquier niño. La madre, por supuesto, era siempre conocida y la descendencia por lo tanto se reconocía en términos de línea materna. Tales sociedades se describían como «matriarcales». Con los adelantos tecnológicos (el descubrimiento del bronce y el cobre, la fundición del mineral de hierro, la fabricación de herramientas, el desarrollo de nuevos métodos de cultivar la tierra y criar el ganado) pronto fue posible que «dos brazos produjeran más de lo que podía consumir una boca». La guerra y la captura de esclavos se convirtieron en actividades significativas. El papel económico de los hombres en la tribu asumió pronto una preponderancia que no estaba de acuerdo con su ambiguo *status* social. Según palabras de Engels, «a medida

31. Entre tales libros cabría mencionar *Das Mutterrecht* (Stuttgart, 1861) de J.J. Bachofen; *Primitive Marriage* (Black, Londres, 1865) y *Studies in Ancient History* (Macmillan, Londres, 1876) de J.F. McLennan; *Ancient Society* (Holt, Nueva York, 1870) y *Systems of Consanguinity and Affinity of the Human Family* (Smithsonian Institute, Washington, 1877) de L.H. Morgan; *The Origin of the Family, Private Property and the State* (Zurich, 1884) de Engels, y *The History of Human Marriage* (Macmillan, Londres 1888) de E. Westermarck.

32. Véase *African Systems of Kinship and Marriage* de A.R. Radcliffe-Brown y D. Forde, OUP, 1950, p. 72.

33. R. Fox: *Kinship and Marriage*, Penguin Books, 1967, p. 18.

que la riqueza incrementaba tal papel, por una parte daba al hombre un *status* en la familia más importante que a la mujer, y por otra, creaba un estímulo para utilizar esta posición consolidada con objeto de destruir el orden tradicional de la herencia en favor de los hijos. Pero esto era imposible mientras prevaleciese la descendencia por línea materna.»³⁴

De acuerdo con la teoría «clásica» tuvo lugar entonces un profundo cambio, difundido probablemente durante muchos siglos, que Engels describió como «la derrota histórica mundial del sexo femenino»³⁵. Los hombres se convirtieron gradualmente en el sexo dominante, económica y socialmente. Las mujeres pasaron a ser mercancías que se cambiaban por armas o ganado. Con los cambios adicionales en la productividad del trabajo, se producía ahora un excedente social definido. Los que tenían acceso a este excedente intentaron institucionalizar sus derechos como «propiedad privada» y dejar parte de ella a sus descendientes. Pero para hacer esto tenían que saber quiénes eran. De aquí la aparición de la familia patriarcal, del matrimonio monógamo, y de una moralidad sexual que insistía en la castidad femenina y que exigía la virginidad de las mujeres antes del matrimonio y la fidelidad durante él. La infidelidad femenina se convierte en crimen castigado con la muerte puesto que permitía el nacimiento de dudas respecto a la legitimidad de los descendientes.

Lo que es falso en este esquema es la noción —a menudo manifestada explícitamente— de que la totalidad del género humano atravesó una serie de etapas caracterizadas por formas específicas de organización social y modelos específicos de herencia.

Hay poca evidencia de que las sociedades basadas en el «matriarcado»³⁶ o aun en el «derecho materno» fueran siempre formas universalmente dominantes. Es erróneo considerar cualquier tribu contemporánea en la que prevalece todavía la descendencia por línea materna como una especie de fósil, detenida en una etapa anterior de la evolución³⁷. También es erróneo asociar formas específicas de matrimonio con niveles específicos de desarrollo tecnológico («matrimonio de grupo» con «barbarismo», «matrimonio monógamo» con «civili-

34. F. Engels: *The Origin of the Family, Private Property and the State*, Foreign Languages Publishing House, Moscú, 1954, p. 92.

35. *Ibid.*, p. 94.

36. Probablemente no haya habido nunca una sociedad verdaderamente «matriarcal» en el sentido de ser una imagen de la sociedad patriarcal. La noción de una sociedad tal donde las esposas manejan la economía doméstica, dan órdenes a sus maridos, les vapulean de vez en cuando y toman todas las decisiones importantes relativas a los individuos y a la tribu como un todo, es en el mejor de los casos una proyección retrospectiva o pesadilla de ciertos hombres con conciencia culpable.

37. Es interesante que las sociedades matrilineales modernas mejor conocidas (los Mahars de Kerala y los Malayos de Menangkabau) lejos de ser «primitivas» son avanzadas y cultas, habiendo producido una extensa literatura. Los kahasi de Assam son menos avanzados pero de ningún modo son salvajes. Como señalan Radcliffe-Brown y Forde (*African Systems of Kinship and Marriage*): «los ejemplos típicos de matriarcado se encuentran no entre los pueblos más primitivos sino en sociedades avanzadas o avanzadas relativamente».

zación», etc.). Esto no quiere decir que los sistemas de parentesco sean arbitrarios. Son adaptables y realmente se han adaptado para desempeñar diversas necesidades humanas. Estas «necesidades» han diferido ampliamente según la densidad de población, condiciones climáticas, fertilidad de la tierra y otras numerosas variables, conocidas y desconocidas. Las alternativas «patriarcal»—«matriarcal» son por otra parte extremadamente ingenuas³⁸. Ahora sabemos que tenemos que distinguir entre modelos hereditarios por línea materna, línea paterna o «cognáticos» (parentesco por ambas partes) y entre modelos matrilocales y patrilocales (¿quién vive dónde?) de asentamiento y que por tanto todos ejercen una influencia considerable sobre las cuestiones sociales y sexuales. Hay también diferencias entre relaciones y obligaciones de persona a persona (herencia, etc.), y obligaciones de grupo (en relación a la tierra común o indivisible, al culto a los antepasados, a los «deberes» de vengar la muerte, etc.) que pueden entrar en conflicto. La realidad es extremadamente compleja en sus manifestaciones y actualmente éstas no pueden «ordenarse» tan fácilmente como en el pasado. Además la «misma rigidez de las teorías (clásicas) hace difícil su uso y está en claro contraste con la maleabilidad de los seres humanos³⁹.»

¿Qué queda entonces del esquema clásico? En primer lugar el coraje intelectual y la ambición de intentar dominar la realidad en su totalidad y de no tratar de refugiarse tras la complejidad de los hechos que proclaman la incoherencia de la naturaleza. Cuando uno oye que «la moderna antropología» ha «invalidado a Morgan» se acuerda de la tan oída afirmación de que «la sociología moderna ha invalidado a Marx». Esto es cierto a un nivel, pero existe también una confusión deliberada entre perspectiva y detalle, entre método y contenido, entre intención y ejecución.

A un nivel más específico sigue siendo cierto que la aparición de un excedente social condujo a una lucha por su apropiación y a intentos de restringir su difusión por medios institucionales. También es cierto que por lo general este proceso estuvo asociado con una restricción progresiva de los derechos sexuales femeninos y con la aparición de una creciente moralidad autoritaria. Aunque algunas sociedades matriarcales pueden haber estado inhibidas sexualmente y aunque no todas las sociedades patriarcales son necesariamente represivas, es cierto que por lo general cuanto más extendidas han estado las funciones «patriarcales» más represivas han sido las sociedades. El psicoanálisis moderno puede arrojar más luz sobre los mecanismos que hacen posible que esto ocurra. En esta etapa sólo podemos acotar un área que necesita ser estudiada con urgencia.

El *status* «inferior» de las mujeres fue ampliamente aceptado en seguida. A

38. En esto se parecen a muchas de las «alternativas» propuestas actualmente por los así llamados revolucionarios (por ejemplo «el matrimonio monógamo» o «las comunas» para la vida «después de la Revolución»).

39. P. Fox: *Op. cit.*, p. 63.

lo largo de los siglos, a través de la sociedad esclavista, la feudal y la capitalista —y también en muchas partes del mundo que no han seguido esta secuencia— surgirían todo un ethos, toda una filosofía, y toda una serie de costumbres sociales que consagrarían esta relación de subordinación tanto en la vida real como en las mentes de hombres y mujeres.

Los textos sagrados de los hindús limitan el acceso de las mujeres a la libertad y a los bienes materiales. Los antiguos griegos eran profundamente misóginos y relegaban a sus mujeres al gineceo: Pitágoras habla de un «principio bueno que creó el orden, la luz y el hombre — y un principio malo que creó el caos, la oscuridad y la mujer». Demóstenes proclamaba que «uno tomaba una esposa para tener hijos legítimos, concubinas para estar bien atendido y cortesanas para los placeres del amor físico». Platón en su *República* declara que «los matrimonios más santos son los que dan más beneficio al Estado». Los padres de la Iglesia cristiana lograron pronto destruir las primeras esperanzas de libertad y emancipación que habían conducido a muchas mujeres al martirio. Las mujeres se convirtieron en sinónimo de tentación eterna. Son vistas como una constante «invitación a la fornicación, una trampa para el imprudente». San Pablo afirma que «el hombre no fue creado para la mujer, sino la mujer para el hombre». San Juan Crisóstomo proclama que «entre todas las bestias salvajes, ningunas son tan peligrosas como las mujeres». Según Santo Tomás de Aquino «la mujer está destinada a vivir bajo la dominación del hombre y no tiene autoridad por derecho propio».

Estas actitudes se perpetuaron en la ideología dominante de la Edad Media y aun en los tiempos actuales. Milton, en *El paraíso perdido*, proclama que «el hombre fue hecho por Dios y la mujer fue hecha por el hombre». Schopenhauer define a la mujer como «un animal con pelo largo e ideas cortas». Nietzsche la llama «el descanso del guerrero». Incluso el confuso Proudhon la ve como «ama de casa o cortesana» y proclama que «ni por naturaleza ni por destino puede una mujer ser socio, ciudadano o propietario de una oficina pública». El kaiser Guillermo II declinó el papel de las mujeres (del que se hizo eco más tarde el III Reich): ser «Kirche, Küche, Kinder» (Iglesia, Cocina y Niños). En 1935, Wilhelm Reich escribió una obra importante *Der Einbruch der Sexualmoral* que explica cómo se desarrolló una moral sexual autoritaria. El libro no se ha traducido al inglés y es muy difícil encontrar copias. En él Reich trata de algunas observaciones interesantes de Malinowski sobre los habitantes de las Islas Trobriand (Nueva Guinea oriental), donde prevalecían formas matrilineales de parentesco. (Reich había conocido a Malinowski en Londres en 1934). Entre los habitantes de las Trobriand había juegos sexuales durante la niñez y una considerable libertad sexual durante la adolescencia. Los «tics» y las neurosis eran prácticamente desconocidos y la actitud general ante la vida era sencilla y relajada. Sin embargo Reich habla de la práctica por la que, entre los grupos dirigentes, se animaba a algunas chicas a casarse con sus primos primeros (los hijos del hermano de la madre) permitiendo de ese modo que se recuperaran los contratos matrimoniales y quedaran dentro de la familia. Mien-

tras que la libertad sexual se extendía entre los otros jóvenes de las Trobriand, los destinados a un matrimonio de este tipo serán sometidos desde pequeños a toda clase de tabús sexuales. Los intereses económicos —la acumulación de la riqueza dentro del grupo dominante— determinaban restricciones de libertad sexual dentro de este grupo.

Reich compara los habitantes de las Trobriand y otras sociedades no inhibidas sexualmente con las sociedades patriarcales clásicas que producen neurosis y miseria masivas a través de la represión sexual. Con el fortalecimiento del patriarcado la familia adquiere, además de su función económica, la función más significativa de cambiar desde la estructura humana de miembro libre del clan a la de miembro oprimido de la familia... la relación entre los miembros del clan, que era libre y voluntaria, basada sólo en intereses vitales comunes, se sustituye por un conflicto entre intereses económicos y sexuales. La realización voluntaria en el trabajo se sustituye por el trabajo compulsivo y la rebelión contra él. La sociabilidad sexual natural es sustituida por las exigencias de moralidad; la relación amorosa espontánea y voluntaria se sustituye por el «deber marital»; la solidaridad del clan se reemplaza por lazos familiares y rebeliones contra ellos; la vida regulada sexoeconómicamente es sustituida por la represión genital, los trastornos neuróticos y las perversiones sexuales; el organismo biológico naturalmente fuerte, autodependiente, se vuelve débil, impotente, dependiente, temeroso de Dios; la «experiencia orgástica de la naturaleza» es sustituida por el análisis místico, la «experiencia religiosa» y el deseo vegetativo incumplido, el debilitado ego del individuo busca la fuerza en la identificación con la tribu, más tarde con la «nación» y con el jefe de la tribu, más adelante con el patriarca de la tribu y con el rey de la nación⁴⁰. Con todo esto ha tenido lugar el nacimiento de la estructura del vasallo; el anclaje estructural de la subyugación humana está asegurado⁴¹.

7. Wilhelm Reich y la revolución sexual

Los que quieren cambiar la sociedad tienen que tratar de comprender cómo la gente piensa y actúa en ella. No es éste, sin embargo, un campo en el que los revolucionarios tradicionales se sienten a gusto. Por razones que hemos ya mostrado, se sienten claramente incómodos a la hora de enfrentarse con el problema... Los puntos de vista de Reich a propósito del condicionamiento social tienen indudable relevancia al respecto, a pesar de lo que se piense de otros aspectos de su obra.⁴²

Hay algunos posibles malentendidos que deben ser clarificados de inmediato. Nosotros no estamos diciendo que la revolución sexual sea *la* Revolución. No hemos abandonado la lucha por la revolución para convertirnos en «profetas

40. O con el partido —o el secretario general del partido— quienquiera que sea en ese momento. MB.

41. W. Reich: *The Sexual Revolution*, p. 161-162.

42. En los últimos años de su vida, Reich acusó marcados síntomas de paranoia, enfren-

del mejor orgasmo». No estamos en el tránsito de la política revolucionaria colectiva a la emancipación sexual individual. No decimos que los factores sexuales tengan que ser substitutivos de los económicos en la comprensión de la realidad social o que la comprensión de la represión sexual genere automáticamente una visión interna de los mecanismos de explotación y alienación que están en la raíz misma de la sociedad de clases. Ni tampoco estamos refrendando los últimos escritos de Reich, sea en el campo de la biología o en el de la política.

Lo que decimos es que la revolución es un fenómeno total o si no no es nada,⁴³ que una revolución social que no sea *también* una revolución sexual es poco probable que llegue hasta la raíz de las cosas, y que la emancipación sexual no es algo que «llegará más tarde», «automáticamente» o «por añadidura» o bien como «subproducto» de una revolución en otros aspectos de la vida de las gentes. Estamos recalcando el hecho de que ninguna «comprensión» de la realidad social puede ser total si olvida los factores sexuales y que la represión sexual tiene en sí misma orígenes económicos y efectos sociales. Tratamos de explicar algunas de las dificultades con las que se encuentran los revolucionarios y algunos de los problemas reales con los que tienen que enfrentarse *aquí y ahora*. Finalmente, tratamos de explicar por qué la tarea del militante puramente «industrial» o del revolucionario puramente «político», es tan difícil, ingrata y, a largo plazo, estéril.

A menos que los revolucionarios sean claramente conscientes de *todas* las resistencias que han de vencer, ¿cómo pueden pretender romperlas? A menos que los revolucionarios sean conscientes de las resistencias (por ejemplo, las influencias insospechadas de la ideología dominante) existentes dentro de ellos mismos, ¿cómo pueden esperar el solidarizarse con los problemas de los demás? ¿Qué proporción de la vida de una persona ordinaria está dedicada a «la política» (incluso en términos básicos de lucha económica organizada) y qué parte a los problemas de relaciones interpersonales? El plantear la pregunta proporciona ya la respuesta. Miremos tan sólo la literatura corriente de izquierda hoy en día. Leyendo las columnas del *Morning Star*, *Worker's Press*, *Militant*, *Socialist Worker* o *Socialist Standard*⁴⁴ uno no encuentra ni siquiera una pista de que los problemas aquí discutidos existan. El hombre es visto como un fragmento ridículo de su estatura total. Rara vez tiene uno la impresión de

tándose con casi todos sus antiguos colaboradores. Le volvía loco, al menos en parte, la aparentemente insoluble contradicción «no a la revolución social sin la revolución sexual — no a la revolución sexual sin la revolución social». Una biografía reciente, *Wilhelm Reich*, de Ilse Ollendorf Reich (Elek, Londres, 1969), su tercera mujer, proporciona un balance bastante objetivo de la última fase de la vida de este hombre singular.

43. Como dijo una vez Saint Just, «los que solamente llevan a cabo la mitad de una revolución, cavan su propia tumba».

44. [N.D.T.] Léase *Mundo Obrero* o cualquier otra publicación oficial de partidos o grupos de la izquierda marxista-leninista-maoista-trotskista-etc. de la España de hoy.

que los revolucionarios tradicionales estén hablando de personas *reales*, cuyos problemas en relación con esposas, padres, compañeros o hijos ocupan una parte de su vida tan grande al menos como la que dedican a su lucha contra la explotación económica. Los marxistas mantienen (aunque más a menudo lo dan simplemente por sentado) que un cambio en las relaciones de propiedad (o en las relaciones de producción) iniciará un proceso que resolverá eventualmente los problemas emocionales de la humanidad (¿y dará fin a la miseria sexual a través de un cambio en las jefaturas?). Las cosas no son así ni mucho menos. Si Marx no se equivoca y «el socialismo es la autoconciencia positiva del hombre», la lucha al nivel de la emancipación sexual tiene que ser entendida en términos explícitos y no dejar que la victoria simplemente llegue (o no llegue) inmediatamente después del cambio económico. Es difícil, no obstante, convencer de esto al revolucionario medio. Su propia «armadura de carácter» le vuelve impermeable a las necesidades básicas de muchos de aquellos en nombre de quienes cree estar actuando. Los revolucionarios medios tienen miedo de politizar la cuestión sexual porque tienen miedo de lo que hay en ellos mismos.

¿Cuáles son las implicaciones prácticas de las ideas que hemos esbozado aquí? ¿Puede darse la revolución sexual dentro del contexto capitalista? ¿Puede la revolución realizarse mientras el pueblo está todavía reprimido sexualmente? Esperamos mostrar en esta sección que incluso el plantear la cuestión en estos términos es incorrecto y que hay una profunda relación dialéctica entre las dos preguntas que no debe nunca perderse de vista.

En un principio, Reich esperaba que sería posible eliminar las neurosis mediante la educación, la explicación y el cambio en los hábitos sexuales. Pero muy pronto se dio cuenta que era una pérdida de tiempo poner en cola a los pacientes para que se tumbasen en el sillón del siquiatra si la sociedad producía las neurosis más deprisa de lo que los analistas eran capaces de hacer para curarlas. La sociedad capitalista era una industria de producción en masa en lo tocante a las neurosis. Y donde no producía neurosis bien definidas, clínicamente reconocibles, producía a menudo «adaptaciones» que mutilaban al individuo al obligarle a someterse. (En la sociedad moderna la sumisión y la adaptación son con frecuencia el precio pagado para evitar la neurosis individual.) La creciente toma de conciencia de este hecho, llevó paulatinamente a Reich a poner en cuestión la totalidad del modelo de organización social y a sacar conclusiones revolucionarias. Asimismo, Reich llegó a ver que el «problema sexual» estaba íntimamente relacionado con las estructuras sociales autoritarias y que no podría ser resuelto sin la destrucción del orden establecido.

Llegados a este punto, muchos hubieran abandonado el psicoanálisis para pasarse a la política radical del tipo clásico. Lo que hace de Reich un pensador tan original e interesante es el que se apercibiese también de lo contrario, es decir, de que sería imposible alterar fundamentalmente el orden social existente mientras la gente estuviera condicionada (a través de la represión sexual y la educación autoritaria) para aceptar las normas fundamentales de la sociedad

que les rodeaba. Reich se alistó en el partido comunista austriaco en julio de 1927 después de los sangrientos sucesos de Schattendorf y Viena⁴⁵. Participó en reuniones, en la confección de panfletos, manifestaciones, etc. Pero simultáneamente continuó desarrollando el psicoanálisis revolucionario, guiándolo hacia terrenos biológicamente inexplorados. Lo tomó allí donde dejaba de ser una cómoda profesión para conducirlo a áreas donde comenzaba a ser una ocupación peligrosa. Organizó clínicas gratuitas de higiene sexual en los distritos obreros de Viena, que se revelaron tremendamente populares y dieron a Reich una profunda visión no sólo de la miseria económica y sexual de la población, sino también de la «estructura irracional adquirida por las masas», que hacía posible la «dictadura a través de la utilización de lo irracional».⁴⁶

En los escritos de Reich, «el hombre» como paciente y «el hombre» como ser social se fundían cada vez más en uno solo. Las experiencias reales de Reich en política (el apoyo y «justificación» de la brutalidad policiaca por parte de amplias capas de la población austriaca, la aceptación de la autoridad incluso por los hambrientos, el relativamente fácil acceso al poder de los nazis en Alemania, el triunfo de los «piratas políticos» sobre las «masas reprimidas y hambrientas») le llevaron a cuestionar cada vez con mayor profundidad los mecanismos mediante los cuales la ideología dominante calaba en las filas de los oprimidos, a buscar más a fondo las raíces de lo «irracional en política».

Las conclusiones de Reich han sido ya señaladas: la estructura de carácter de las personas les impide llegar a darse cuenta de sus intereses reales. El miedo a la libertad, el ansia de orden (de *cualquier* tipo), el pánico ante la idea de verse privadas del líder, la ansiedad con la que se enfrentan al placer o a las ideas nuevas, el dolor causado por el hecho de tener que pensar por sí mismas, son factores todos que actúan contra cualquier deseo de emancipación social. «Ahora entendemos», escribió Reich, «un elemento básico en la «retroacción de la ideología en la base económica». La inhibición sexual altera la estructura del individuo económicamente oprimido de forma tal, que piensa, siente y actúa contra sus propios intereses materiales.»⁴⁷

Podría pensarse que de tal análisis no pueden inferirse más que conclusiones

45. A principios de 1927, en la pequeña ciudad austriaca de Schattendorf, algunos miembros del Heimwehr (una formación paramilitar de ultraderecha, parte de la cual se pasó más tarde a los nazis) habían abierto fuego desde un albergue fortificado contra una procesión pacífica de trabajadores socialistas, matando a dos de ellos e hiriendo a bastantes. El 14 de julio los asesinos eran liberados por un juez fiel al Viejo Régimen. Al día siguiente hubo huelga masiva y manifestaciones callejeras en Viena, en el curso de las cuales la multitud prendió fuego al Palacio de «Justicia». La policía disparó casi a bocajarro; 85 civiles, todos ellos obreros, fueron muertos y algunos a manos de policías a quienes acababan de rescatar del edificio en llamas. La mayor parte de los cadáveres fueron enterrados en una «Tumba de Honor» masiva suministrada por el Consejo vienes, entonces bajo control socialista. Los acontecimientos marcaron un hito en la historia de Austria. Para más detalles véase *Fallen Bastions*, de G.E.R. Geyde.

46. W. Reich: *The Mass Psychology of Fascism*, p. 212.

47. *Ibid.*

pesimistas. Si es imposible mantener una actitud racional ante la sexualidad bajo el sistema capitalista (porque la continuación del capitalismo excluye el desarrollo de la racionalidad en general), y si no es posible lograr un cambio social real en tanto el pueblo esté reprimido sexualmente (porque en estas condiciones acepta la autoridad), el panorama puede sin duda parecer negro, tanto en lo que se refiere a la revolución sexual como a la social.

La biografía de Reich escrita por Cattier contiene un pasaje que ilustra este dilema con brillantez: «Cuando Reich estaba con sus pacientes se percataba de que movilizaban todas sus defensas contra él. A medida que el analista se acercaba al material reprimido, se agarraban a su equilibrio neurótico y sentían miedo. Del mismo modo, las ideas revolucionarias se escapan de la armadura de carácter de las masas porque tales ideas hacen referencia a todo aquello que la gente ha tenido que ahogar dentro de ella misma para poder soportar su propio embrutecimiento».

«Sería incorrecto creer que el pueblo trabajador no llega a rebelarse por falta de información sobre los mecanismos de la explotación económica. De hecho, la propaganda revolucionaria que trata de explicar a las masas la injusticia social y la irracionalidad del sistema económico cae en oídos sordos. Los que se levantan a las 5 de la mañana para trabajar en una fábrica y encima tienen que gastar 2 horas de cada día en el metro o en los trenes suburbanos, tienen que adaptarse a estas condiciones eliminando de su mente cualquier cosa que pueda poner en cuestión de nuevo estas condiciones. Si se dieran cuenta de que estaban perdiendo sus vidas al servicio de un sistema absurdo, o se volverían locos o se suicidarían. Tal visión, cargada de ansiedad, la evitan justificando su existencia mediante la racionalización de la misma⁴⁸. Reprimen cualquier cosa que les pueda perturbar y adquieren una estructura de carácter adaptada a las condiciones bajo las cuales tienen que vivir. De aquí se desprende que la táctica idealista consistente en explicar a la gente que está oprimida es inútil, dado que esa gente ha tenido que suprimir la percepción de la opresión para poder vivir con ella. Los propagandistas revolucionarios proclaman a menudo que están tratando de elevar el nivel de conciencia de los trabajadores. La experiencia muestra que sus esfuerzos son raras veces fructíferos. ¿Por qué? Porque tales esfuerzos se enfrentan contra todos los mecanismos de defensa inconscientes y contra todas las múltiples racionalizaciones que la gente ha tenido que construir con objeto de *no ser* consciente de la explotación y el vacío de sus vidas».

Esta imagen sombría contiene más verdad de la que la mayoría de los revolucionarios pueden admitir cómodamente. Pero es incorrecta en última instancia.

48. Tal afirmación es absolutamente correcta. Muy a menudo son precisamente los más oprimidos económicamente y los más culturalmente privados los que defienden de forma estentórea la necesidad de dirigentes y de la jerarquía y la imposibilidad de la igualdad o del control obrero, descritos ambos con vehemencia como contrarios a la «naturaleza humana». [M.B.]

Y es incorrecta porque implica la existencia de individuos *totalmente* maleables, en los cuales la represión sexual *total* ha producido los prerequisites para un *total* condicionamiento y por tanto para una aceptación *total* de la ideología dominante. La imagen es incorrecta, porque no es dialéctica. No abarca la posibilidad de que las actitudes puedan cambiar, de que las «leyes» que gobiernan los mecanismos psicológicos puedan alterarse, de que una lucha contra la represión sexual (dictada por las propias necesidades sexuales) podría ablandar la «armadura de carácter» de los individuos y hacerles más capaces de pensar y actuar racionalmente. En cierto sentido, el modelo descrito implica una visión de las reacciones psicológicas como algo inalterable y prefijado, gobernado por leyes objetivas que operan independientemente de las acciones y deseos de los hombres. En este sentido, contiene una extraña similitud con la imagen del capitalismo presente en la mente de muchos revolucionarios⁴⁹. Pero ni el mundo interno del hombre ni el externo existen de hecho de esta forma. La clase obrera no se somete a su historia, hasta que un día ésta la haga explotar. Su continua lucha en la producción modifica constantemente la arena en la que va a disputarse la próxima fase de la batalla. La clase obrera por sí misma constituye un cambio en el proceso. Mucho de lo anterior es aplicable también a la lucha del hombre por la libertad sexual.

El propio Reich era consciente de esta posibilidad. En el prólogo de la primera edición de *Character Analysis* (1933) escribió: «Gradualmente, con el desarrollo del proceso social, se desarrolla una creciente discrepancia entre la renuncia reforzada y la tensión ascendente de la libido: *esta discrepancia socava la «tradición» y forma el núcleo psicológico de actitudes que amenazan el anclaje de lo irracional en el individuo.»*

8. Límites y perspectivas

El «socavamiento de la tradición» al que se refería Wilhelm Reich ciertamente ha progresado en los últimos años. El cambio en las actitudes tradicionales está ganando ímpetus y haciéndose a la vez más explícito de una forma que habría sorprendido y deleitado a Reich. Viendo la ruina que le rodeaba en los distritos proletarios de Viena y Berlín (a finales de los años 20 y principios de los 30), Reich escribió brillantes y amargas páginas sobre la miseria sexual de los adolescentes, sobre el daño hecho a la personalidad por la culpabilidad de la masturbación, la ignorancia y la mala información sobre el control de la natalidad, el alto coste de los anticonceptivos, los abortos ilegales (destino tan frecuente de las jóvenes y amas de casa proletarias) y sobre la hipocresía del matrimonio burgués «compulsivo» con sus inevitables secuelas de desconfianza,

49. Véase *Modern Capitalism and Revolution* de Paul Cardan (en particular el capítulo «Capitalism ideology yesterday and today»), Solidarity Press, Londres, 1965, [publicado en castellano, con el título *Capitalismo moderno y revolución*, por Ruedo ibérico, Colección el Viejo Topo, París, 1970.]

adulterio y prostitución. La verdadera libertad sexual de los jóvenes, escribía Reich, significaría el fin de este tipo de matrimonio. La sociedad burguesa necesitaba el matrimonio burgués como una de las piedras angulares de su edificio. Para Reich cualquier escala amplia de libertad sexual era inconcebible dentro de la estructura del capitalismo.

Lo que ha sucedido ha sido bastante diferente de lo que Reich pudo haber previsto. En las sociedades industriales avanzadas la constante lucha de los jóvenes por lo que es uno de sus derechos fundamentales —el derecho a una vida sexual normal a partir de la edad en que son capaces para ello— ha conseguido hacer mella en la ideología represiva, provocar cambios y modificar el estrato sobre el que tendrá que llevarse a cabo la nueva etapa de la lucha. Los adolescentes están saliendo de la atmósfera sofocante de la familia tradicional, lo que puede ser de considerable importancia. La información y la ayuda práctica sobre el control de la natalidad están incluso ahora al alcance de los que no están casados. La creciente independencia económica de los jóvenes y el descubrimiento de los contraceptivos orales proporcionan un fundamento sólido para el proceso en su conjunto. La actitud hacia la «ilegitimidad» está cambiando gradualmente. Se tiene más conocimiento sobre la educación de los niños. El aborto está más ampliamente aceptado, el divorcio más fácil y los derechos económicos de las mujeres reconocidos con mayor amplitud. La comprensión se acentúa. La gente empieza a entender que la sociedad engendra la conducta antisocial que ella misma condena. Es cierto que todo esto sólo se ha conseguido en una pequeña escala, en algunos países⁵⁰ y ante una tremenda oposición. También es cierto que, como en la época de Reich, cada concesión es «demasiado tardía y demasiado pequeña» reconociendo a destiempo hechos establecidos más que proclamando una nueva senda. Por otra parte, ninguno de los «reformadores» está todavía lo suficientemente desorientado o no reprimido como para pregonar la noticia de que el sexo es una actividad agradable y natural —o de que el derecho a la felicidad sexual es un derecho humano básico. Raramente se dice que a través de la Historia la práctica del sexo no haya tenido nunca la procreación como fin principal, cualesquiera que sean los sermones de moralistas, curas, filósofos o políticos. Pero a pesar de estas limitaciones, el hecho de una revolución sexual en aumento es innegable, irreversible y de un profundo significado.

Como en otros campos, el intento de emancipación sexual encuentra dos tipos de respuesta por parte de la sociedad establecida: una oposición frontal —de los que todavía viven en la época victoriana— y un intento de recuperación. La sociedad moderna intenta primero neutralizar cualquier amenaza que se le

50. En los países católicos o musulmanes, la represión sexual sigue siendo un pilar del orden social. Pero aun la Iglesia católica está teniendo problemas (tanto con su clero como con sus jóvenes). Y entre las guerrillas palestinas las mujeres están luchando junto a los hombres. Esta lucha no puede hacerse llevando un velo o aceptando los valores árabes tradicionales como la función y el papel de las mujeres en la sociedad.

presente, y al final convertir tales desafíos en algo útil a sus propios fines. Procura recuperar con una mano lo que se ha visto obligada a ceder con la otra: partes de su control de la total situación.

En lo que se refiere al sexo, el fenómeno de la recuperación toma primero la forma de alienación sexual, y luego de explotación frenética de esta sexualidad vacía, para fines comerciales. Cuando la juventud moderna rompe con el dominio completo de la moralidad represiva tradicional y de la familia patriarcal autoritaria se encuentra con una imagen proyectada de libertad sexual que es de hecho una distorsión manipulada de la misma. A menudo la imagen es poco más que un recurso para vender productos. Hoy día el sexo se utiliza para vender cualquier cosa, desde cigarrillos a propiedades inmobiliarias, desde frascos de perfume a vacaciones a plazos, desde lociones para el cabello a últimos modelos de coche. El mercado potencial es estudiado, cuantificado y explotado sistemáticamente. La explosión «pornográfica» en Broad Street (Nueva York) abastece ahora a una clientela previamente reprimida de grandes proporciones y gustos variados. Aquí como en otras partes con frecuencia es un problema de búsqueda del consumidor. Se preparan tiendas y exposiciones separadas para homosexuales (activos y pasivos), para fetichistas, sádicos, masoquistas, voyeurs, etc. Los anuncios de la moda, los espectáculos de strip-tease y ciertas películas y revistas subrayan el floreciente desarrollo del sexo dentro de la industria al servicio del consumidor.

En toda esta marea el sexo se presenta como algo para ser consumido. Pero el instinto sexual se distingue de otros instintos. El hambre puede satisfacerse con comida. El «alimento» del instinto sexual es, sin embargo, otro ser humano, capaz de pensar, actuar y sufrir. La alienación de la sexualidad bajo las condiciones del capitalismo moderno es con mucho parte del proceso de alienación general, en el que la gente se convierte en objetos (en este caso en objetos de consumo sexual) y las relaciones están vacías de contenido humano. La actividad sexual indiscriminada, compulsiva, no es libertad sexual —aunque a veces puede ser una preparación para ello (lo que nunca podrá ser la moralidad represiva). La ilusión de que el sexo alienado es libertad sexual constituye otro obstáculo más en el camino hacia la emancipación total. La libertad sexual implica una realización y entendimiento de la autonomía de los otros. Por desgracia, la mayoría de la gente no cree todavía en esta vía.

Por lo tanto la recuperación por la sociedad de la revolución sexual se ha logrado parcialmente, pero crea las bases para un cambio más profundo y fundamental. La sociedad moderna puede tolerar la sexualidad alienada, de la misma forma que tolera el consumo alienado, los aumentos salariales que no sobrepasen incrementos de la productividad del trabajo, o la «libertad» colonial por la que los «hechos de la vida económica» perpetúan todavía la división del mundo entre «los que tienen» y «los que no tienen». El capitalismo moderno no sólo tolera estos «desafíos» sino que los convierte en piezas esenciales de su propia expansión y perpetuación. Intenta utilizar las demandas sexuales de la juventud primero para deformarlas y luego para integrarlas en el sistema actual, del mis-

mo modo que las demandas de la clase trabajadora se integran dentro de la economía de la sociedad de consumo. De ser una fuerza liberadora potencial estas demandas tienden por tanto a convertirse en un mecanismo adicional de represión. Lo que la sociedad explotadora no será capaz de admitir por mucho tiempo es, sin embargo, la ingente masa de personas críticas, desmitificadoras, confiadas en sí mismas, emancipadas sexualmente, autónomas, personas no alienadas, conscientes de lo que quieren y dispuestas a luchar por ello.

La declaración del derecho a gobernar la vida de uno mismo, en el campo del sexo como en el trabajo, está ayudando a desintegrar la ideología dominante. Está produciendo individuos menos obsesionados y compulsivos y está preparando en este aspecto el terreno para la revolución libertaria.

El desafío y puesta en cuestión constante a la autoridad sobre el sexo y la familia compulsiva sólo pueden complementarse con el que se le hace a la autoridad en otras áreas (por ejemplo sobre quién domina el proceso productivo —o el objeto mismo del trabajo). Ambos desafíos refuerzan la autonomía de los individuos y la dominación sobre importantes aspectos de sus vidas. Revelan los conceptos alienados que pasan por ser racionales y que gobiernan gran parte de nuestro pensamiento y conducta. La labor de los revolucionarios conscientes es explicitar tales desafíos, señalar su contenido profundamente subversivo y explicar su interrelación. Entender el psicoanálisis revolucionario es añadir una nueva dimensión a la crítica marxista de las ideologías, y a la comprensión marxista de la falsa conciencia. Sólo entonces tendremos los mecanismos para dirigir nuestra propia historia, el socialismo («la autoconciencia positiva del hombre») será una posibilidad real, y los hombres serán capaces de romper de una vez por todas con lo «irracional en política» y con lo irracional en la vida.

Novedad Ruedo ibérico

**Cipriano
MERA**

GUERRA, EXILIO Y CARCEL

de un anarcosindicalista

Cipriano Mera fue una de las personalidades más relevantes de la Confederación Nacional del Trabajo y del Movimiento Libertario españoles. Modelo de entereza y de fidelidad a su organización, desde los primeros momentos de la sublevación de los militares fascistas contra la segunda República y contra el pueblo español, se consagró a tareas guerreras. Su participación en la construcción del Ejército popular fue decisiva. En *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, Mera narra sencillamente su participación en la guerra civil (Defensa de Madrid, batallas de Guadalajara, Brunete y Jarama, sus conflictos con los gobernantes republicanos y, especialmente, con los comunistas españoles, su decisiva intervención contra el golpe de Estado de éstos en 1939), sus vicisitudes en los campos de concentración y en las cárceles de Africa del Norte francesa, su experiencia de condenado a muerte por los franquistas y su largo encarcelamiento y sus primeras actividades, tras su liberación, de resistente antifranquista. Estas memorias arrojan una luz diáfana sobre numerosos puntos oscuros o falsificados de la guerra civil española, y sobre la personalidad de un militante obrero —que vivió y murió como albañil— valiente, entero y sencillo.

En prensa

Pocas veces hablaba Lenin sobre materias sexuales. Despojado de su retórica «revolucionaria» sus declaraciones ocasionales sobre la materia eran las de un fanático puritano. A causa de la eminencia y autoridad de Lenin en otros campos, sus opiniones sobre el sexo ejercían una influencia considerable. Fueron recogidas y repetidas hasta la saciedad por todos los que se oponían a cualquier cambio radical en el campo de las relaciones sexuales. En este sentido jugaron un papel significativo en la contrarrevolución sexual que hemos tratado de delimitar en el ensayo anterior.

Publicamos aquí un extracto del capítulo «Mujeres, matrimonio y sexo» del libro de Clara Zetkin *Recuerdos de Lenin*¹. El libro fue escrito en 1924, poco después de la muerte de Lenin. Zetkin, miembro fundador del Partido Comunista Alemán, está hablando a Lenin en el Kremlin, en el otoño de 1920.

1. International Publishers, Nueva York, 1934 p. 44-51.

Lenin continuó: «Tu lista de faltas, Clara, es aún más larga. Me han dicho que las cuestiones de sexo y matrimonio son los temas principales que se tratan en las tardes de lectura y discusión de las camaradas. Son las principales materias de interés, de instrucción y educación política. Apenas pude dar crédito a mis oídos cuando lo supe. Con el primer país de dictadura proletaria rodeado por los contrarrevolucionarios del mundo entero, la situación en Alemania por sí sola requiere la mayor concentración posible de todos los proletarios y de las fuerzas revolucionarias para derrotar la contrarrevolución que crece y se incrementa por todas partes. Pero las camaradas trabajadoras discuten problemas sexuales y la cuestión de las formas de matrimonio en el pasado, presente y futuro. Creen su deber más importante el instruir a las mujeres proletarias en estas materias. El panfleto más ampliamente leído es, según creo, el de una joven camarada vienesa sobre el problema sexual. ¡Qué desperdillar! ¿Qué hay de cierto en este escrito que los trabajadores no hayan leído ya en Bebel hace tiempo? Sólo que no de una manera tan aburrida ni tan pesadamente escrita como en ese panfleto, sino escrito con fuerza, con amargura, agresivamente contra la sociedad burguesa.»

«La extensión de la hipótesis freudiana parece «cult», incluso científica, pero es ignorante, torpe. La teoría freudiana es la última moda. Desprecio las teorías sexuales de los artículos, discursos, panfletos, etc., en resumen, de esa particular literatura que florece exuberantemente en la sucia tierra de la sociedad burguesa. Desprecio a aquellos que están siempre contemplando los diversos problemas del mismo modo que los santones se miran el ombligo. Me parece que estas florecientes teorías sexuales, que son principalmente hipotéticas, y a menudo con hipótesis bastante arbitrarias, surgen de la necesidad personal de justificar anormalida-

des personales o hipertrofias en la vida sexual propias de la moralidad burguesa. Este respeto oculto por la moralidad burguesa me parece tan repulsivo como curiosear en las materias sexuales. Por muy salvaje y revolucionaria que sea la conducta sigue siendo en realidad bastante burguesa. Es principalmente un *hobby* de los intelectuales y de los sectores más cercanos a ellos. No hay sitio para ella en el partido, en la clase consciente, en el proletariado militante.»

Interrumpí aquí, diciendo que las cuestiones de sexo y matrimonio, en una sociedad burguesa implican muchos problemas, conflictos y sufrimientos para las mujeres de todas clases y rangos sociales. La guerra y sus consecuencias habían acentuado grandemente los conflictos y sufrimientos de las mujeres en materias sexuales, habían traído a la luz problemas que antes se les ocultaban. A esto se unían los efectos de la revolución. El viejo mundo de pensamientos y sentimientos empezaba a tambalearse. Los viejos vínculos sociales que se están embrollando y rompiendo, existen tendencias hacia nuevas relaciones ideológicas entre hombre y mujer. El interés mostrado por estas cuestiones es una expresión de la necesidad de entendimiento y reorientación. Indica también una reacción contra la hipocresía y falsedad de la sociedad burguesa. Las formas de matrimonio y de la familia, en su desarrollo histórico y dependencia de la vida económica, están calculadas para destruir la superstición existente en las mentes de las trabajadoras referida al carácter eterno de la sociedad burguesa. Una actitud histórica, crítica hacia esos problemas debe conducir a un examen implacable de la sociedad burguesa, a un descubrimiento de su naturaleza real y sus efectos, incluyendo la condena de su moral sexual y su falsedad. Todos los caminos conducen a Roma y todo análisis realmente marxista de cualquier sección importante de la superestructura ideo-

lógica de la sociedad, de un fenómeno predominantemente social, debe conducir a un análisis de la sociedad burguesa y de sus propias bases, debe acabar en la realización «hay que destruir todo esto». Lenin movió la cabeza sonriendo. «Ahí lo tenemos». «Estás protegiendo a tus camaradas y a tu partido. Por supuesto que lo que dices es cierto. Pero sólo disculpa los errores cometidos en Alemania; no los justifica. Son y seguirán siendo errores. ¿Puedes realmente asegurarme con seriedad que las cuestiones de sexo y matrimonio se discutieron desde el punto de vista de un materialismo maduro, vivo, histórico? Para eso se requiere un conocimiento profundo y multilateral, el dominio marxista de una gran cantidad de material. ¿De dónde puedes sacar fuerzas para eso ahora? Si existieran, entonces los panfletos como el que mencioné no se usarían como material de estudio en los círculos de lectura y discusión. Se distribuyen y recomiendan, en lugar de criticarse. ¿Y cuál es el resultado de este proceder fútil, no marxista de la cuestión? ¿Que las cuestiones de sexo y matrimonio no se entienden como parte de la amplia cuestión social? ¡No, peor! La gran cuestión social aparece como un adjunto, una parte, de los problemas sexuales. El hecho principal se convierte en asunto secundario. Eso no sólo pone en peligro la claridad sobre la cuestión misma, sino que enturbia las ideas y la conciencia de clase de las mujeres proletarias en general.»

«Lo último pero no lo menos importante. Hasta el sabio Salomón decía que cada cosa a su tiempo. Yo te pregunto: ¿Es ahora el momento de entretener a las proletarias con discusiones sobre cómo uno ama y es amado, cómo uno se casa y es casado? Por supuesto, ¡he aquí lo que en el pasado y futuro y entre las diferentes naciones se llama con orgullo, materialismo histórico! Ahora todas las ideas de las camaradas, de las mujeres del pueblo trabajador, deben dirigirse hacia la revolución proletaria que es la que crea las bases para una auténtica renovación en el matrimonio y en las relaciones sexuales. Por el momento otros problemas son más urgentes que las formas matrimoniales de los maosíes o el incesto en la antigüedad. La cuestión de los soviets está todavía en la agenda del proletariado alemán. El tratado de Versalles y sus efectos sobre la vida de la mujer trabajadora, paro, caída de los salarios, impuestos, etc. En resumen, yo mantengo que esta clase de educación política, social para las mujeres proletarias es falsa, bastante falsa. ¿Cómo has podido callarte al respecto? Tienes que utilizar tu autoridad.»

No he dejado de criticar y reconvenir a las principales camaradas de los distintos distritos, dije a

mi enfadado amigo. El mismo sabía que nunca se reconoce a un profeta en su propia tierra o familia. Con mi crítica me he mantenido abierta al ataque de «fuerzas reliquias de ideología socialdemocrática y filisteísmo pasado de moda». Pero finalmente la crítica ha empezado a tener efecto. Las cuestiones de sexo y matrimonio dejaron de ser el tema central de discusión. Pero Lenin siguió con el hilo de la cuestión aún más lejos.

«Ya sé, ya sé», dijo. «Yo también he sido acusado por mucha gente de filisteísmo en esta materia, aunque para mí es repugnante. Hay demasiada hipocresía y mentalidad estrecha. ¡Bien, lo estoy sobrellevando con calma! Los pajaritos de pico amarillo que han salido del huevo de las ideas burguesas son siempre terriblemente inteligentes. Tendremos que dejar que siga. También el movimiento juvenil está atacado por la enfermedad del modernismo en su actitud hacia las cuestiones sexuales y en estar exageradamente preocupado por ellas.» Lenin dio un irónico énfasis a la palabra modernismo e hizo una mueca al decirlo. «También he dicho que las cuestiones sexuales son el estudio favorito de vuestras organizaciones juveniles. Se supone que hay una escasez de oradores duchos en la materia. Tales concepciones erróneas son particularmente nocivas y peligrosas para el movimiento juvenil. Pueden contribuir muy fácilmente a una sobreexcitación y exageración en la vida sexual de algunos de ellos, a un derroche de salud y fuerza juvenil. Contra esto también tienes que luchar. Hay muchos puntos de contacto entre los movimientos de las mujeres y de la juventud. Nuestras camaradas tienen que trabajar sistemáticamente junto a los jóvenes, lo que supone una continuación, una extensión y exaltación de la maternidad desde la esfera individual a la social. Todo el despertar de la vida social y de la actividad de las mujeres debe alentarse, de forma que puedan desechar las limitaciones de su filisteo hogar individualista y de su psicología familiar. Pero volveremos a esto más tarde.»

«Al igual que nosotros, una gran parte de la juventud está interesada en la «revisión de las concepciones y moralidad burguesas en lo que se refiere a las cuestiones sexuales.» Y debo añadir, una gran parte de nuestra mejor, nuestra más prometedora juventud. Lo que dijiste antes es cierto. En las condiciones creadas por la guerra y la revolución los viejos valores ideológicos desaparecieron o perdieron su poder de cohesión. Los nuevos valores están cristalizándose lentamente, en la lucha. En las relaciones entre hombre y hombre, entre

hombre y mujer, los sentimientos y las ideas se están revolucionando. Se están instituyendo nuevos límites entre los derechos y deberes del individuo y los derechos de la comunidad. La cuestión es todavía un fermento totalmente caótico. La dirección, las fuerzas del desarrollo de las distintas tendencias contradictorias no están claramente definidas todavía. Es un proceso lento y a menudo muy doloroso de decadencia y crecimiento y en particular en la esfera de las relaciones sexuales, la corrupción, la inmundicia del matrimonio burgués, con su dificultad de divorcio, su libertad para el hombre y esclavitud para la mujer, la hipocresía repulsiva de la moralidad y las relaciones sexuales llenan de disgusto a nuestra más activa y mejor gente...

«La nueva actitud de la gente joven hacia cuestiones de la vida sexual está por supuesto basada en un «principio» y una teoría. Muchos de ellos llaman a su actitud «revolucionaria» y «comunista» y creen honestamente que así es. Eso no nos impresiona a nosotros los viejos. Aunque no soy sino un sombrío asceta, la llamada «nueva vida sexual» de los jóvenes y algunas veces de los viejos, me parece a menudo puramente burguesa, una prolongación de los burdeles burgueses. No tiene nada en común con la libertad amorosa tal como la entendemos los comunistas. Tienes que ser consciente de la famosa teoría de que en la sociedad comunista, la satisfacción de los deseos sexuales, del amor, será tan simple y poco importante como beber un vaso de agua. Esta teoría del vaso de agua ha vuelto locos, bastante locos, a nuestros jóvenes. Ha resultado fatal para muchos chicos y chicas. Sus partidarios mantienen que es marxista. ¡Pero gracias por ese marxismo que directa e inmediatamente atribuye todo el fenómeno y los cambios en la superestructura ideológica de la sociedad a su base económica! Las cosas no son tan simples. Un tal Federico Engels lo dijo hace mucho tiempo con respecto al materialismo histórico.»

«Creo que esta teoría del vaso de agua es completamente antimarxista y además, antisocial... Desde luego, la sed debe satisfacerse. Pero, ¿es que un hombre normal en circunstancias normales bebe de los charcos en vez del arroyo, o bebe de un vaso con el borde grasiento de muchos labios? No obstante, el aspecto social es el más importante de todos. Beber agua es por supuesto una cosa individual, pero en el amor están implicadas dos vidas y surge una tercera, una nueva vida; es lo que le da su interés social, lo que genera un deber hacia la comunidad.»

«Como comunista no tengo la menor simpatía por la teoría del vaso de agua, aunque lleva el refinado título de «la satisfacción del amor». En cualquier caso, esta liberación del amor no es ni nueva, ni comunista. Recordarás que hacia la mitad del siglo pasado en la literatura romántica ya se preconizaba como «la emancipación del corazón». En la práctica burguesa se convirtió en la emancipación de la carne. Por esa época el predicador estaba más capacitado que lo está hoy, y por la práctica, no puedo juzgar. No intento predicar el ascetismo con mi crítica. De ningún modo. El comunismo no traerá el ascetismo, sino la alegría de vivir, la fuerza de la vida y una vida amorosa satisfiecha ayudará a conseguirlo. Pero en mi opinión la actual hipertrofia generalizada en materias sexuales no da fuerza y alegría a la vida, sino que la quita. En plena revolución eso es malo, muy malo.»

«La gente joven, especialmente, necesita la fuerza y la alegría de la vida. Deporte sano, natación, carreras, largos paseos, ejercicios corporales de todo tipo y múltiples intereses intelectuales. Aprender, estudiar, preguntar en común tanto como sea posible. Esto dará más a la gente joven que las eternas teorías y discusiones sobre los problemas sexuales y el llamado «vivir con plenitud». ¡Cuerpos sanos, mentes sanas! Ni monje ni Don Juan, ni la actitud intermedia de los filisteos alemanes. ¿Comprendes, joven camarada...? Un espléndido muchacho de gran talento y aun así tengo miedo de que no salga de él nada bueno. Titubea y vacila de una aventura amorosa a otra. Eso no lo hará durante la lucha política, durante la revolución. Y no apostaría yo por la responsabilidad, la fortaleza en la lucha de esas mujeres que confunden sus romances personales con la política. Ni por los hombres que corren detrás de cada falda y se enredan con cualquier jovencita. ¡No, no! eso no cuadra con la revolución.»

Lenin se levantó, golpeó la mesa con la mano y se paseó por la habitación durante un rato.

«La revolución exige concentración, incremento de fuerzas; de las masas, de los individuos. No puede tolerar situaciones orgiásticas como las de los decadentes héroes y heroínas de D'Annunzio. La relajación en la vida sexual es burguesa, es un fenómeno de decadencia. El proletariado es una clase ascendente. No necesita intoxicarse con narcóticos o estímulos. La intoxicación puede provenir tanto por la exageración sexual, como por el alcohol. No debe olvidarse la vergüenza, la inmundicia, la brutalidad del capitalismo. La fuerza para luchar contra él proviene de una situación de clase, del ideal comunista. Necesita claridad, claridad y otra vez

claridad. Y repito, ningún debilitamiento, ni desperdicio, ni destrucción de las fuerzas. El autocontrol y la autodisciplina no significan esclavitud, ni siquiera en el amor. Pero perdóname, Clara, me he salido del punto de partida de nuestra conversación. ¿Por qué no me has llamado al orden? Se me ha ido la lengua. Estoy profundamente interesado por

el futuro de nuestra juventud; es una parte de la revolución. Y si aparecen tendencias nocivas, deslizándose desde la sociedad burguesa hacia el mundo de la revolución —como las raíces de la cizaña que se extiende— es mejor combatir las a tiempo. Tales cuestiones son parte de la problemática de la mujer.»

Ediciones Ruedo ibérico

Antonio Sala y Eduardo Durán Crítica de la izquierda autoritaria en Cataluña. 1967-1974

Indice: El partido: Los que hacen el partido. La operatividad de los principios. La supremacía de los medios. El militante: El factor subjetivo. El retrato robot. El ocaso de los héroes. Dirigismo o autonomía: Algunos aspectos de la ideología leninista. Los caminos del proletariado.
244 páginas

30 F

TERRORISMO Y POLITICA

EL PRINCIPAL
SE INTERESA POR
LOS HERIDOS
LIGERA MEJORIA DE LOS DOS
GUARDIAS CIVILES

EVOLUCION
FAVORABLE DE LOS
GUARDIAS CIVILES
HERIDOS EN ORATE

DOBLE EXPLOSION
EN EL CIRCUITO
DEL MOVIMIENTO
DE TOLOSA

"Doce democratas
de inspiracion
cristiana"

DIECISIETE AGENTES DEL
ORDEN MUERTOS EN 1975

Antes de matar a los
perros, enseñar
a sus dueños

Perjuicios caninos
perjuicios humanos

ATENTADO CONTRA EL
CENTRO SINDICAL
VIOLENCIA TAMBIEN EN
EL DEPORTE

TURBULENCIA

¿EPIDEMIA
DE BURRICEGOS?

CUATRO ATENTADOS COMETIDOS AYER EN MADRID
CUATRO DESAPAROS A BOCALARIO

LAS INFERENCIAS
EXTRANJERAS

VANDALISMO

Aplazado el Congreso

El Psoe de los rancios

NO ES NORMAL LO QUE NOS ESTA
OCURRIENDO Y NUESTROS PUTOS
QUE NO PUEDEAN
NUESTROS PUTOS

BARCELONA:
HERIDO DE BALA POR
UN POLICIA ARMADO
DE PAISANO
EN UNA DISCUSION DE
CAMARADERIA CON
LA FUERZA PUBLICA
TRAFFICO

EL MARQUÉS DE VILLAVEVERDE, AGREDIDO POR
UNOS HOLANDESES QUE OFENDIAN A ESPAÑA

LA CAMPANA EXTERIOR HA SERVIDO
PARA FORTALECER LA AUTORIDAD
DE FRANCO

Señor Sánchez Bella:
«España está más joven que
ningún otro sistema europeo»

DON RICARDO
DE LA CUEVA:

«FRAGA
ES UN CANOVAS
COLECTIVO»

militares contra
la subversión

«El Ejército no tiene
otra preocupación que cumplir
con su deber»

PRECIO DE LA LIBERTAD

PRIMER OFICIAL DE
UN BUQUE LIBERIANO
PROFIERE CRITOS
CONTRA ESPAÑA

LOS CIRCULOS DOCTRINALES
JOSE ANTONIO
NO FORMARAN ASOCIACION POLITICA

¿Optimista? ¿Por que?

RE GENERAL
PENOCHE,
CONDECORADO CON
LA GRAN CRUZ DEL
MERITO MILITAR
DE ESPAÑA

Téngalo
todo
aquí!..





El comienzo

El texto que sigue es un fragmento de cierto número de folios mecanografiados que me fue entregado en las oficinas de Ediciones Ruedo ibérico (entonces en la rue Aubriot, París), en una fecha que no recuerdo exactamente, hacia el año 1965. El autor rehusó comunicarme su nombre. Afirmó ser un hombre que se había beneficiado de la situación creada por el régimen franquista y que había redactado su testimonio por razones exclusivamente morales, por liberarse un tanto del tormento de su conciencia. Me dio a entender que le sería imposible redactar —como había sido su intención primera— un testimonio completo de sus experiencias en el curso de la guerra civil y en la inmediata posguerra. El texto mecanografiado está abundantemente corregido de manera autógrafa. He lamentado siempre haber carecido de toda posibilidad de animar al autor a completar las páginas que me entregó en la única ocasión en que le he visto. La veracidad de la relación está apoyada no sólo por la autenticidad del tono y la riqueza de detalles que aporta el texto, sino por numerosas alusiones a la «liberación» de Lora del Río que se encuentran en los libros de otros historiadores de la guerra civil española. José Martínez.

1936

La 'liberación' de Lora del Río

Yo habría podido asistir al Consejo de guerra sumarísimo. Yo era tan franquista y combatiente como cualquiera de mis superiores, conocidos o amigos que constituían el tribunal. Pero no me interesó, y tampoco hubiera entendido mucho. En aquel reciente julio de 1936 acababa yo de cumplir dieciocho años; era el clásico campesino casi analfabeto. [...] Pero si no puedo relatar el rápido desarrollo de aquel proceso de urgencia, intentaré exponer la impresión que conservo de su ambiente al cabo de un rato que estuve de mirón.

El Consejo de guerra se celebraba en el Salón de sesiones del Ayuntamiento de Lora del Río —el Guadalquivir—, provincia de Sevilla. Era un día de principios de agosto de aquel mismo año en que la extrema derecha española organizó, al fin, la guerra de exterminio más implacable que ha sufrido el pueblo español, y la más vil e inhumana de la historia. Y digo esto con la autoridad del que conoce la universal y preparó e hizo contra los españoles la llamada «Cruzada de liberación». Hacía el calor atroz, húmedo y pegajoso de los días de san Lorenzo en las vegas hispalenses de Andalucía la Baja. Y en el Salón de sesiones reinaba una atmósfera oscura, asfixiante, agobiosa.

Recupero hoy todo aquel triste escenario, con las boinas, los uniformes y botas altas de aquella década misma en que comenzaría una guerra

mundial que acabaría atómica y en Nuremberg, y es en mi recuerdo actual como un gran cuadro de esos del siglo XVI, que sin más valor que el histórico, yacen de cara a la pared en los desvanes de algunos museos. [...]

Quizás no me impresionó el grado de antigüedad ni el estilo arquitectónico del edificio municipal. Pero su Salón de sesiones era un local ténebre, de insuficientes y angostas ventanas para iluminar su gran capacidad, y un techo, no sé si artesonado, poderoso, negro, abrumador.

Al fondo, bajo el dosel de la alcaldía, tras unas mesas renacentistas puestas una junto a otra, estaba el breve tribunal militar, compuesto por conocidos míos de la vida civil recién alterada y cuya sabiduría de los códigos era sin duda pareja a la mía. Lo presidía un tal Mencos, no sé si teniente o capitán de complemento de Artillería, y a quien recuerdo muy bien porque era un señorito de la burguesía sevillana con tantas pretensiones de aristocraticismo como incultura y brutalidad.

No sé si habría algún asesor jurídico o alguna defensa. Pero ni siquiera habría sido necesario un fiscal. Nosotros, los «liberadores» de aquel pueblo en nombre de Dios, la Patria y el Rey, éramos los vencedores de aquellos procesados sumarisísimamente. Hoy creo que si no recuerdo la existencia de un defensor es porque si éste hubiera existido habría sido, en realidad, tan fiscal acusador como todo aquel tribunal dispuesto de antemano a condenar sin remisión.

Después, de espaldas a mí, que estaba en la puerta, en dos grandes filas de bancos en las iglesias, donde hasta entonces y en auténtica tradición española se venía sentando aquel mismo pueblo para intervenir en las deliberaciones concejiles, amarrados de dos en dos por los puños, había unas trescientas personas de aquella misma ciudad, cuyo total de habitantes no subiría de tres mil.

Los había viejos y más jóvenes que yo. Vi algunas mujeres; unas, de cierta edad; otras, con menos. La mayoría —como de un pueblo únicamente agrícola— eran campesinos, pero también supe que había obreros, empleados e incluso titulados universitarios.

Guardaban este interior unos cuantos requetés, así como la puerta y la plaza. Y lo que mayor ahogo y angustia física le daba al local era la inmensa multitud de familiares de los presos que se apretaban para estar lo más cerca posible —por última vez— del padre, hermano, hijo o marido, y que se apretujaban aún más a la puerta, en su afán comunal de estar todos allí.

Nosotros, los rebeldes sublevados contra la paz y la legalidad constitucional, acusábamos de auxilio a la rebelión y procesábamos en Consejo de guerra sumarisísimo a un pueblo que en defensa de la paz se había mantenido fiel a la Constitución del país legalmente establecida. Si éstos no son crímenes de guerra, el tribunal de Nuremberg tampoco debió existir.

Pero, además, la aberrante monstruosidad no se limitaba a las cuestiones de principio, sino que se continuaba en los procedimientos. Aquellos

centenares de detenidos no eran juzgados uno por uno, analizando con cuidadosa justicia el caso de cada cual. Pese a haber sido presos y acusados por chivatazos más o menos arteros o pueriles, se les juzgaba en bloque; tal como los nazis de años después juzgarían al pueblo judío. Con la diferencia de que éste iba a la muerte bajo la secreta complacencia de un papa, mientras que siendo Pacelli cuando nuestra sublevación secretario de Estado, aprobó que la Iglesia católica llamase a esta masacre de un pueblo cristiano «Cruzada de liberación». Dios perdona a Pío XII por lo que no hizo a favor de los judíos y por lo que hizo en contra de los españoles.

Y la trágica mascarada jurídica continuaba. Yo he asistido luego y he intervenido en Consejos de guerra muchos años después de «liberar» en «Cruzada» mi hermosa y querida patria, y puedo, por ello, repetir aquí a *grosso modo* preguntas inquisitoriales que durante años se hicieron en los tribunales militares y aún se siguen haciendo:

- ¿No es más cierto que usted dejó de ir a misa desde pequeño?
- ¿No es más cierto que el padre del acusado participó en una huelga general en 1917?
- ¿No es más cierto que usted se enorgullecía de haber leído a un tal Manuel Kant?
- ¿No es más cierto que usted gritó vivas a la República en tiempos de la Monarquía?
- ¿No es más cierto que usted tenía en su domicilio el libro *El Contrato Social*, de Rusó?
- ¿No es más cierto que usted fue el conserje de un «Rotary Club»?
- ¿No es más cierto que usted le estrechó la mano al presidente de la República un día que pasó por aquí?
- ¿No es más cierto que usted admiraba a un tal Franklin Delano Rusbel?
- ¿No es más cierto que usted tachó de dictadores a los jefes de nuestros grandes regímenes hermanos, Hitler, Mussolini y Salazar?
- ¿No es más cierto que usted dijo que la Iglesia católica española es por su corrupción la más anticristiana del mundo?
- ¿No es más cierto que usted estaba suscrito al diario *El Sol*?
- ¿No es más cierto que usted pertenecía al Sindicato de Albañiles?
- ¿No es más cierto que usted le tenía una gran devoción a Pablo Iglesias?
- ¿No es más cierto que usted pensaba ir a Rusia?
- ¿No es más cierto que los catorce de abril usted colocaba una bandera republicana en su balcón?
- ¿No es más cierto que un día usted no le cedió la acera a un padre de la Compañía de Jesús?
- ¿No es más cierto que el acusado ha dicho en varias ocasiones que el glorioso Ejército español es sólo el conjunto de los vagos nacionales desertores del trabajo?
- ¿No es más cierto que usted era diputado republicano al Parlamento?

—¿No es más cierto que usted era secretario del Sindicato de Camareros y similares?

—¿No es más cierto que usted ha escrito un ensayo sobre Carlos Marx?

—¿No es más cierto que usted ha traducido a un tal Federico Engels?

—¿No es más cierto que usted ha manifestado en diversas ocasiones su alegría por la Independencia de América?

—¿No es más cierto que usted se ha manifestado derrotista en cuanto a la posibilidad de reconquistar Africa y los países árabes?

—¿No es más cierto que siendo usted sirvienta tachó a su ama de miserable y explotadora?

—¿No es más cierto que usted no es partidario de contribuir con su óbolo al bienestar de la Santa Iglesia?

—¿No es más cierto que usted ha hecho colectas públicas para los niños hambrientos de Rusia en 1922?

—¿Y no es más cierto que al iniciarse el 18 de julio de 1936 el Glorioso Movimiento Salvador de España, usted se quedó en su casa diciéndole a sus vecinos que la gente de orden debía mantenerse tranquila para ayudar al gobierno de la República a continuar en la legalidad?

—Sí, señor —respondía a todo eso aquella honesta gente.

De una manera casi automática, consabida, casi sin deliberación alguna, o bajo la oportunidad de fumar un cigarrillo, infinitos tribunales de la «cruzada» bendita por la Iglesia dictaminaban que todos aquellos procesados u otros por el estilo habían ayudado a la rebelión y eran reos de muerte. [...] Quizás el lector se pregunte también si los supuestos delitos que implican las cuestiones del interrogatorio transcrito estaban previstos en las leyes civiles o militares de la época.

En defensa legítima de la verdadera tradición jurídica de mi país, me cabe asegurar solemnemente lo que cualquier jurista del mundo sabe muy bien [...]. Al sublevarse la Iglesia, el Ejército y la minoría capitalista de España contra los intereses del pueblo español, éste se había dado ya en los escasos años que alcanzó la República, la más justa, noble y generosa legislación de la tierra.

Es posible, pues, que ya el lector vea conmigo que la histórica escena yerta y oscurecida en los desvanes de las páginas negras que existen en las historias de todos los países es capaz de resurgir. Y no sólo con sus procedimientos lentos y aparatosos autos de fe propios del Medioevo, sino en Consejos sumarísimos que duran horas, y con las técnicas que espero tenga el lector valor de leer. En la Europa anterior a Jovellanos y a Rousseau, los «viejos cristianos» masacrábamos a los «perros judíos» de una manera primaria y caótica. Pero diez años antes de que el contemporáneo Hitler horneara a millones de israelitas, la «cruzada» que Franco consiguió encabezar acabó con medio millón de su propia sangre española del modo más perfecto.

Pido al lector que me excuse por no haberle podido describir con exactitud, sino a bulto, el desarrollo de aquel Consejo de guerra [...] Esos sucesos de agosto de 1936 los estoy recordando sin la menor nota casi

treinta años después, a fines de 1964, a los 25 años de paz, de pantano y cementerio en que Franco sumergió a mi país.

Claro es, no se me escapa que el lector más ingenuo se extrañará de que el hecho de «liberar» una ciudad sea suficiente motivo causal para matar a trescientos de sus habitantes.

Para que el lector no tenga la menor duda de lo cierto que le relato, debo anticiparle la información que más adelante le detallaré, de una ciudad andaluza mucho mayor —con unos 80 000 habitantes—, que ni siquiera fue «liberada», sino que los sublevados nos apoderamos de ella sin disparar un tiro ni correr una gota de sangre, de la que enviamos al otro mundo a más de 5 000 personas, mediante métodos expeditivos que el pesado cientifismo nazi tardó años en concretar, y nosotros, con diez de avance, pusimos en práctica de la noche a la mañana.

De modo que si en esa gran ciudad que en horas pacíficas pasó de la República a los sublevados, nosotros matamos a 5 000 personas que, aunque hubieran querido, no tuvieron tiempo de hacer nada, en Lora del Río, que estuvo con la República hasta que nosotros la «liberamos» mediante unos cuantos tiros al campanario con vigía, que aquí matásemos a trescientos es tan proporcionado como verosímil.

Sin embargo, algo había ocurrido en Lora del Río que daba un maravilloso pretexto a la «cruzada». Había habido un muerto. Pero no era un sacerdote, un militar o de un partido de extrema derecha que lo hubiera sido gritando un viva a Cristo Rey o con la mano fascista extendida. Era precisamente un hombre tan rico que mantenía en su propiedad kilómetros y kilómetros de tierras cultivables alrededor del pueblo y, por ende, bajo el dogal de sus riquezas, a toda, absolutamente toda, su población laboral [...].

Pero frente a este pueblo tranquilo que se mantuvo fiel a la República, los llamados «poderes tradicionales» —Iglesia, Fuerzas armadas, ricos y extremas derechas del lugar— a partir de la sublevación en Marruecos también lo hicieron en Lora del Río. Aunque ello fue con la pasividad habitual de los conservadores rancios. El cura, algunos burgueses de menor cuantía, unos muchachos «góticos», y varios empleados serviles o amedrentados se unieron a los cuatro o cinco guardias civiles y se recluyeron todos en el cuartelillo en espera bastante vil de ver a cubierto cómo se desarrollaba por el país la sublevación y que, en caso creciente, fuesen de fuera quienes a ellos les sacasen las castañas del fuego.

Probablemente no habría sucedido mucho más o, poco más o menos, lo habitual que ya venía sucediendo y sucedía en otros muchos lugares. Se habrían rendido por hambre o aburrimiento, y la ciudad habría recuperado, como otras tantas, su normalidad constitucional. Pero concurrió el agravante en muchos sentidos de unirse al grupo fortificado el cacique millonario en quien Lora —bajo las mismas muchas razones— personificaba el poderío opresor y constante contra el viejo ansia de bienestar y progreso popular.

Así pues, desde el 18 de julio, la mayoría de los habitantes de Lora del

Río se encontraron que enfrente, en aquel cuartelillo de la Guardia civil, se había concentrado, como en síntesis determinante, todo lo que en el pequeño ámbito de su geografía urbana y rural eran enemigos ya rebelados contra lo que para cada uno de aquellos hombres sin nada era lo más importante de sus vidas: la libertad, la democracia, la República, la respiración, sus estómagos, la salud...

Como yo no pude estar allí dentro ni ser actor de ello, sino que vine de fuera y fui de sus «liberadores», no puedo saber con pormenores ni certeza aquella resistencia en el cuartelillo. Pero lo que sí tengo entendido, como causa oficial de nuestra feroz represalia, fue que aquel pueblo tomó una decisión «fuenteovejuna». [...] Acabada la resistencia más o menos activa en la Casa cuartel, al cura se le dejó libre, acaso por milagro divino, y merced a unos sofisticos razonamientos morales y políticos de aquel pueblo [...].

Quizás por las mismas o parejas razones, también a los guardias civiles y al resto del grupo se les conservó unas vidas que alguien puede considerar inmerecidas, pero se les encarceló hasta ver lo que la justicia del Estado decidiría una vez terminada con la victoria de la República la contienda que se iniciaba [...].

Pero ante el rico propietario, ante el heredero de una familia que durante siglos se venía transmitiendo de padres a hijos la casi íntegra riqueza de aquel término municipal, Lora del Río tomó otra decisión. [...] Y en una telúrica ondulación de furor ancestral, roto por nosotros el embalse nacional de la paz, aquel pueblo se desbordó por nuestra brecha y mataron al déspota que allí era el culpable físico de la miseria general. [...] En mi condición de combatiente franquista puedo y debo afirmar que cualquier muerte —cabezas en la zona republicana, y masas en la nuestra— fueron y son de nuestra única responsabilidad de sublevados, desencadenando un milenario torrente que a duras penas y con extraordinario mérito la República encauzaba por la Ley y el Derecho. En síntesis, la sublevación de las derechas no hizo otra cosa que cristalizar una oportunidad para el pueblo español —que éste no explotó totalitariamente como nosotros— para acabar —«todos a una»— desembarazándose de los que católica, tradicional y legalmente los venían a su vez matando desde tiempo inmemorial.

El «Santo Tribunal» había terminado su tarea. Quedaba la de matar a los condenados. Pero todo esto implicaba para muchos de nosotros —requetés sin graduación alguna— un cierto trabajo no exento de molestias. Había que vigilar a aquellos centenares de presos, más otros enojos propios del caso. [...]

Me dediqué a saquear los humildes habitáculos familiares de aquellos mismos que iban a morir.

Se me crea o no, personalmente, a mí no se me hubiera ocurrido jamás canallada tan incalificable. No he sido ni nunca me consideraré un santo ni mucho menos; pero por mi propia iniciativa, a los dieciocho años de

aquella ingenuidad mía rayana en la imbecilidad senil del ambiente tradicionalista, yo era incapaz de generar una idea así ni de ponerla en acción. No obstante, fui a saquear.

Si el lector me admite una disculpa, podría decirle —si lo recordase— el nombre y apellidos de quien me inició, pero recuerdo que era originario de Algeciras y no olvidaré su rostro, tal fue la impresión que aquello me causaba en lo profundo de la conciencia, sin que yo entonces fuera consciente de ello ni pensar que me afloraría con esta nitidez y pesar treinta años después.

Valga o tampoco valga, también creo que si yo entonces lo hubiera pensado un poco, aquellos saqueos en que me iniciaba, los habría considerado probablemente de lo más natural del mundo.

Todo esto lo pienso ahora, al entrar en la edad humana característica para reflexionar. Entonces yo no creo que mi edad fuera para andar en ello. Incluso creo que a partir de iniciarse la guerra civil, dejé de pensar. [...] Viví aquellos tres años de la guerra más el doble de posguerra en un clima de guerra, como envuelto en una atmósfera de una espesura especial, como si de repente me hubiera hundido en algo viscoso, adhesivo y aislante, algo así como la ceguera de ideas, la ausencia de sensibilidad y el desate de pasiones con que se debían de matar entre sí los hombres de las cavernas. Con razón, pues, el pueblo español nos motejaba de «cavernícolas» a las derechas [...].

Pese a mi tan reciente iniciación como escasa práctica en el saqueo, llegué a adquirir tal experiencia que, luego, más adelante, durante un cierto tiempo, y en ocasiones, actué por cuenta propia y hasta obtuve beneficios. Pero debo anticipar que en el caso primero y repugnante de los saqueos de Lora no acerté a obtener el menor objeto. Nunca encontré allí, en mis diversos y desafortunados registros a aquella humilde gente, nada de valor.

Esta nos recibía en medio de un cierto miedo, silencio o de una indiferencia ya a la desesperada. No había un solo hombre maduro o joven; sólo viejos, mujeres, niños, y vestidos ya de luto, antes de que nosotros hubiéramos rematado nuestros crímenes, y llorando o gimoteando por los rincones alrededor de la única pieza por cuyos lugares de interés nosotros huroneábamos con nuestros dedos rapaces de miserables raposas en busca de unas migajas de oro o de plata.

Puede ser que yo tropezara con habitáculos donde no había nada que robar, sus dueños ya lo hubiesen escondido u otros requetés se nos hubiesen adelantado. El lector debe pensar que aquello no funcionaba de forma organizada, sino ejercida como una consecuencia natural de circunstancias durante las cuales cada uno de nosotros podíamos campar por propia cuenta y según su categoría.

Pero nunca más olvidaré aquellos momentos en que uno descubría una pequeña alhaja, generalmente de escasísimo valor material. Un viejo reloj roskoff con tapas de plata que aquellos obreros se venían transmitiendo como una joya de valor incalculable de padres a hijos;

una modesta pulserita chapada en oro que un novio le regaló a aquella inminente viuda que con los ojos muy abiertos nos miraba hacer desde su rincón; la fina cadenita que una niña recibió el día de su primera comunión. Recuerdo que aquel requeté de Algeciras se lo guardaba mientras un viejo agachaba la cabeza, una mujer se tapaba los secos ojos con un pañuelo o la niña salía corriendo para llorar fuera de aquel hogar ensangrentado, cuya profanación rematabamos con el botín de su medallita. Con el mismo Sagrado Corazón de Jesús por cuyo reinado decíamos nosotros luchar.

Al final de aquel saqueo doblemente mísero —pobre por las presecas que apresar y más ruin aún por nuestro hecho miserable— yo obtuve la experiencia de que cualquier cosa de valor que exista en una modesta casa española está guardada en la gaveta, el cajón más alto de ese clásico mueble nacional que era la cómoda de nuestras abuelas, que aún se sigue usando en España, incluso en Hispanoamérica, y que nosotros, en último caso, descerrajábamos con la punta de la bayoneta.

«Lo que hay en España», comenzamos nosotros a decir, «es de los españoles». Y aún se repite en 1964 por todo el ejército de Franco. Y con aquella frase parecíamos justificarnos entre nosotros mismos. [...] Nosotros, desde luego, en aquellos días comulgábamos todos de la misma mano del jesuita, nuestro benevolente confesor. Evidentemente, en una «cruzada» como la nuestra, la habitual manga ancha del clero español para sus fieles más corruptos tenía que ancharse un poco más.

Tras la pausa de los saqueos relatados, llegó el momento de acabar con aquellos centenares de personas que el Consejo de guerra condenó a morir. Recuerdo que fue por la tarde, después de la comida de mediodía. [...] Los «liberadores», no éramos más allá de treinta y cinco o cuarenta requetés. Pienso, pues, que mis superiores previeron la imposibilidad de organizar pelotones para encajarles doce balas en el corazón a cada uno de los condenados. En primer lugar, esto nos habría hecho trabajar a todos demasiado. [...] El propio jesuita usó el cómodo sistema de absolver en bloque, de modo que todos se fueran anónimamente con su salvoconducto colectivo hacia el cielo. Quizás para esta otra milicia internacional [era] lo más que se merecía aquella despreciable gente sin dinero, malvada *per natura* y difícilmente accesible al paraíso reservado casi exclusivamente para ricos e importantes clientes en los casinos de nuestra retaguardia.

En segundo lugar, al sistema perfectamente previsto dentro de los modos de actuar en la gente conservadora, les pareció demasiado escandaloso repetir a los cuatro vientos y a los oídos de tantas familias del lugar una rítmica serie de trescientas descargas de fusilería, entre las cuales ninguna de ellas podía saber bajo cuál caía el padre, el marido, el hermano o el hijo de cada una. Podría provocar un tumulto. «Para estas cosas», fue la consigna conservadora hasta más, mucho más allá, de la «cruzada», «no hay que darle tres cuartos al pregonero». [...] La última

y decisiva conclusión fue que multiplicando las balas de los reducidos pelotones por aquellos trescientos condenados, daba una cifra de proyectiles que no debíamos malgastar tan estúpidamente. Decidieron que con una bala bien puesta en la cabeza de cada condenado, menos trabajo para nosotros, menos escándalo y mínimo gasto. Y así fue. [...]

La perspectiva de ir a matar a varios de aquellos trescientos condenados de un tiro de nuestra propia mano fue algo que no nos placía externa ni íntimamente al pequeño grupo de los requetés más idealistas que allí pudiéramos ser, por muy exaltadas horas que viéramos en la oscura sima de nuestra ceguera, yerro y estupidez.

Desde luego hubo otros que gozaban de antemano más o menos, como también los había indiferentes. En contra, hubo un grupo de hipócritas o sinceros tradicionalistas que consiguieron escapar. Recuerdo muy bien que un tal Morales, que era requeté como podía ser especiero, se escondió bajo unas mesas, al fondo de nuestro comedor común, y se salvó de ir a la matanza.

Pero entre el grupo de idealistas que escapó, fue voluntario o no pudo escapar, yo no lo pude eludir. Y no lo pude evitar, no porque mi desplacer fuera débil, sino porque mi estupidez era tan inaudita que acaso fuimos atrapados precisamente por nuestra ingenuidad.

No supe o se me ha olvidado totalmente, y no lo consigo recordar, el lugar donde los cientos de aquellos condenados estuvieron reclusos en espera de la muerte. No sé si fue en el propio edificio municipal en que se celebró el Consejo de guerra. Pero no se me ha olvidado nada, a partir de aquí, que iban siendo cargados en camiones de plataforma descubierta, de pie, hacinados —naturalmente— en mazos de veinte —quizás treinta—, y que continuaban como en el juicio sumarísimo, amarrados de dos en dos y entre sí por un puño de cada uno con una soga de esparto, exactamente como las manos, una junto a la otra, de Jesucristo en el Ecce Homo. [...]

En cada camión subíamos también una media docena de requetés; uno o dos, a la cabina, con el conductor, y el resto, arriba, encuadrando a los inminentes muertos.

Creo que no debió haber la despedida natural entre los condenados y sus familiares. Pienso que mis jefes no lo permitieron a causa del barullo fácilmente previsible. En el horno de nuestra «cruzada» no se coció sentimentalismo natural, sino ruín, fariseo o espectacular. En último caso, las emocionantes escenas de unas despedidas de esta naturaleza e intensidad, no creo que se me hubieran borrado tan fácilmente como otras mil cosas de diverso color, volumen y calidad. Pues algo menos emotivo, pero tan único como vibrante, lo recuerdo perfectamente.

Nos encaminamos hacia el cementerio. Y como ellos ya sabían adónde iban —se me creará difícilmente— ya me impresionó entonces, hasta enorgullecerme ahora, la gallardía y la arrogancia tan genuinas y en los

tuétanos españoles con que aquellos hombres y aquella mujer de mi país iban a la muerte.

No elogio; digo lo que vi y sentí. [...]

El camión partió en aquel tórrido y azul día veraniego, a gran velocidad, por aquellas calles y levantando por un camino el polvo fino e inmóvil bajo la calina. Nosotros, los asesinos, íbamos con nuestros fusiles en mano, como las cuatro esquinas de aquel lecho a motor y de muerte. Y al pensar en aquel recorrido, hoy no me explico muy bien cómo aquellas treinta personas en última instancia vital no arremetieron contra nosotros hasta emprender por aquellos cortijos en rastros el camino de unos cuantos hacia la vida y verificación de lo que yo cuento aquí. [...]

Todos gritaban, cantaban y parecían llorar de alegría. Nada había allí ajeno a la naturalidad auténtica de los españoles. Nada de aquel ambiente del verdadero pueblo español se enlutaba un ápice de esa solemne aparatosidad de la Iglesia católica ante la muerte. En aquellos hombres presos y hacia el morir, creo que ha sido mi única y privilegiada ocasión de ver a España viva y en libertad.

Se levantaban dos de aquellos brazos amarrados por las muñecas, en un estirón hacia el cielo; uno, con una mano de dedos muy abiertos, otro, con el puño cerrado con fuerza, y a la vez salía para lo alto un viva a la Libertad. Otros cogían con su brazo libre el de al lado, y ambos los alzaban también vitoreando a la democracia y a la República. Uno se abrazaba a otro —que acaso en la convivencia pueblerina no se hablaran— y en común daban estentóreos vítores a España. Todos se hablaban a gritos —yo no sé qué encargos cabían entre ellos. Este se abrazaba a aquél; otro besaba a un viejo; éste lacrimaba como si se le estuviese casando una hija. Y, conocidos o amigos, aquellos seres se saludaban, despidiéndose, llorando, acaso disculpándose entre ellos por incidentes en una comunidad difícil; como si en aquellos momentos se les ensanchase el ánimo en una gran comprensión hacia los defectos de los que hasta entonces fueron sus convectivos en disgusto o enemistad. Y algunos pedían a Dios perdón de sus pecados, invalidando la absolución del capellán de la «cruzada» y dirigiéndose directo al Dios verdadero y personal [...]. Y también se oía el grito estridente, chocante y ofensivo, de vivas a Rusia y a Stalin que lanzaba una muchacha.

Sin embargo, tan fácil como el español más empingorotado es para esas bárbaras blasfemias retorcidas y refinadas contra todos y cada uno de la Corte celestial, siendo sus asesinos tan católicos y apostólicos, yo creo que ninguna ocasión les fue a aquellos campesinos tan oportuna para soltarlas definitivas.

Tampoco nos insultaron, cuando tan humano, comprensible y disculpable hubiese sido ocuparse de nuestras familias y de nosotros, diciéndonos todo lo que nunca se merecieron unos tipos como entonces nos lo merecimos y hasta habríamos encajado como lo que éramos.

No quiero decir, ni siquiera sugerir, que aquella gente fuera un conjunto

de benditos. Supongo —estoy seguro— de que eran unas personas tan corrientes y molientes como puede ser el lector y como lo soy yo. Y aunque relato lo que yo entonces viví, ahora tengo mis dudas de si aquella gente del pueblo nos odiaba a las derechas en la misma medida en que el clero católico español y nosotros sus fieles servidores los odiábamos a ellos. Yo no oí allí más grito odioso que los de la muchacha comunista y sus muertas a España. [...]

Hay momentos, graves momentos en las vidas de todas las personas, en que una mirada de otra no se borra jamás. Yo no recuerdo ninguna; porque también creo que a nosotros ni nos miraban. [...]

Llegamos ante el cementerio; a una pequeña explanada. El camión giró en ésta y, un poco alejado, quedó con el abatible de atrás frente a la fachada.

El camposanto era el clásico andaluz, limpio, blanqueado, casi alegre. Podía servir su frente para cualquier film de pandereta o su portalada para la de un gran cortijo de terratenientes: neoclásica, franjada de calamocha sobre el encalado, una gran verja en dos batientes, de hierro, quizás de Triana y puede que pintada de verde oscuro o marrón. [...] [Se] dispuso que dos requetés de nosotros se quedarían arriba del camión, no sólo para guardar el orden —pues además la rotonda estaba rodeada en su desnudez por la Guardia civil— sino con la consigna de ir descendiendo, incluso a culatazos de fusil, a cada pareja de condenados. Otros dos requetés, bajo la punta de sus armas en los riñones de aquellos hombres, los llevaban hasta la puerta del camposanto, haciéndolos entrar en él y adentrarse, volviéndose unos y aproximándose los otros a la muerte. Y los demás —un tal Antonio y yo— fuimos designados para esperarlos dentro, adosados a los inmediatos nichos del muro a la izquierda, de modo que cuando ellos entrasen hacia el interior del recinto, nosotros quedásemos naturalmente a sus espaldas. [...]

A veces, ya desde dentro y en nuestro apostadero, se oía que algunos de los condenados se resistían en aquel último momento a descender del vehículo. Y Antonio, que siempre fue un poco frío, me decía a mí, que creo que estaba serio en mi papel:

— ¡Cómo se defienden!, y añadía una palabrota.

Y en efecto, algunos debían ser lanzados como sacos de lo alto del camión. Venían llenos del polvo de la explanada y como ya quebrantados. Otros, a quienes en aquellos últimos instantes les desfallecía el ánimo, llegaban azuzados por las bayonetas de los dos requetés intermedios. En ocasiones, era uno solo de ambos condenados el que flaqueaba, y su compañero quien buenamente lo llevaba hacia dentro. En otras, uno de los dos se resistía, y parecía ser su camarada precisamente quien lo obligaba a morir. Pero me cabe atestiguar con orgullo que la mayoría de aquellos pares de españoles penetraban recios, erguidos, con los cuatro brazos en alto, orgullosos, fieros, dando vivas a España y a la Libertad. [...]

Picasso perdió, quizás, una de las escenas más escalofrantes de las que

originó nuestra «cruzada de liberación». Sólo quedo yo, que no tenía siquiera la más modesta máquina fotográfica, pues Antonio fue muerto días después en circunstancias especiales. [...] El y yo, escondidos a la izquierda, teníamos que dejar que ambos condenados se adentrasen en el camposanto. Claro es, ellos sabían que caminaban sin remisión hacia la muerte, pero no dónde. Ellos, recuerdo que entraban, sin maliciar nuestro puesto al acecho, mirando a los lejos; no sé si al cielo o buscando la muerte de frente, como los hombres.

Teníamos la orden detallada de que a la primera pareja la debíamos dejar que avanzara hacia el fondo, de modo que los iniciales cayesen lo más lejos posible. Y éste sería el límite desde el que hacia atrás iríamos dejando a los sucesivos pares. Entonces, a la que inauguró la matanza de mi camión, una vez dentro del camposanto, la seguimos Antonio y yo a sus espaldas, dándoles la aparente confianza de llevar nuestras armas bajo el brazo como los cazadores.

Supongo, naturalmente, que ellos ya tenían que nuestra conducción no era para acompañarlos frente a un piquete, sino para ser nuestras víctimas. Pero yo iba pendiente también de Antonio, que por ser un par de años mayor que yo, a mis dieciocho, lo respetaba. Así que los seguíamos en silencio, a un metro escaso, pisándoles los talones, y en cuanto Antonio me guiñó, encaramos súbitamente nuestros fusiles. Pero no teníamos que apuntar con la menor precisión. Delante de nuestro punto de mira, muy cerca de la boca del cañón, la vertical silueta oblonga y alargada de aquellas cabezas nos cubría, a derecha e izquierda, por arriba y por abajo, gran parte de nuestro horizonte. De modo que centímetro más o menos, en altura o lateral, el balazo en el occipital no podía fallar. Y los dos tiros aquellos primeros partieron. Y luego los otros.

Yo no sé aún por qué aquellos hombres daban un gran salto del suelo. Las tapaderas de las cabezas —quizás con el crujido de un coco que casca— se destapaban como las de una olla a presión que le falta el resorte. Las circunvoluciones cerebrales —vipérinas— emergían erizadas, ondulantes y sibilinas. De ambas cabezas destrozadas, como de un gran ánfora que se desborda, brotaba la sangre a borbotones. Y luego, inmediatamente, los cuerpos caían, a veces, plena, pesadamente y ya en una inmovilidad definitiva, y otras, con unas convulsiones de músculos vivos todavía o acaso con la rebeldía «de la rabia y de la idea» de aquellos españoles.

Excepto las leves variantes a que esta tarea daba margen, todo se desarrolló en tan macabra rutina que sólo puedo añadir algunos incidentes sobre los cuales el lector juzgará.

Casi al final de aquella mortandad, cuando todo parecía ir sobre ruedas, en una pareja como las otras Antonio me guiñó y ambos disparamos. Pero mi víctima —sin duda de un modo inconsciente— hizo en ese mínimo instante un brusco movimiento, y yo marré mi balazo; pero, en cambio, Antonio acertó con el suyo no menos totalmente.

He aquí entonces que mi víctima, sin tocar aún, con la muerte detrás, a punto de morir pero vivo todavía, se encontró con su compañero pendiente de la sogá que les unía las muñecas. Derrumbado uno, con la cabeza destrozada, era una muerte que estaba allí, ya, junto al otro. Aquella sogá ya no unía dos vidas. El pulso de su camarada ya no latía con el suyo. Como aquel coco roto, de donde surgían caños de sangre, pronto, ineludiblemente, dentro de un segundo más, el suyo sería igual. Aquel hombre, aquel joven andaluz, contorneado, toreril y jacarandoso, que iba hacia la muerte con un cierto aire petulante de la escuela sevillana, con la arrogancia de un veterano dominador y desdeñoso, se espantó, intentó zafarse, huir, salvarse saltando una barrera inexistente. Era imposible.

[...] Volvió muchas veces a intentar soltarse, a huir de aquel hombre yerto que con su muerte lo sujetaba a la oscilante y próxima boca de mi fusil, y alejaba en un espasmódico frenesí, dispuesto a dejarse desgarrar en el esfuerzo. Pero la contextura física era mayor que su instinto. Lo menor, la mano, no lo pudo sacrificar a lo decisivo. Tuvo que quedarse allí; pero lo hizo ya sin cesar de hacer con su gentil agilidad una serie de movimientos raros en la vida corriente, pero acaso únicos en un caso así. Eran como ondulatorios, encurvados, como si quisiera volver al seno materno, como un refugio, para no nacer, para no ser nada. Pero yo le seguí su cabeza con mi implacable fusil, hasta hacérsela estallar y llenarme con su sangre para siempre mi conciencia en un grave recuerdo que ya me ha marcado con su peso hasta mi último día.

Bajo esa obsesión tan inhumana de ejemplarizar sólo con castigos que acredita a la derecha española, la chica comunista fue dejada para postrera; con esa estupidez clerical de creer que al llegar el castigado al otro mundo va a enmendarse de las causas que lo quitaron de éste. Por lo visto, el supuesto Estado Mayor de la Muerte que pensaba todo esto con tal lujo de detalles, estimó que siendo la chica la última en morir, la visión de la hilera que la precedió sería la tremebunda imagen que una vez en el más allá la haría reflexionar y volver al seno de la ortodoxia religiosa y política.

Era una chica más bien joven, quizás bonita, no lo sé —no eran los instantes para observar esos aspectos de la muchacha, que tampoco venía de acicalarse—; pero sí derecha, decidida, braceando como un soldado y dando mil gritos y vivas a Lenin, a Rusia, a Stalin, al Comunismo, a Carlos Marx, y alternando con muertas a España, con muchos muertas a mi patria que me indignaban y asqueaban como a cualquier ciudadano de la URSS le ha de sublevar que un propio ruso reniegue contra su patria.

La chica no se paró hasta que llegó a los dos últimos cadáveres. Sus gritos resonaban, agudos, femeninos, mucho más altos y externos al camposanto que los de todos los predecesores. Estaba como desencadenada, como un torrente, como una «manola» del Madrid napoleónico, como un volcán. [...]

Una vez parada, poseída de que iba a morir por sus ideas, ya no dio un paso más. Parecía ser ella quien nos obligaba, quien nos citaba a los medios de aquel coso cuadrilongo y macabro.

Nosotros estábamos ya detrás de aquel manojito de nervios y fibras guturales en tensión. Y ella, indudablemente, esperaba ya el tiro ruin que la acabase de una vez. Y este solo tiro suficiente fue lo que a mí me hizo dudar, no sobre si había de morir o no, sino que miré a Antonio, y con los ojos ya le debí mostrar mi indecisión. El me guiñó y me dijo en un movimiento de labios y una especie de sonrisa:

— A medias.

Aún no sé por qué yo no disparé. Puede, en primer lugar, que fuera por economizar una bala; pero me analizo ahora, al cabo de estos casi treinta años en que cada vez recupero la escena con mayor claridad, que acaso lo vi como una doble muerte innecesaria, como un sadismo, como una cobardía ya excesiva y una vileza contra lo cual, un repentino, ahilado y fugaz, pero poderoso retraimiento del poso aquel insondable de mi conciencia de entonces me impidió apretar el gatillo.

La muchacha fue muerta y tan destrozada como todos los demás. Cayó boca arriba, el traje se le subió —era una bata de verano— hasta la cintura, y, sin bragas, mostraba el sexo y un vientre muy abultado.

Quizás por aquella misma excitación idealista que traía, aun muerta, sus extremidades y parte de su cuerpo se movían. Todo fue muy rápido. El vientre se agitaba; el sexo se abrió un poco, comenzó a distenderse y a destilar un líquido acuoso. Pero Antonio apuntó verticalmente contra el centro de aquel vientre, disparó y dijo:

— Tú tampoco sales de aquí.

Por la tarde, el párroco, el nuevo alcalde y demás «poderes tradicionales» de Lora del Río organizaron un *Te Deum* en acción de gracias al Altísimo por la «liberación» de la ciudad, al que nosotros asistimos con nuestras armas rendidas hasta recibir la bendición.

Por la noche, la comida no llegó a ser extraordinaria, pero como las bodegas de una importante región vinícola de la provincia de Cádiz nos habían enviado bastante vino, hubo juerga grande, borracheras, los excesos sexuales de aquella colectividad sin mujeres que los señoritos conservadores iniciaban en sus subordinados y vomitonas.

Se prohibió que las campanas tocaran a muerto. Había que olvidar el pasado, ser generosos. En Lora del Río no ha pasado nada. Y Lora del Río —el Guadalquivir—, provincia de Sevilla, quedó inmersa en aquella nueva España que esta «cruzada» liberó así.

¿ El final ? La últimas horas de un revolucionario : Txiki 1975

Los datos que se poseen sobre las últimas horas de Txiki reflejan el perfil humano y revolucionario de este joven vasco.

Juan Paredes (Txiki), pasó doce horas «en capilla» junto con su hermano Mikel y sus abogados, el joven matrimonio catalán Marc Palmes y Magda Oranich. Presenciaron el fusilamiento su hermano y su abogado.

Txiki entró en capilla a las ocho de la tarde del día 26 de septiembre.

Durante estas horas, con gran serenidad y una extraña alegría, habló con su hermano y abogados. La situación política, el momento de la organización ETA, sus compañeros encarcelados... fueron los temas que comentaron. En estos momentos últimos de su vida escribió unas palabras para sus hermanos pequeños dentro de una estampa recordatorio de primera comunión, que decían así:

*Mañana me enterrarán
No vengáis a rezar por mí
Yo no estaré allí
Seré viento de libertad.*

A la mañana siguiente, hacia las ocho, Txiki fue colocado en una furgoneta que le llevaría hasta el lugar de su ejecución. La furgoneta fue escoltada por jeeps de la Guardia civil, Policía Armada y coches de la Brigada políticosocial. Unos diez kilómetros de las afueras de Barcelona era el lugar señalado para su fusilamiento. Sardanyola es el nombre del lugar elegido. El montículo previsto para la ejecución se encontraba a unos 500 metros del depósito de cadáveres del cementerio.

En estos últimos momentos Txiki fue acompañado de unos cien policías (de 20 a 30 pertenecían a la Brigada políticosocial y el resto a la Guardia civil y Policía Armada, todos ellos fuertemente armados de metralletas).

Llegados al lugar señalado, Txiki fue conducido a un montículo. Allí le colocaron unos pesos o cadenas sobre sus brazos en cruz que, a su vez, estaban sujetos a una especie de triángulo de hierro, y su cuerpo inclinado hacia adelante.

El pelotón de ejecución estaba formado por seis guardias civiles, que se colocaron a cinco metros de Txiki.

Txiki no quiso que le vendaran los ojos, como normalmente suele hacerse. Una vez ya preparado todo para el fusilamiento, llegó su hermano Mikel, que fue cacheado por la policía, y su abogado Marc. Mikel, al ver a su hermano, le hizo la señal de victoria con los dedos de la mano. Entonces Txiki, al verle así, sonrió. Y gritó con todas sus fuerzas: ¡Aberria alla hill! [Patria o muerte]. ¡Gora Euskadi Askatuta!, y comenzó a cantar con todas sus fuerzas el *Eusko Gudaria Gera* (el canto de los gudarís vascos, el mismo que cantaron los condenados a muerte en el proceso de Burgos en 1970).

Estando cantando así, después de unos segundos sonó la descarga. Txiki cayó desplomado al suelo pero aún con vida. La descarga hubo de ser doble para terminar de asesinarlo totalmente. Luego el sargento que mandaba el pelotón le dio el tiro de gracia. Alguno de los guardias civiles, tal vez el mismo que dierra el tiro de gracia, comentó: «¡Este ya no disparará más!»¹

1. Del libro *Euskadi: el último estado de excepción de Franco*, Ruedo ibérico, París, 1975.

Editions Ruedo ibérico

Moncho Goicoechea

Viaje imaginario
a la España
tranquista

160 páginas

Vifetas

21 F

Pablo Harri

Crónicas prenecrológicas de un régimen

I. Dictadura de excepción

II. Ofensiva de clase

III. « Fusil contra fusil »

I. Dictadura de excepción

Conclusiones a sacar: la excepción no es un recurso sino el estado natural de la dictadura; el recurso fue intentar crear lapsos de tiempo en los que la excepción se enmascaraba.

Balance el 25 de abril de 1975: el ascenso de las luchas exige a un sector de la burguesía volver a su origen; el sector que apoya ciegamente la dictadura militar, y de ella obtiene su supervivencia en el poder, necesita violencia sin mediaciones políticas formales. Entre dos modelos de «normalidad» elige el suyo propio, puesto que no ignora que otro puede ser una brecha por la que irrumpen las exigencias de las masas y arrastren el tinglado definitivamente. Otro sector de la burguesía seguirá creyendo que el regreso a las formas puras de la violencia que caracterizó al franquismo desde su origen y por su instauración, dificulta e incluso puede hacer imposible la continuidad del sistema que ellos cambiarían por la liquidación del régimen, hoy inservible. Se contraponen, simplificando a eslogan, el «así hasta donde lleguemos» al «aún estamos a tiempo». Gana la violencia.

Balance el 26 de julio de 1975: el estado de excepción decretado para Vizcaya y Guipúzcoa termina, tras un periodo de agudización del terror visible, con la sensación de un incierto triunfo policiaco y un demostrable fracaso político.

Las dos ofensivas

¿Por qué empezar con las conclusiones y cerrar ya los balances? Porque el estado de excepción no es principio de nada y el resultado va admitido en cuanto que se hace necesaria su extensión en tiempo y espacio —dos años y para todo el Estado— a través de la llamada ley antiterrorista. El segundo estado de excepción es la aceptación del fracaso del primero. El

que se inicia en Euskadi el 25 de abril es el fin de un periodo sobre el que sacar conclusiones inmediatas, aunque sean de urgencia, tanto respecto a la continuidad y fin del régimen como sobre las debilidades del sistema y la generalización y profundidad de las luchas que, si planteadas contra el régimen, alcanzan ya al sistema.

La dictadura, acosada incluso por las propias contradicciones de la clase dominante, acepta durante un periodo muy corto la imposición parcial del sector de la burguesía que sostiene eso tan dicho de que hay que cambiar algo para que nada importante cambie, sobre quienes creen que para que nada importante cambie lo mejor es, precisamente, que todo siga igual incluso en lo accesorio, y resistir así al menos mientras vive Franco. «Toda tentativa de liberalización se convierte inmediatamente en una brecha abierta para las masas populares y sus organizaciones», ha escrito Poulantzas poco más o menos en *La crisis de las dictaduras*, y si no fuera porque se conocen las lecturas de hombres como Solís y Girón¹ se diría que lo habían leído. El contraataque sostiene que si no se abren soluciones parciales, libertades formales mínimamente satisfactorias, flexibilidad participativa controlada y una elasticidad, al menos también mínima, ante las críticas externas al grupo monopolizador de la administración del poder político, la presión hará explotar un caldo social cada

1. *Cambio 16* ha contado que Girón sigue apasionadamente las peripecias de *sherifs* y pistoleros en el lejano oeste reinventado por un vivo españolito en novelas de a 10 pesetas. Su familia ha dicho que Solís, cuando no está trabajando en su despacho, no puede parar quieto, se dedica en casa a reparaciones, arregla los juguetes de sus hijos y tareas similares. La lectura no la practica nunca, le aburre, él es un hombre de acción..., dicen.

día más caliente, agitado y homogeneizado en su ebullición contra el recipiente que trata de contenerle. La opinión de los llamados aperturistas es que una refrigeración del recipiente político supondría inmediatamente la posibilidad de que la burguesía más dinámica y ligada a intereses internacionales tome en sus manos el poder político sin mediaciones, salvando al sistema de conmociones que para muchos parecen ya irreprimibles únicamente por la fuerza. El cierre hermético evitará las brechas, sigue siendo la respuesta.

Las dos posiciones darán origen —además de aumentar la incoherencia del poder y las contradicciones entre las clases a las que sostiene y en que se sostiene— a dos ofensivas más o menos paralelas, más o menos coincidentes, más o menos enfrentadas en aspectos políticos coyunturales, pero con una idéntica perspectiva final: la continuidad del dominio de las clases dominantes. Una ofensiva, el cierre hermético como solución, el constante calafateo de las brechas, restaura el ejercicio de la violencia represiva sin límites ni disimulos, centrando primero sus operaciones en Euskadi y continuándolas desde el 27 de agosto con la generalización del estado de excepción a todo el Estado español. Es, en cierto modo, el regreso a los orígenes citados. ¿Se trata, como en algunas especies zoológicas, de la vuelta al lugar de nacimiento para morir? Quizá, como en algunas agonías, de la reunión final de energías para defenderse, inútilmente, de una muerte inaplazable.

La otra es la ofensiva de clase de todo el tropel de demócratas de nuevo cuño y liberales conversos que a través de un lenguaje parademocrático formal, que las exigencias circunstanciales fuerzan a una descodificación democrática real, pretende cerrar el paso, simultáneamente a su propuesta audaz de cambios, a toda

pretensión de liberación *real* de las clases oprimidas y a cualquier intento del movimiento obrero de dirigir la batalla contra la dictadura como iniciación de la batalla contra el capitalismo. Esta segunda ofensiva, la ofensiva de clase desligada de la ofensiva policiaca de la originalidad recobrada, ha sido menos visible, y por ello menos denunciada. También por ello más grave, al tener efectos de desarme, o de disuasión, mientras que la otra ofensiva suscitaba inmediatos y crecientes efectos de rechazo. Con otro dato importante para calibrar su gravedad: la ofensiva policiaca, respecto a la izquierda, los partidos obreros, las organizaciones de masas, los movimientos sindicales clandestinos, etc., sólo ha hecho víctimas —aunque sea en distinta intensidad y diferente grado—, pero la segunda ofensiva, la de clase, entre algunos de esos mismos grupos ha conseguido cómplices.

Tres aclaraciones al texto anterior. Una, a la afirmación de que los demócratas de nuevo cuño y los liberales conversos, a los que hay que añadir demócratas y liberales viejos, pero tan hábiles en la travesía de las épocas antidemocráticas y antedemócratas que apenas han tenido bajas físicas o mermas apreciables de caudales, *imponen* o fuerzan incluso con violencia una determinada descodificación democrática de sus mensajes que no lo son. Cuando dicen: democracia, se refieren a formas políticas democráticas que recubran la realidad inamovible de su poder de clase, pero el término *se hace traducir*, en el marco de la despiadada dictadura, por *la* democracia; hablan de libertades y de igualdades que en absoluto rocen las estructuras económicas, que son las verdaderas estructuras de poder —condicionantes de ideología y superestructuras— pero, dadas las urgencias de una solución política enfrentada con la brutal realidad de la dictadura, esos términos *se hacen*

traducir por la igualdad y la libertad de la mayoría; hacen perder, o lo intentan, perspectivas de clase en nombre de un supuesto ideal, globalizador e interclasista: la felicidad universal, la democracia para todos, la libertad e igualdad de derechos y deberes, la participación de todos los ciudadanos en la tarea común. La necesidad fuerza la traducción. El código de clase se universaliza en la descodificación por la violencia del medio. Se ejercita la violencia fría, ideológica, para alcanzar lo mismo, pero con más seguridad y menores gastos a largo plazo aunque con mayores concesiones inmediatas, que se propone la violencia caliente. Es un intento de urgencia histórica de sustituir la dictadura del régimen sirviendo a la dictadura del sistema por la democracia de un régimen nuevo que sirva a la idéntica dictadura del sistema. Pero de ello se hablará en correspondencia con los datos de la ofensiva; esta aclaración solamente hace referencia a un hecho que se deja pasar habitualmente como si careciera de importancia: la obligada traducción del mensaje «democrático» impuesta por la persecución de la dictadura; la obligada descodificación de un mensaje particular, de clase, como universal y válidamente interclasista.

La segunda aclaración tiene que precisar la afirmación de que la ofensiva de clase está «desligada» de la ofensiva policiaca de la dictadura, ya que se dice solamente desligada cuando algunos creen que debería decirse enfrentada. Que ciertos miembros, o portavoces, de ese sector de la burguesía que ve en el futuro democrático la continuidad del sistema y la seguridad de las estructuras del poder económico a través de un cambio en los mecanismos del poder político, han sido alguna vez y de alguna manera perseguidos puede parecer que es cierto; lo que supondría enfrentamiento. Sin embargo sería, en

primer lugar, más justo sustituir «perseguidos» en su actuación por «limitados» en sus posibilidades de exposición de la solución de recambio. Y en segundo lugar, se puede publicar en cualquier momento una tabla comparativa de esas limitaciones incluso en sus casos más agudos con las persecuciones reales de que es capaz el franquismo, sobre todo contra quienes manifiestan no una discrepancia de régimen sino una alternativa radical al sistema. Si citar la detención de los conspiradores de la calle del Segre puede caer en la caricatura —la detención, no el citarla— los datos a acumular y procesar para obtener conclusiones no llegan mucho más allá. También tendrán su lugar concreto.

La tercera aclaración hace referencia a una frase que la obligada síntesis, concreción o economía de lenguaje, puede dejar ambigua: «El régimen [o la dictadura, o el franquismo] recupera su originalidad». ¿Es que la perdió alguna vez? Realmente no, aunque alguna vez pudiera parecerlo. No perdió su origen, pero utilizó formas de represión menos visibles y menos «clásicas» de los primeros años del franquismo que ahora está recuperando. A partir del proceso de Burgos, culminando una trayectoria política e histórica de recomposición del movimiento obrero, aparición de vanguardias no dependientes de los movimientos políticos tradicionales que arrastraban sus errores o sus limitaciones desde la guerra civil, etc., se crea un nuevo nivel de respuesta a la dictadura. Y entonces se recuperan paso a paso las formas de represión desenmascarada de la inmediata posguerra, hasta culminar con el «cuarentazo» de la llamada ley antiterrorismo y la descarada declaración de guerra de la nueva reglamentación de las fuerzas de represión. Se inicia el asalto a la dictadura, cuyo derrocamiento es ya posible

e incluso posiblemente inminente. No necesariamente inmediato, ni fatalmente inmediato como una respuesta ciega de la historia. Seguramente inmediato el fin formal de la dictadura franquista y posiblemente inmediato, con una inmediatez variable según se articule el asalto citado, el comienzo del fin del poder económico político de la burguesía. El régimen se acaba, de que se acabe el sistema responderemos nosotros. Y cada uno ya sabe si es nosotros y qué niveles de decisión, riesgo y conciencia aporta al serlo.

Euskadi: algunos hechos

El Estado de excepción anuncia el regreso al clima de guerra de los años cuarenta, poco más o menos, pero aplicado en un «tejido social» bien distinto y localizado en Euskadi en un primer momento. Su intencionalidad es la misma, pero la nueva situación histórica, ese tejido social diferente y esa diferenciación agudizada en Euskadi, recorta desde su nacimiento la ofensiva, que se convierte, objetivamente, en una ofensiva a la defensiva; a la vez que traslada todos los niveles de represión fría —económicos, sociales, ideológicos, culturales, etc.— a la represión caliente. Por una parte, el estado de excepción no hace más que organizar y ejemplarizar formas represivas que han comenzado ya en ámbitos como el de la creación de conciencia-opinión, comunicación, etc., en la escalada amordazadora de una opinión que comenzaba a dejarse oír de alguna manera, bien suave, cierto, dentro de cauces bien estrechos, cierto también, pero señalando la inevitabilidad de la degradación informativa de la dictadura; señalando las contradicciones que salían a la luz como reflejo, borroso aún, de las que estallaban en el interior de la dictadura. Algo es algo, decía el ciudadano medio que nunca había tenido nada

de nada; por eso ha habido necesidad de limitarlo.

La forma concreta de la represión caliente que cae sobre Euskadi a partir del 25 de abril de 1975 consiste en dejar al país en manos de una banda de facinerosos con carnet oficial y todo poder político dimittido. El gobernador civil de Vizcaya reconoce en privado que no puede intervenir en las actuaciones de la policía, sean éstas las que sean y afecten a quien afecten, y a las que se opone el límite único de guardar las formas en los asaltos nocturnos evitando muertes directas; es decir, asesinatos en masa. Con esta condición se autoriza la actuación de las fuerzas parapoliciales, que en Euskadi es prácticamente un eufemismo, pues en general son los mismos policías de mañana y tarde que se convierten en activistas de la extrema derecha «indignados» por las noches; como el hombre lobo, poco más o menos. Y sin quitar méritos a las bandas fascistas realmente parapoliciales que, aunque en corto número entre los naturales, se ofrecen también para esas tareas, como el grupo que dirige Alfonso Caño, alcalde de Baracaldo. Otros grupos llegan de Madrid, y hasta se rumorea que entre ellos ejercen antiguos miembros de la PIDE portuguesa que han encontrado este empleílo en que ocupar sus ocios y ganar algún dinero. En conjunto, una combinación orden-desorden que no son más que aspectos diferentes de un mismo desorden real, y de una forma de terrorismo proveniente del poder y ejercido incluso con las armas típicas del terrorismo: explosivos, armas, nocturnidad y hasta la utilización de su terminología; como secuestros, que empezaron siendo de publicaciones y ahora, sin haber abandonado ese ramo, se ejercen también contra personas. Un informe que circula clandestinamente por Euskadi aporta

datos comprobados. Recojo algunos párrafos¹.

«Con fecha de 25 de abril de 1975, fue decretado por el Consejo de ministros el estado de excepción para las provincias de Bizkaia y Gipúzkoa, con una duración de tres meses, y cuyo contenido abarcaba la suspensión por este periodo de tiempo de los arts 12, 14, 15, 16 y 18 del Fuero de los Españoles, referentes a los derechos y libertades de expresión, libre residencia, inviolabilidad de domicilio, reunión y puesta a disposición de la autoridad judicial.

Ya desde el primer momento se puso de manifiesto el carácter de este E de E en cuanto que las primeras detenciones, los primeros asaltos a domicilios particulares [...] fueron producidos en la misma noche del día 24, horas antes de producirse la publicación en el *Boletín Oficial del Estado* del decreto en cuestión. De la misma manera es digno de mención que la noticia fue silenciada por los medios informativos —radio y TVE— por mandato de la autoridad competente [...]

Como consecuencia de la implantación de este estado de excepción los acontecimientos que se han producido en las dos provincias, han desbordado todo lo inicialmente previsible y, al mismo tiempo, lo realmente acontecido ha sido constantemente ocultado, enmascarado y tergiversado por los medios oficiales. Por todo ello es por lo que el presente informe cobra una importancia mayor, puesto que recoge gran parte de los hechos sucedidos en la provincia de Bizkaia durante la vigencia del primer mes de E de E.

En este sentido es digno de destacar que con fecha de 23 de mayo fue declarada por el gobierno «materia reservada» toda información que hiciese referencia a hechos que tuviesen relación con la realidad que se estaba viviendo en las dos provincias, y, todo ello, debido fundamentalmente a que la misma prensa española comenzaba a reflejar el clima de terror que había sido impuesto en Bizkaia y Gipúzkoa, y al hecho de que también la prensa y radio extranjera empezaba a airear los hechos más destacados [...]

De todas las detenciones realizadas en este tiempo, son 65 las personas que han pasado con posterioridad a la Prisión provincial de Basauri, de las cuales 62 han sido puestas a disposición de la jurisdicción de Orden público, y 3 de ellas permanecen en prisión, en situación de no procesamiento, y puestas a disposición de la autoridad gubernativa.

En cuanto a los detenidos y no procesados, que

han sido posteriormente puestos en libertad, la cifra contabilizada alcanza las 123 personas, que han permanecido uno o varios días en comisaría o cuarteles de la Guardia civil, pasando algunas de ellas varios días en la prisión provincial. Es de señalar que éste es uno de los datos que pueden ser objeto de revisión puesto que ha sido prácticamente imposible la determinación exacta de todas las personas que han sido detenidas en este primer mes de vigencia del E de E. En cualquier caso, las cifras contabilizadas han sido repasadas detenidamente y confrontadas por varias fuentes de información.»

El informe habla también de los «cientos de personas detenidas y no introducidas en comisaría, pero que pernoctaron en la Plaza de toros de Bilbao, permaneciendo incluso, algunas de ellas, por espacio de tiempo superior a las 24 horas, por el mero hecho de carecer de documentación o ser de aspecto sospechoso».

«Gran parte de las detenciones que se producen en domicilios particulares van acompañadas de exhibición de armas de todo tipo: pistolas, metralletas, etc. Asimismo, las violencias en las cosas es usada en multitud de casos. En una de las detenciones producidas el 25 de abril, las fuerzas de policía, a las tres de la madrugada, rodean la pequeña casa en la que vive un trabajador destacado en las últimas luchas. La puerta es derribada sin llamar previamente. Los habitantes son despertados con una metralleta apuntándoles a la cabeza.

Escenas como éstas son repetidas en muchos domicilios. Se elige la noche como hora más propicia para la detención. En Ondárroa, la Vda de Leizar muere de infarto en uno de estos registros domiciliarios [...]

Asimismo se producen traslados ilegales de personas detenidas en otras provincias (Nabarra, Alaba, Ibiza, Gerona, Avila) que son traídas a Bizkaia y Gipúzkoa para prolongar indefinidamente su detención [...]

En las calles de Bilbao, las personas son detenidas por el mero hecho de circular sin estar provistas del Documento Nacional de Identidad. Otras son trasladadas a la Plaza de toros por el mero hecho de infundir sospechas o hacer

1. Para un conocimiento más amplio de los hechos, véase *Euskadi: último estado de excepción de Franco*, Ruedo ibérico, París, 1975. [NDE.]

preguntas. Es de destacar asimismo que buena parte de los detenidos lo son por el hecho de tener alguna relación familiar o afectiva con personas huidas o detenidas.»

Un testimonio de una persona que estuvo retenida en la Plaza de toros manifiesta: «Fui conducida al autobús y cuando éste estuvo completo me llevaron a la Plaza de toros. La gente paseaba por los tendidos mientras los policías se mezclaban entre ella, y de vez en cuando decían al azar a tres o cuatro personas que les acompañaran. Se los llevaban a la Enfermería de la Plaza habilitada como sala de interrogatorio. Fueron muchas las personas que pasaron por ella, donde, además de interrogárseles se les golpeó duramente. Cuando me tocó el turno, me apalearon nada más entrar en las piernas y brazos».

Hasta aquí el informe. Que como todo documento de ese tipo, y en aras a la rápida y estricta información sumarial, se detiene en la descripción de una situación anormal. Pero el relato de quienes lo viven añade la angustia personal de cada anécdota. Las calles están tomadas a toda hora por los Policías Armados «especiales», con uniforme de campaña, dotados de metralletas y rifles con mira telescópica, que detienen a los transeúntes que les viene en gana —cada vez habrá menos por las calles de Bilbao y San Sebastián, nadie de noche, cines y cafeterías se encuentran totalmente solitarias a partir de que oscurece; los empresarios de estos negocios se dirigen al gobernador civil llorando su ruina si la cosa continúa— poniéndoles contra la pared con los brazos en alto y teniéndoles así a veces horas. En algunas zonas de ambas capitales, centenares de personas que se dirigen a sus casas entre ocho y nueve de la noche son obligadas a detenerse, a amontonarse en un par de bares que hacen de «depósito», con prohibición de llamar por

teléfono a su familia para comunicar dónde están, y retenidos allí hasta pasada media noche, a veces hasta la madrugada. En ocasiones, la operación es tan gratuita y tan dedicada únicamente a dar sensación de fuerza, humillar al ciudadano y demostrarle su escasa importancia en el sistema, que ni siquiera miran sus documentos, les retienen simplemente, no les hacen caso y cuatro o cinco horas después, a veces coincidiendo con el relevo, les mandan para casa con frases despectivas o un tratamiento infantil, recomendándoles que se acuesten y sean buenos. Así constantemente, entrando en bares, cafeterías, salas de fiestas, esperando a la salida de los cines, haciendo apearse a la gente de los autobuses. En una sala de fiestas, cuyos clientes se creían inmunes, fueron sacados a culatazos miembros de «las mejores familias bilbaínas», gritando históricamente los policías: «Nosotros estamos de luto porque han asesinado a compañeros nuestros y aquí no se divierte ni Dios».

Fueron constantes los registros domiciliarios y los cacheos personales. El clima de ciudad tomada será inolvidable para los habitantes de Bilbao y San Sebastián durante muchos años. La inseguridad —nadie responde de los desaparecidos y se habla de muertes— transforma a esas ciudades. La Brigada social, por su parte, toma rehenes cuando no encuentra en casa a la persona buscada, y sólo a la presentación del perseguido son liberados hermanos, madres, hijos pequeños. Se detiene a gentes de toda condición y edad, como al médico de Galdácano, Ponciano Zabala, de 60 años, y al cura Eustasio Erkicia, conocido por Tasio, que es arrastrado hasta comisaría de donde saldrá poco después para el hospital en estado preagónico.

Se conoce el asesinato en un control de carreteras de la súbdita alemana Alexan-

dra Leckel. Se conoce el asesinato en Ondárroa de un muchacho, Luis Arriola, en la noche del 23 al 24 de mayo, después de una cena de alumnos del COU con sus profesores: hacia las doce y media de la noche salieron del restaurante cantando en euskera; al pasar por delante del cuartelillo unos guardias civiles cogen a Luis Arriola y le meten dentro por la fuerza, poco después sus compañeros oyen un disparo y el muchacho sale del cuartel tambaleándose. Tiene un tiro en el pecho, disparado a medio metro de distancia, a la altura del corazón. Muere allí mismo y allí se queda. Nadie es responsable. Unos días después los «guerrilleros» ponen una bomba en el comercio que el padre de la víctima tiene en el pueblo. Otro muchacho es asesinado días después por un guardia civil de paisano, borracho, en un bar de Munguía. Nadie es responsable. En ambos casos, *los periódicos se callan*.

Los asesinatos son numerosos. En Gernika:

«El día 14 de mayo, a las seis y media de la mañana, la Guardia civil rodea la manzana de casas donde está enclavado el n° 47 de la calle Señorío de Vizcaya, y da la orden de rendición. Se desencadena un tiroteo entre ambas partes. Por parte de los atacantes, un teniente de la Guardia civil vestido de paisano, cae sobre la acera herido en la cabeza. Desde la casa donde se refugiaba el comando cesa el tiroteo, pero la Guardia civil continúa disparando. En total dura algo más de 20 minutos. Al cesar los disparos el dueño del piso primero izda sale al exterior (Iñaki Garai Legarreta) y grita que en su casa no se esconde nadie. Recibe una ráfaga de metralleta en el estómago y agoniza durante unas dos horas. Al caer el marido, su mujer, Blanca Saralegi Allende, sale a la ventana gritando ¡Asesinos...! y pidiendo auxilio. Recibe muchos impactos. Entra la Guardia civil en la casa que ordena ¡Que la maten! ¡Matarla! y se oyen dos últimos disparos (el cadáver de Blanca Saralegi tenía después una gasa en la frente por donde habían entrado los disparos de gracia) [...]

El que posteriormente murió, Markiegi, salió hacia el este, cruzó el río y llegó al caserío Mendieta (propiedad de los herederos de Iturria Zabala), con vivienda doble, habitado por una viuda con dos hijos y por un matrimonio. El fugitivo, que estaba herido, pidió ropa seca. Le dieron ropa seca y salió del caserío al oír los ladridos de los perros que se acercaban, entrando en una pequeña construcción rústica existente junto el camino, que no tardó en ser rodeada por los perros. Entonces salieron el casero y la viuda para decirles a los guardias que le habían dado ropa seca y que carecía de armas, por lo que no corrían el menor peligro de ser atacados. Abrieron la puerta donde se había refugiado y el chico estaba con los brazos en alto. Fue acribillado. Su cuerpo desnudo fue llevado al cuartel de la guardia civil de Gernika, permaneciendo durante cierto tiempo en las zarzas de una huerta, cubierto por un plástico.»

Estos dos relatos del asalto a una casa de Gernika y la posterior liquidación del etarra que consiguió huir al asedio nunca han sido publicados por una prensa que los conoce perfectamente. Tampoco fueron denunciados, menos aún condenados, los asesinatos por ningún demócrata, ni cristiano ni social, tan fáciles al llanto en otros casos.

Después los interrogatorios, que en algunos lugares llevan a cabo policías con las caras cubiertas por una máscara, para evitar represalias posteriores. El informe precisa: «El trato de los detenidos en comisarias y cuarteles, especialmente a partir del día 8 de mayo, puede calificarse de brutal, siendo la mayor parte de los detenidos sometidos a graves golpes, malos tratos, amenazas, vejaciones e incluso torturas, tal como se pone de manifiesto en la declaraciones de algunos de los detenidos».

Por lo menos en cuatro ocasiones son trasladados de comisarias y cuarteles al hospital, con hemorragias de ano, nariz y oídos. Una vez curados, y con la evidente complicidad de algunos médicos, son llevados nuevamente a sus lugares de

detención para continuar los interrogatorios.

«Respecto a los familiares que acuden a los citados centros de detención, a fin de recabar información sobre los detenidos, o para llevarles ropa y comida, muchos de ellos son desatendidos e incluso se les niega la realidad de la detención. Son contados los familiares que consiguen ver a sus parientes.»

El aspecto fantástico de los Policías Armados «especiales» en uniforme de campaña y tras sus viseras y máscaras de plástico, evolucionando por las calles de Bilbao y San Sebastián, y el decimonónico uniforme de la Guardia civil por las carreteras de Vizcaya y Guipúzcoa, dan durante unos meses clara idea de la continuidad y el verdadero rostro del país opresor. Juntos, son un símbolo: toda la siniestra historia del caciquismo feudal en los tri-cornios; toda la agresividad de un «progreso» al servicio de la represión para alcanzar como sea un lugar en el futuro, en los especiales.

La violencia se prolonga en los medios de comunicación que regresan al lenguaje original del insulto y la calumnia. Y cuando los medios de comunicación disienten, o meramente se diferencian, e incluso cuando su entusiasmo en el halago parece insuficiente, la represión les alcanza igualmente. Por su parte, los periódicos del Movimiento incitan a las torturas y a la violencia; lo que supone otra forma del ejercicio de la violencia. *El Alcázar* les secunda. Y la prensa llamada independiente oscila en las tensiones producidas entre los nuevos periodistas por no prolongar el envilecimiento de la profesión sumando el suyo propio y la necesidad-satisfacción de las empresas, que juegan al posibilismo del cambio o simplemente apoyan la continuidad de la dictadura tal y como está o variablemente remozada. O alternan todas las

perspectivas según las demandas del mercado lector-anunciante, en un juego político que se pretende hábil y resulta burdo, como el del banquero demócrata catalán Jordi Pujol, que desata la represión en el interior de la revista *Destino*, de la que es importante accionista, con sus denuncias públicas de «rojos» —un rojo bastante desvaído por otra parte— contra miembros de la redacción y colaboradores, en el mejor estilo de los años cuarenta, y con todo lo que en este momento comporta tal denuncia; lo que no le impide hablar de la democracia sueca como ideal. El lenguaje político como elemento de confusión-represión juega un papel importante en todas partes; aquí, de primer plano.

Éxito policiaco relativo, fracaso político absoluto

La dictadura, que crea excepciones a su misma excepcionalidad, plantea su intervención violenta en Euskadi de abril a julio de 1975 como una operación policiaca y como una operación política.

El éxito de la operación policiaca conviene observarlo en dos planos. Si por éxito se entiende anegar un país en policía y crear un ambiente de terror, con las calles vacías, las noches abandonadas por los habitantes, el nerviosismo y el temor colectivo, las prisas por llegar al domicilio, a un domicilio que no ofrecía tampoco seguridad pues en cualquiera y con cualquier pretexto entraban los policías y a la menor demora derribaban la puerta; si el propósito, objetivo y fin de la operación, era demostrar la brutalidad del sistema y significar que esa brutalidad lo alcanza todo y alcanza a todos, salvo la minoría en el poder, la operación policiaca fue un éxito.

Si por el contrario, la operación planeaba

desmontar las organizaciones clandestinas, tanto ETA-V, que era el pretexto aireado, como las demás, las organizaciones obreras y de masas, la operación policiaca no alcanzaba ninguna meta notable. En pleno estado de excepción se organizaron jornadas de lucha con respuestas calificadas; mucho más calificadas contempladas dentro del cuadro descrito y las condiciones creadas. Las organizaciones crecen tras las acciones y, aunque se desmonten aparatos, se rehacen. Se cierran sus filas y se fuerza el sigilo, pero en torno a las que mantienen la lucha y coordinan constantes propuestas de intervención y respuesta se produce el crecimiento tanto en extensión activista como en profundización de la conciencia revolucionaria. Las organizaciones que plantean con mayor claridad la lucha consiguen la extensión de las adhesiones, a ellas en particular o en general a la lucha. Y frente a los hechos, las opciones reformistas saltan en muchas ocasiones, desbordadas por su base. Algo de esto sospechaba el poder, o más bien, lo sabía; la amplitud del movimiento, su rápida maduración y su fuerza creciente, es un dato que no dejan de valorar. Y por ello el estado de excepción no se dirigió en su aspecto espectacular —sí en las detenciones, en las represalias contra dirigentes obreros y el rastreo de organizaciones— hacia el movimiento obrero, sino con ostentación hacia, y contra, la pequeña y media burguesía, de nostalgia nacionalista o veleidades liberales pero incapaz de asumir sus riesgos, y plenamente controlada además por las formas ideológicas de la represión fría. Al movimiento obrero y de masas se les persiguió, a la burguesía se la asustó, quizá esa fue la diferencia de actuación del ejército represivo que se abatió sobre Euskadi. Las bandas policiales, convertidas por su talante y brutalidad en una parodia de ejército de ocupa-

ción, maltrataron fundamentalmente a esas capas sociales.

En Vizcaya, en ningún pueblo de la margen izquierda —Baracaldo, Sestao, Luchana, Portugalete...—, cinturón obrero de Bilbao, las compañías de la llamada reserva general de la Policía Armada sometieron a la población a ese machaqueo sistemático de desalojo de establecimientos públicos y transportes, de horas con los brazos en alto contra la pared, de cacheos personales humillantes en la vía pública, de obligar a sujetar el carnet de identidad con los dientes mientras las manos se apoyaban contra la pared. Naturalmente queda otro argumento: no se atrevieron. Y es un argumento cierto. No podían, salvo decididos a correr un riesgo mayor que el coste calculado de la operación, aventurarse a que un incidente grave provocara una respuesta tumultuosa en la que una represión sangrienta, ya que el dedo en el gatillo de la metralleta montada era la norma, hubiera a su vez desencadenado una respuesta difícil de medir previamente; el efecto de espiral hubiera llegado por una imprudencia a riesgos que no podían permitirse el lujo de correr.

Pero también es verdad que, como demostró la huelga general del 11 de diciembre de 1974, entre otras acciones, la conciencia y la capacidad del movimiento obrero en Euskadi lo conocen, y saben por tanto lo inútil de una operación de reconversión, y aun simplemente de darme de esa conciencia ascendente de la clase. El movimiento obrero es el enemigo, y mientras no se pueda lanzar contra él una operación ofensiva exterminadora de sus cuadros y vanguardias, la operación política más rentable es aislar el foco de peligro, vigilarlo de cerca y tratar de impedir la formación de una vanguardia dirigente, aislando hombres, deteniendo líderes, neutralizando organizaciones de masas. En cambio había que

asustar a otros ciudadanos, había que hacerles ver que todas las molestias se debían a su pasividad, a su falta de entusiasmo y colaboración con las autoridades, a su negativa, más o menos activa, más o menos consciente, pero real, a ser la base social de un régimen político que carece de ella.

Pero el fracaso de la operación fue evidente. Salvo alguna excepción que nunca puede descartarse, esa burguesía pequeña y media a la que se quiso asustar y hacer creer que tantas y tan exageradas molestias se debían a los terroristas, a los comunistas, etc., y tenía que reaccionar agrupándose en torno al poder y a las fuerzas del orden para liquidar al enemigo y rescatar la tranquilidad, reaccionó en sentido contrario. Reaccionó contra quienes les golpearon, les humillaron, les trataron como a animales, a ellos, comerciantes, profesionales, tan respetables y respetados siempre, respondiendo a culatazos a la menor pregunta —por supuesto, correcta— del ciudadano que creía serlo y se dirigía al jefe de la fuerza inquiriendo qué sucedía o si podía ya bajar los brazos. Y no digamos nada de las insinuaciones de una protesta por el trato vejatorio. Sueltas las jaurías, el perrero no pudo hacer nada —unos guardias civiles han golpeado posteriormente los coches de tres ministros, incluido el del Ejército— y mordieron más de lo que tenían asignado y allí donde únicamente tenían que ladrar. La operación política que trataba de crear una conciencia de repulsa hacia los perturbadores de la paz y el orden, se volvió contra quienes de verdad durante tres meses interminables perturbaron cualquier orden ciudadano que pudiera existir dentro del desorden económico, social y político inherente a la dictadura. Un comentario generalizado, incluso entre ciudadanos poco activos políticamente, a la constante afirmación gubernamental de

que «con estas medidas ninguna persona honrada tiene nada que temer» era, y sigue siendo, la de que ninguna persona honrada ha tenido nunca nada que temer de las acciones de ETA-V. Al margen de la asimilación o no de las respuestas violentas individuales o minoritarias al terrorismo institucionalizado, al margen de la corrección o incorrección política de la violencia separada de las masas, que son problemas que tienen su propio análisis en su lugar concreto, la verdad es que, en general, las acciones de ETA-V han tenido siempre unos objetivos seleccionados acogidos por la opinión popular con, por lo menos, un respiro de alivio al margen de las consideraciones políticas precisas: Manzanas, torturador tan conocido que ha sido admitido así por compañeros suyos de la policía destacados en Guipúzcoa; Carrero Blanco, cuya biografía es un reguero de violencia y represión sañuda contra sus adversarios de cualquier color e idea, uno de esos típicos «animales de violencia» que paren estos regímenes monstruosos; el inspector Morán, que se jactaba públicamente, él y algún miembro de su familia, de haber liquidado a Txikia (Eustaquio Mendizábal) en una trampa; Díaz Linares, muy conocido torturador de San Sebastián, especializado por no se sabe qué oscuros resentimientos en maltratar a universitarios; el subteniente de la Guardia civil de Mondragón conocido como «el chino», de quien el propio ayuntamiento de Mondragón había pedido el traslado por su reconocida brutalidad; el cabo de la Guardia civil, de la brigadilla de información, Posadas Zurrón, otro maniático que disfrutaba haciendo sufrir; o confidentes de la policía y Guardia civil que, como Arguimberri y Elejalde, por dinero y odio habían enviado a la cárcel para decenas de años a numerosos luchadores vascos. ¿Qué persona decente podía, en esas condiciones, asustarse por las

acciones de ETA-V? En cambio, millares de personas honradas se vieron con los brazos en alto, contra la pared, amenazadas por metralletas listas para disparar, golpeadas por tener el carnet de identidad caducado ¡por dos días!; contemplaron cómo sus novias y mujeres eran manoseadas en público, con una mano del «agente del orden» recorriéndolas¹ mientras encañonaban con la otra a su acompañante.

Miedo, crearon. Si esa era su victoria, es bien corta frente al cambio de identidad política que se produjo en cientos de ciudadanos; con más o menos incidencia en su actividad inmediata, pero como gran fondo de reserva para la repulsa general a la dictadura que se agota, que se escapa como un último aliento por la boca permanentemente abierta del dictador.

Paréntesis apócrifo de Juan de Mairena

Como los datos señalan: de la igualdad de los ciudadanos ante la ley, ¿qué se hizo?, se preguntan los Jorge Manrique de una legalidad en la que se obstinaron en creer a despecho de evidencias: —manifestaciones de la extrema derecha con insultos directos al gobierno y a Arias, públicas y con violencia; —atentados a librerías y centros culturales, con gravísimos daños en muchos casos; —ataques a comercios y personas con metralletas y explosivos, lo que supone, por lo menos, según su propio código, «depósito de armas de guerra», tan castigado por su ley según en qué casos; —agresiones a personas con barras y cadenas; —exigencias de identificación a ciudadanos en la

vía pública, por parte de particulares, lo que por lo menos es un delito de falso ejercicio de autoridad; —secuestro e interrogatorio de particulares a particulares. De particulares de extrema derecha a particulares de extrema izquierda, izquierda y centro izquierda, poco más o menos.

Y ninguna detención, claro. Ningún juicio por tanto. Ninguna aclaración a tanto misterio sin resolver por una policía siempre jaleada por sus éxitos. ¿Fracaso o complicidad?, se preguntan aún informadores ingenuos.

Peralta España, subsecretario de Gobernación, ha declarado que no es lo mismo una violencia que otra, pues la de extrema derecha no hace víctimas. Debe referirse a la violencia de la extrema derecha actual, y a la violencia de la extrema derecha sin carnet oficial, uniforme o toga; etc. Pero aun con todas estas restricciones mentales —definición jesuítica de ciertas formas de mentir— e imprecisiones del subsecretario, resulta que por violencia sin víctimas, violencias idénticas —y dejando a parte lo falso de esta identidad, pues son violencias de respuesta provocadas por la violencia de imposición y continuidad de la dictadura, que ya es bastante dejar aparte— otros reciben tratamiento bien diferente. Por quemar una casa vacía se han llegado a imponer condenas de treinta años de prisión. Por hacer saltar un monumento a los caídos, las tarifas penales son parecidas. Por colocar un petardo, sin víctimas, se ha llegado a solicitar pena de muerte. Pero Peralta España no tiene por qué saberlo todo. A lo peor ni siquiera sabe que por nada de violencia, sino asociación sindical, impuso el TOP veinte años de condena a algunos militantes de las Comisiones obreras.

En el escandaloso caso de Huertas Clavería, periodista condenado a dos años de cárcel en un Consejo de guerra por decir

1. Estos casos fueron numerosos en San Sebastián, y sólo cuando las mujeres iban acompañadas de algún hombre.

que inmediatamente después de la guerra civil algunas viudas de militares regentaban casas de putas —traducción al castellano de su necesaria filigrana frangolinguística, y franco es de Francisco, no de francés—, también hubo una denuncia de los sindicatos oficiales porque aseguraba el reportaje que por aquellas mismas fechas algunas mujeres de obreros se dedicaban a la prostitución para que sus familias pudieran comer. Bien, aparte de que alguna procedencia temporo-espacial y etno-sociológica tendrán las mujeres que se dedican a la prostitución, los dueños de las casas y quienes regentan bares dedicados a ello, sin que eso determine peyorativamente esa procedencia familiar - geográfica - social - profesional - patriótica, etc., el resultado ha sido que a igualdad de ofensa (igualdad muy relativa, pues mientras afirma que las mujeres de los obreros *ejercían* la prostitución, de las viudas de los militares lo que decía era que la *administraban*; las primeras sobrevivían y las segundas ahorran, lo que, en una sociedad capitalista y con dictadura militar como forma política, es además de más limpio más lógico), los militares ofendidos detienen, juzgan, condenan y encarcelan, y en cambio los obreros no. No se trata de si quieren hacerlo, sino de que no pueden. O son diferentes mujeres, o son diferentes ofensas, o hay personas ofendibles normalmente y personas a quienes obligatoriamente se debe respetar. Los obreros no tienen policía propia, ni tribunales especiales, ni código de justicia particular para su uso y abuso, ni medios de encarcelar. No tienen poder y el ejército sí, hasta para decir que nunca una de sus viudas —ni una sola, ¿me oyen bien todos?— tuvo que ver con la prostitución. Es que el insulto al Ejército es penable y el insulto a la Clase obrera permisible. Es que hay ciudadanos de lujo y luego el resto. Es que no cuentan los deli-

tos, sino los enemigos aunque no delincan y los amigos aunque lo hagan.

El falso Mairena puso punto final en la pizarra y se sacudió las manos manchadas de tiza y nicotina. Y concluyó ritual con voz cansada: —Que es lo que tratábamos de demostrar.

De un estado de excepción a otro: la respuesta a la respuesta

La deteriorización de su orden, la creciente exigencia de un cambio siquiera en las formas, obliga al sector de la burguesía ejerciente del poder, al menos por delegación, a esa maniobra de endurecimiento que es la operación de regreso que abarca desde el lenguaje político hasta la instrumentación represiva de los tribunales, ya sin disimulos, y las penas de muerte, los asesinatos en plena impunidad y el silenciamiento de las inevitables discrepancias, aun de las respetuosamente planteadas y en tantos casos incluso desde los mismos intereses de clase, aunque de otra manera defendidos. Los más inseguros sostienen la mayor dureza. Emilio Romero se hace con la cadena de prensa del Movimiento para defender el más lógico reaccionarismo del cierre, que es el único que preserva sus intereses. Sus intereses personales y siempre oscuros —¿o clarísimos?—, que le permiten ahora una amplia expansión tras conseguir varios cientos de millones en un extraño crédito para su extraña prensa invendible. ¿Cómo admitir una apertura que permitiera seguir la pista a los millones? Romero es uno de esos personajes de «coro» que tapizan de realismo la novela española, desde la picaresca a Galdós, y sólo la mediocridad del franquismo le ha permitido contratarse de protagonista. Aun así, pese a su vocación de «Padrino» de

cierta mafia que le sustenta, y de la que él *sabe*, no ha podido llegar más que a ser el «Ahijado». Pero su ruido vale. Sus informes y cabildeos, zancadillas, denuncias, chismes y confidencias, valen. Y todos ellos, policías, alcahuetes informativos y de los otros, ultras desahuciados y burocracia, todos los que únicamente en la continuidad más inmóvil encuentran su pitanza, haciendo de coro y resonancia a quienes temen que cualquier apertura termine en el naufragio, fuerzan con el pretexto del terrorismo una nueva ley que Arias anuncia con exactitud: ley anticomunista. Exactitud luego enmendada porque deja el juego al aire —el antiterrorismo es valor más seguro que el anticomunismo, sobre todo ante Europa— en el título, aunque luego otra vez, en la práctica, en su aplicación, vuelva a ser un instrumento de represión de todas las fuerzas obreras y revolucionarias, equiparadas automáticamente a terroristas. Es el juego de siempre pero ampliado el silogismo: es así que toda discrepancia es comunismo y que ahora todo comunismo es terrorismo luego toda discrepancia es terrorismo.

La nueva ley pretende detener la hemorragia fatal. El franquismo agoniza. Ya que tanto gustaron sus propagandistas y publicitarios de la metáfora marinera, y ya que tanto se jugó en la liturgia de la desaforada adulación al dictador con los títulos de timonel y el capitán de la nave, deberían seguir aplicando ese lenguaje puesto al día, y hablar de que las calderas estallan, que el incendio del movimiento de masas crece por toda la armazón carcomida, que las cuadernas se desbaratan, mientras el famoso timonel cree cada día con mayor firmeza que por fin podrá atracar el buque en Babia.

La nueva ley antiterrorismo pretende desmantelar el real peligro del enfrenta-

miento de clases. Porque los policías y guardias civiles muertos en acciones armadas son sustituibles y sustituidos, sin mayor importancia para un Franco que, como en sus escasos escritos está patente, no valoró nunca la vida de sus hombres. Si su venganza se cumple es porque, además de razones políticas de amedrentamiento, está la importante razón de que la policía, las fuerzas de represión, son la única «base social» del régimen y necesita cambiar sangre por sangre, cadáver por cadáver, en un trágico coleccionismo que sólo es una gota de agua en el mar de las costumbres políticas del jefe del Estado. Pero lo que no es sustituible, lo que no es una lista más de bajas, rutinaria en toda guerra, es la recomposición del movimiento obrero; las formas de autoorganización de la clase obrera, inexperta todavía en unos casos, formas espontáneas aún en otros muchos, pero de claro progreso en general; las asambleas con decisiones; los comités elegidos; los comités de huelga que nacen de la elección de los trabajadores; las huelgas generales de Pamplona, del Bajo Llobregat, del Ferrol, o de Euskadi de diciembre de 1974, con entre 200 000 y 250 000 participantes a pesar de la postura negativa del PCE, que no consiguió detener la acción y tuvo que sumarse forzosamente, a última hora, cuando su base desbordó combativamente las consignas de una dirección más atenta al pacto «por arriba» que a la realidad de la lucha del movimiento obrero; las luchas de Valladolid, en Fasa-Renault, Seat de Barcelona; las luchas en Galicia, que aparece como zona de conflictos cada día con perfil más acusado. El poder del movimiento asusta a un régimen que se pudre entre los escándalos económicos de los poseedores y el acoso creciente de los desposeídos. En Valladolid, ese miedo se reconoce públicamente; según el diario *Informaciones* del 26 de abril, en crónica

desde esa ciudad: «Boicot a todo. Los 14 000 productores de la empresa Fasa-Renault vallisoletana puede que intenten poner a prueba esta ciudad. Desde primeras horas de la mañana de hoy pretenden demostrar con su postura, adoptada en una asamblea celebrada ayer en la Casa Sindical, que en buena parte el normal funcionamiento económico se debe ineludiblemente a su dinero. Pretenden reducciones en el consumo de electricidad, gasolina y otros monopolios estatales, quinielas, cines, teatros, y espectáculos, en general. En este nuevo intento de presión, la prensa tampoco será comprada.» «No entramos en sus causas —dice el diario local *El Norte de Castilla* en un comentario aparecido en su primera página—, que, sin duda, son distintas en cada problema, pero seamos al menos prudentes y cuerdos al pensar en los efectos, que podrían ser irreparables para la ciudad». Eso es lo que no se sustituye, un guardia sí. Eso es lo cada día menos asimilable. Y eso es lo que se trata de detener, sea cual sea el pretexto enarbolado. Porque de las reivindicaciones se pasa a la solidaridad activa con sectores de la clase obrera víctima de la represión patronal, y de ahí a las consignas netamente políticas: libertad para los presos políticos o supresión de los cuerpos represivos, derechos y libertades que si bien se inician como reivindicaciones democráticas —unidas a consignas de transición, como control obrero de la empresa, etc.— las sobrepasan y desbordan planteándose rasgos importantes de la lucha por un gobierno de los trabajadores, en un enfrentamiento objetivamente anticapitalista en cuanto que es una revisión a fondo de todos los mecanismos de implantación y mantenimiento del poder burgués. No es sólo que el nivel de conciencia se ha elevado en general y particularmente en la vanguardia, sino que se está perma-

nentemente elevando, en cada acción, en cada convocatoria, en la forma en que sectores cada vez más amplios han asumido la lucha a favor, primero, de Garmendia y Otaegui, después ante los Consejos de guerra sumarios y sumarísimos contra el FRAP, y luego ante todo Consejo de guerra, toda represión, casi olvidando los nombres de quienes sucesivamente han sido condenados a muerte porque, en Euskadi, el combate se asume como una respuesta a la represión, por salvar la vida a unos luchadores, contra la opresión nacional y como un objetivo más de la lucha de clases; así como por la cada día más extendida convicción de que la respuesta a la opresión nacional solamente pasa por la respuesta a la opresión de clase. De ahí que sea necesario observar las jornadas 28-29 de agosto y 11-12 de septiembre desde una perspectiva múltiple y compleja. Prioritariamente, como enfrentamiento a la dictadura, con las características ya dichas de solidaridad, lucha contra la opresión nacional, respuesta popular a la represión, y lucha de clases, factores de incidencia variable y en ocasiones alternativa; pero se simplificarían jornadas tan complejas reduciéndolas a ese enfrentamiento, incluso así de pluralmente interpretado. Entre otros análisis necesarios, como las alternativas dadas por las distintas líneas y organizaciones, los problemas del centrismo, etc., se plantea el importante dato del desbordamiento de los dos grupos tipificadores de dos posiciones hasta hoy enfrentadas y que en su enfrentamiento falseaban de raíz el problema nacional de Euskadi: el PCE, que ha tardado años en enterarse de su existencia, y aún sigue sin asumirlo en las respuestas, y el PNV, nacido del problema nacional a través de las necesidades de un sector económico, burguesías pequeña y media, enfrentado siempre, como partido típicamente nacionalista burgués,

a toda reivindicación de clase que superara el sindicalismo cristiano-amarillo de Solidaridad de Trabajadores Vascos. Para el PNV, el problema nacional se centraba en un forcejeo de intereses tanto frente a la burguesía española centralista como en una ruptura con la gran burguesía vasca que se declaraba española y españolista; en un intento nacional-conceptual en el que importaba Euskadi como concepto de validez ideológica y superestructural que facilitaba la puesta en valor competitivo de unas riquezas así administradas sin ingerencias ni dependencias. Ninguna de ambas fuerzas puede dar, por su parte, una respuesta válida al problema nacional real: el PNV *tiene* una respuesta de clase y el PCE *no tiene* una respuesta nacional. Pero unidos, tan próximos ahora en Convergencia y Junta Democráticas, menos aún, pues mientras el pacto interclasista inutiliza al PCE también para dar respuesta de clase al problema nacional, el pacto de interburguesías nacionales incapacita doblemente al PNV, inicialmente para dar una respuesta propia a la lucha de clases en Euskadi, única vía hacia la solución real del problema nacional de los vascos en cuanto oprimidos, y hoy incluso para dar una respuesta nacional a su propia base social que en gran parte recela de los pactos con la burguesía centralista o española.

Es asumible por la dictadura que muera un guardia civil, o diez, pues para eso están y para eso les paga la burguesía, y eso pasa en todos los países del mundo —como todos los días cuenta televisión española, ahora empeñada en «unir en un haz a todos los españoles insultados por el extranjero»— y un régimen de fuerza no es derribado por atentados individuales. Lo que no es asumible por la dictadura es que esa violencia de respuesta se produzca en un marco de constante ascensión del enfrentamiento de clases, ni que

la indetenible lucha de las masas manifieste un sentimiento unitario que busca coordinarse y centralizar sus combates, que avanza hacia la creación de órganos unitarios y representativos, con la extensión a través de ellos de las luchas en barrios y pueblos, en comités antirrepresivos, en los centros industriales, en fábricas y talleres, por sectores hasta ahora no movilizados. Movimientos múltiples y coincidentes, y en muchos casos de cierta espontaneidad que sólo necesitan para completar el cerco desarrollar coherente y coordinadamente sus esfuerzos, la maduración de sus órganos de autoorganización y «la unificación de todos los combates por un objetivo central, la caída de la dictadura, el comienzo de la revolución española, la ruina del régimen capitalista».

La respuesta es replegarse, cerrar, endurecerse, matar, amenazar, reprimir, asesinar con medios más o menos legales —de su legalidad, que ni siquiera respetan—, disparar contra los manifestantes, torturar en los cuarteles, arrojar detenidos por las ventanas de las comisarias, entrar la Guardia civil en el penal de Segovia para sacar a culatazos a los presos políticos y repartirlos por otros penales.

Pero a su vez el movimiento obrero ha respondido a esa respuesta, a la de los Consejos de guerra y la brutalidad represiva, a la de las once penas de muerte dictadas en un par de semanas, a las ejecuciones prometidas. Y la dictadura generaliza el estado de excepción. Pero el anuncio de los Consejos de guerra puso en pie una escalada de enfrentamientos de resultados todavía no calculables, pues además de que no han terminado dejarán huella en la combatividad y la capacidad autoorganizativa del movimiento obrero, más la sensación de que el final de la dictadura es posible, y la generalización de la conciencia política.

Sólo en Guipúzcoa, para no alargar relaciones difícilmente exhaustivas, el cuadro que presentan los últimos días de agosto y los primeros de septiembre puede resumirse así:

La convocatoria de huelga general lanzada por diversas organizaciones políticas y organismos de masas ante el Consejo de guerra contra Garmendia y Otaegui es seguida de manera importante, aproximándose a la huelga general. Por zonas:

Irún: Paro general en las empresas que no están de vacaciones, y paro incluso de un importante número de funcionarios de Aduanas.

Rentería: Paro general, con cierre de un cierto número de comercios.

Pasajes: Paro general, salvo en una empresa: «Tubos». Alrededor del 50 % de los empleados de la Junta del Puerto; en carga y descarga, total.

San Sebastián: Fábricas prácticamente todas: Suchard, Savin, León, Tor, Koipe, etc., así como los pequeños talleres. Paro total en el Banco Guipuzcoano, de tres horas en el resto excepto el de Vizcaya; igual que en las Cajas de Ahorro. Cierre de bastantes comercios con intervenciones de la policía levantando persianas y deteniendo a algunos comerciantes remisos.

Usurbil-Lasarte: Paro total en Bianchi, Michelin, Coca-Cola, etc. Aquí puede hablarse de huelga general pues además de todas las fábricas y talleres cerró prácticamente todo el comercio e incluso algunos bares.

Hernani: Paro general en todas las empresas, Orbegozo, Gomateix, etc., salvo dos.

Ergobia: Paro general en el Polígono Industrial.

Andoáin: Paro total en Craft, Laborde, Intex, Silen, etc. Comercios prácticamente todos y muchos bares.

Villabona: Paro general en todas las fábricas que no estaban de vacaciones.

Igual ha sucedido en *Tolosa, Legorreta, Idiazábal, Ormaiztegui, Lazkano, Villafranca, Beasáin, Eibar, Placencia, Elgoibar, Vergara, Mondragón, Oñate, Azpeitia, Azcoitia, Cestona*, con los comercios cerrados y numerosos bares, *Zumaya y Zarauz*; con empresas como *Bilore, Ampe, Caf, Yurre, Irizar, Lotac, Copreci*, etc.

Junto al paro, manifestaciones en San Sebastián, Hernani, Andoáin, donde se voló la vía ferrea y se mantuvo cortado el tráfico durante cinco horas, Villafranca, Beasáin, donde un choque muy duro mantuvo enfrentados a los manifestantes con 100 Policías Armados, Eibar, Elgoibar, Oñate, Azpeitia, Cestona, donde unas trescientas personas resistieron una manifestación de una hora, y Zarauz, con una manifestación, el día 28, en la que unas 1 500 personas se enfrentaron con la Guardia civil, que abrió fuego empujándolas en la playa contra el mar, en el que terminaron muchos de los manifestantes. En San Sebastián la policía hirió gravemente a un manifestante, Miguel Azpillaga, que se desangró durante bastante tiempo en el suelo, en plena calle, antes de que permitieran su traslado al hospital. Después la policía asesinaría a otro muchacho, Jesús María Ripalda, por repartir propaganda. Los heridos son numerosos, la situación de algunos detenidos, trasladados al hospital en grave y aun gravísimo estado, ha motivado las protestas de los médicos, que a su vez han sido golpeados. Pero la respuesta ha continuado. Esta vez, a la ferocidad de la represión violenta se añade la extensión de la violen-

cia psicológica. Grandes y numerosas pintadas policíacas; en algún pueblo se vio a guardias civiles de paisano pintando, en otras se obligó a vecinos a hacerlas a punta de pistola y metralleta, en barrios de Bilbao policías armados, de uniforme, se dedicaron a altas horas de la noche, a emborronar las paredes con insultos a ETA y FRAP y algún letrado delirante como: «El pueblo unido jamás será vencido por ETA y FRAP», o un simple «ETA cabrones», amenazas, algunas a algún alcalde de pueblo, «No al indulto», «ETA al paredón», etc. Reparto de octavillas pidiendo la muerte de Garmendia y Otaegui firmadas por «Trabajadores gallegos», «Hijos de trabajadores vascos», «Comité de vascos proejecución de Garmendia y Otaegui» y otras invenciones tan burdas como las citadas, que le debieron parecer a su propiciador sutiles elementos de la guerra psicológica, porque estos policías de manual no dan la talla más que torturando.

A los juicios de Garmendia y Otaegui seguiría el Consejo de guerra contra tres miembros del FRAP, con tres penas de muerte más. Después dos sumarísimos contra seis miembros del FRAP y uno de ETA. Once penas de muerte, en total, por el momento. Los Consejos de guerra, las penas y la noticia de las ejecuciones son datos indicadores de la exasperación que produce el fin, datos del combate renovado, de la crispación del poder, de la agonía trágica de un régimen nacido, creado, crecido, desarrollado y agonizante en la violencia y por la sangre. Y por otra parte, subrayan la crisis abierta entre grupos distintos de la burguesía, forzando el grupo en el poder la complicidad de quienes habían planeado su ofensiva de clase en un marco diferente y con las manos lavadas.

Sobre torturas

Sobre torturas, los comentarios sobran. El poder las niega. El poder miente. Testimonios personales:

José Ramón Zabalo: (28 años, soltero, vecino de Mondragón, detenido el 26 de abril por la brigada social, diez días en comisaría): «Permanecí incomunicado durante nueve días en la comisaría de Bilbao, durante los que sufrí 10 interrogatorios de tres horas de duración cada uno; fui golpeado con porras, sillas, fustas y puños; fui sometido al «quirófano» y también a la «rueda»; esposado con las manos detrás de las rodillas me obligaban a caminar, mientras un grupo de policías me propinaban patadas a fin de que lo hiciera más deprisa. Llamó la atención en el Juzgado mi aspecto y se hizo constar los malos tratos. En la prisión, el médico se negó a hacer un informe por decir que mi estado era normal. El «quirófano» consistía en que en una mesa estrecha y corta, en la que me salían las piernas y la cabeza, me hacían permanecer durante horas en posición totalmente horizontal, cuando se me caían las piernas o se me bajaba la cabeza me daban golpes a fin de que permaneciera horizontal».

Valentín Gorostola (26 años, vecino de Algorta, 13 días en comisaría): «En los 13 días en comisaría tuve 15 interrogatorios, cuatro de ellos con golpes que me propinaban con instrumentos de todo tipo: porras, barras de hierro, cachavas cuadradas y redondas que parecían como de hierro [...]»

Gregorio Larrazábal (de Baracaldo, 17 días en comisaría): «En los 17 días de comisaría sufrí cinco palizas y golpes en cantidad, con fustas, cachavas, porras, etc. Me hicieron «la rueda». Antes de pasar al juzgado un señor de bata blanca que se decía médico me miró y aconsejó permaneciera unos días más en comisaría, por dos veces, ya que las marcas de los múltiples golpes eran muy visibles para presentarme ante el juez».

Hipólito Bustinza: (69 años, de Gernika): «Por razones únicamente humanitarias ayudé a curar la herida de un muchacho que se acercó al caseiro sangrando por la rodilla. Seguidamente llegaron más de 200 guardias civiles, y pese a que el muchacho no disparó, pues no iba armado, le mataron a tiros allí mismo. Yo no sabía ni que el muchacho fuera de ETA ni nada

de lo ocurrido en Gernika. Nos llevaron a la vecina —viuda de 51 años—, a la cuñada —47 años— a su marido Valentín Inchausti y a mí al cuartelillo de la guardia civil de Gernika. Sin más explicaciones nos empezaron a maltratar, primero, lamentándose de no habernos matado también a todos los del caserío, luego con patadas y puñetazos. Me pusieron el cañón de fusiles y pistolas apuntando al estómago y a las costillas, pinchando y amenazando con disparar y darme muerte. No quise hacer constar los malos tratos en el Juzgado porque las palizas ya habían pasado y no sabía de qué podía servir, si para bien o para mal. Al llegar a la prisión de Basauri me hicieron radiografías y me han encontrado dos costillas rotas».

Hay más de cincuenta testimonios personales acreditando desde simples palizas a torturas refinadas, como el quirófano y las descargas eléctricas que están causando tan graves conmociones que algunos detenidos todavía no pueden hacer una declaración coherente de lo sucedido. El testimonio colectivo de un grupo de mujeres dice:

«Nos daban golpes en el estómago, estirones de pelo, y al caer al suelo remataban con patadas en todo el cuerpo, volviendo a levantarnos del pelo. Pegadas contra la pared nos golpeaban con barras de hierro detrás de las rodillas. Puestas en una esquina de la habitación nos hacían andar hasta la otra esquina de la misma mientras nos pegaban con un bastón terminado en bola de hierro. Nos dieron fuertes golpes en los oídos. Dentro de un círculo de policías, nos tiraban de uno a otro como si se tratase de un balón. Muchas han estado hasta diez horas de pie en posición de firmes, y a algunas no las dejaban ir al WC. A varias no las dejaron probar bocado en todo el día. A una compañera, después de cinco días devolviendo la seguían teniendo de pie y a veces ni siquiera la dejaban ir al WC a devolver. Continuamente nos daban golpes en la cabeza, contra la pared, y continuos golpes con la metralleta en la espalda. A unas las hicieron poner las huellas en un folio pasándolas de allí a una pistola. También hicieron simulacros de disparar sobre nosotros. A Begonia Carro, que sufre un soplo al corazón la dio un ataque al empezar a recibir golpes en el oído, sin recibir ninguna clase de asistencia médica. A las dos señoras de Gernika, del caserío, les obligaron a estar 10 y

12 horas de pie, una de ellas se cayó mareada tres veces al suelo y la obligaron a ponerse de pie para seguir pegándola. Sólo en el último mareo le pudo dejar su silla su compañera que también pidió permiso para darle aire, porque parecía que se iba a ahogar, a lo que los policías contestaron que no les importaba que se muriese.

Las torturas morales fueron muchas, como llevar a cabo las torturas siempre de noche y de forma que se pudieran oír los gritos desde las celdas. Numerosas amenazas de toda índole. Los policías se soltaban los pantalones enseñando los calzoncillos y haciendo a las detenidas abrazarse a ellos. Alusiones y risas sobre el sexo. En San Mamés [Jefatura superior] hacían mercado negro de alimentos».

Quizá el caso más flagrante fue el del sacerdote Eustasio Erkicia, conocido por Tasio en el barrio bilbaíno de Santuchu donde era profesor de la ikastola. De 31 años, natural de Lesaca, fue detenido el día 8 de mayo e ingresado en el hospital en la madrugada del día 10, en total, poco más de 24 horas.

«El día 10 de mayo, al ser llevado al hospital —informe basado en los partes médicos— presentaba fuertes hematomas bajo los párpados y restos de sangre coagulada bajo las ventanillas de la nariz, lo que hacía suponer una lesión en la cabeza. Dado su grave estado, y ante la imposibilidad de trasladarlo a la sala de radiografías, se obtuvo una radiografía con un aparato portátil en la que aparece una fisura en el cráneo, causada por golpe, caída o choque violento. Por todo su cuerpo se aprecian extensos hematomas y el aspecto general de su cuerpo corresponde a lo que la medicina inglesa llama «síndrome de bombardeo»; es decir, presenta el aspecto de la persona que ha sido sometida reiteradamente a fuertes golpes en todo el cuerpo; lo que puede ocurrir en un bombardeo cuando una persona queda enterrada por desprendimientos de ladrillos, piedras, cascotes, tierra, etc., que van golpeando su cuerpo hasta provocar incluso la muerte sin fracturas de ninguna clase. Según impresión del facultativo, el padre Erkicia fue golpeado con objetos de textura blanda, aunque pesados, como por ejemplo toallas mojadas que dejan señales que desaparecen en el plazo de un mes, pero que causan tal cantidad de hematomas, rotura de vasos sanguíneos y coágulos, que llegan a difi-

cultar gravemente la circulación de la sangre; en particular los coágulos pueden llegar a obstruir los canalillos que aportan la sangre al riñón para purificarlo, provocando, como sucede en este caso, el no funcionamiento de los riñones. Por esta razón el Padre Erkicia se encuentra sometido en la actualidad a la diálisis en el riñón artificial, consiguiendo una cierta purificación de la sangre, lo que hace que su estado se mantenga estacionario. Del informe del forense en el que se explican los daños causados, así como la posible explicación de los mismos, se extraen datos tales como golpes de todo tipo, pisarle en el suelo e introducción de un palo por el ano que provocó rotura del intestino».

Respecto a este caso los jueces de Bilbao decidieron abrir un sumario, iniciado por el juzgado de Instrucción nº 1 de esa ciudad el 19 de mayo. Pese a la coacción intentada por la Inspección de Tribunales para que desistieran de su intento decidieron continuar con la acción emprendida. Un grupo de más de treinta abogados de Bilbao también intervino y «decidió personarse en las actuaciones a fin de proponer la práctica de aquellas diligencias que se considerasen necesarias para un esclarecimiento de los hechos». Sin embargo, no se conocen resultados. Ni siquiera se tiene noticia de respuestas.

Acciones parapoliciales

Mientras que durante el día las calles son atemorizadas por los «especiales» de la Policía Armada y los ciudadanos brutalizados por los policías reconocibles, al llegar la noche actúan las llamadas «fuerzas del orden» *travestís* en guerrilleros de Cristo Rey. En la madrugada se pasean en coche y ametrallan establecimientos por su nombre vasco o porque sus propietarios tienen relación familiar con militantes nacionalistas o revolucionarios. Algún sereno dirá que los hay que van borrachos, otros llevan, para ofrecerles un

espectáculo gratuito, a «chicas» del Barrio de Bilbao llamado «La Palanca», en el que algunos inspectores se ganan un sobresueldo ofreciendo «protección» a las prostitutas.

Balance de tres madrugadas en Vizcaya:

1ª. Madrugada del 7 al 8 de mayo:

— Agresión e intento de secuestro al abogado Pedro Ibarra Güell. Arrastrado por el pelo desde el tercer piso en que vive hasta el portal, sacado a la calle e intentado meter en un coche. Los gritos de su mujer, que hicieron intervenir a varios vecinos, impidieron el secuestro. Su mujer fue golpeada.

— Ametrallado el comercio Txikia, propiedad de una hermana de Javier Aya Zulaica, conocido militante de ETA-V.

— Ametrallado el comercio Orient International, parece que únicamente por estar al lado del anterior.

Los coches que salieron estas noches iban escoltados discretamente por coches patrulla de la policía.

2ª. Madrugada del 8 al 9 de mayo:

— Ametrallado el comercio Zubiri, en Bilbao.
— Agresión a la librería Herriak; rotura de puertas, libros, estanterías, caja registradora, etc.

— Agresión a la distribuidora de libros vascos San Miguel. En ésta los destrozos alcanzaron la cifra aproximada de dos millones y medio de pesetas. Los asaltantes llegaron en dos coches hacia las dos de la mañana, rompieron la puerta y se dedicaron meticulosamente a destrozar todo lo existente: papeles, sillas, libros, los sillones abiertos con navajas, la multicopista deshecha, las máquinas de escribir partidas en pedazos, documentación, facturas, etc., rotas, el teléfono deshecho a martillazos, 5 000 pesetas que había en caja hechas pedacitos. Al marcharse dejaron en una pared, bien visible, una fotografía de Gernika con el cartel: «Acordaros de esto».

— Bomba en la relojería Agata; en Santuchu.

— Asalto al club Landachueta, rompiendo el bar, destrozando el mobiliario y ametrallando varios cuadros de Ibarrola.

— Bomba en un chalet propiedad de los familiares del militante de ETA Echeagaray, en Plencia.

— Bomba en el bar Gotzón, de Bilbao.

— Ametrallamiento del comercio Clemente, en Bilbao.

3ª. Madrugada del 9 al 10 de mayo:

— Ametrallamiento de un despacho de abogados, laboralistas y defensas ante el TOP y Consejos de guerra, en el que trabaja Pedro Ibarra Güell. Cuarenta y dos impactos de bala.

— Ametrallamiento de la tintorería Gernika.

— Ametrallamiento de la distribuidora de libros vascos Comercial Iker. Daños por valor de unos dos millones de pesetas. Además de los destrozos habituales, al marcharse dejaron los grifos abiertos provocando una inundación que terminó de arrasar lo que había quedado. Robaron los libros de contabilidad.

En días posteriores pasaron de los ataques a domicilios y establecimientos a las agresiones personales. Una tarde, varios jóvenes armados entran en la sacristía de la iglesia de Santa María, en Portugalete (Vizcaya), y golpean en la cabeza y las costillas al sacerdote de setenta y dos años Enrique Domínguez, revestido para decir misa. Y casi inmediatamente es agredido otro cura, el párroco de Santa Ana, de Bolueta (Vizcaya), Félix Irauqui, al que causan lesiones importantes.

Después siguieron; ametrallamientos y bombas en Bakio, Ondarroa, Campanzar, el caserío donde vive y pinta Agustín Ibarrola fue incendiado, en pleno día, por grupos de esos supuestos desconocidos a los que conoce todo el mundo; esta agresión supuso además de la destrucción del edificio, con todo su mobiliario y otros enseres de la familia, la de bocetos de trabajos en preparación, y la de algún cuadro de su primera época, obra irremplazable. El pintor abandonó el País vasco ante las amenazas. Las denuncias por estas agresiones de «desconocidos» son tomadas a broma en las comisarías, y nadie ha sido nunca molestado, detenido o interrogado por estos actos. En una de las comisarías se llegó a decir al denunciante: —Estamos de vacaciones, ¿es que ustedes creen que nosotros no tenemos derecho a estar también de vacaciones?

Esto es el orden.

Ley antiterrorista y nuevo reglamento de la policía gubernativa

La ley antiterrorismo, o así llamada al menos, que según el Ministerio de Justicia ha sido redactada con «exquisita pulcritud jurídica», contiene, entre otras pulcritudes, el artículo 10:

«Los que, públicamente, sea de modo claro o encubierto, defendieren o estimularen aquellas ideologías a que se refiere el artículo 4 [se equiparan a terrorismo en el artículo 4º las organizaciones comunistas, anarquistas, separatistas...] de esta disposición legal; o el empleo de la violencia como instrumento de acción política o social, o manifestaren su aprobación o pretendieren justificar la perpetración de cualquier acto terrorista; o enaltecieron a sus ejecutores o participantes; o trataran de minimizar la responsabilidad de las conductas tipificadas en este decreto ley por medio de la crítica, directa o solapada, de las sanciones legales que las previenen o castigan; o intentaren menoscabar la independencia y el prestigio de la justicia mediante manifestaciones de solidaridad con las personas encausadas o condenadas, serán castigados con la pena de prisión menor, multa de 50 000 a 500 000 e inhabilitación especial para el ejercicio de funciones públicas y para las docentes, públicas o privadas.»

Su calidad de instrumento de represión, que no de aplicación de justicia, es notoria con su simple lectura. Un familiar de un detenido por terrorismo sería, en rigor, perseguible por este artículo ante cada manifestación de condolencia por su situación o solidaridad humana con sus sufrimientos. Y que la interpretación más amplia —en cuanto a que abarcase más supuestos— era la de temer se ha visto bien pronto confirmada. Cualquier actitud que no sea del agrado del poder es ahora terrorismo. Lo prueba, entre otros, un ejemplo que llegaría a grotesco de no mediar la violencia ejercida sobre su protagonista y el riesgo de una condena de brutalidad estremecedora:

«El magistrado-juez del Juzgado de Orden público número 2 ha decretado la prisión provisional sin fianza y el auto de procesamiento contra doña Ascensión Lopesino Alvarez, de cincuenta años de edad, casada, madre de seis hijos y sin antecedentes penales». Prisión provisional sin posibilidad de libertad, pues le niegan el pago de fianza para la libertad provisional. El delito cometido, presunto delito a probar, es, según el auto de procesamiento: «de las diligencias practicadas se deduce que cuando pasaba por la calle Arenal de Madrid, el día 1 de octubre, y cuando se cruzó con un grupo de manifestantes que habían tomado parte en la manifestación patriótica de la Plaza de Oriente profirió el grito de *«Esto es una alteración del orden público»*. Tras ser agredida, con heridas de cierta gravedad y pérdida momentánea de visión en el ojo derecho, por, según el auto de procesamiento, «se desconocen las personas que pudieran causar lesiones a la procesada»¹, y detenida; el auto dice: el comentario de la señora Lopesino reviste los caracteres de un delito tipificado en el artículo 10 del decreto-ley de Prevención del terrorismo, por el que puede ser penada con *seis años* de prisión: *«Su conducta implica una clara provocación a la subversión y a la violencia y representa una amenaza notoria y concreta para la convivencia social y la paz pública»*, por lo que además se la multa con 100 000 pesetas. Todos los subrayados son nuestros.

Otra pulcritud jurídica exquisita es el artículo 16: «Los detenidos o presos en situación de prisión provisional, no incomunicados, no podrán, durante la tramitación de la causa, utilizar otra forma de comunicación que la escrita, salvo las que mantengan con su defensor, acreditado por la autoridad judicial, que se ajustarán a lo dispuesto en las leyes y reglamentos», que rigurosamente interpretado, y está siendo

rigurosamente interpretado, impone a los detenidos la incomunicación real, prohibiéndoles ver y hablar con sus familiares durante los meses —más de un año en muy numerosas ocasiones— de espera hasta que se vea la causa. Violación de toda norma penitenciaria universal y evidente medio de represión y «castigo» pues por ninguna parte aparece el peligro que pueda suponer la visita de los familiares. Los artículos 18 y 19 son otras tantas muestras del carácter de represión de la disposición, pero sus consecuencias se detallan en su momento.

Tras el decreto-ley apareció el Nuevo Reglamento de la policía gubernativa, subrayando el carácter militar de ésta, y del que merecen destacarse dos párrafos que por sí solos desmienten ríos de palabras y kilómetros de discursos oficiales sobre la paz y el orden, las minorías subversivas y la adhesión popular al régimen. «Se consideran auxiliares de la policía gubernativa, a la que están obligados a prestar su colaboración, los miembros de los cuerpos armados de las Diputaciones y Ayuntamientos, vigilantes y jurados del comercio y la industria, entidades bancarias y similares, vigilantes nocturnos (serenos) y porteros, guardas forestales y jurados y particulares de montes, fincas rústicas o urbanas; empleados de compañías de ferrocarriles con cometidos propios de agentes de la autoridad, y, en general, cuantos individuos puedan tener intervención legal en funciones de vigilancia, seguridad o mantenimiento del orden público», que es una movilización general con expresa invitación a serenos, porteros de las casas y los demás citados a la confidencia, la denuncia, la creación de un clima de persecución e inseguridad. Lo

1. Un «desconocimiento» curioso, pues, según la nota, fue: «protegida de sus atacantes por la Policía Armada», que no detuvo a nadie.

que recuerda, más todavía, la tarea de un ejército de ocupación aislado entre una población hostil.

Otro párrafo dice: «Las fuerzas de infantería de la Policía Armada se organizarán en banderas, que podrán ser móviles, de guarnición y mixtas. Las primeras son unidades totalmente motorizadas y estarán destinadas principalmente como fuer-

zas de choque en las intervenciones frente a las masas».

Las cosas se han clarificado. No es frente a las minorías subversivas ni los puñados de agentes a sueldo del comunismo internacional, es frente a las masas. El enemigo está señalado. Se acabaron los disimulos.

II. Ofensiva de clase

La crisis es cierta. Lo variable es su valoración exacta. La crisis se conoce por los datos manejables, pero además se advierte en la vida diaria, se trasluce en gestos, se refleja en las actitudes crispadas de quienes se atrincheran y en las rápidas mutaciones de quienes de un día para otro reciclan sus «fidelidades fervorosas» en «distanciamientos críticos» de distinta intensidad. La diferencia en las apreciaciones de situaciones concretas, sean análisis o corazonadas, permite al intelectual contemplativo elaboraciones suntuosas alejadas de la realidad que se construye cada día y a los testigos inmediatos trazar curvas explosivo-depresivas en las que esa realidad cotidianamente en construcción deforma a veces la importancia o huella de las acciones que se suponen avance o retroceso, englobando en el análisis un sector del frente como frente completo. Por eso, un cierto optimismo sobre las luchas generalizadas, aun lastradas por deficiencias y trampeadas por segundas intenciones, excesivas o cortas según para quienes, no excluye dos notas aclaratorias siempre presentes ante el testigo: una, que la referencia precisa es al nivel de las luchas en Euskadi, en las que un cierto

espontaneísmo ha desbordado —por ejemplo, a partir de las cinco ejecuciones— tanto la cortedad de implantación de unas organizaciones como el maniobrista de otras y la incapacidad de terceras; evidenciando de nuevo errores que se pueden sintetizar en la conocida frase de que las condiciones subjetivas no se han correspondido con la madurez de las condiciones objetivas. Otra aclaración, o reflexión sobre los resultados, es que si ese crecimiento constante y verificable del movimiento de masas, de su nivel de conciencia y capacidad de combate, no se extiende al resto del Estado, el movimiento se ahoga, y en el cambio político presumible a corto plazo se impondrán por la izquierda quienes, sea cual sea su etiqueta de partido obrero y aun revolucionario, están sirviendo de masa de maniobra controlada y fiel ofrecida a la burguesía para que realice el cambio corrector suficiente de una situación de poder amenazada.

En ese contexto, el PCE ha firmado en Euskadi los llamamientos unitarios a huelgas generales y manifestaciones —siempre pacíficas—, pero ha puesto trabas a su realización, por sí mismo o por

organismos teledirigidos interpuestos, interviniendo hasta donde le era posible para evitar la explosión de su base y que la ola le pasase por encima. Pero en el resto del Estado no ha ejercido su influencia en absoluto, o lo ha hecho para frenar movimientos que pudieran surgir de una extrema izquierda débil o de una reacción más o menos espontánea de solidaridad. En Catalunya por ejemplo, donde el PSUC es fuerte, ha negado su colaboración real a Euskadi y las luchas que han aparecido al margen de sus decisiones. Pero es que los dirigentes del PSUC son quizá los que se sienten más orgullosos de que, a pesar de su origen obrero —como partido—, la burguesía les deje sentarse a su misma mesa en vez de ponerlos a comer en la cocina con el servicio.

Pero esto trata nuevamente de la violencia caliente de la dictadura, de la respuesta y de sus consecuencias; y plantea los problemas, y su discusión, de la corrección o incorrección política de una u otra forma de violencia de esa respuesta, de los errores cometidos, de las victorias logradas, del rechazo sin análisis de toda violencia, de la confusión, deliberada o no, entre violencia minoritaria aislada y terrorismo, de la propia violencia de las masas, su autodefensa y su rearme, y hasta del entusiasmo de ciertas zonas de la burguesía nacionalista por esas acciones armadas aisladas de las masas —que esperan controlar en su momento— que permiten victorias sin riesgo y poder sin gasto, además de cantar el valor físico de «nuestros chicos» —frase literal literalmente escuchada muchas veces—, y todo ello desde su cómoda butaca, sus valores en Bolsa, sus afortunados negocios —«ése es otro problema, siempre estáis mezclando las cosas»— y sus reposadas digestiones bien regadas. Sin valorar, en unos casos, los destrozos que la violencia

no coordinada con el resto de las luchas puede ocasionar en el movimiento de masas y valorándolos perfectamente en otros como victorias contra el movimiento obrero, lo que no estaba en la intención de los autores, porque esa burguesía sabe muy bien quién es su enemigo. Lo que no debe impedir la aclaración de que siempre es *más grave* el desarme de las masas y el intento de hacer entrar al movimiento obrero por el camino de las vías pacíficas que las acciones más voluntaristas y descoordinadas del combate del proletariado dirigidas contra las fuerzas de represión. Ya que lo que hay que tener muy claro es que el asalto final, camino de la destrucción del Estado burgués, pasa necesariamente por la violencia; siendo sus modalidades y su oportunidad lo discutible.

En este terreno toda clarificación es importante. Sólo la violencia dará la victoria, sólo la violencia destruye el aparato del Estado. Lo discutible son acciones que puedan resultar antipopulares o ajenas a la lucha general planteada o provoquen interferencias y detenciones; lo deseducador que puedan resultar esas acciones para las masas, a las que en vez de hacer asumir la violencia colectiva las suplanta, dejándolas inermes ante el hecho de que otros, los especialistas, lo hacen por ellas. Lo rechazable, el terrorismo indiscriminado que alcance al pueblo, si se produce, porque ese terrorismo es siempre contrarrevolucionario sea cual sea su intención ideal. Es importante el dato —sin que esto sea juzgar por analogías— del medio social del que surgía el activista anarquista, tan diferente del origen de la mayoría de los activistas que hoy, en Euskadi, se han lanzado a la violencia aislada, con un desconocimiento, en ocasiones absoluto, de las necesidades de la clase, golpeando según otras coordenadas de decisión. Pero ya se enfrentarán

«fusil contra fusil» como dice la canción cubana, para aclarar las posiciones en torno a la violencia necesaria, a las necesarias «acciones ejemplares» y a la violencia que procede de la exasperación y se vincula a subjetivismos emocionales. De momento, como un largo paréntesis entre violencia y violencia, entre excepción y excepción, entre el debatirse del régimen para continuar a cualquier precio y el avance de la presión para liquidar su existencia, se mueve la segunda ofensiva.

El sector de la burguesía que teme o necesita el cambio, hay de todo y aun de todo alternativamente, nunca por esa falsa «vocación democrática» que alguien ha inventado, lanza en los últimos años una ofensiva que altera los presupuestos de su dominación ideológica; no en cuanto a sus intenciones finales, pero sí en cuanto a los planteamientos cotidianos. A medida que se ha ido manifestando con mayor evidencia la decrepitud de la dictadura, ese sector de la burguesía teme la sucesión, valora el riesgo del inmovilismo y cambia el terreno de juego imponiéndose una terminología democrática que, al mismo tiempo que favorezca las modificaciones necesarias inmediatas para el asentamiento de su poder económico y la recuperación del poder político directo, descalifique desde la misma terminología a su enemigo real.

Los milagros de la libertad

Si no en la realidad, que es más lenta en sus modificaciones, casi como la naturaleza aunque no tanto como la diplomacia vaticana, sí en las apariencias a que alcanza el ciudadano medio —y recordando la definición popular de que aquí el ciudadano medio es medio ciudadano—, el amor a la libertad se produce de una manera tan súbita y tan vehe-

mente —como todo amor al mismo tiempo primerizo en el tiempo y otoñal en el sujeto— que hace pensar más en la vieja tradición milagrosa de la península que en un acto de razón. Insisto, en las apariencias más que en la realidad, pues en la del Estado español las contradicciones de la clase dominante transcurren en un silencio de algodonosa felicidad del que se escapan únicamente indicios de rupturas, pero rara vez procesos completos hasta la muy relativa apertura informativa, pronto reducida al laconismo proverbial de los amordazados.

La libertad, alguna vez alguien se acuerda de las libertades, que no es lo mismo, la democracia, alguna vez alguien discute sobre su apellido, son súbitos descubrimientos de una burguesía tenaz y tozudamente cómplice y beneficiaria de toda represión: desencadenante y protagonista de la fundamental y original represión contra las clases dominadas de los pueblos de la península.

La burguesía española, las burguesías peninsulares, coinciden de forma casi unánime en que la prolongación de la dictadura en su desgastado formato político ya no sirve a sus intereses de clase. Advierte que se ha abierto un periodo de interinidad que acentúa la inseguridad del tránsito. El país lleva años viviendo atento a un anciano que se pudre de pie lentamente; importante todavía sea cual sea el alcance real de sus decisiones personales, por lo que asume de símbolo, poder, continuidad, intangibilidad, freno a divisiones y estallido de las contradicciones más agudas. Vive pendiente de una sucesión impuesta. Vive sumido en una paralización progresiva de los mecanismos económicos y de las decisiones políticas. La situación de interinidad, de crisis y de final es palpable hasta para el más torpe o distraído observador de la vida diaria. Que la dictadura se desangra parece un

acuerdo general, aunque se discrepe en los plazos. Las innegables transformaciones —innegables y profundas— que han tenido lugar en la España capitalista durante lo que se ha llamado «el largo boom de posguerra de la economía imperialista», fuerza la modernización del régimen para servir los intereses del capital, en un juego de enfrentamientos que no ha hecho más que comenzar. La coincidencia de ese sector de la burguesía española con el capital internacional, más el temor provocado por el ejemplo de Portugal, acentúa los planteamientos de cambio. La crisis económica mundial presiona sobre la crisis propia de la economía española y el poder político ni puede enderezarla por sí mismo ni contar plenamente con el apoyo exterior; sin que, por otra parte, ese deseo generalizado aunque no unánime de la burguesía de asegurarse futuro, liquidar el desvencijado aparato de la dictadura y homologarse de alguna manera con sus pares resuelva el grave problema de la división sobre cómo realizar el cambio y qué instalar en el hueco dejado por la dictadura franquista.

Hablar de dos sectores de la burguesía quizá resulte una reducción excesivamente esquemática o arbitraria, pero me parece que válida para situar las diferencias que se dibujan con mayor claridad: continuismo, sea el que sea el precio que tenga que pagar el país, apoyado por la extrema derecha, las bandas fascistas, parte —por lo menos— del ejército en cuanto que hay que considerarle como institución representante de unos intereses de clase y no como anecdótico de militares en crisis profesional o ideológica; o evolución, calculando los riesgos y tratando de prevenirlos mediante un vigoroso empleo preventivo de la ofensiva ideológica que complete la represión física.

Pero hemos topado con el ejército, y esto

exige a su vez otro paréntesis. Del ejército se sabe poco, y sobre el ejército se especula mucho, lo que demuestra a la vez la importancia del tema y la confusión con que los teorizantes se manejan. Como representante de unos intereses no hay razón para su monolitismo político, puesto que éstos se encuentran divididos en opciones formales aunque agudas; pero eso no significa nada más, ni más allá, de lo que el texto dice. Como corporación profesional es creíble la crisis surgida del contraste entre el viejo ejército africanista y su prolongación, el que se hace en la guerra civil y la División azul, de niveles elementales en cuanto a formación y cultura, por ejemplo, y unos cuadros de oficiales nuevos, jóvenes, tecnificados y de progresiva culturización, de diferente procedencia social, etc.; lo cual propicia las tensiones y en cierta medida la neutralidad ante las dos opciones de la burguesía que, en definitiva, garantizan los mismos intereses finales. No creo que Portugal desmienta esta hipótesis, pues el golpe inicial del 25 de abril es precisamente una intervención de la burguesía más consciente políticamente de sus intereses para acelerar el cambio y sustituir el cadáver del salazarismo reencarnado en un Caetano que necesitaban exorcizar; otro problema es que dada la podredumbre real de la situación, la guerra colonial y el empuje no previsto de las masas se aceleraran los plazos, reventaran sus estructuras propias y en el propio ejército se iniciase, a partir de cuadros secundarios y bajo la presión de soldados y marinos con las masas, un cierto proceso de autodestrucción como aparato del Estado burgués, pero la evolución de los acontecimientos no sé si permite el optimismo respecto al ejército como tal institución, excepciones individuales aparte.

Aceptando lo relativo de la división,

seguiré diciendo que ambos sectores son, cada uno por su parte, conscientes del carácter agudamente explosivo de la situación, de las contradicciones y tensiones que cruzan y erizan la sociedad actual del Estado español; saben la creciente capacidad de autoorganización, ya citada, del movimiento obrero en Euskadi, del cambio visible de la situación en Galicia, de la inestabilidad de Catalunya, retenida en las últimas luchas por los partidos reformistas¹; y saben que el problema vasco, el más agudo de los problemas nacionales, es otro punto caliente para el que no disponen de capacidad resolutive y respecto al que el ejército es sumamente alérgico. La citada experiencia de Portugal ha terminado de añadir urgencia a unos y preocupación a todos, ante la inmediata sucesión. La burguesía española sabe que Portugal tenía el grave problema colonial que ella no tiene, pero la burguesía española sabe también que el proletariado del Estado tiene un grado de combatividad, conciencia, madurez, impaciencia y enfrentamiento a los niveles plurales que totalizan la vida de una sociedad capitalista, mucho más elevado y coherente en zonas amplias de lo que lo era el proletariado portugués. Si en Portugal las masas no han podido ser contenidas tras la caída de una dictadura que no permitió organizarse políticamente a las fuerzas de la burguesía, pero que persiguió duramente a las del proletariado, ¿qué puede pasar en España? Es la preocupación —tácita a veces, pero también muchas veces expresada— de la burguesía que no quiere jugar el riesgo de una desaparición inesperada del dictador, que no quisiera esperar al último segundo, al último respiro del hombre que reserva sus últimas fuerzas para ordenar ejecuciones.

De todas formas, pese a la urgencia de la situación y a las presiones, ningún grupo verdaderamente importante de la

burguesía que desearía un cambio se ha enfrentado a la dictadura con claridad y decisión suficientes. Hacerlo es arriesgado. En la Junta Democrática la representación de la burguesía se limita a individuos aislados sin ninguna base que les conceda mayor representatividad que su nombre propio; y un Partido Comunista valorando nombres y no fuerzas y relaciones sociales supera incluso lo temido. Convergencia es un paso adelante en ese camino particular de la burguesía, pero todavía no muy decidido, y con fuerte reticencia hacia la aproximación a un Partido Comunista que, aun «tirando lastre» de sus principios para que el globo suba, ni aun así consigue una elevación mediana. Dicen que se lo dijo Spínola: «Señores, organícense». Necesitan hacerlo, desconfían de las sucesivas ofertas de los partidos reformistas —de unos reformistas más que de otros, de los socialistas ya prácticamente no desconfían— pese a que no parezca que éstos puedan quitarse ninguna prenda más para agradar a un público que les resulta fascinante pero que es poco entusiasta; en una exhibición político-pactante de un impudor histórico del que textos y actividades dan fe. Tienen

1. En el reparto de funciones, no arbitrario sino que se corresponde con las condiciones objetivas del país a partir de sus cálculos y las zonas de «clientela electoral potencial» alcanzada, el PSUC asume el papel más claramente socialdemócrata de todas las ramas del PCE. Al llamado Partido Comunista de Euskadi toca el papel combativo, secundado por el gallego, hasta hace poco todopoderoso y encargado de frenar las victoriosas luchas de El Ferrol en 1972, con la ciudad en plena huelga general y combates abiertos contra las fuerzas de represión, que hicieron tres muertos entre los obreros pero no detuvo —lo que sí consiguió la burocracia del PCG— las sucesivas oleadas de manifestantes; la situación de Galicia está cambiando rápidamente, asentándose una nueva vanguardia, la Unión do Pobo Galego, LCR-ETA VI, ORT, etc.

que organizarse, pero al mismo tiempo, o aun antes, tienen que intentar fijar unas respuestas que operen automáticamente en la conciencia de una opinión pública desarmada, zarandeada, enajenada hasta el sopor en muchas ocasiones; tienen que condicionar unos reflejos anticomunistas que, al mismo tiempo que no excluyen ciertos contactos con *unos* comunistas, procedan instintivamente cuando en el futuro se produzca el cambio, forzando la respuesta a la sugerencia integradora, universal, por encima de las clases, del mensaje «libertad», del mensaje «democracia» y algunos otros más tan necesarios como éstos.

A este doble aspecto, la búsqueda de un campo político propio, y la creación de modelos de cambio de forzada credibilidad por los sectores y capas oprimidos, responde la intensa ofensiva de clase lanzada sobre los pueblos del Estado español por sus correspondientes burguesías aliadas, y coincidentes en el pasmo ante el milagroso conjuro de la palabra libertad.

De la democracia como arma contra la mayoría

La burguesía que se llama a sí misma «democrática» para diferenciarse de la otra que aún lo es menos, se encuentra cogida entre dos puertas, dubitativa entre entrar o salir; quizá más con imposibilidad de tomar una decisión que con dudas, aunque las tenga. Si la pretendida liberalización mantiene los rasgos esenciales de la dictadura, sobre no evitar su progresiva descomposición la liberalización no se produce y empeña su dinero en una ardua empresa, tal y como recogen los datos del debate administrativo liberalizadores-burocracia no liberalizadora. Si

trata de quebrar, o dulcificar al menos, esos rasgos característicos y caracterizantes de la dictadura, se acrecienta el estímulo para los movimientos de masas en auge. Porque la dictadura es incapaz de autorreformarse.

La burguesía se debate en el dilema de que continuar es la catástrofe y reformar es imposible. Sustituir al dictador en vida encuentra obstáculos casi insuperables, esperar su muerte pone en manos de la naturaleza el mecanismo. Uno de los hombres designados para la operación liberalizadora *ma non troppo*, Pío Cabanillas, abogado de negocios y representante de intereses que lleva a su gestión ministerial, se encargará primero de la autorreforma imposible, y después será el portavoz del intento más arriesgado de la burguesía: jubilar al dictador. Cabanillas, gerente y gestor de esos intereses preocupados, tiene que llevar su procura profesional hasta el límite arriesgado de pedir públicamente que el jefe del Estado ceda sus poderes al príncipe Juan Carlos de Borbón; la gran sombra alargada tras el disminuido general, la gran ambigüedad casi invisible tras el multiforme conde de Barcelona cantando siempre la Parrala Real del que sí que sí, que no que no. El príncipe nunca protagonista y siempre cómplice, aunque variablemente lo sea de su padre o de su mentor, espera, reina por horas —de ahí el término doméstico de «interina»— y admite todas las propinas de poder que se le alarguen.

La burguesía preocupada desde las parcelas de poder directo que ejerce un tiempo, ensaya formas espasmódicas de liberalización que su falta de cálculo llevará a ciertos delirios de autosuficiencia, como cuando Ricardo de la Cierva anuncia que Ruedo ibérico cierra porque ya no tiene nada que publicar, dado que todo podrá ser publicado en el interior, él lo autoriza todo, pues bueno es él cuando se pone;

audaz premonición, clarificadora profecía, que ha llevado a Ricardo de la Cierva al borde de tener que intentar publicar sus memorias en Ruedo ibérico si las quería ver impresas.

Su base potencial será después, tras la caída de los liberalizadores, sacrificada por la clase a la que sirven en los tanteos de posibilidades de cambio seguidos de adhesiones al continuismo, y asustada hasta el paroxismo con las medidas siguientes. El estado de excepción para dos provincias de Euskadi tuvo buen cuidado de dedicarle sus esfuerzos, forzando su entrada en el redil común si es que había tenido veleidades de moverse por su cuenta. Un característico representante de ese sector en los medios de comunicación, el diario *Informaciones*, escribió desde Bilbao un día cualquiera de los que duró aquel interminable tiempo ya descrito: «Frente a la relativa calma de las noches del domingo y lunes, la madrugada del martes volvió a estar sembrada de agresiones, incendios, bombas. El ciudadano medio, ese que ha dado en agruparse dentro de un término tan vago como la «mayoría silenciosa», empieza ya a preguntarse seriamente si se estarán utilizando todos los medios legales existentes para poner fin a esta escalada de terror». Párrafos normales en la prensa española si no fuera porque en este caso se refieren al terror desencadenado por los grupos parapoliciales y las propias acciones de las llamadas, con un exquisito sentido del humor, fuerzas del orden.

Pero la ofensiva de clase no se limita, en cierto modo ni siquiera esto es lo más importante, a la que llevan desde sus parcelas de poder delegado hombres como Pío Cabanillas y el citado de la Cierva que en sus actuales «Crónicas de transición» asegura que «la democratización no puede aplazarse». La ofensiva de la burguesía tiene un frente por lo menos doble,

sumado al cual funciona otro sector ideológico coincidente pero políticamente distanciado, insistiendo en lo que se llamó «el rearme ideológico ante las ideas subversivas». Este último sector, procedente de la vertiente autoritaria, es naturalmente de planteamientos teóricos grotescos, pero no siempre carentes de utilidad. Quizá entre los más destacados —aunque el arsenal sea amplísimo, desde las flatulencias de *El Alcázar* hasta las sutilezas ininteligibles de Fueyo, pasando por la descripción ideológica del crepúsculo de las ideologías del hombre de negocios Fernández de la Mora, que además fue ministro— figuran las pretensiones intelectuales de trabajos del tipo del publicado en la revista del Opus *La Actualidad Española* en forma de entrevista al profesor Vicente Rodríguez Casado. Con el título de «Cincuenta años de comunismo en Europa. El marxismo es reaccionario», después del tradicional galimatías logrado con textos mutilados de Lenin, en este caso sobre el partido: «la idea de Lenin es separar a los revolucionarios profesionales de los proletarios, por lo que es fácil entender que los obreros sólo se presten al juego comunista para lograr mejoras materiales, nunca para afiliarse», contrapone intelectualmente a Ramiro de Maeztu con Lenin, en clara victoria del campeón alavés, por supuesto, y luego dispara: «Es sorprendente observar que el resurgir del espíritu, la defensa de la tradición, de la cultura, viene del este. La difusión de la fe religiosa, de las vocaciones al sacerdocio, se da en los países del este.» Y eso, ¿por qué? Está claro: «El marxismo no penetra en absoluto en el mundo obrero. El mundo obrero es más inteligente que todo eso. Ya han sido engañados demasiadas veces como para caer en la trampa». A pesar de lo cual él pone la suya, porque nunca se sabe. El mundo obrero prefiere

el autoritarismo, el orden protector y espiritualista de los Consejos de administración, pero si no, en el peor de los casos, el mundo obrero aceptará la democracia en la que no se engaña a nadie pues se opina, se vota, se lee, y lo tradicional sigue siendo lo vigente.

Un editorial de *El Correo Español-El Pueblo Vasco* (esta segunda mitad es una manera de hablar) se lanza también, bajo el título de «El comunismo marxista peligro actual para el mundo», a la campaña del rearme. El título es cierto, pero corto. Porque «el comunismo marxista» que no se sabe bien qué es en todo el trabajo, es un peligro para el mundo de los Ibarra, familia mayoritariamente propietaria del periódico. En el editorial, tras unos ejercicios de manual sobre «orden científico, orden social, etc.», que parten de la característica ignorancia ejemplar sobre el tema, se insiste en lo que preocupa, los intereses económicos amenazados, su dinero. Aunque la defensa de su dinero la rebocen en una grandilocuente apología de «valores espirituales», la espiritualidad frente al materialismo, y las viejas canciones ya un tanto desgastadas. Y así, tras decir: «Creemos necesario se centre la atención de científicos, sociólogos y políticos en el estudio claro y metódico, que sea capaz de inmunizar a la sociedad de los males que la acechan», se añade el verdadero mensaje y el verdadero rearme, para el que sobran científicos, sociólogos y políticos: «Creemos finalmente necesario que se eliminen de librerías, kioscos y publicaciones, las incitaciones más o menos veladas a la subversión del orden social y político para sustituirlo por el orden utópico de una sociedad materialista», en la que la resultante de la relación dinero-poder desaparezca; el párrafo fuera de las comillas no está escrito, pero se adivina por suficientemente conocido en tan ilustres familias.

Que el comunismo es un peligro para ellos, o debiera serlo, sí que es cierto; que en la medida en que el comunismo no es un peligro para ellos ese supuesto comunismo traiciona su ser específico, también. Lo que sucede es que ellos son a su vez el más importante peligro para la mayoría, y la incitación a terminar con los peligros, cada uno con los suyos, es lo que está recogiendo con creciente convicción la población oprimida de Euskadi. Pero este sector de la ofensiva es el tradicional, que a los insultos habituales y las deformaciones como norma, añade ahora los «argumentos científicos» para convencer en vista de cómo van las cosas. Además de la represión necesita —uso de octavillas y pintadas policiacas en las jornadas de excepción— salir a un terreno más político para sobrevivir al cerco popular. El obrero no debe dejarse engañar, el comunismo es lo reaccionario y Maeztu su verdadero liberador y el intelectual de las propuestas de vanguardia frente al reaccionario Lenin; es curiosa también la insistencia en calificar ahora al comunismo, o al marxismo, de utópico, afirmación repetida quizá más que su condena. Sin embargo, cuando la ofensiva se extrema puede ser tan inútil como el lenguaje supuestamente revolucionario de esos millonarios de origen desconocido —otra forma de hablar— como Girón y sus amigos de la revolución pendiente pero sin prisas. La presencia de esos textos no tiene más función que la de señalar la necesidad sentida por la burguesía depredadora, que sostiene y se sostiene en la dictadura continuista más directamente, de utilizar la «teoría» aunque con invocación final a sus fieles servidores de la policía. La peligrosa es la otra, la de la burguesía que se dice democrática. La que fuerza y obliga violentamente a una descodificación democrática apta para las clases y capas oprimidas del mensaje «de-

mocrático» apto para la continuidad de la opresión sobre esas clases.

Lo buscado es lo mismo. La búsqueda, diferente. Tanto que puede llegar a enfrentamientos. Que ha dado lugar a enfrentamientos. ¿A persecuciones? En el marco de los miles de años de cárcel impuestos, de las condiciones de y en las prisiones, de las torturas y brutalidades sufridas en interrogatorios y actuaciones de policías de todo color y guardias civiles de un mismo pelaje, de los cinco fusilamientos que culminan en la actualidad la represión —voy a referirme únicamente a los más recientes, a lo que puede englobarse en una preneología de la dictadura—, un par de millones de pesetas perdidos por el cierre de unas publicaciones o la retirada de un libro, un par de presidencias de Consejo de administración escapadas, o ciertas pérdidas de «sustanciosas regalías» con que suelen primarse lealtades y fidelidades en el franquismo, no me parece que puedan calificarse de persecuciones sin que se sonroje el folio, aunque alcanzo a comprender que sean molestias.

La toma de posiciones conoce una cierta aceleración. Ridruejo y sus amigos —un hijo del teniente general Manuel Díez Alegría entre ellos— crean la USDE, uno de los intentos de socialdemocracia por fin cuajado¹ aunque pronto escindido en USDE propiamente dicha y PSD, partido socialdemócrata. El papel de Dionisio Ridruejo es claro y no se trata de uno de esos juicios sobre la honradez o no honradez, el valor o el no valor que, aunque sean componentes porcentuales de una decisión personal, no intervienen en el papel social objetivo de su intervención. Dionisio Ridruejo, a través de todo un cúmulo de subjetivismos y respuestas coyunturales a sus contradicciones, siempre se alinea objetivamente con una clase y al servicio también objetivo de sus ne-

cesidades. Cuando la crispación de la burguesía española hace intervenir mecanismos fascistas de control político-ideológico, aunque sean de un fascismo con particularidades distintivas acusadas, Ridruejo es un esforzado y convencido paladín de la España nueva y el Imperio; cuando el medio social al que se encuentra ligado se plantea la democracia como forma política de recambio, Ridruejo juega su papel social objetivo y a través de este último intento, el más fructífero porque las condiciones han madurado hasta el punto de tener apoyos específicos y avanzarse su base social, lo que en los anteriores no estaba maduro, presenta la oferta de la socialdemocracia que deja intacto el sistema mediante la sustitución del régimen. La burguesía liberal, o no liberal según las circunstancias, siempre sintió gran afecto por Ridruejo que a su

1. Sobre las persecuciones de la burguesía a la burguesía: En los periódicos españoles —en algunos incluso a dos columnas— aparece en octubre de 1975, la siguiente nota: «Antonio García López, expulsado de la socialdemocracia española. Madrid. El Grupo Social Demócrata Español ha decidido excluir de su seno a don Antonio García López, por considerarle incompatible con la disciplina que exige la acción colectiva que requiere todo grupo político, según comunicación facilitada por un portavoz del citado grupo»; siguen tres párrafos más sobre fidelidades y escisiones. Naturalmente, ese grupo es clandestino, su pertenencia supone asociación ilícita —por seis años anda en el TOP la tarifa—, su difusión, propaganda ilegal —a aplicar tarifas similares que por el concepto anterior—, etc. No es que yo quiera que se encarcele a los socialdemócratas, aunque sólo sea porque dado el respeto que me merecen los otros presos políticos no desearía que aumentasen sus penalidades, sino al contrario, que los demás ciudadanos —por eso tan emotivo de la igualdad ante la ley— puedan comunicar sus preferencias políticas a la opinión pública. Además de dejar claro a qué y cómo juega cada uno, y por qué hay siglas y personas a las que es difícil tomarse en serio, por lo menos en una dictadura.

vez siempre le fue fiel y no *a pesar* de su cambio sino *precisamente* por su cambio.

Con diferentes etiquetas, la burguesía se organiza. Unos dentro del régimen, otros fuera, otros algo dentro y a ratos fuera, algo fuera y dentro en ocasiones señaladas, el arco de la ofensiva es amplio, y constante su propuesta de modelo ideológico. El anticomunismo, característico de la ofensiva, adquiere según en quiénes diferentes aspectos. En algunos, formas dialogantes; frías pero dialogantes, directamente o con intermediarios, con el único comunismo que, pese a todo, consideran capaz de pisar las alfombras de sus despachos sin que se les note que lo son. Los hay tan burdos casi como los anticomunistas declarados de la vertiente autoritaria. Los hay con una capacidad de percepción mucho mayor que no aluden nunca a su anticomunismo sino que lamentan que sea —«con sus aciertos históricos en muchos casos»— totalitario a pesar de todo, y formulan sus propuestas de democracia orientadas hacia la paralización y la integración de las masas que oyen democracia y traducen democracia sin advertir que el código emisor no quiere decir exactamente democracia. Por otra parte, esta ofensiva es lógica y su enemigo señalado es su enemigo real; sólo que también vale dando la vuelta a la frase, el enemigo real del proletariado, de las masas, de todos los oprimidos, de las víctimas de todas las opresiones, es la burguesía, aunque sean las formas coyunturales que el ejercicio del poder asume las que aparezcan en primer plano de la represión. El más liberal de los burgueses apelará a la violencia menos disimulada —siempre lo ha hecho, la historia no registra en esto excepción alguna; no las necesita para confirmar la regla— siempre cuando vea sus intereses de clase

amenazados. Por eso cuando dice cambio debe traducirse por ponerse más cómodo; y por eso cuando dice democracia se refiere a controlar a menor costo el poder político. Lo que no quiere decir, sería sectarismo no reconocerlo, que en alguna medida no vayamos a ponernos los demás también más cómodos.

Nacen revistas para lograr los objetivos de la ofensiva necesaria. Desde su contenido a la forma de su contenido; desde su grafismo a su lenguaje; desde sus proposiciones a sus niveles informativos; desde sus valoraciones de la noticia hasta sus manipulaciones ideológicas de los movimientos de masas, siempre superficializados —tratados para ser traducidos como tales— al nivel inmediato de su enfrentamiento al régimen prescindiendo de que apunten al sistema, y en algunas ocasiones lo alcancen. *Cambio 16*, la más inteligente, la más informativa y la más hábil en convertir la mayor cantidad de información en mayor cantidad de integración al sistema mediante el desvío de su tratamiento de los datos hacia la acumulación de errores exclusivamente de la dictadura, participa en la ofensiva de clase desde su nacimiento como revista dedicada con preferencia a temas económicos. Una información abierta tiene segura la asistencia de lectores en un país hasta ese momento cerrado a ella, y esa asistencia lectora es, al mismo tiempo, trabajada en los comentarios editoriales, colaboraciones, pequeñas apreciaciones certificando algunas informaciones, sugerencias icónicas y lingüísticas, etc., en donde se produce el ataque a fondo contra toda posibilidad de que democracia, libertad, participación, «el país es de todos», «el futuro tenemos que hacerlo entre todos» y otras afirmaciones similares sean correctamente traducidas por los lectores en cuanto a democracia para quién y en qué terrenos, igualdades cómo y dónde.

Un brillante ejercicio de modernidad expresiva para seguir asegurando, poco más o menos, eso de las «libertades dentro del plan de Dios para este mundo», en el que no solamente siempre habrá pobres y ricos sino que además siempre serán los mismos.

En el momento en que la burguesía advierte con superior urgencia la necesidad de organizarse en torno a algo y crear una base de opinión que sea en su momento una base social para movimientos políticos concretos, las publicaciones juegan una función importante. *Informaciones, Cambio 16* —o *Madrid* en su día— tomadas como representaciones más logradas e importantes de esa ofensiva en los medios de comunicación, presentan y defienden una opción de clase bien clara y determinada. Como están en su derecho, diríamos; aunque más que en su derecho habría que decir como está en su razón de ser. *Cambio 16* ha nacido para eso y eso hace. Ciertos lectores, defraudados al cabo de un tiempo, la acusan de ello, y esa acusación no tiene sentido, se inscribe en las formas morales de admonición a la burguesía que tan a menudo practica la izquierda. A la burguesía no se la puede *acusar* de serlo; se la combate, pero no se la acusa; hay que destruirla, no que reformarla; no es un defecto, o un vicio, o un error, o una malformación congénita de lo que pueda arrepentirse, o corregirse, o curarse, es una clase con un papel histórico en liquidación ante el ascenso de la nueva clase dirigente y es una fuerza social a eliminar que tiene un aparato de Estado a destruir. Lo que puede denunciarse, y debe aclararse constantemente, es su vaguedad, sus ambigüedades, su intento de desidentificar al régimen con el sistema, la presentación del «buen rostro» de la clase dominante maquillada, el ejercicio de la violencia en un lenguaje encubridor de la realidad, y

su aprovechamiento del hecho de que el movimiento obrero y sus aliados no tienen posibilidad de prensa legal propia con una información más de acuerdo con sus intereses de clase en tanto que, además de que no existe objetividad informativa más que en el interior de las concepciones de clase, alcancen no sólo al poder político sino también al poder económico. Lo que no niega que su información, en esa circunstancia dada, sea útil, ni que sus propuestas políticas sean más interesantes que las de otros sectores de la burguesía, aunque no hasta el punto de negociar principios —intereses de clase— y mucho menos de reconciliarlos, porque esto es imposible. Se dice que, a cierto plazo, estas propuestas facilitan la integración, lo que dificulta la opresión y la represión directa; pero ni aun así es sostenible que la opresión deba ser cuanto más aguda mejor como defienden algunos izquierdistas rara vez, si es que alguna, ligados al movimiento obrero. Entre otras cosas porque esa detención en la ascensión del nivel revolucionario en las democracias burguesas depende *también* de la corrección, capacidad, espíritu de lucha y otros factores de la vanguardia y su alternativa, que además tiene que enfrentarse con y desmontar el poderoso aparato del reformismo colaborador.

Me parece oportuno aclarar, aunque quizá sea inútil por sabido, que en la prensa burguesa que lanza el cambio democrático como solución definitiva, se dan tensiones internas en ocasiones muy agudas entre los trabajadores de la información y las empresas, y que al decir «prensa burguesa» es obvio que me refiero a éstas. Así se ve cómo en el mismo periódico se producen paros de redacción o grupos de periodistas se solidarizan con sus compañeros sancionados, mientras que sus periódicos siguen silenciando noticias,

deformándolas en titulares especiosos o publicando editoriales grotescos.

Todo lo cual no es más que la constatación de que en la lucha de clases, y pese a todo el barullo-hojarasca que se le echa encima para anunciar su superación tecnológica, o científico técnica, o histórica, o etcétera, en teorizaciones que disfrutan de credibilidad en cuanto el intelectual contemplativo prefiere no manejar la realidad, y «peor para la realidad» si no encaja en sus elaboraciones, en la lucha de clases, digo, no quedan, cuando se limpia el problema de adherencias y máscaras, más que dos lados de una figura que se quería poligonal vista a través de la ideología deformante. ¿Quién no quiere democracia? El obrero, por ejemplo, sí quiere democracia. También nosotros, ¿qué nos separa? Luchemos todos juntos para conseguirla. Suele decirse: en una lucha «limpia», también «leal», constructiva va más con crítica pero también se usa y, aunque cayendo en desuso, a veces se emplea «caballerosa». Lo que dada la caballerosidad y lealtad con que se instaló la burguesía tras la guerra civil y por medio de ella, y la generosidad y limpieza con que el capitalismo ha asesinado en el mundo —demagogia, supongo— a millones de seres humanos por necesidades de su desarrollo e implantación, tiene que resultar altamente tranquilizador para el movimiento obrero. Nada más que dos lados desde los que observar y que dos lugares en los que situarse. Y lo que favorece a uno perjudica al otro, salvo la lluvia en épocas de sequía tal vez; salvo formas políticas en que se apoye el proletariado para el salto adelante; salvo la sustitución de una dictadura caduca; lo que de ninguna manera quiere decir que a todos favorezcan por igual ni las alteraciones atmosféricas ni las libertades democráticas burguesas ni la desaparición del dictador senil, y que si a

todos favorece de alguna manera cada uno de esos datos todos los procuren —a excluir la meteorología—, pero sin concesiones, porque la burguesía no las hace, ni busca la democracia de una manera «natural», sino que busca formas que le permitan asegurar la continuidad, en las mejores condiciones, de su dominio de clase. Demasiado esquemático, posiblemente. Y sin embargo, esa es la gracia del hallazgo. En la lucha de clases, que no tiene treguas, en la que la burguesía no deja de serlo por vacaciones, abrazos o pactos, lo que favorece a unos perjudica a los otros como norma general; opresores y oprimidos no tienen, *nunca*, ninguna identidad, ninguna intención común compartible, aunque coincidan en alguna manera y medida en sus deseos por derribar la dictadura, y, menos frecuente aún, en las acciones para lograrlo.

Las detenciones en este camino son frecuentes, porque se bifurca muchas veces, se complica con senderos paralelos, hay pistas que se cruzan, la señalización es imperfecta y los errores de ruta fáciles. Por ejemplo, la ofensiva de la burguesía se plantea tanto desde sectores adscritos al poder político en este momento ejerciente como desde los que se sitúan frente a él con diversidad de matizaciones en su intervención, y pasa por los que desde parcelas del poder intentan acelerar ciertos cambios, los que deseando cambiar no se apartan de «los tutelares muros» del régimen y aun de quienes juegan a estar dentro y fuera según las ocasiones, curvas, virajes y frenazos. También el estar fuera tiene su gama cromática, que no ennumero para no complicar más las cosas, pero me detendré en quienes no siendo en teoría grupos burgueses políticamente hablando sí son grupos formados por burgueses ideológicamente hablando, o viceversa, vaya usted a saber, y que pese a su base, que se entera de poco de lo que

sucede, sólo esperan un guiño para correr hacia la fortaleza; como líderes socialistas del corte de Pablo Castellanos que con ese título de líder socialista hace declaraciones en *Arriba* —¿aperturismo hacia la izquierda en *Arriba* o aperturismo hacia la derecha en Castellanos?— y se suma a las más reaccionarias condenas públicas —y en la prensa franquista— de la violencia de la oposición sin aclaraciones sobre el régimen, su origen y su práctica diaria, todo ello absolutamente ligado a la violencia y basado en ella. Ofensiva abrumadora. Todos los grupos fuera de las instituciones —de las instituciones políticas; de la Bolsa, de la Banca, de la empresa multinacional, no están fuera—: el intento de Gil Robles; Fedisa —¿los menos fuera de los de fuera o los menos dentro de los de dentro?; quizá los más fuera de los de dentro...—; los grupos Libra de Garrigues Wálker; los demócratacristianos consentidos y consentidores; los socialdemócratas tolerados; son, de todos modos, los que se lanzan a la ofensiva *democrática* más claramente dirigida al cambio. Y al mismo tiempo, claramente más dirigida contra las masas que contra el poder político, en apoyo del poder económico que necesitan fortalecer en el tránsito y después del tránsito. Es decir, inteligentemente por su parte, priorizan enemigos. Para ello no se regatean medios ni coincidencias. El sociólogo Juan Linz, utilizado como número fuerte de la ofensiva dada su aceptada categoría académica, hace declaraciones a todos esos portavoces del cambio. Recojo algo de lo dicho a *Informaciones* (24-5-1975). Linz plantea públicamente un tema que les es muy importante en este momento: situar el llamado «auge del comunismo»; refiriéndolo a un PCE, como factor visible, al que conocen perfectamente pero que utilizan como modelo en la medida en que la ofensiva es *política* y nada tiene que ver en reali-

dad con «aclaraciones o puntualizaciones científicas». Cuando no responde a condiciones objetivas y se intenta extraer de un contexto de relaciones sociales determinadas —aun cuando no sean exclusivamente determinantes por sí mismas de una toma de conciencia— la lucha ideológica necesita grandes simplificaciones fáciles de captar por un número amplio de ciudadanos con los que operar. Un objetivo sencillo y claro que reúna condiciones generales de titulación, lenguaje, historia y símbolos, recursos indicativos a los que referirse directamente y sin complicaciones para fijarlos en la subconsciencia del ciudadano a manipular y concentrar la eficacia. Se trata de conseguir que varios millones de perros de Paulov anticomunistas, con unos reflejos sabiamente condicionados, respondan automáticamente ante media docena de nociones-imagen elementales que se transformen en rechazos instintivos que abarquen todo el contenido, completo y variable, del término caracterizante, aquí «comunista-comunismo».

¿Auge del comunismo? Sí, pero no por ninguna razón socioeconómica, ni de identificación de los oprimidos —que ya no existen en la sociología moderna, son ciudadanos iguales a los opresores sólo que con un más bajo nivel interventivo en las funciones decisorias de la sociedad— con unas determinadas opciones políticas y alternativas de clase, sino porque: «Sí, eso ha sido fruto de las oportunidades que en una clandestinidad tiene un partido comunista y de la falta de información del español culto incluso sobre lo que ha sido en la historia europea de los últimos cincuenta años el papel del Partido Comunista, su evolución y lo que ha representado en la Unión Soviética y en los países del este». El Partido Comunista tiene «una penetración desproporcionada, porque en una clandestinidad

se maneja mejor que un partido socialista». Un poco al margen, recordaré que esto de las ventajas y oportunidades de la clandestinidad —de las condenas y persecuciones en las que también se maneja mejor el partido socialista que un partido comunista no dice nada—, se cita mucho últimamente, desde José Solís a Juan Linz; se diría que la clandestinidad es una estructura cerrada —además de cómoda— en la que no se permite la entrada a cualquiera, como en un club exclusivo; es casi admirable la frivolidad con que se trata este tema en Alcalá 44 o en la Universidad de Yale. Todo es así de sencillo; de la incapacidad del partido socialista para representar los intereses que teóricamente asume, nada; de que un partido es, en esta sociedad, la manifestación de unos intereses y la resultante de unas contradicciones, tampoco. Todo sucede en un mundo ideal de construcciones intelectuales y de acuerdos y desacuerdos personales, únicamente influidos por la aptitud o no aptitud con que cada uno se maneje en la clandestinidad. Resulta que los socialistas españoles «[...] no tienen mentalidad subversiva» frente a la burguesía en el poder, cosa ya sospechada por cierto. El debate entre clases con intereses antagónicos y no reconciliables —nadie, ni sobre el papel ni en el «ejercicio de la historia», ha demostrado todavía lo contrario— no es más que un problema de «mentalidad». «Yo creo —sigue Linz— que surgirán, aparte del partido socialista, otras zonas de izquierda menos ideológicas, más pragmáticas [...] en ese sentido la USDE representa una posibilidad muy importante.» De esto al crepúsculo de las ideologías no hay más que un paso; el paso adelante de las acciones de masas que pongan en peligro, gravemente, los intereses pragmáticos de la burguesía. Cita «el problema regional», porque otra

constante es la del no reconocimiento de las nacionalidades, ya que si se reconoce su existencia real y su no existencia legal hay nacionalidades oprimidas y opresión, opresores y oprimidos otra vez, toda una terminología caduca e ideologizada, poco científica en Estados Unidos y poco pragmática para USDE. «Un tercer problema es que dentro de esas regiones no hay unidad sobre qué concepción dar a la región o a la cultura, o a la nacionalidad o como lo queramos llamar; por lo tanto lo primero que tendríamos que decirles a los *políticos* de esas regiones es que algunos de sus problemas los tendrán que resolver entre ellos.» El subrayado es mío, como el asombro ante la apelación a los políticos para que resuelvan «entre ellos» —seres angélicos que no tienen ni representan intereses de clase, etc.— los problemas de las regiones o como queramos llamarlas; que probablemente no va a ser regiones.

«Creo que los grandes problemas son de tipo político más que económico y social concreto. En principio creo que hay una enorme cantidad de legislación más o menos técnicamente adecuada y que lo que hay que hacer es crear los instrumentos para aplicarla con más eficacia. El problema fundamental no está en recrear las instituciones, sino en cómo administrar mejor las que existen, darles más vigencia, más eficacia, y esto no es cuestión técnica sino política. Incluso me parece que tenemos unos cuadros competentes.» «El capitalismo portugués era mucho más minoritario, mucho más de unas cuantas familias, mucho menor en flexibilidad, capacidad de creación, etc. El empresario español tiene unos éxitos que apuntarse en las últimas décadas muy distintos del empresario portugués, y por tanto *una mayor legitimidad social*.» El subrayado vuelve a ser mío, como el que no tengo más remedio que añadir a su

andana-aporación fundamental a la ofensiva: «Como intelectual tengo que ser anticomunista», le recuerda el entrevistador que dijo en cierta ocasión, y Linz responde: «Porque creo que donde hay una ideología dominante en la vida universitaria, en la vida artística, en la vida cultural, se excluyen otras opciones y alternativas». Y claro, sólo hay ideología dominante en una sociedad socialista, las clases dominantes no tienen ideología dominante.

Pero si es cierto que los objetivos prioritarios de la ofensiva son éstos, enfrentarse a la subversión, afianzar el sistema a cambio del régimen, etc., no puede dejar de hacerse una advertencia expresa a quienes, desde el mismo campo de clase, dificultan el proceso: «El creer que por la fuerza se puede detener un cambio político-social, lo que puede hacer es dar lugar a una revolución»; en esto la burguesía es unánime, sea a través de sus portavoces intelectuales, políticos o policíacos, sea a través de los portavoces representantes del autoritarismo o de la burocracia democrática. Lo sorprendente (¿?) es que también lo sea el PCE: sostener hasta el fin las trincheras de la dictadura puede dar lugar a una revolución, «hay que evitar que la situación se pudra», y todo eso. Como dice la Junta Democrática, «no corras que es peor» traducido en «evoluciona que es mejor».

La dura batalla contrarrevolucionaria sostiene un bombardeo cerrado: «España ya no necesita revoluciones», dice Cantarero del Castillo en funciones de doctor Pedro Recio de Tirteafuera. «Se necesita el diálogo entre la derecha civilizada y la izquierda civilizada», escribe Apostúa en *Ya*; la izquierda que no cree problemas más allá de diferencias de interpretación formal de la gestión política del Estado Burgués intocable.

En *ABC*, Joaquín Garrigues Wálker hace

un llamamiento, con el título de «La democracia es burguesa» —nueva elipsis de «la democracia burguesa es burguesa», a «nosotros la clase media» en la que se inscribe.

«Por que usted y yo, amigo lector, somos un par de burgueses. No se enfade. Quizá usted, concretamente usted, no lo sea. Pero un porcentaje muy alto de los que tengan la paciencia de leerme son como yo, unos burgueses. Médicos, abogados, ejecutivos, ingenieros y arquitectos, funcionarios de la Administración, comerciantes, industriales, técnicos de grado medio, especialistas, agricultores, etc., Esa amplísima gama de profesionales de toda condición y oficio constituimos la clase media del país. Por lo menos el cincuenta por ciento de la población activa del país. Entre ellos, unos son de izquierdas y otros de derechas; unos conservadores y otros socialistas; unos más partidarios que otros de la iniciativa privada. Pero ninguno quiere la dictadura del proletariado ni la de las oligarquías de cualquier signo. [...] Porque hay muchos entre nosotros que piden las libertades para traer un estado totalitario, para acabar con el sistema de iniciativa privada, que es, como digo, consustancial al sistema de gobierno democrático. [...] Para evitar que eso ocurra, de lo primero que tenemos que ser conscientes los burgueses, es decir, usted y yo, es que la democracia la tenemos que traer nosotros y que la tenemos que traer porque es exactamente el sistema que nos va, el que hemos inventado».

La declaración es oportuna, y revela que esa democracia ni es para el proletariado, ni le va, ni tiene arte ni parte en el teje-maneje.

Los datos de la ofensiva son inacabables. Pedro Schwartz hablará de «La moda anticapitalista» porque ser anticapitalista es simplemente una moda y no otra cosa. Quizá la de mayor duración en la historia de las modas. En este caso, la ofensiva de la confusión terminológica, de la «democracia para todos», de la libertad reencontrada de sopetón y en coincidencia con la degradación de la dictadura y la senilidad del dictador, mera coincidencia, llega a niveles tan elementales de inte-

ligencia que puede resultarles contraproducente, pues el bajo nivel de tales afirmaciones va a impedir su asimilación y carecer por tanto de operatividad para sus intenciones; en el Estado español, las opciones admitidas o tomadas en favor o en contra del capitalismo, ahora y a medida que la situación se agudice, dependerán de muchas razones, intereses y niveles de formación o de deformación, pero siempre serán adoptadas por coordenadas menos lelas.

Más hábil es la insistencia en el «estamos contra todas las dictaduras» o «contra las dictaduras de todos los colores», referido, en un fraudulento cambio de ámbitos, tanto a la *actual* dictadura franquista ejercida *actualmente* —porque es bien reciente la calentura democrática en muchos de quienes hablan así— como a la dictadura del proletariado. El planteamiento es hábil al no contraponer más que conceptos, uno de los cuales está dramáticamente desgastado. En realidad lo reducen a uno sólo: dictadura, con lo que el desgaste del adjetivo que califica se acumula en el sustantivo-soporte. Más dictaduras no, tiene que ser la respuesta planificada. Contrapone, y en un momento tan determinado por el ejercicio brutal de la dictadura franquista, conceptos de distinto ámbito en un juego semántico que manipula la ignorancia en unos casos y la mala fe en otros. Porque sea cual sea la aceptación o rechazo de la dictadura del proletariado lo evidente es que no hace de ninguna manera referencia al mismo orden de cosas que dictadura franquista, como muy saben muchos de los que lo dicen. La contrapartida conceptual a democracia burguesa no es dictadura del proletariado sino democracia proletaria. A dictadura de clase de la burguesía se contrapone dictadura de clase del proletariado; y a democracia burguesa, democracia obrera; y a democracia capi-

talista, democracia socialista. Y en otro plano, dictadura de clase de la burguesía con formas políticas democráticas se contrapone a dictadura de clase de la burguesía con formas políticas autoritarias. Innegable, pese a disimulos: la dictadura del proletariado sustituye la opresión del proletariado por la burguesía por la opresión de la burguesía por el proletariado, en cuanto que se produce la apropiación de los medios de producción privados para colectivizarlos, la eliminación de la propiedad de esos medios que es la fuente de su poder, el sometimiento de sus fuerzas, la disolución de sus mecanismos represivos, la destrucción, en fin, del Estado burgués, el ejercicio de la violencia revolucionaria contra los contrarrevolucionarios que pretendan el regreso a su poder económico, sea el medio que sea el que utilicen o intenten utilizar para ello, el hacer saltar en pedazos sus superestructuras, el fin de toda opresión, nacional, familiar, sexual, ideológico-cultural, etc.; etc. tan conocido, ya sé, pero tan importante de recordar. La campaña, sería tonto ignorarlo, obtiene resultados. La confusión le puede ser útil a la burguesía para garantizarse un cierto futuro; lo que significa tanto lo contrario de un futuro incierto como, en todo caso, una limitación temporal de ese futuro asegurable.

Los hechos urgen teorizaciones de urgencia, porque la Bolsa baja, el recelo a invertir se prolonga, la negativa a intervenir en las asociaciones de una parte creciente de esa fracción de la burguesía, la urgencia de frenar a la clase obrera y capas populares que parecen querer, en primer lugar, intervenir con la máxima fuerza posible en esa burgocracia democrática en proyecto y avanzar inmediatamente hacia su propia democracia y no la democracia de sus enemigos para facilitarles el continuar siéndolo victoriosamente, las

insistentes admoniciones del gran capital internacional a sus colegas del Estado español para que vayan liquidando formas antes del hundimiento definitivo de la dictadura, fuerza, todo ello, una situación nueva, insegura, que trata de afianzarse para evitar mayores daños, que exige una previa ofensiva de clase en medios de comunicación y de creación de conciencia. Insisten bajo todas las formas y en cualquier ocasión: *su* democracia es *la* democracia, la lucha de clases no existe, los partidos y organizaciones, asociaciones de masas, comunistas, anarquistas, etc., presentes como alternativas tanto a ellos como a la dictadura franquista, son en realidad enemigos de los trabajadores, reaccionarios, antidemocráticos y «subversivos» —después de cargar este término de extrañas y misteriosas connotaciones siniestras— que sólo buscan, en una abstracción elevada a consigna y casi a jaculatoria: «el poder, no el bienestar del pueblo ni la democracia». No queda claro por qué pretenden el poder, ni a quién ni para qué sirve entonces ese poder, ni si tiene referencia a base social alguna; sólo son «unos cuantos» que tratan de «hacerse con el poder» para «oprimir» a todos los demás mediante una «ideología dominante», instancia altamente diabólica; fórmulas pensadas, es inevitable, a imagen y semejanza de sus luchas por el poder económico y los pináculos de los imperios financieros: un comunista, un anarquista, un revolucionario, resulta así la contraimagen exacta del rey del chicle, antes de serlo, generalmente, pero que trata de llegar a serlo. La ofensiva, si a veces es demasiado burda, se aprovecha siempre de las necesidades de libertad de un pueblo coartado por las represiones, encadenado a sus condiciones, desde los salarios hasta el habitat; desde el acceso a la enseñanza hasta su manipulación por una informa-

ción dirigida; desde el abandono de la tierra o su lugar de nacimiento y vida en la marcha hacia mercados de trabajo más prometedores, hasta su penosa inserción en medios físicos y sociológicos hostiles; desde su inseguridad económica ante unos mecanismos y especulaciones nacionales e internacionales a los que no tienen acceso hasta su desatención sanitaria; desde su desculturización cuidadosa y conscientemente mantenida hasta su absorción de mitos y tabúes en torno al consumo frenético dirigido, la familia tradicional, el sexo, las relaciones personales, la incapacidad de globalizar situaciones que se les presentan fragmentadas y distantes entre sí, etc.; para ofrecerles su mercancía y su democracia para evitar la democracia: democracia burguesa para impedir la democracia obrera, porque todavía no se ha «inventado» ninguna que sirva para todos.

¿Un frente impopular?

La lucha del movimiento obrero por las libertades democráticas es utilizada para confundir los ámbitos expuestos por parte, también, de los partidos reformistas. Las invitaciones a la «unión nacional» y al diálogo con «la izquierda civilizada» —pese a la constante desconfianza publicitada sin rubor por los portavoces de la burguesía— son aceptadas por los partidos reformistas con entusiasmo variable; absolutamente por el PSOE, y con algunas reservas por el PCE. Reservas que se producen menos por parte de una dirección dispuesta a todo, o a casi todo, que por parte de sectores de su base y zonas de influencia que luchan decididamente convencidos de que lo hacen por el socialismo. El PCE dio un primer paso hacia la famosa reconciliación nacional, que para un partido obrero no significa nada

puesto que esa caracterización de lo nacional es una abstracción manejada por la burguesía como enmascaramiento de sus intereses específicos, y no se ve claro cómo puede haber reconciliación entre los «nacionalexplotados» y los «nacionalexplotadores», los «nacionalopresores» y los «nacionaloprimidos», los «nacionaltorturadores» y los «nacionaltorturados», pero el proyecto no tomó cuerpo real hasta la creación de la Junta Democrática, respondida con la creación de la Plataforma de Convergencia Democrática. Ambas alternativas no son contradictorias, e incluso ni mínimamente diferenciadas; la existencia dual de una misma oferta política sustitutiva de la dictadura se basa en que en la Junta el papel hegemónico pretende jugarlo el PCE y en la Convergencia se pretende que no lo juegue. La heterogeneidad tendencial de los participantes en ambas formaciones ya causa más asombro, pues mientras que con el PCE integran la Junta Tierno Galván y su incipiente Partido Socialista Popular (PSP), el PTE y las llamadas personalidades, como Vidal Beneyto y Calvo Serer, en Convergencia, además de las diversas ramas de la familia democratacristiana de la península —incluido el PNV— así como las del PSOE, figuran organizaciones obreras y revolucionarias como ORT¹ y MCE en un doble salto mortal que subraya su progresivo centrismo manifiesto en una terminología izquierdista, con la que rebasan al PCE, y una práctica política vacilante, que les permite firmar una Plataforma con la derecha democratacristiana en opciones inmediatas descaradamente interclasistas, aunque con reservas coyunturales.

Dos documentos que circulan por el Estado, con sus diferentes análisis del momento político concreto, sitúan esa alternativa democrática:

«La Comisión permanente de la Junta Democrática de España y el Secretariado de la Plataforma de Convergencia Democrática, ante la nueva situación que han creado a la sociedad española el decreto-ley «contra el terrorismo», su complemento el nuevo Reglamento de la policía, y las condenas a muerte últimamente pronunciadas, consideran su deber dirigirse a la opinión pública para exponerle tanto el significado político de estas medidas gubernamentales, como la postura de la oposición democrática ante las mismas.

El decreto, producto natural de un régimen dictatorial objetivamente incapaz de evolucionar hacia la democracia, y que se siente gravemente amenazado por el desafío democrático y pacífico de la sociedad española, no va dirigido fundamentalmente contra el terrorismo individual, aislado y ocasional, sino contra las masas populares, ciudadanos, fuerzas organizadas de la democracia y movimientos de las nacionalidades.

El llamado decreto-ley de prevención del terrorismo liquida las últimas apariencias formales, añadiendo innecesarios sufrimientos a los perseguidos, a quienes priva además de toda posibilidad de defensa real.

El decreto, el reglamento y las penas de muerte, acaban definitivamente con toda ilusión «aperturista», «centrista» o «reformista», de que sin una verdadera ruptura con el régimen y con su continuidad sucesora sea posible llegar a la libertad y a la democracia.

La Junta y la Plataforma afirman su deseo de lograr el establecimiento de un régimen democrático por métodos pacíficos. En consecuencia, rechazan como forma de lucha política el terrorismo individualista que sólo beneficia objetivamente al régimen. El primer responsable de la existencia del terrorismo es el régimen, con su brutal política represiva y su incapacidad objetiva de evolución democrática. Conscientes de ello, expresamos nuestra más ferviente solidaridad al pueblo vasco, que es hoy, en su conjunto, víctima de esta represión.

La respuesta coherente y eficaz de la oposición democrática a este nuevo desafío de violencia que el régimen lanza a la sociedad española, está más que en la natural y rotunda condena de estos procedimientos violentos del régimen, en la condena del régimen mismo, *que los necesita para garantizar la sucesión dictatorial prevista, y en la organización unitaria de las próxi-*

1. ORT ha abandonado la Convergencia posteriormente. [NDE.]

mas movilizaciones de masas a nivel de Estado español, realizadas por todas las clases sociales opuestas a la dictadura, para acabar, por vía pacífica, con ella.

A esta finalidad, tanto la Junta Democrática como la Plataforma de Convergencia Democrática se comprometen ante la opinión pública a realizar un esfuerzo unitario que haga posible la formación urgente de una amplia coalición organizada democráticamente, sin exclusiones, capaz de garantizar el ejercicio, sin restricciones, de las libertades políticas y sindicales y de los derechos ciudadanos, abriendo un periodo constituyente que desemboque en la consulta popular determinante de la forma de Estado y de gobierno. Madrid, septiembre de 1975.

Reserva: En la Plataforma de Convergencia, MCE no se ha adherido a este documento».

El otro, muy amplio, del que solamente recojo unos párrafos, es una Declaración sobre España del Secretariado Unificado de la IV Internacional, valora así esta tentativa:

«Desde hace 20 años, el PC español y sus diversos aliados han defendido con obstinación la estrategia de obtener la sustitución de la dictadura por un régimen democrático burgués mediante una combinación de presiones ejercidas sobre la burguesía («Huelga general pacífica») y de garantías de colaboración de clases y respeto al orden burgués cada vez más exorbitantes, ofrecidas al Gran Capital. La constitución de la Junta Democrática no es más que la última variante de una sola y misma estrategia: Convencer a la burguesía española de que podría cambiar de régimen político sin que su poder de clase se vea seriamente amenazado. Esta estrategia ha carecido de realismo y credibilidad desde su formulación, en el sentido de que no ha arrastrado a ninguna fracción significativa de la burguesía hacia una acción seria contra la dictadura. No tiene en cuenta ni el carácter agudo y explosivo de las contradicciones sociales del país, ni el grado alcanzado por la combatividad y la conciencia de clase del proletariado, ni la visión muy aguda que tiene la burguesía de este dato fundamental de la situación. Si después de 20 años de esfuerzos incesantes el éxito de las maniobras del PCE y de los reformistas para «convencer» a la burguesía de sustituir a la dictadura por un régimen democrático-burgués parlamentario es de los más pobres, su peso importante en el seno del movimiento de masas le ha permitido sin

duda hacer aparecer a la Junta Democrática como solución de recambio político frente a la crisis de la dictadura, ante los ojos de sectores significativos de los trabajadores y de la pequeña burguesía.

El balance de esta política es pues el de frenar, fragmentar, desorientar y conducir al impasse a las luchas obreras. En este aspecto, este balance es de los más nefastos, como lo demuestra la negativa del PCE a dar su apoyo al llamamiento de la extrema izquierda y de ETA (V) a la huelga general del 11 de diciembre de 1974 en Euskadi, sus esfuerzos por reducir la función de las Comisiones obreras a un simple apoyo a la gestión «leal» del sindicato fascista, y sus maniobras burocráticas para aislar a los sectores de las Comisiones obreras que se oponen a esta orientación.

Una manifestación muy reciente del grado de concesiones políticas que los reformistas y los neorreformistas están dispuestos a hacer a la burguesía con el fin de convencerla de poner fin a la dictadura, es la plataforma presentada por la Junta Democrática. Esta plataforma no incluye ni la reivindicación de la disolución de los cuerpos represivos del franquismo ni la depuración del ejército, ni la del castigo de los torturadores y criminales franquistas, ni la del derecho a la autodeterminación de las nacionalidades del pueblo español, reivindicaciones avanzadas todas ellas espontáneamente por las masas en decenas y decenas de luchas durante los últimos meses.

Los dirigentes del PCE y de sus aliados quieren asegurar a la burguesía española de que puede cambiar de régimen *en unas condiciones que dejarían intactos no sólo su poder económico y su propiedad privada sino también su Estado y sus instrumentos represivos contra los trabajadores*. (Documento del 31-5-1975.)

Es necesario seguir con atención la ofensiva sumariamente descrita. Frente al desarme y a la disuasión pretendidas hay, como se ve, rechazo en unos, insuficiente reacción en algunos, complicidad en otros. La burguesía pone en marcha, con acelerones y frenazos, el plan que la permita una «corrección democrática» interviniendo como fuerzas populares los dos partidos de la izquierda tradicional; uno, el socialista, para añadir el acento de reforma —véanse, para tratar de verificar con exactitud los resultados de tal acen-

tuación, la Gran Bretaña de Wilson o la Alemania de Schmidt y se advertirá la sutileza de su diferencia de gestión con la del partido conservador o la democracia cristiana; los comunistas del PCE, como una oposición balizadora de hasta dónde pueden llegar unos y de dónde no pueden pasar otros.

La propuesta va algo más allá todavía del Frente Popular de 1936. Hoy se ofrece un Frente Impopular —de la mano de Ruiz Giménez, de Gil Robles, de franquistas de antesdeayer— a través del cual repetir el juego de la guerra civil, cuando todo el valor derrochado por los combatientes, toda la convicción de que luchaban en una guerra revolucionaria, eran negociados por las burocracias políticas que sólo pretendían asegurar una estabilidad dictada en alguna otra parte y beneficiar un reparto de poderes que fortaleciera la deformación estalinista de la más importante experiencia revolucionaria. En un volatín de desastrosos efectos históricos, al internacionalismo creciente de la burguesía multinacional se enfrentan los pujos patriótico-nacionales de la izquierda «civilizada» que demuestra que lo es asumiendo el lenguaje político de la derecha. Curiosa oposición la del civilizado Partido Obrero Socialista Español, del que los periódicos publican que su secretario general, señalado con su nombre y apellidos, por su nombre orgánico y cargo, acude a una y otra reunión, da una conferencia o se entrevista con otros dirigentes. ¿No es un dato importante que en un régimen denunciado por ellos mismos como represivo ni un solo militante del PSOE, ni un solo militante del PSP, estén detenidos, que si alguno lo es salga rápidamente de comisaría y que en este momento, tras estados de excepción,

nuevas leyes excepcionales y todo lo citado, no haya ninguno de esos militantes cumpliendo condena? ¿Es que entonces el régimen sólo es supuestamente represivo? Hasta ahí no han llegado en sus afirmaciones, pero tendrán que llegar si quieren seguir justificando una supuesta actividad de oposición, una supuesta intervención en las luchas contra la dictadura que —curiosamente— además de ser realizada con nombres, apellidos y cargos bien publicitados no hace víctimas.

La ofensiva iba bien, la democracia viento en popa, el marxismo, el comunismo, denunciados no como tales, sino precisamente como no democráticos; la ofensiva acudía a todo; *Doblón* reseñó una intervención del exministro Pedro Sainz Rodríguez: «El académico argumentaba en contra de pactos con la oposición y, muy especialmente, con los comunistas. Un testigo dijo que el señor Sainz Rodríguez *recordó* a don Juan [de Borbón] la actual situación de la URSS, apuntando que con los zares era granero de Europa y que ahora vivía pobremente». Todo iba bien y hasta podían justificarse ciertas alianzas en la apertura, supuesta al menos, y en los logros en cuanto al crecimiento de la «oposición democrática» en el país. Esas eran las pretensiones. La ofensiva ideológica se extendía con complicidades —«la extrema izquierda es el aliado objetivo de la extrema derecha», repetían los más encantadores estalinistas de salón— y un excesivo silencio. Superado por el tiempo su bache del 11 de diciembre —bache y resbalón al mismo tiempo—, todo caminaba por los lugares más o menos previstos cuando, de repente por sorpresa para muchos, aquellos cinco hombres fueron asesinados.

III. Fusil contra fusil

¿Por qué sorpresa? ¿Por qué asesinados? No matarán a nadie, se trata de atemorizar; es una amenaza pero Franco les indultará. Todavía la víspera se sostenía una afirmación nacida y fundamentada en el propio deseo únicamente. Es curioso, los más próximos, personal o políticamente, creían en el cumplimiento de las sentencias; los más distantes de la lucha, aunque perteneciendo al amplísimo frente del antifranquismo tertuliano, deseaban tan profundamente la no ejecución de las sentencias que convertían su deseo en una seguridad inmotivada. Se ignoraban los datos reales adelantados ya en crónicas anteriores, entre los que figuraba la necesidad de dar cadáveres a las fuerzas de represión, echar carne a la extrema derecha que iba a hozar entre la sangre con una alegría nada disimulada. La dietética del franquismo pasa por la necesidad de cadáveres frecuentes so pena de una anemia política bien visible en Girón, Blas Piñar y sus cohortes de excombatientes decrepitos o de jóvenes guardias civiles educados en el odio al ciudadano como compensación de la sumisión servil a quienes sujetan la trailla. Pero el deseo fundamental de que no pasase nada, de que no hubiese más muertes, no buscaba datos ni razones. Tampoco se replegaba en un sentimiento humanitario, como si quienes estaban seguros de las muertes no lo tuviesen, sino que en muchos casos, en muchos realmente, sólo se basaba en el miedo a lo que podía suceder después, a que planes tan bien elaborados para un cambio no traumatizante de sus intereses sufrieran dificultades o retrasos; en el miedo a la pesadilla de violencia que unas cuantas ejecuciones podía suponerles a tantos enemigos de toda violencia como han crecido a la derecha y a la izquierda, pero sólo refiriéndose a la sangre. Si las penas

se cumplen habrá respuesta, se acrecentarán los odios que impiden la reconciliación; y si hay respuesta volverá el terror, todo se nos irá de las manos nuevamente. El recuerdo de los meses duros de la excepción volvía a instalarse en algunos, confundiendo deseos con piedades.

Pero la ley es la ley. En el Estado español se mantiene la pena de muerte. La máxima pena se aplica a casos de homicidio voluntario y premeditado, agravado si la muerte producida por esos medios puestos en práctica es la de un miembro de las fuerzas de orden público. La ley podrá ser dura, pero es así, nadie lo ignora y cada uno acepta el riesgo completo cuando paso a paso da los necesarios para que desde la idea parta el proceso volitivo que desemboca en el *acto criminal*. Por eso precisamente fueron asesinados. Ni una prueba, ni un testigo, ni un careo, ni una huella comprobada, ni un reconocimiento hecho, ni una reconstrucción admitida, ni un perito escuchado, ni una defensa articulada positivamente dado el cúmulo de «antipuebas» que el abogado que la asumía tenía que probar a su vez: demostrar que el acusado no estuvo, que el acusado no tenía armas, que el acusado no disparó, que el acusado no recibió esas órdenes, que el acusado no tenía intención de matar, que el acusado no acechó tanto tiempo agazapado, que el acusado no se valió de que el guardia civil o el policía le daba la espalda, que el acusado no le remató sádicamente. Demostrar que el acusado es inocente, demostrar que acusado y culpable no es lo mismo aunque el ejército lo crea, que acusado y culpable no es un circuito completo, cerrado y esférico, que se nutre a sí mismo, autónomo y suficiente, y demostrarlo en cuatro horas de plazo sin apenas ver al defendido, expulsado de la sala y sancionado

si el abogado pretende señalar las lagunas de una acusación basada en el informe policial y en la necesidad de una rápida venganza. Porque la ley contempla la pena de muerte cuando se da el supuesto probado de acción violenta premeditada que cause la muerte a un agente de la autoridad, precisamente por eso y no al contrario, Otaegui, Baena, Paredes, García Sanz y Sánchez Bravo fueron asesinados.

« Los soldados con los obreros, los generales con los banqueros »

«Ahora vivimos tiempos de paz, a pesar de que existe un enemigo latente, que no merece ni tan siquiera ese calificativo, porque son una especie de ratas de alcantarilla» dijo el entonces Capitán general de la VII Región (Valladolid), Pedro Merry Gordón, por los alrededores del primero de mayo de 1975; ya que para los tenientes generales sin excepción el Primero de mayo es el día de celebración, una fiesta y un recuerdo de que la lucha continúa, de todas las ratas de alcantarilla del mundo, ratas de las que nosotros no somos más que una «especie de». Se podrían citar cientos de textos, Franco incluido, del miedo y el asco de los generales como institución hacia la clase obrera y sus aliados, asco y odio paliados por el miedo a su fuerza y la necesidad de su esfuerzo. Se podría, pero, además de que son de sobra conocidos, cada día añade alguno. La función represiva, que a tantos militares disgusta según los rumores interesados, y que a algunos militares disgusta realmente como individuos, es tarea antigua en el ejército español, perfectamente aceptada y asumida con conciencia de lo que representa y los fines que persigue. Así ha sido, así ha venido

siendo, así es por el momento a pesar de las excepciones individuales de las que surgen luego bulos aprovechados por los planteamientos reformistas de un *ejército* bueno en comparación y contrapuesto con un *ejército* malo; y subrayo ejército porque sigo teniendo que repetir *ad nauseam* lo del ejército como institución para evitar que alguien, otra vez, me diga que él conoce a un capitán que echa pestes de Franco y que por tanto sólo los izquierdistas niegan la existencia de militares demócratas. Esa función represiva alcanza su punto más alto, o más significativo, actualmente en los Consejos de guerra contra militantes políticos, a los que hasta ahora nunca se han negado.

La época dramática del franquismo agónico se abre con el que tiene lugar en Burgos contra Garmendia y Otaegui. Sobre este Consejo dice un informe redactado por un grupo de abogados:

«Concurre la circunstancia de que Garmendia fue abatido y apresado en San Sebastián el día 28 de agosto de 1974. Una bala le atravesó los lóbulos parietales del cerebro, provocando pérdida de la masa encefálica. A consecuencia del mismo, fue ingresado en la Residencia Nuestra Señora de Aránzazu de la Seguridad Social, en San Sebastián, permaneciendo inconsciente durante varias semanas. Posteriormente fue trasladado al Hospital Penitenciario de Carabanchel, siendo intervenido quirúrgicamente en el mes de octubre de 1974. Permaneció en absoluta incomunicación con los demás presos, familiares, etc., hasta el día 27 de diciembre de 1974. Durante este tiempo sufrió interrogatorio del juez militar y de funcionarios de la Brigada político social, siendo las declaraciones prestadas en tales circunstancias la base sobre la que se articula la acusación fiscal. Su estado físico, según certificación medica expedida por el doctor Arrazola Silió, jefe del Servicio de Neurocirugía de la Residencia Nuestra Señora de Aránzazu, dice que Garmendia presenta «trastornos motores, de desorientación espacio-temporal, afasia e importantes trastornos ideomotores, pérdida de comportamiento categorial [...]» está imposibilitado para leer y escribir con corrección y su estado físico es de deficiencia mental, no recuperable.

Concorre la circunstancia de que Otaegui fue detenido el 7 de noviembre de 1974, a raíz de las declaraciones prestadas por Garmendia en las condiciones anteriormente señaladas.

Concorre la circunstancia de que los artículos 567 y 568 del Código de Justicia militar disponen las medidas relativas a la averiguación del estado mental del procesado, con preceptivos informes de peritos médicos, y si el estado de demencia sobreviniere con posterioridad a la comisión del supuesto delito, la suspensión y el archivo de las actuaciones en tanto el procesado no recobre la salud, siendo así que el Ministerio fiscal jurídicomilitar en su escrito de conclusiones provisionales, no solicita la práctica de prueba alguna en torno al esclarecimiento de tan fundamental extremo. Sí, en cambio, lo ha solicitado la defensa del procesado, encontrándose en la actualidad paralizado el curso normal del proceso, en tanto no se resuelva dicha cuestión previa.

Concorre la circunstancia de que, una vez más, va a ser un Tribunal Militar quien enjuicie la conducta política de dos civiles, que, una vez más, se pida la pena de muerte para dos militantes de organizaciones políticas, y que, esta vez, se produce con ocasión del establecimiento de la declaración de estado de excepción en Vizcaya y Guipúzcoa y con declaración de materia reservada a toda información política sobre ambas provincias. »

Garmendia y Otaegui son condenados a muerte. Garmendia como supuesto autor de la muerte del cabo de la Guardia civil Posadas Zurrón, de la brigada llamada de información pero en realidad su propia «policía política», Otaegui, por haber acogido a Garmendia en su casa.

Sigue el Consejo que tiene lugar en el acuartelamiento de «El Goloso», cerca de Madrid, tomado como en una operación de guerra, contra seis militantes del FRAP. La prensa, a través de agencia, dirá con el mayor respeto y el mayor miedo pues rige el decreto-ley antiterrorismo:

«El procedimiento se inició por trámites ordinarios, pero en virtud de lo establecido en el artículo 12 del decreto-ley sobre Terrorismo, al ser elevada la causa a plenario ha sido continuada por procedimiento sumarísimo. Al comenzar el juicio fue denegado el incidente de recusación planteado por los aboga-

dos defensores de los procesados. Se procedió a la lectura del «apuntamiento», resumen de las acusaciones que se imputan a los procesados y de las actuaciones llevadas a cabo por las autoridades para el esclarecimiento de los hechos, lectura que duró breves minutos. Durante esta lectura varios de los defensores hicieron algunas observaciones al presidente del Tribunal, que les apercibió para que no realizaran interrupciones.

Cuando por tercera vez los abogados volvieron a interrumpir la lectura del «apuntamiento» el presidente les ordenó abandonar la sala, ocupando el estrado los abogados codefensores en virtud de lo establecido en el reciente decreto-ley sobre Terrorismo. Como los codefensores volvían a realizar interrupciones, el presidente del Consejo de guerra les ordenó asimismo abandonar la sala, quedando únicamente en estrados el letrado don Pedro González, defensor del procesado Fonfría, siendo sustituidos los demás por abogados defensores militares nombrados de oficio.»

Fueron condenados a la última pena: Concepción Tristán, María Jesús Dasca, Cañaveras de Gracia, Sánchez Bravo y García Sanz por la muerte del teniente de la Guardia civil Pose Rodríguez.

En ninguno de los casos se prueba nada de lo afirmado por el fiscal. A él le bastan los informes policiales y las declaraciones firmadas en comisaría por los acusados. Siguen los Consejos de guerra sumarísimos, uno contra cinco militantes del FRAP: Manuel Blanco Chivite, Baena, Fernández Tovar, Pablo Mayoral y Fernando Sierra. Según la prensa:

«La defensa hizo constar que se les ha impossibilitado la defensa al denegarles el juez numerosas pruebas propuestas: documentales, periciales y testificales, y que, en consecuencia, les era imposible realizar su misión limitándose su actuación a poner de manifiesto al Consejo de guerra las dificultades encontradas. Entre las pruebas denegadas están: la prueba dactilográfica del arma utilizada en el hecho enjuiciado, arma que no fue remitida al Juzgado militar, que determinaría quién la manejó. Otro abogado manifiesta que, al no habersele permitido aportar elementos de prueba, es lógico que pregunte: ¿Cuál es el papel de la defensa? Otro

abogado manifiesta que se han omitido las pruebas que hubieran podido permitir descubrir al verdadero autor o autores de los hechos. Los defensores coincidieron en afirmar que la acusación pide que se condene a los procesados sólo por sus declaraciones. El fiscal respondió que «la confesión es prueba por sí misma», a lo que la defensa pidió que se leyera el artículo 552 del Código de Justicia militar, cuyo texto dice: «El juez instructor practicará las diligencias que conduzcan a la comprobación del delito y sus circunstancias, aunque el procesado confiese ser autor del mismo», lo que no fue estimado pertinente por el Tribunal.»

Blanco Chivite, Baena y Tovar, condenados a muerte.

Otro consejo de guerra sumarísimo contra Juan Paredes Manot, Txiki, acusado de atraco a una sucursal urbana del Banco de Santander en Barcelona, «acto delictivo en el que resultó muerto el cabo primero de la Policía Armada, Ovidio Díaz López», y por la resistencia que opuso al ser detenido. Dice la agencia Cifra:

«Posteriormente se pasó a la prueba testifical, en la cual dos inspectores de la Brigada de Investigación Social de Barcelona reconocieron a Txiki, por haberle visto cuando huía del Banco, mientras que el conductor y uno de los componentes de la dotación de Policía Armada, que mandaba el cabo primero fallecido, al ser interrogados por el fiscal militar y el abogado defensor, afirmaron rotundamente haber visto cómo Juan Paredes había disparado contra el agente de las fuerzas de orden público que resultó muerto.»

Porque la policía que detiene, que interroga, que tortura, que fuerza las declaraciones necesarias, que formula en realidad la acusación que el fiscal se limitará a leer en cierta forma parajurídica, es también la que después, en el Consejo de guerra, hace de testigo, reconoce al acusado y listo el asunto. Demasiado grotesco si no hubiera vidas por medio, si no hubiera años de cárcel, si no hubiera represión; si no se tratara del anhelo delirante de continuar a cualquier precio, de la anti-

gua vesania del viejo dictador podrido en vida. Pena de muerte.

Los procedimientos sumarísimos no dejan lugar a «trucos legales», como definen a las defensas la policía y la extrema derecha en sus octavillas de «guerra psicológica». Porque el sumarísimo limita el número de testigos de la defensa, faculta a la autoridad judicial para que el vocal ponente que vaya a asistir al Consejo presencie todas las diligencias desde la iniciación del procedimiento, da cuatro horas de plazo para el estudio del sumario y calificación de los defensores y dos horas para presentar alegaciones tras la vista; porque el sumarísimo convierte un juicio político en un acto cuartelero disciplinario y ejecutivo, pero con sujetos civiles y consecuencias tan absolutas como funestas. Nada de lo que se entiende por «el imperio de la ley». Ni siquiera de su ley.

El ejército cumple un cometido represivo hasta ese momento, y lo cumple, según los generales, no sólo por obligación sino con satisfacción: «Detrás de vosotros estamos nosotros», dirá el ministro del Ejército, Coloma Gallegos, a la Guardia civil y cuerpos de policía en una gira por Euskadi para levantar la moral y restablecer la disciplina de estas fuerzas, entre las que cunde cierto desánimo. En Vizcaya y Guipúzcoa son numerosas las peticiones de traslado «por motivo de salud» de guardias civiles destacados en los pueblos, en los que viven en completo aislamiento ellos y sus familiares con respecto a los demás vecinos que ni siquiera, en muchas localidades, les dirigen la palabra; familias bloqueadas por el enorme silencio que les rodea, congeladas en el desprecio, el odio y el temor, complementarios casi siempre, por su actuación, por una presencia que ha pasado de la arrogancia despectiva de la época en que se movían como ocupantes de un pueblo vencido a

un visible sentimiento de temor y de odio, también complementarios entre sí y con respecto a los mismos sentimientos en el pueblo.

El ejército está detrás y no hay que confundir las cosas. Ciertamente, se detiene a militares, se exila un capitán de aviación, se hacen declaraciones desde París en las que se manejan unas cifras que muchos observadores consideran exageradas —ochocientos miembros de la unión militar democrática—, y se utilizan estos datos para contractar y para pactar. El enemigo se reduce, son cuatro ultras en torno al Pardo, hasta el ejército es ya —o va a serlo muy pronto— democrático. Todos juntos contra un solo hombre malo, el general del Pardo, «el demonio de los mares», o por lo menos de los ríos salmoneos, con lenguaje de este *comic* interesado que el reformismo pretende desarrollar como análisis de las fuerzas reales en presencia. Pero no es una historieta, sino la historia. Y la historia va escribiéndose de manera diferente, ante la que toda deformación supone interés o error. Si hay error, la denuncia constante exige poner ante los ojos del movimiento obrero el burdo desvío de la realidad que se está planteando. Si se trata de intereses en juego, ¿los intereses de quién? La denuncia, puesto que no son los intereses de clase de ese movimiento los que llevan a apoyar una política que apunte las vacilaciones de la burguesía del cambio, tiene un doble supuesto, además de una urgencia que la hace inaplazable y de una exigencia que la tiene que hacer permanente: el efecto de clarificación en cuanto rechazo de unas tesis y una práctica política contrarias a los intereses objetivos del proletariado y capas populares, y el efecto educativo del análisis y verificación de su contenido real. Si se refuerzan los organismos y plataformas interclasistas, se abre un crédito a los intereses no ya aje-

nos, sino contrarios, los intereses antagónicos precisamente; si se pretende el reforzamiento de las organizaciones de masas, el camino es el inverso al elegido por los movimientos reformistas, pues no parece que pueda hacerse más que a través de la autoorganización y la comprensión extensiva de que la iniciativa en la lucha dará su dirección, y mediante acciones unitarias de clase. Y respecto al ejército, que asume institucionalmente la represión a los niveles más altos, la respuesta correcta no parece que sea esperar a que los supuestos, o reales, ochocientos oficiales demócratas crezcan, asciendan, se impongan y contemplen la autodestrucción del aparato militar del Estado burgués, que es su autodestrucción social, sino todo lo que se desprende de esa frase, tomada en préstamo como título, que resume las consignas de la hoja repartida por los cuarteles de Euskadi:

«Compañeros soldados: Ayer se celebró en Burgos el Consejo de guerra contra Garmendia y Otaegui. El fiscal militar pide para ellos la pena de muerte. A través de este juicio farsa contra dos hijos del pueblo vasco, el ejército aparece de nuevo implicado en los proyectos criminales de Franco y los suyos.

Vuestros jerifaltes suelen decir que «los militares no se meten en política», que el ejército sirve «para defender a la nación de posibles ataques de potencias extranjeras». Este burdo cinismo contrasta fuertemente con lo que estamos viendo todos los días. ¿Qué hace en realidad el ejército?

—Llevar al matadero del Sahara a contingentes cada vez mayores de soldados de reemplazo para que defiendan con su sangre los fosfatos de cuatro ricachos y para que se ganen el odio del pueblo saharaui al que el franquismo niega su derecho de elegir libremente su destino.

—Ayudar a los civiles, a los grises y al tribunal de Orden público a machacar a los luchadores antifranquistas, conduciendo al garrote vil a los revolucionarios que pasan por sus siniestros Consejos de guerra, como lo hicieron ayer con Salvador Puig, lo intentan hacer con Garmendia y Otaegui y lo intentarán después con Pérez Beotegui, Pablo Mayoral y sus compañeros del FRAP, Eva Forest, Antonio Durán... y

con todos cuantos se atrevan a levantar su voz contra este régimen de explotación y terror.

Esto pasa porque, en realidad, la misión del ejército no es otra que defender a los tiranos y a los capitalistas de la lucha, cada día más amplia, de la clase obrera y del pueblo contra la opresión y la explotación. Así, los oficiales que ponen en cuestión tímidamente esta «misión» son encarcelados (como ha pasado con los ocho capitanes de Madrid), mientras unos generales gorilas sueñan con poder utilizar a sus regimientos para emular contra el pueblo las hazañas de Franco y Pinochet.

¡Hay que impedir que este ejército de guerra civil lleve a la muerte a Garmendia y Otaegui! ¡Los trabajadores y el pueblo ya han empezado a luchar para salvar sus vidas: con la Huelga General de Ondarroa y Gernika, los paros de Altos Hornos, General eléctrica, Babcock, Banca... con manifestaciones en Zarauz, en Hernani, en Lekeitio, las numerosas acciones en todos los barrios y pueblos de Vizcaya y Guipúzcoa, con las huelgas de hambre que mantienen 290 presos políticos de Basauri y otras cárceles... En su nombre, en el de la clase obrera y el pueblo, os llamamos también a vosotros, compañeros soldados:

Obreros, empleados, estudiantes, campesinos de uniforme. ¡¡Uníos a nuestra lucha para salvar a Garmendia y Otaegui!! ¡¡Organizaos en vuestros cuarteles para discutir las formas de apoyar a los trabajadores y al pueblo!! ¡Abajo las penas de muerte! ¡Fuera los Consejos de guerra! Libertad para todos los presos políticos! ¡Libertad para los militares encarcelados!

¡¡Los generales con los banqueros, los soldados con los obreros!! Comité provincial de Vizcaya de LCR-ETA VI.»

Los Consejos de guerra, de esa tanda que se pretende la primera con la promesa de un trágico «continuará», terminan con un balance sorprendente para muchos, y aun realmente para todos si se sitúan en el múltiple marco del año en que esto ocurre, del continente en que tiene lugar, del tiempo transcurrido desde el fin de la guerra civil, etc. Once penas de muerte por delitos políticos, en Consejos de guerra en los que ninguna norma jurídica ha sido respetada, es una cifra poco frecuente; once penas de muerte en unos Consejos de guerra en los que no se ha

podido demostrar que mataran pero tampoco se ha podido demostrar que no mataran que era la propuesta del poder, y aun que no pertenecían a ninguna organización, sobrepasa la medida incluso para el franquismo. Pero es posible aunque resulte difícil creerlo, y en el otoño de 1975 se anuncian *once* penas de muerte que proponer a la firma de Franco mientras su prensa —rotos los espejos— considera un payaso sangriento a Idi Amin Dada de Uganda. Once penas de muerte que no se cumplirán, dicen algunos. Que se cumplirán en proporciones variables, aseguran otros. Porque como Herrera Esteban¹, ministro de Información que no venía a cerrar nada que estuviera abierto y por poco nos pone esparadrapos en los ojos, acreditándose con prontitud en el difícil record de ser uno de los hombres del régimen que menos verdades ha conseguido decir desde un cargo oficial, afirma en una rueda de prensa: «El embarazo de las dos condenadas a muerte no ha

1. La catadura represiva de Herrera Esteban debía haberse supuesto ya, pero cuando se indicaba, tras su nombramiento ministerial, los «sorbedores de aperturas» acusaban al avisador de «intransigencia e izquierdismo», y no citaban lo de la «enfermedad infantil» porque desde que Cohn-Bendit les diagnosticó su *enfermedad senil* se atreven menos. Herrera Esteban ha ocupado diversos cargos de poca relación técnica entre sí, como director general de Correos y ministro de Información, por ejemplo. Cargos dispares entre sí pero a los que ha llegado con una misión específica para la que importaban muy poco sus conocimientos del asunto: la misión de «meter en vereda» al sector encomendado, lo que ha procurado hacer con toda la diligencia posible, sabiéndose muy bien lo que bajo el franquismo significa «meter en vereda». Como se dice trivialmente en estas ocasiones y otras parecidas, «alguien tiene que hacer las cosas sucias, también tiene que haber carceleros, verdugos y enterradores», y a Herrera no le importa hacer las cosas sucias, que es lo que ahora hace en Información como los hechos prueban. Un hombrecito muy particular.

sido contemplado por el gobierno», cuando se le pregunta por los posibles indultos, o conmutaciones, de los condenados. Lo cual, además de la brutalidad que a simple vista denota la frase supone la disposición a trasgredir su propio Código penal que sí contempla el embarazo de una condenada a muerte.

Los Consejos de guerra resumen su tarea paródicamente justiciera en esas once condenas. De ellas, hay que repetirlo porque la España negra ha vuelto a escupir en el suelo, dos mujeres, una comprobadamente embarazada, se dice que las dos, y un hombre gravemente enfermo, irrecuperablemente disminuído en su capacidad mental.

La venganza

Hubo rumores al anochecer del viernes 26 de septiembre, y en algunos lugares el pueblo se echó a la calle. Se confirmaron en la atónita mañana del 27, un sábado triste con ojos rojos y mucha rabia. Cinco condenados habían sido ejecutados; es decir, cinco presos políticos habían sido asesinados. Se había cumplido la amenaza. Se había, en realidad, cumplido la venganza. Si hablar únicamente de venganza parece frivolar políticamente la cuestión, no lo es tanto si se aclara que se trata de una venganza histórica y colectiva, no de una represalia personal llevada a cabo en un momento de ira o de temor. La ira y el temor existen también, pero las órdenes de ejecución que Franco firma están muy bien pensadas, aunque previstas muy mal las consecuencias. Franco, en ese momento, tiene ochenta y dos años y le faltan dos meses y cuatro o cinco días para cumplir ochenta y tres, la enfermedad de Parkinson y otras dolencias que

arrastra desde el verano de 1974, la salud arruinada y apenas se le oye pues su amanerada voccecita de mozo de serrallo se ha encogido; pero todo ello no le hace plantearse la vida humana ajena de manera diferente, ni la política que representa con otras posibilidades menos trágicas. El tierno abuelo de mentón flácido y ojos llorones ni siquiera odia, de eso se encargan quienes le rodean, que le han descargado de las rudas tareas del espíritu; él mata porque es su oficio, su compromiso histórico y su contrato social.

Franco reafirma su deseo de proseguir mientras viva —«mi dictadura es vitalicia»— aferrado al poder. Hay quien dice que, en algún momento, y en algún delirio atizado por sus próximos, llegó a creer que no se moriría nunca. Pero son bulos; él y su familia siempre creyeron que moriría, la prueba de su modestia respecto a la vida eterna del general es que han puesto parte de su dinero en Suiza.

La supuesta amenaza para amedrentar era algo más; parte de un plan y exigencia de una necesidad. No se mata por matar, ni siquiera Franco. Se mata por algo, para algo. Y se está en el poder a los 82 años y en ruina física por algo y para algo. Aun con la cierta autonomía real que el aparato político adquiere sobre la formación social a que responde y de la que esa formación no se sacude exactamente cuando quiere y de una manera mecánica, el aparato político del franquismo obedece a las necesidades de la fracción de las fuerzas sociales a que responde, y Franco es una parte, una parte muy importante, de su propio aparato político e ideológico; el franquismo existe y se mantiene porque existe y se mantiene Franco que a su vez políticamente existe y se mantiene porque existe y se mantiene el franquismo, ambos y así necesariamente correspondientes y necesarios para unas clases en un momento histó-

rico¹. La venganza es necesaria, las ejecuciones no son una acción política aislada y necesaria para terminar con el «terrorismo»; ese tipo de lucha tiene difícil fin y eso se sabe. Desde la promulgación del decreto-ley hasta los primeros días de octubre, se producen los siguientes atentados admitidos oficialmente: 14 de septiembre, muere un Policía Armado en Barcelona; 30 de septiembre, dos Policías Armados son heridos gravemente en el curso de un atraco a la Residencia de la Seguridad Social que produce una ganancia de 21 millones de pesetas a sus autores, uno de los policías muere pocos días después; 1 de octubre, tres Policías Armados muertos y uno herido grave, en Madrid; 6 de octubre, tres guardias civiles muertos y dos heridos de gravedad en un atentado en Oñate (Guipúzcoa). Estas dos últimas acciones, 1 y 6 de octubre, son respuestas a los cinco fusilamientos del 27 de septiembre.

Porque efectivamente, Franco ha firmado el 26 y a la mañana siguiente se ejecutan las sentencias. Piquetes voluntarios de la Guardia civil y la Policía Armada se encargan de ello. ¿No ha querido el ejército llevar hasta el fin su misión represiva? ¿Quieren la Guardia civil y la Policía Armada, en piquetes voluntarios precisamente, participar en la eliminación física de los militantes políticos? Rumores hay muchos pero ninguno de ellos parece suficientemente sólido como para aventurarlo más que en forma de pregunta. La extrema derecha está contenta, aunque hubiera deseado que se cumplieran las once penas de muerte. La derecha está desconcertada en unos casos, satisfecha en otros, preocupada en los sectores más agudos de la propuesta del cambio. Tanto el desconcierto como la preocupación se deben, de una forma general, colectiva, en tanto que fuerzas sociales y al margen del ánimo individual respecto a la utilización de la

pena de muerte —de todas formas no son tantos los sentimentales y están muy condicionados los humanistas— se deben, digo, a que no desean un endurecimiento que les haga retroceder en sus planteamientos. Las varias ofensivas en marcha necesitan condiciones muy concretas y controladas para poder ser llevadas a cabo sin riesgos excesivos. Se teme la ruptura de equilibrios laboriosos. Los más sagaces dudan de si la maniobra de Franco no pretenderá también empujarles hacia la «unión sagrada» y el «pacto nacional», insistiendo otra vez en la repetida táctica de hacer cómplices más que convencidos. Todos nuevamente pringados en la represión cuando estalla en Europa la gran protesta no calculada. Se ha repetido tanto que el franquismo ha sido aceptado por Europa que se han llegado a confundir acuerdos necesarios de unos con entusiasmos generales de todos. Los informes son siempre optimistas en estos regímenes, de la base de la pirámide burocrática a la cima del poder personal se elevan al dictador optimismos y triunfos como regalos a él y notas meritorias para los informantes.

Los países de Europa rompen su silencio ante el asesinato de los cinco presos políticos. Cinco fusilamientos de militantes políticos en un mismo día y en esas condiciones, tras conocerse las que también rigieron en los Consejos de guerra, es un hecho sorprendente que sacude a las ma-

1. «Victor Hugo se limita a una amarga e ingeniosa invectiva contra el responsable del golpe de Estado. En cuanto al acontecimiento mismo parece, en su obra, un rayo que cayera de un cielo sereno. No ve en él más que un acto de fuerza de un solo individuo. No advierte que lo que hace es engrandecer a este individuo en vez de empuñarlo, al atribuirle un poder personal de iniciativa que no tenía paralelo en la historia universal». C. Marx: *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.

sas, una provocación directa y salvaje a la conciencia popular del mundo entero, que es aceptada así, recogida como tal y devuelta en forma de masiva indignación contra los procedimientos monstruosos de una burguesía que utiliza su aparato político hasta el delirio persecutorio para mantener sus privilegios. España vuelve a su Edad Media y los pueblos de Europa manifiestan su repugnancia ante una metamorfosis previsible siempre, si no se quisiera olvidar lo cotidiano. Al mismo tiempo que esas masas populares de los pueblos de Europa, los representantes del capitalismo internacional tratan de forzar al capitalismo del Estado español para que rompa con el dictador antes de que las cosas empeoren para ellos.

La unión sagrada no se rehace con facilidad, aunque la ruptura tampoco sea determinante todavía. «Nos han faltado ciertas asistencias», dirá Arias Navarro por televisión; pero a las propuestas de la Junta Democrática les faltan, por lo menos, otras tantas. Sin embargo, sí se consigue, por ambas partes, un frente de cierta intensidad y numerosas complicidades: «contra toda violencia», igualando la impuesta y prolongada con la de la respuesta esporádica; «contra la violencia venga de donde venga» en una consigna hueca porque la violencia está viniendo siempre masivamente del mismo sitio, y sólo a veces, aisladamente, como respuestas convulsas en situaciones crispadas, se devuelve una parte mínima de la violencia que se recibe, y la derecha civilizada y una parte de la izquierda igualmente domesticada ignoran la primera pero condenan y denuncian la segunda. No se olvida la ofensiva ideológica, y así, el grupo «Tácito» dice en *Ya* (4-10-1975): «todos los grupos políticos de cualquier tendencia deberán empezar por condenar de forma explícita y sin sutiles distinguos todo acto terrorista». ¿Desde cuándo es para *Ya*

necesaria esa condena? Quiero decir: ¿Desde qué fecha considera que debe ser condenado el terrorismo, o sea «la dominación por el terror» y los «sucesivos actos de violencia ejecutados para infundir terror», de creer a Casares? ¿Desde los tiempos del Arias Navarro «carnicero de Málaga» o desde los tiempos del Arias Navarro «espíritu del 12 de febrero»? Pero aun cuando esa condena deba solamente regir desde la segunda reencarnación del viejo policía, desde ahora, desde este año mismo, ¿debe comprender también al tratamiento policiaco en las comisarías, por ejemplo el de Tasio Erquicia por citar el apaleamiento salvaje de un ser humano más recientemente conocido? El *Ya* no lo aclara. «Tácito» dice también, hablando de las acciones violentas de respuesta a la violencia del poder, que tienen su origen «en minorías que no representan nada y son radicalmente enemigas de la transformación democrática de la sociedad». ¿De qué transformación democrática de la sociedad se trata? Se supone que de la que vendrá, porque no creo que ni siquiera los alegres compadres de «Tácito», por ponernos todos un poco clásicos, puedan ver transformación democrática en la sociedad que defiende y mantiene sus privilegios con la escandalosa brutalidad de la venganza contra cinco militantes políticos condenados pero no juzgados.

Democracia por un lado y minorías que no representan nada por otro. Dos elementos del juego cuya falsedad no importa que sea desmentida por los hechos una vez tras otra; dos espantapájaros agitados asiduamente por la prensa leal al poder económico, aunque algunas veces pueda parecer vaga o ligeramente contradictoria con el poder político. Porque como los ejecutados no representan a nadie, ni a nadie importan, en cuanto se conoce la noticia Euskadi entra en un

combate sostenido en el que la emoción sólo es superada por la indignación. De Vizcaya: en Erandio se manifiestan cinco mil personas; en Algorta dos mil el sábado que se sabe la noticia y tres mil al día siguiente, en una de las manifestaciones más duras habidas últimamente, con disparos, palizas y respuestas que en algunos lugares acorralan a los guardias civiles que corren al jeep hasta que llegan los refuerzos; en muchos pueblos la gente está en la calle todos los días, y en otros desde las ventanas de las casas mujeres de edad gritan «asesinos» a los policías de todos los colores que acuden en tromba a deshacer barricadas o disolver grupos; en Bilbao, una manifestación de 5 000 personas recorre en silencio el centro de la ciudad y desde la Diputación se divide en varios grupos que recorren zonas de la ciudad ya a los gritos de «dictadura asesina» y «huelga general». El día 29, la huelga general es prácticamente total en la margen derecha del Nervión, paran también, parcialmente, General Eléctrica y Naval, totalmente Euskalduna, Babcock, Firestone, Laurak, Celaya, Fundiciones Bolueta..., las empresas del Valle de Asúa, de Durango, Amorebieta, Munguía; paran 20 minutos un grupo de redactores y los obreros de taller de *El Correo Español* de Bilbao; la huelga es general en Elorrio y Ermua, en Bermeo no salen a pescar, como sucede prácticamente en todos los demás puertos pesqueros; hasta los jugadores del Athletic se niegan a entrenar, que es su trabajo. Las minorías poco representativas convocan acciones unitarias que tienen que ser seguidas, firmando las convocatorias, incluso por la izquierda civilizada que sabe que si se separa del huracán de rabia que recorre Euskadi tendrá conmociones en su base: una manifestación que reúne miles de trabajadores encabezados por los obreros de Westinghouse, Franco-Española y Asti-

lleros Ruiz de Velasco recorre Erandio; en Westinghouse se sale a la calle después de una asamblea de 500 obreros en la que se aprueba el siguiente manifiesto:

«La clase obrera de Westinghouse, a la vista de las ejecuciones perpetradas contra cinco luchadores antifranquistas, defensores de la libertad del pueblo, hemos decidido salir a la huelga, siguiendo el ejemplo del pueblo guipuzcoano y una parte de la clase obrera de Vizcaya (Mecánica La Peña. Duranguesado...). Por esto decidimos que nuestra lucha en estos momentos de agonía de un régimen represivo debe ser: 1. Contra las ejecuciones de los cinco luchadores antifranquistas y las posibles ejecuciones a corto plazo de más luchadores. 2. Por la libertad de todos los presos políticos. 3. Contra el Decreto ley antiterrorista. 4. Por el derecho de expresión, reunión, huelga y manifestación. 5. Por la readmisión de los despedidos. 6. Por la autodeterminación de los pueblos oprimidos. En base a estos puntos, hacemos un llamamiento al pueblo y a la clase obrera en general de Euskadi y al resto del Estado español a la huelga general, parando las empresas a partir de hoy mismo, no entrando en los espectáculos, bares, establecimientos, etc., como respuesta a la agresión brutal que sufre nuestro pueblo desde hace 39 años, ya que en este momento la clase obrera y todo el pueblo tienen en sus manos el derrumbamiento de esta vieja dictadura agonizante, aislada del resto de Europa y repudiada dentro de su propio Estado por el pueblo. ¡Unámonos a la lucha de nuestros compañeros en huelga para evitar que se derrame más sangre del pueblo! ¡Vamos todos a la huelga general! Erandio 29-9-1975.»

En Guipúzcoa el movimiento es aún mayor. El día 26, en San Sebastián, se manifiestan alrededor de 6 000 personas encabezadas por familiares de presos políticos, el sábado 27 la huelga general se puede considerar absolutamente seguida. Las manifestaciones del domingo reúnen miles de personas en Azpeitia, Zarauz, Tolosa, Eibar, Hernani, con enfrentamientos, barricadas, tiros. Los días 29 y 30 la huelga general incorpora masivamente a los pescadores, bancos, comercios, bachilleros y niños de las escuelas; el entie-

rro de Otaegui es acompañado por un impresionante y silencioso cortejo de hombres, mujeres y niños inmóviles ante las cargas de la guardia civil, como estatuas en las que las lágrimas ya no se sabe si son de dolor o de rabia. En Mondragón se manifiestan contra los asesinatos más de 6 000 personas, hay detenciones, heridos numerosos por los culatazos y tiros de las fuerzas de represión; las fiestas populares se convierten en asambleas. En San Sebastián todos los días hay manifestaciones zonales y en los barrios. Paros parciales en Alava, paros en Navarra, paro muy amplio en Vigo con manifestaciones y acciones callejeras, paros en Madrid y Catalunya. Hay una corriente de solidaridad en Europa que nos parece fantástica conocida desde el interior de la lucha cotidiana, de este lanzarse a la calle sin precauciones ni cálculos. ¿Para qué el detalle exhaustivo de las acciones, paros, manifestaciones, heridos, detenidos, torturados en comisaría? De momento, y muy provisionalmente, los pocos para-policías que hay en Euskadi detienen su actividad independiente, saben que en la situación de indignación general en que se vive, la aparición de un grupo que se manifieste a «contrapelo» puede ser una provocación que les cueste muy caro; y como su heroísmo en la defensa de la civilización occidental no funciona si no actúan sin enemigo directo, bien protegidos por la policía o en proporciones numéricas o de armas muy superiores, guardan sus camisas azules para otros carnavales, sus porras para otros menesteres y sus chulerías para el espejo. El Comité Antirrepresivo de Durango (Vizcaya) ha lanzado un comunicado de advertencia: «Ayer martes apareció Durango con las paredes escritas. Han sido los «guerrilleros de Cristo Rey» amparados y defendidos por la Guardia civil. Por si no fuera bastante con llenar de odio hacia

el pueblo los periódicos y la TV han llenado también los lugares más visibles de nuestras calles. Hemos visto cómo intentan aterrorizarnos denunciando a personas conocidas del pueblo. Lo que no saben es que no hay paredes en todo el Duranguésado para escribir los nombres de todos los que los odian»; haciendo un llamamiento a recordar sus nombres, a apuntarlos, a una defensa enérgica contra ellos.

Todos estos miles de manifestantes y de huelguistas, todas estas paredes que podrían llenarse con los nombres —y no hay bastantes, recuerda el CAR de Durango— de quienes odian la represión y a los verdugos, no representan a nadie. «Aviados estaríamos los alcaldes si dependiéramos del pueblo», dijo un día Pilar Careaga, que lo era de Bilbao. Aviado estaría «Tácito» si también el movimiento obrero y las capas populares, de Euskadi por ejemplo, tuvieran derecho a opinar. Aviados estarán cuando lo tengan.

Las acciones emprendidas agrandan las posibilidades del combate y plantean, sin propagandismos, las opciones reales. Por un lado, la pretensión reformista de utilizar el movimiento de masas como modo de presionar a la burguesía para que de una vez dé el paso esperado: la ruptura definitiva con la dictadura. Por otro, el llamamiento a la acción directa de las masas para que protagonicen los cambios por sí mismas, para el derrocamiento de la dictadura y para que el derrocamiento de la dictadura suponga el principio del asalto contra el Estado burgués. Porque, dato a dato: ¿Cuántas de las movilizaciones habidas lo han sido por iniciativa de la Junta Democrática o de la Plataforma de Convergencia? ¿Cuántos paros lo han sido en seguimiento de sus consignas, cuáles han sido sus intervenciones reales más allá de la firma de algún comunicado? Por otra parte, frente a la violencia

creciente de las bandas fascistas, la alternativa reformista es pedir al mismo poder que las arma y utiliza que las desarme y las inutilice; protestan contra la violencia metiendo en el mismo saco a perseguidores y perseguidos.

Pero las bandas llegan cada día más lejos: se habla de una entrega de 250 millones de pesetas del Consejo Superior Bancario para reforzar grupos de extrema derecha (*Blanco y Negro*, 1-11-1975); unos encapuchados entran en el restaurante que en Campanzar (Vizcaya) tiene Ignacio Etxabe Orobengoa, hermano de los antiguos militantes de ETA exilados en San Juan de Luz, Joaquín y Juan José Etxabe, y disparan contra el propietario causándole la muerte delante de sus padres y un hermano que se refugia en una habitación cercana; se suceden las palizas a curas, los asaltos y bombas contra centros populares de barrio, contra librerías; un grupo de desconocidos da una paliza a unos abogados de Madrid y a dos periodistas venezolanos, causando a algunos lesiones graves; en Zarauz, otros «desconocidos», perfectamente conocidos como guardias civiles pertenecientes al cuartel de Azpeitia, golpean brutalmente en su propio domicilio a la madre y la hermana de Juan Paredes, Txiki; un comercio de los abogados de este mismo Juan Paredes sufre, en Barcelona, destrozos valorados en un millón de pesetas; unas veinte personas conocidas reciben, en Barcelona, llamadas advirtiéndolas que salgan del país o serán asesinadas el mismo día de la muerte de Franco, entre ellas: Sacristán, Joan Oliver, Coll i Alentorn, Lorenzo Gomis...; en Zaragoza, un grupo de guerrilleros armados asalta la universidad y hiere a varios estudiantes, lo mismo que sucede en Barcelona donde llegan a entrar en un aula y golpear al profesor, en plena impunidad, naturalmente, a cara descu-

bierta y siendo conocidos de los presentes, sin que los rectores, tan rápidos otras veces en abrir expedientes digan una palabra ni acepten tomar medidas. Los nervios se desatan, y los abusos de autoridad sobrepasan incluso la normalidad de una autoridad siempre abusiva. En Barcelona, un ciudadano es herido por arma de fuego tras los disparos que le hace un guardia municipal porque según su declaración le pareció que el ciudadano en cuestión «pronunciaba palabras en contra del régimen», y eso es bastante para ser liquidado a tiros en una democracia orgánica; también en Barcelona, nerviosos los centinelas del acuartelamiento de la Policía Armada de La Verneda porque, según ellos, desde un coche les han disparado, abren fuego graneado, indiscriminado y compacto que tiene como resultado el asesinato de un matrimonio y su hijo que cruzaban tranquilamente por delante en su automóvil, y el de dos policías armados —con otro gravemente herido— de una patrulla que regresaba al cuartel. Durante una temporada abundan los guardias civiles muertos «al limpiar el arma, que se les disparó», «al asomarse a un acantilado», «al caerse del tren».

El romance de la reina Mercedes

Pero el régimen tiene que contestar, además de con su talante habitual de la violencia oficial y oficiosa, en el mismo campo de las multitudes al desafío interior y de Europa. La unión sagrada se intenta rehacer en torno a Franco en una de sus habituales ceremonias, la imaginación se empobrece paulatinamente, en la Plaza de Oriente. Se va a poner nuevamente en escena el romance de la Reina Mercedes, que debía campar por esa plaza de crear

a poetastros y músicos ratoneros. La blanca faz de su excelencia el jefe del Estado sustituye a la palidez entre poética y tísica de la reina cantada; en estos personajes la estética se combina fácilmente con la vejez o con la anemia. La manifestación, que suele marcar la cumbre de la temporada política cuando hay dificultades, es nuevamente convocada: todos otra vez a la Plaza de Oriente. La manifestación bate esta vez varias marcas establecidas. Quienes conocen la extensión en metros cuadrados de la plaza, calculan que para encerrar en ella y el comienzo de un par de calles adyacentes a 1 000 000 de personas, tienen que estar 40 patriotas enfervorizados por metro cuadrado; si se tiene en cuenta que hay bancos y numerosas estatuas reales, se ofrece el espectáculo sensacional de 40 ciudadanos colgados de Chindasvinto, suponiendo que sea alguno de los monarcas representados, y un tanto desnarigados ya por las inclemencias del tiempo. Esa manifestación, y las respuestas organizadas oficialmente a «la ingerencia extranjera», siguen las fórmulas habituales en estos casos, además del hinchamiento desahogado de las cifras; soldados de paisano, gentes llevadas en autocares desde pueblos y provincias cercanas con un subsidio variable, burócratas, excombatientes, etc. La prensa, radio y televisión llegan también a extremos lírico-épicas pocas veces alcanzados que exigen este paréntesis, pese a la gravedad de los hechos que lo provocan. Un paréntesis claramente fuera del contexto general de la crónica, porque nunca, ni en la Plaza de Oriente, ni en sus alrededores espacio-temporales, se han dicho las cosas curiosas que esta vez —esto es un poco relativo, porque en cuarenta años de retórica cabe casi todo...— quizá porque los íntimos saben que va a ser la última puesta en escena del romance con este protagonista. Por ejemplo, los periódicos

recogen la espontánea solidaridad de los presos comunes de Ocaña con las fuerzas de orden público —las que les detienen, les brutalizan habitualmente y les mantienen en uno de los penales más siniestros del país— y su repulsa de la violencia, y al día siguiente estalla en Ocaña uno de los más violentos motines que ha conocido esa violenta prisión. Por ejemplo, la carta de una señora que vive en Torremolinos, dirigida al *Time* norteamericano, en la que dice «qué vergüenza produce ser extranjera en España», condenando las campañas y firmando como Marta von Eden, princesa Odescalchi, húngara de nacimiento y título y franquista de condición y residencia. Por ejemplo, el llamado «sueco de Cádiz», Christian von Krogh, que también se avergüenza mucho de ser sueco. Todos ellos viven en buenos sitios, todo ello aparece en grandes titulares —lo de la princesa húngara a cuatro columnas en algunos periódicos— y todo extraído de cartas al director de distintas publicaciones, generalmente españolas. Por ejemplo, y quizá el mejor y el más gráfico de los ejemplos, las declaraciones a *Sol de España*, de Málaga, de Leslie Rona, director general de un importante grupo de empresas en Suecia que dice: «Olof Palme es el último para hablar de la libertad de un pueblo. Quien conoce de verdad la auténtica situación de Suecia sabe que allí la verdadera libertad no existe. Si Hitler hubiera tenido la inteligencia de Olof, todavía estaría ahí. El ha creado el verdadero estado nacional socialista donde el individuo no tiene nada que decir y donde la comunidad es todo. El Estado sueco que ahora está en manos de este hombre, es una de las más fuertes y suaves dictaduras de Europa. Los buenos suecos, los que piensan, están aquí, en España, o Francia, porque ya no aguantan».

Lo que no debe ocultar que en la mani-

festación de respuesta al mundo hostil había un núcleo, pequeño pero indiciador, de gentes sencillas, generalmente llegadas de los pueblos de alrededor, que creían firmemente que estaban defendiendo a su patria atacada e insultada. Los coches oficiales que recorrieron las calles de Madrid la víspera decían por los altavoces que la manifestación convocaba a los españoles de derechas y de izquierdas, que no era política sino patriótica. Y la repetida propaganda, la constante coacción de los medios de comunicación, de los teleclubs instalados en los pueblos castellanos, machacaron y machacan a una masa desorientada, paupérrima, enajenada día tras día por un medio de comunicación que les atraca de imágenes gloriosas, triunfales, patróticas, de forma represiva; tanto como los escuadrones de policía armada o las parejas de la Guardia civil que así tienen hecha la mitad de su bárbaro camino. La presencia mantenida de la patria como lugar de reunión de todos por encima de las políticas y de las clases, consigue estos efectos; aquellas gentes, fácilmente clasificables por su aspecto físico y la humildad con que recorrían las calles de Madrid después del acto, mentidas, forzadas, humilladas por una información altanera de los agentes de represión disfrazados de locutores de televisión, no tomaron parte en la verdadera manifestación, la que recorrió las calles hacia las embajadas extranjeras, formada por chilenos, argentinos, expides portugueses, los muchachos de Fuerza Nueva, no más de dos mil entre todos, sino en la concentración ante el Palacio, como protagonistas mudos del romancillo romántico y cursi; testificándose como el aspecto más agudo, aunque no el más vistoso, de la verdadera venganza de Franco y el franquismo contra su pueblo desde el famoso julio de 1936.

Sobre las violencias

La situación, la situación descrita de las violencias oficiales y las extraoficiales, se agudiza cada día. La impunidad de la extrema derecha contrasta con la aplicación inmediata y abusiva de la ley anti-terrorismo, sea a una señora que protesta por los gritos de una manifestación franquista, sea contra un estudiante de 17 años que en clase habló «a favor de una organización ilegal», sea de un grupo musical que una noche, según las notas policíacas todo ello, «ridiculizó con el tono de voz al jefe del Estado», que, por cierto, tiene una voz ridícula.

La violencia fría habitual, considerada «normal» en una sociedad capitalista, se impone en el Estado español sin ningún freno o contrapropuesta tolerada por mínima que ésta pueda ser, y aunque tampoco sea muy grande la ejercida sindicalmente, o a través de la prensa política y acciones públicas, en las sociedades capitalistas con formas políticas democráticas. Pero si bien es cierto que éstas usan también de la violencia caliente cuando temen un peligro inmediato o grave para sus intereses, por lo menos en ellas existen medios para que con un costo en riesgo muy inferior al que se paga en el Estado español sea posible tanto su denuncia como contraponer alternativas y formas de concebir la existencia menos humillantes y alienadoras. Es cierta la dificultad de contrarrestar la violencia de los poderosos medios de comunicación de las grandes empresas, más los estatales como cadenas oficiales de radio y televisión; que es difícil atacar las deformaciones violentas que produce la universidad de clase, la enseñanza en todos los grados y las presiones de una cultura que considerada como conjunto de códigos con los que interpretar la realidad, selec-

ciona esos códigos, silencia los molestos e impone unos sobre otros, con lo que la interpretación de la realidad queda condicionada a los modelos más útiles para la permanencia no discutida del poder económico, o limitada su discusión a formas y zonas asimilables. Como también es verdad que la imposición de un modo y aun ritmo de vida, sobre todo en las grandes ciudades y núcleos industriales, juega la función de instalar violentamente modelos de relaciones humanas y políticas que impidan cualquier ruptura con el modelo-patrón de las relaciones de producción a mantener.

Pero en el Estado español esa violencia se plantea, además, sin resquicios, partiendo de un régimen político que supone una violencia original, genética, la violencia de su implantación, y una violencia cotidiana, estructural, como violencia de continuidad. Una dictadura que se origina en la violencia y se mantiene por la violencia necesita instalarse sobre la represión y sólo permanece por la represión. Es una violencia que ocupa todos los ámbitos de la existencia del ciudadano, que se ocupa de él en su trabajo, en su ocio, en su vida privada y pública, en su desarrollo cultural y formativo, en la construcción e ideología de la familia, en la vigilante represión que va desde la limitación de la imaginación creadora hasta las compulsiones sobre su realización sexual. Si siempre la opresión de clase comporta violencia y sólo se realiza por la violencia mientras existan clases antagónicas, y sea cual sea esa forma de violencia, la burguesía española pone en práctica tras la guerra civil la acreditada fórmula de imposición: «Toda violencia reiterada acaba por parecer un derecho», y la represión vehicula directamente la opresión de clase sin intermediaciones formales. Y el salario es violencia, agravada con la amenaza de paro, como decía Truman traduciendo

públicamente y sin veladuras lo del ejército de reserva industrial: «Para la higiene económica es una buena cosa que siga habiendo una reserva de mano de obra en busca de empleo», *L'Echo de la Bourse*, 15-12-1959; y es violencia el consumo seleccionado no en función de necesidades sino de beneficios; y es violencia el desarraigo involuntario del medio; y es violencia la «ideología del orden»...

Y toda esa violencia cotidiana, inadvertidas algunas de sus formas a fuerza de ser consideradas como habituales, convertidas algunas otras en una segunda naturaleza por parte de quienes las sufren porque la ideología dominante que maneja todos los medios de imposición-represión posibles, familiares y religiosos, prensa y espectáculos, enseñanza y consumo, filosofía del tiempo libre y aproximación masiva, popular, al progreso de la técnica, urbanismo específico y alimentación discriminada, etc., presiona por convencer de la *naturalidad* de esas exigencias y ese tipo de vida, está respaldada por la violencia visible hasta para el más acostumbrado, por la violencia caliente, por la represión sin disimulos ni ideologías interfiriendo. Lo que los demás medios represivos no han conseguido con sus violencias múltiples, lo vigila la represión directa, la policía, las prisiones, los tribunales, los pelotones de ejecución en último extremo, los tiros «al aire» en las manifestaciones, que siempre hacen bajas, las intervenciones brutales al nivel incluso de las peticiones más elementales para seguir viviendo, como los humos tóxicos de Erandio (Vizcaya) y la falta de agua en Carmona (Sevilla), protestas que se saldan con muertos por los disparos de las fuerzas del desorden policiaco. Todo lo que no ha sido recogido, ordenado, canalizado y clasificado en su lugar exacto, con la reacción medida y controlada,

por la violencia fría de cada día, es reprimido, eliminado físicamente si hace falta, por la violencia de policías y jueces.

El lento ascenso de la lucha hasta llegar a las explosiones más recientes, explicable su lentitud por las causas históricas que van desde la feroz represión que sigue a la guerra civil, más la misma guerra civil, hasta la crisis del movimiento comunista y los errores y desviaciones del estalinismo, va, paso a paso, denunciando cada una de esas formas de violencia y tratando de enfrentarse a ellas. Pero, ¿cómo hacerlo? Durante muchos años, el predominio de los movimientos reformistas hace creer a las masas que sólo una actividad pacífica logrará la reconversión del régimen —apenas se habla de su derrocamiento— o por la presión exterior o por una progresiva democratización de un sector de la burguesía con la que hay que reconciliarse, para lo cual debe ser velada toda alusión a la violencia. Quizá no sean ésas las palabras, pero desde la reconciliación nacional de 1958, las entradas en los sindicatos oficiales con una mera función de «defender nuestros intereses» (suponiendo que se puede llegar más allá del escalón que el poder considera frontero a sus riesgos no asumibles, y más lejos que en el enfrentamiento directo en el trabajo y en la calle) los pactos sucesivos, las vías pacíficas, etc., desarman a las masas del pensamiento fundamental de que la violencia sólo puede ser combatida por la violencia; la violencia de los represores por la violencia de los reprimidos. El recrudecimiento de la cuestión nacional en Euskadi, más la convicción de que la violencia del poder es única y no hay varias violencias distintas, y de que es fundamentalmente de clase, lleva a una ruptura de los nuevos movimientos nacionalistas con el tradicional PNV representativo de la burguesía nacionalista, en un juicio que extrae consecuencias históricas

y políticas y abre el proceso de la comprensión de que el problema nacional sólo se plantea correctamente en el marco de la lucha de clases. Las opciones se dividen, y quienes se proclaman únicamente nacionalistas revolucionarios sostienen que la violencia minoritaria de grupos entrenados para ello hará saltar la explosión generalizada. Quizá los dos errores principales de ese planteamiento sean, por una parte, que esa violencia cortada de las masas, de su progresiva ascensión y toma de conciencia necesaria para el derrocamiento de la dictadura, mientras que cristaliza en una situación de incomodidad para el régimen pero no de crisis abierta, pues Europa la conoce y sabe que no es un problema definitivo aunque lleve tiempo, retrasa o impide la educación de las masas en cuanto a la violencia necesaria, a su propia violencia capaz de provocar el derrocamiento de la dictadura; por otra parte, al estar concebida nacionalmente, limitada a Euskadi, la encierra en un callejón de difícil salida. Porque, ¿la violencia aislada, de grupos armados sin conexión con los planteamientos de las masas, puede derrotar al poder sólo en Euskadi partiendo de un aislamiento ideal pero no real?

La violencia, me parece, se apoya en este momento sobre tres ejes fundamentales de acción. La asunción de la violencia cotidiana por parte de las masas, de la violencia fría que les exija la puesta en discusión e inicio de destrucción de las formas superestructurales; una respuesta constante en los centros de trabajo, denunciando como tal violencia lo que el poder pretende que sólo sean hábitos; el rechazo de una normalidad de la sociedad así organizada. Esta asunción va pasando de la respuesta a todo nivel contra la violencia en las relaciones de trabajo y superestructurales a la violencia de auto-defensa física en sus manifestaciones, im-

pedir detenciones, forzar las barreras policiales cuando los trabajadores de una fábrica se encierran o pretenden salir en manifestación, etc., es decir, ir ganando la calle y sustituyendo el terror policiaco por un equilibrio de poderes que en las condiciones actuales es posible, y además plenamente educativo. Lo cual no crea más terror, como puede hacerlo el atentado individual no arropado por el movimiento, sino menos terror al aumentar la seguridad de que la respuesta colectiva llegará, en el ascenso de esa admisión de la violencia, a los brotes insurreccionales. Los ejemplos de esta posibilidad son cada día más numerosos, pero pueden citarse dos, el de Lekeitio, con cientos de manifestantes ante el cuartel de la Guardia civil del pueblo, puño en alto y rodeándolo; la salida de los trabajadores de Babcock con barras y palos rompiendo el cerco de la policía armada que cerraba las puertas de la factoría.

La organización de la violencia vertida en forma de «acciones ejemplares»: quemas oportunas de jeeps de la Policía Armada o Guardia civil cuando van a dirigirse a disolver una manifestación; el asalto a comisarías o cuartelillos por las manifestaciones populares que tengan que arrancar de sus manos a luchadores detenidos; la protección de los presos políticos ante cualquier intento de asalto a las cárceles por la extrema derecha y bandas fascistas; acciones civiles —que ya se están llevando en pueblos de Euskadi— contra los confidentes de la policía, tras difundir listas con sus nombres, domicilio y lugar de trabajo, acciones civiles que a alguno de ellos ha llevado a anunciar que cierra su establecimiento y se marcha del pueblo, que pueden desembocar en acciones colectivas ya directas contra esos establecimientos. Las masas no pueden depender de una fuerza de choque exterior a ellas y con decisiones tomadas sin con-

sultar con sus necesidades, sino que ellas son su propia fuerza de choque de la misma manera que a través de asambleas en las fábricas, barrios y pueblos, eligiendo comités de huelga y de vigilancia, deben salir, y salen, sus formas de organización.

El tercer soporte de la actual violencia necesaria sería así el enfrentamiento directo con las bandas fascistas; la creación de comités de vigilancia ligados a los organismos unitarios de la vanguardia organizada, destacamentos de autodefensa salidos de las asambleas; la agitación en torno a la necesidad de ese enfrentamiento y de la eliminación de una amenaza sin dejarse arrastrar por la ingenuidad o el oportunismo, predicados por el reformismo, de dirigirse al poder para que las controle, pues es el poder el que las arma y organiza. En cada ciudad, en cada barrio, en cada pueblo, surgen y deben surgir propuestas para asegurar la eliminación de esas bandas, frenarlas y hacerlas desaparecer. Es decir, toda violencia que no paralice, por interferencia o por el medio, el auge del movimiento de masas, que no cree contradicciones materiales: un atentado el mismo día y en el lugar en que está anunciado que una empresa o un grupo de empresas va a parar, es el fin de esa acción, en la que quizá se iban a integrar, bajo consignas políticas, centenares de trabajadores que hasta ese momento sólo lo habían hecho por consignas reivindicativas de los movimientos sindicales. Para muchos sigue siendo cierta la afirmación —y advertencia— de que los militantes revolucionarios tienen que «ir por delante de las masas, pero sólo medio paso».

Decir que los fusiles de la guardia civil se encontrarán un día con los fusiles del pueblo suena más a hacer poesía elemental que a deducciones políticas sobre la situación real. Soy consciente de ello, pero

aclaro que sustituyendo fusiles del pueblo por decisiones revolucionarias del movimiento obrero, la frase queda más aceptable y en el fondo, quitándole la vaguedad populista, sigue queriendo decir lo mismo. La violencia sólo puede ser vencida mediante la violencia; la fábula de Androcles y el león no sirve aquí, porque el proletariado no va a sacar la espina de la patita del capitalismo para que éste luego se haga dócil y no se lo coma. No se trata de domesticar, sino de vencer y eliminar, porque cuando la relación fiera-domador se traslada al campo de las fuerzas sociales resulta que al final la fiera del poder hace pasar por el aro de fuego siempre que quiere al domador de los sindicatos reformistas. Y si alguien no lo cree que recuerde un momento el mayo francés de 1968, o el septiembre chileno de 1973, y cuidado que Allende había sacado repetidamente la espina de la patita del león Pinochet y sus compañeros de zoológico. La contraoferta de violencia de las masas al activismo minoritario no es, por tanto, la negación de la violencia, sino su adecuación histórica y su ejercicio a partir del verdadero, y único, protagonismo histórico, la clase. Lo inaceptable es esa condena «del terrorismo» que empieza por tomar de prestado del poder un término por lo menos ambiguo como es el del terrorismo, claramente inadecuado en cuanto concepción peyorativa del terror indiscriminado, para designar al activismo separado de los intereses y las intervenciones de las masas en ese momento concreto. Son las masas las que tienen que exigir, y que conseguir, la disolución de los cuerpos represivos y de los tribunales franquistas; las que tienen que alcanzar las libertades democráticas con su lucha y las que mediante su lucha tienen que conseguir el derecho de autodeterminación de Euskadi.

Es un debate abierto que sólo los hechos

de cada día pueden ir juzgando. Pero es un debate abierto, y un debate vivo, no sólo sobre el papel sino fundamentalmente en la calle, en el trabajo, frente a la Guardia civil o los guerrilleros, en la pesada atmósfera de una habitación donde se discute interminablemente la inmediata intervención —al otro lado de la ventana bien cerrada quizá es de día ya— o en esos otros amaneceres angustiados tras unos cuantos días de huelga de hambre. Es un debate vivo y cada término aceptado, valorado frente al desarme de la vía pacífica hacia la sumisión, los pactos para fortalecer al enemigo o las condenas al «terrorismo» seguidas de un consecuente remolonear a la hora de las acciones unitarias para la defensa de los condenados. Es un debate al que se aporta la combinación de las consignas económicas, democráticas y transitorias con las consignas revolucionarias de la vanguardia; al que se aporta la exigencia de estar presente en todas las luchas, manteniéndose la unidad e independencia de clase, y frente a los pactos sociales, la democracia como fin o «larga etapa», y los votos de confianza a la «burguesía civilizada». Todo ello y otras cosas más y otras distintas, son propuestas del debate que supone la lucha ideológica, el combate en la calle, la resistencia en las cárceles, donde se sigue luchando, la firmeza ante el pelotón de ejecución que es la forma definitiva del enfrentamiento. Las vírgenes prudentes de todos los reformismos dirán que tanta exigencia es excesiva e incluso añaden que contraproducente. Por ello precisamente hay que plantearla. No es ningún juego de palabras la frase pintada en el centro Censier, en París, en mayo de 1968: «Sed realistas, pedid lo imposible»; en pedir lo imposible, lo inaceptable para la burguesía, consiste precisamente el realismo revolucionario.

En Euskadi, otoño de 1975.

El óbito

Acogiose al fin a celestial regazo
el gran capón de indigna sangre hispana.
¿Sangre he dicho? Linfa, linfa emponzoñada
de blando sapo, de reptil cualquiera.
Pene no tuvo (¿te cabe duda alguna?).
Pellejo vano entre sus ingles cuelga,
que usó para mear certeramente
encima de sus muertos y sus tumbas.
Millonario de muertes subió al cielo.
Mató, mató, mató admirablemente
hasta el último día, hasta un mes antes
en que él mismo a su vez también muriera.
¡Cómo le hacía vivir la sangre derramada!
¡Cómo le hacía reir la lágrima vertida!
Nunca fue muerte por tantos bendecida.
Nunca fue muerte de tantos deseada.

(Anónimo andaluz del XX, con anacrónicas reminiscencias del barroco)
Para ser leído en la velada necrológica *ad hoc*, acompañado de un cariñoso recuerdo para el autor.

Pierre Colhay

Consejos de guerra en España

Fascismo contra Euskadi

La lucha de los oprimidos, la represión del Estado, los Consejos de guerra, las víctimas de la represión y de los procesos, la actuación de la defensa en los mismos, la respuesta popular, no son realidades aisladas ni autónomas; constituyen un todo interrelacionado. A partir del proceso de Garmendia y Otaegui y del estado de excepción que le precedió (26 de abril - 26 de julio de 1975), el autor efectúa un profundo análisis de la «justicia» militar en el Estado español, exponiendo sus aspectos históricos, psicológicos e ideológicos. A través de los principales Consejos de guerra desde 1968, se analizan los diferentes tipos de defensa. El proceso de Burgos de 1970 marca un hito, al demostrar acusados y defensores el carácter de farsa del proceso, convirtiéndose en ese instante en acusadores del tribunal ante la opinión pública. La línea de la defensa y la mayor o menor movilización popular quedarán así dialécticamente unidas en lo sucesivo. La riqueza de datos y documentos (biografía de los procesados, de los «jueces», extractos de los sumarios, llamamientos de solidaridad de las organizaciones clandestinas, entrevistas inéditas pulsando la toma de conciencia, reseña de las principales acciones) sostiene el análisis teórico sobre los procesos políticos. Queda desmontado un aspecto de la represión, el más rígido, los Consejos de guerra. Las vías para combatirlos están abiertas. La oposición a los procesos políticos queda incorporada a la lucha política global.

En prensa

Reinar después de morir

En un conocido drama del Siglo de Oro español, el cadáver de la heroína, Inés de Castro es instalado solemnemente en el trono y, revestido de los atributos de la autoridad real, recibe el homenaje silencioso de los cortesanos, hechizados por la imagen de un poder inmóvil que parece prolongarse, por inercia, más allá de la muerte. *Reinar después de morir* —tal es el título del drama— ha creado escuela en la península ibérica y, tras la sobrevida —o sobremuerte— del dictador Salazar en Portugal asistimos hoy, en España, al mismo espectáculo siniestro. Un ejemplo más de que la realidad sobrepasa a la ficción o —como descubriera Oscar Wilde— de que la naturaleza imita al arte.

Para quien haya podido contemplar la imagen del anciano dictador español acusando con voz temblorosa a los países europeos «corrompidos» y la «francmasonería internacional» de todos los males que abruman a su tambaleante imperio, la escena es realmente fascinadora en su reiteración e inmovilidad —algo así como una Bella Durmiente del Bosque que despierta después de treinta años de encantamiento y descubre que todo sigue igual como al comienzo de su sueño, como si el tiempo se hubiera detenido: la multitud de los fieles brazo en alto, como en los buenos tiempos del fascismo, defendiendo las «sagradas esencias hispánicas» frente a la conjura internacional de la democracia y el marxismo. No obstante, dicha impresión es engañosa y las expresiones de adhesión del último reducto de fieles a una dictadura deliberadamente vuelta de espaldas a cualquier posibilidad de renovación o futuro ocultan un cambio fundamental de la escena española e internacional de los últimos 20 años. El sistema creado por la guerra civil española de 1936-39, con ayuda del fascismo alemán, italiano y portugués y de infelices mercenarios de Africa, es condenado hoy por los gobiernos democráticos de Alemania e Italia y la joven revolución portuguesa y se halla al borde de un anacrónico, absurdo conflicto militar con Marruecos a causa del Sahara. De los dos pilares que entonces la sostuvieron, uno, la Iglesia, la ha abandonado casi por completo; otro, el Ejército, empieza a guardar las distancias cuando no a manifestar su oposición, como muestra la reciente detención de más de una docena de oficiales miembros de una Unión Militar Democrática de más de un millar de adherentes. Por encima de todo, una nueva, vigorosa y políticamente sofisticada clase burguesa aspira a integrarse en Europa y advierte que el régimen franquista constituye el obstáculo fundamental a la consecución de sus anhelos e intereses.

Pero la representación del drama continúa. Inés de Castro preside en

el trono, los notables le presentan sus respetos, los fieles la veneran. La vida del país queda en suspenso. Las cosas siguen como antes. Con un grado de madurez política verdaderamente admirable, la nación entera se conduce como si no hubiera muerto —para evitarle un disgusto en el caso hipotético de resurrección.

Ser español, tristemente, «significa algo en el mundo de hoy». La historia de España tiende a repetirse, como un interminable *Bolero* de Ravel. El hechizo de Bella Durmiente nos hace retroceder veinte, cincuenta, trescientos años. Y el objetivo del drama clásico revivido es claro: asegurar la perpetuación del sistema. Prolongar la dictadura más allá de la muerte del dictador.

Es hora de interrumpir de una vez nuestro eterno *Bolero* de Ravel. De disipar el hechizo fascinador de Bella Durmiente. De arrinconar para siempre la última versión de Inés de Castro, con la totalidad de sus héroes y comparsas, en la biblioteca de nuestros clásicos.

Hay que recuperar la voz perdida. Devolver la expresión al pueblo. Dejar de ser un país de mudos ensordecidos por su largo, sempiterno silencio.

1 de noviembre de 1975

Juan Goytisolo

In Memoriam F. F. B. 1892-1975

Hay hechos que a fuerza de ser esperados, cuando ocurren al fin, pierden toda impresión de realidad. Durante años y años —desde la época de mi ingreso en la universidad— he aguardado como millones de mis compatriotas este día, el Día por antonomasia que debería partir —algo así como el nacimiento de Jesús en la perspectiva egocéntrica del cristianismo— mi vida, nuestra vida en dos: Antes y Después, Limbo y Cielo, Caída y Regeneración.

No soy hombre particularmente rencoroso. Creo con sinceridad que en la lista de mis defectos o rasgos negativos de carácter no figura el odio. A lo largo de mi existencia he procurado siempre que los conflictos morales o ideológicos inhe-

rentes a mi intervención en la vida cultural española no degeneraran en puganas personales y, cuando así ha ocurrido —en los raros casos de enemistad que cuento en mi cargo—, el olvido ha sido siempre más fuerte que mi saña.

¿Cómo explicar entonces, tratándose de él, la tenacidad de mi aborrecimiento? En la larga, irreal agonía de estas últimas semanas —mientras era torturado cruelmente por una especie de justicia médica compensatoria de la injusticia histórico-moral que le permitía morir de vejez, en la cama— dicho sentimiento no me ha abandonado nunca: ningún afecto de piedad ha acompañado la lectura —objetivamente monstruosa— de las nuevas y más rigurosas dolencias que día tras día divul-

gaba el parte oficial de un equipo médico que parecía crecer en razón directa al número de sus enfermedades.

No voy a trazar ahora la historia sangrienta de su ascensión al poder ni de los métodos represivos conforme a los cuales se mantuvo en él por espacio de treinta y nueve años: el célebre millón de muertos de la guerra civil, los centenares de miles de presos y fusilados de la posguerra, el exilio de otro millón de españoles entre los que se encontraban las personalidades más destacadas del mundo de la cultura, de Picasso a Casals, de Américo Castro a Guillén, de Buñuel a Cernuda. Tampoco me referiré a las no por paradójicas, menos previsibles consecuencias del cambio económico operado bajo su égida mediante la rígida disciplina militar impuesta a la clase obrera y la increíble opresión del campesinado, proceso que debía desembocar en la década de los 60 en la conversión del país en una sociedad industrial moderna: esta temida realidad contra la que precisamente lucharon numerosos españoles de su bando, defensores de una España tradicional e inmóvil, burlados así en su muerte u obligados a asistir en vida a la apoteosis de unos valores económicos que ni la Reforma protestante, ni el Siglo de las Luces ni la Revolución industrial lograron aclimatar en nuestro suelo. Transformaciones en cadena: pacífica invasión anual de treinta millones de turistas; emigración laboral masiva a los países de la Comunidad Económica Europea; creciente inversión de capitales extranjeros, principalmente norteamericanos; industrialización acelerada del país; abandono de las primitivas relaciones de producción en el sector agrario. Trastornos fundamentales, rotundos, que, al abrir un creciente foso entre la estructura de una sociedad dinámica, llena de vida y una superestructura política pro-

pia de otro tiempo, deberían zapar de modo sordo los fundamentos de su régimen, en razón misma de su aparente y ostentoso triunfo. Verdugo y a la vez creador involuntario de la España moderna, corresponde a los historiadores, y no a mí, establecer su verdadero papel en el curso de los últimos cuarenta años, sin incurrir en las falsedades de la hagiografía oficial ni en las deformaciones de su correspondiente leyenda negra.

En la hora de su muerte quisiera extenderme más bien en lo que ha significado su existencia para quienes éramos niños durante la guerra civil— hombres y mujeres hoy, condenados a la anómala situación de envejecer sin haber conocido, a causa de él, juventud ni responsabilidades. Tal vez la característica distintiva de la época que nos ha tocado vivir haya sido ésta: la imposibilidad de realizarnos en la vida libre y adulta de los hechos, de intervenir de algún modo en los destinos de la sociedad fuera del canal trazado por él de una vez para siempre, con la consecuencia obligada de reducir la esfera de acción de cada cual a la vida privada o empujarle a una lucha egoísta por su bienestar personal y sometida a la ley del más fuerte. No se me oculta que la mera posibilidad de resolver el problema económico inmediato, por injusto y cruel que haya sido el procedimiento seguido para obtenerla, significa una mejora considerable respecto a las condiciones imperantes en la sociedad hispana de antes de la guerra, y preciso es reconocer que, disociando los términos de libertad y bienestar, gran número de españoles se han acomodado relativamente bien a un «progreso» que desconoce la necesaria existencia de libertades. Pero, para los hombres y mujeres de dos generaciones sucesivas, más o menos dotados de sensibilidad social y moral, y para quienes la libertad de medrar o enriquecerse de forma

más o menos honesta no podía satisfacer en modo alguno sus aspiraciones de equidad y justicia, las consecuencias del sistema han sido de un efecto devastador: un verdadero genocidio moral. Ante la imposibilidad material de enfrentarse con el aparato represivo institucionalizado por él, todos nos hemos visto abocados, en un momento u otro de nuestra vida, con el dilema de emigrar o transigir con una situación que exigía de nosotros silencio y disimulo, cuando no el abandono suicida de los principios, la resignación castradora, la actitud cínica y desengañada. Una pequeña minoría escogió con gran valor una tercera y más difícil vía: la de las grandezas y miserias de una lucha clandestina que, por su carácter reiterativo y a causa de la desproporción de las fuerzas en juego, ha convertido la política, hasta fecha reciente, en una especie de droga y al opositor en este tipo de adicto, tan frecuente en la vida española, cuya monótona fraseología triunfalista, desmentida por la cruda verdad de los hechos, no es más que un reflejo de su impotencia absoluta y cuyas razones, más que razones, son actos de voluntad, ya que no de fe. Exilio, silencio, dimisión o *Wishful thinking* trocado a la larga en mitomanía: años y años y años de dolor, frustración y amargura mientras —a menudo por razones que poco tenían que ver con su clarividencia personal y aun con la conjuntura propiamente española— el panorama del país se transfiguraba, fábricas, bloques de viviendas y complejos turísticos destruían el paisaje ancestral, ríos de automóviles llenaban calles y carreteras y la renta nacional brincaba en diez años de 400 a 2 000 dólares por cabeza.

Sólo él no cambiaba: Dorian Gray en los sellos, diarios o enmarcado en los despachos oficiales en tanto que los niños se volvían jóvenes, los jóvenes alcanzaban

la edad adulta, los adultos perdían cabellos y dientes y quienes, como Picasso o Casals, juraron no volver a España el tiempo en que él viviera bajaban al sepulcro, lejos de la tierra en que nacieron y donde normalmente hubieran podido vivir y expresarse. Su presencia omnimoda, ubicua, pesaba sobre nosotros como la de un padre castrador y arbitrario que gobernara nuestros destinos por decreto. Recuerdo como si fuera hoy que a los veinte años escasos escribí una fábula ingenua, denunciando su poder y soñé inmediatamente después que me hallaba preso. Junto a la censura promovida por él, su régimen creaba algo peor: un sistema de autocensura y atrofia espiritual que ha condenado a los españoles al arte sinuoso de escribir y leer entre líneas, a tener siempre presente la existencia de un censor investido de la monstruosa facultad de mutilarlos. La libertad de expresión no es algo que se adquiera fácilmente. Por experiencia propia sé que me fueron precisos grandes esfuerzos para eliminar de mi fuero interior un huésped importuno: el policía que se había colado dentro sin que aparentemente nadie le hubiera invitado a ello. Probablemente, el día que periodistas y escritores españoles se sienten a escribir desembarazados del peso de este Super-Ego, experimentarán ese mismo temor que me sobrecogió a mí ante el vértigo de un vacío súbito —esa libertad que se abre a los pies de uno, el poder decir sin rodeos lo que uno piensa. Lucha no exterior sino interna contra el modelo de censura intrínseca, de censura incluida en el «mecanismo del alma», según la conocida expresión de Freud. Tal vez para muchos intelectuales de mi edad, la liberación llegue demasiado tarde y no puedan habituarse nunca a una escritura responsable— víctimas ya para siempre de un esterilizador Super-Ego, proyec-

ción interiorizada de su ilimitado poder. Su pragmatismo político, fundado en un corto número de premisas simples, del orden de las que figuran en su testamento —fue, como leí recientemente, el «único táctico en un país de estrategias»— no suponía lealtad ideológica alguna fuera de la pura obediencia. La escala oficial de virtudes y méritos se medía tan sólo en proporción a la fidelidad a su persona. Ello creaba por consecuencia —junto a una minoría corrupta que acaparaba celosamente para sí los beneficios y prebendas— una enorme masa de ciudadanos sometidos a una perpetua minoría legal: imposibilidad de votar, comprar un periódico con diferentes opiniones que el gobierno, leer un libro o ver una película no censurados, asociarse con otros ciudadanos disconformes, protestar contra los abusos, sindicarse. Inmensos potenciales de energía que, al no verterse por los cauces creativos habituales, se transformaban inevitablemente en neurosis, malevolencia, alcoholismo, agresividad, impulsos suicidas, pequeños infiernos privados. Algún día la siquiatría española deberá analizar seriamente los resultados de esta tutela maligna sobre una masa de adultos constreñidos a soportar una imagen degradada de sí mismos y asumir ante los demás una conducta inválida, infantil o culpable. Las represiones y tabús, los hábitos mentales de sumisión al poder, de aceptación acrítica de los valores oficiales que hoy nos condicionan no se desarraigán en un día. Enseñar a cada español a pensar y actuar por su cuenta será una labor difícil, independientemente de las vicisitudes políticas del momento. Habrá que aprender poco a poco a leer y escribir sin miedo, a hablar y escuchar con entera libertad. Un pueblo que ha vivido casi cuarenta años en condiciones de irresponsabilidad e impotencia, es un pueblo necesariamente enfermo, cuya convale-

cencia se prolongará en razón directa a la duración de su enfermedad.

Muchas veces —a medida que se consumaba la ruptura afectiva con mi país y a mi alejamiento físico de él se añadía un nuevo distanciamiento, de orden espiritual— he pensado en este personaje cuya sombra ha pesado sobre mi destino con mucha mayor fuerza y poder que mi propio padre. Un personaje a quien no vi físicamente jamás y que a su vez ignoraba mi existencia, pero que era el origen de la cadena de acontecimientos que suscitaron mi exilio y vocación de escritor: el trauma incurable de la guerra civil y la muerte de mi madre en un bombardeo de su aviación; la aversión al orden conformista en que los suyos quisieron formarme y cuyas odiosas cicatrices llevo aún; el deseo precoz de abandonar para siempre un país forjado a su imagen y en cuyo seno me sentía como un extraño. Lo que hoy soy, a él lo debo. El me convirtió en un Judío Errante, en una especie de Juan sin Tierra, incapaz de aclimatarse y sentirse en casa en ninguna parte. El me impulsó a tomar la pluma desde mi niñez para exorcizar mi conflictiva relación con el medio y conmigo mismo por conducto de la creación literaria.

Otros han tenido menos suerte que yo. No hablo sólo de sus innumerables víctimas físicas, sino de lo destruido y arruinado en las conciencias de quienes han tenido que aceptar el derrumbe de sus ideales más nobles, su propia muerte moral. O de los deseos y esperanzas asociados a la eliminación del orden que impuso en España mediante la fuerza y que muchos no vieron realizarse jamás. Pienso en Cipriano Mera, comandante del IV Cuerpo de Ejército republicano, muerto en un hospital de París en la oscuridad y la pobreza mientras el equipo quirúrgico más moderno del mundo lo mantenía a él artificialmente en vida. Pienso en

León Felipe, Max Aub, Julio Alvarez del Vayo y tantos otros que mantuvieron heroicamente hasta el fin la fidelidad a los principios por los que generosamente lucharon. Su final siniestro —digno del pincel de Goya o la pluma de Valle Inclán— llega demasiado tarde para ellos. Nadie podrá resucitarlos.

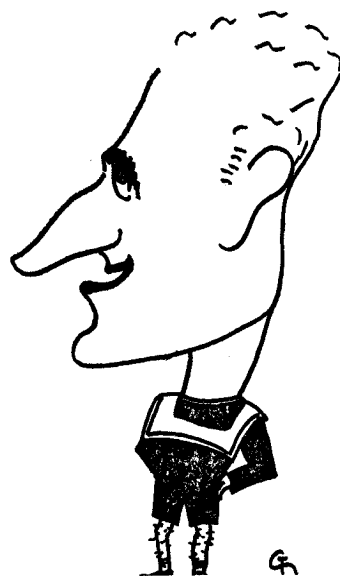
En lo que a mí respecta la noticia viene también con retraso: algo así como la aceptación de una propuesta amorosa largo tiempo después de haber sido hecha, cuando el autor de la misma se ha cansado de la espera y organiza como puede su vida en función de otra persona. Para haber producido todo su impacto, debería haber llegado quince años antes, cuando conservaba intacta mi pasión por el país y hubiera podido intervenir en su vida pública con mayor fe y entusiasmo que ahora. En 1975 soy, como dijo el poeta Luis Cernuda, «un español sin ganas»

—un español que lo es porque no puede ser otra cosa. El daño ha sido también irreparable y a él me acomodo a mi manera, sin rencor ni nostalgia.

Su apego feroz a la vida —esa resistencia obstinada que tanto sorprendió a quienes presenciaron su agonía interminable— arroja todavía tintas más negras sobre el personaje que pocas semanas antes envió fríamente al paredón, sin atender a las protestas del mundo entero, a cinco compatriotas jóvenes, culpables del imperdonable delito de responder con violencia a la violencia legalizada de su gobierno.

Me cuesta la fórmula, pero la arrancaré a la fuerza de mis labios— a condición, claro está, de que no siga reinando desde la tumba: en la medida en que, libre de su presencia al fin, el país viva y respire, «descanse él en paz».

25 de noviembre de 1975



Crónica breve de una agonía macabra



Por Madrid circuló todo este mes una extraña suma de fechas:

18 - 7 - 36

1 - 4 - 39

19 - 11 - 75

La suma de las fechas del comienzo y el final de la guerra civil daba el 19 de noviembre de 1975, fecha en que debía morir Franco.

Además, el día 19 había un eclipse total de luna a las 11,15 y a José Antonio Primo de Rivera lo fusilaron a las 7,35 del día 20.

Ha muerto Franco a las 4,40 de este día 20, a mitad de tiempo entre el eclipse y la muerte de José Antonio y todavía bajo la influencia astral del día M, 19, suma y signo nigromántico de la suma de las otras dos fechas clave.

Entramos, pues, en el reino de la Cábala, y así el humor devastó por adelantado toda posibilidad de que los brujos encontraran similitudes solemnes. Si en ello intervenía el designio de la providencia, el choteo popular pagano había adivinado ese designio y la providencia quedaba malparada. El azar fue profanado y ya no hay manera de recuperarlo para ninguna causa.

El dolor de la angina de pecho provoca una convicción de muerte inminente. Pero pasa relativamente pronto. Si no pasara, quien lo sufre enloquecería. Bajo la impresión de este dolor, Franco redactó su testamento político. Ya sabía que iba a morir, pero no que le quedaban 26 días de tortura infinita.

Luego vino el gato que araña el pecho por dentro: el infarto. Y después el dolor moral y el último sentimiento humano: Africa. Y empezó el calvario: la quemazón de la gangrena mesentérica, que no tiene equivalente en ninguna tortura artificial, porque es un hierro ardiendo que crece hasta el horror.

El corazón infartado de Franco no toleraba sedantes fuertes. Le dieron Librium, como si tuviera el mal de las adolescentes nerviosas. Lo dijeron, orgullosos, los periódicos: ¿es que acaso padecía neurosis?

Luego vinieron las oleadas de úlceras y la sistemática resección del estómago y el vientre. En dos semanas su cuerpo se consumió hasta pesar poco más de 35 kilos. No le quedaba carne. Le cosían la piel y los puntos se desgarraban. Comenzó otra gangrena en la pierna izquierda. Y el otro hierro ardiendo de los reventones del peritoneo.

Pero era necesario que viviera, y le mantuvieron. Y era también necesario

que su cerebro siguiera intacto, y le siguieron administrando ligeros sedantes nerviosos, aspirinas para un fusilamiento.

Le dormían con anestесias intermitentes, de las que despertaba con un hilo de grito. Y era ya un zurruncito de huesos con ojos negros, grandes, asustados.

Una de sus nietas, llorando, gritó: «¡Dejadle ya!» El, a quien no se le conocía una queja en público, había dicho antes: «Qué duro es esto». O sea: dejarme ya.

Pero no podían dejarle ir. Le punzaron el vientre y los riñones; le metieron sondas por la nariz, el esófago, la tráquea, el ano, la uretra, la femoral, el brazo izquierdo. Y los pregoneros seguían tan orgullosos: sigue consciente, tiene el pleno uso de sus facultades mentales. O sea: sufre hasta los más infernales abismos.

La segunda oleada de úlceras fue provocada por un choc de «stress», de sufrimiento. Algo atroz. El hombre, reducido a esa condición de pura conciencia del dolor, reveló de improviso, casi de manera insoportablemente evidente, su condición de instrumento. Tenía la obligación de pasar por esto, si era necesario durante mil días. La lógica que él había puesto hacía muchos años en marcha lo exigía.

Pero los ojos del hombrecillo —que nunca como ahora habían sido tan pequeños— se agrandaron y había una ira infinita en ellos. Y esto era para él un dolor más, porque no podía expresarla. El era una cosa muda que, eso sí, por exigencias de servicio, tenía la obligación de conservar su cerebro, de sufrir más allá de lo expresable.

Y así fue como Franco vino a ser al final, durante un mes de espantosa agonía, la más dolorida víctima del franquismo, de su lógica implacable e inmisericorde.

Pero, por una extraña y última vez, el dictador consiguió ganar unas elecciones que jamás convocara. El grito de la nieta se hizo multitudinario: «¡Dejadlo ya!» La lógica invertida de las mazmorras se había vuelto contra las alturas y esto provocaba, por la engorrosa evidencia moral del artificio de la tortura, millones de gestos asqueados. Lo que se inició con susto y humor derivó en una marea de malestar que rondaba ya las fronteras de la náusea.

Comenzó a hacer frío. Misteriosamente, los ricos se mostraban eufóricos y su Bolsa indecente se encaramaba hacia arriba, empinándose sobre un zurruncito de huesos humanos espantado y dolorido. Se contaba que un joven príncipe iba también a ingresar en La Paz para curarse las quemaduras de esas manos que no dejaba de frotarse.

Los partes médicos de las catacumbas tabernarias hablaban de «evidentes síntomas de inmortalidad». Pero ya los chistes no hacían reír y provocaban muecas, o aquellas carcajadas sin sonrisa una macabra lección práctica de anatomía patológica.

Pero seguía sin llover; el Manzanares estaba seco; los periódicos, avergonzados, comenzaban a hablar de otras cosas. De improviso ocurrió algo extraño: hablar de los padecimientos de Franco se había convertido

insensiblemente en una rutina, en un hecho incorporado al orden lógico de las cosas. Los locutores de la TV perdieron gravedad y sacaron sus sonrisas dentífricas para hablar de los mesenterios, los peritoneos o las diálisis y, por supuesto, del cerebro lúcido e intacto del torturado.

Se hicieron difíciles de atravesar las calles, por el espeso aburrimiento de un tránsito de espera en el que el tiempo se había congelado y era, otra más, una cosa resistente y viscosa. Las luminosas tardes madrileñas se hicieron irrespirables. ¡Dejadle ya! Algunos personajes, entre los buitres que hacían sus curvas por el norte de la ciudad, comenzaban a hablar de apocalipsis de paz y de terremotos de entereza y espíritu de servicio. Mientras un tenor hablaba del honor y la gloria del miserable quirófano, había una mosca que husmeaba en la boca entreabierta del señor Cortina Mauri. Cerón Ayuso sonreía como si, por debajo del banco, un ujier de las Cortes le estuviera masturbando. Allende García-Baxter luchaba para controlar su baile de San Vito y poder encajar con una sonrisa no ridícula una confidencia de Cabello de Alba, confidencia que no oía bien, pero que permitía a Solís Ruiz colgarse para flotar pensando de su ojo izquierdo y poder rascarse el labio inferior con los dientes superiores. Cruz M. Esteruelas se metía distraídamente un dedo en la nariz.

Y mientras tanto, allí enfrente, unos señores fingían aprobar leyes para montar con hacendosidad la comedia de la normalidad bajo la apariencia de «eficacia y aquí no pasa nada», para cubrir lo que sólo era el aburrimiento de un instante que duraba días y semanas y que la policía médica deseaba mantener durante meses o años. Las leyes se aprobaban, unas tras otras, entre miradas turbias y unanimidades casi subversivas. Todos obedecían un mandato de «no pasa nada» que en las calles comenzaba a ser un «pasa algo»: ¡Dejadle ya!

Y la Bolsa seguía subiendo a medida que se agudizaban los infartos, las úlceras, las trombosis y las peritonitis, mientras en las caras de los solitarios bebedores de café escapaba una ira solidaria y un disgusto que parecía haber contagiado las vacías aceras de un martes helado, mientras la burda comedia de la pelea entre González Seara y Emilio Romero era irrepresentable por falta de espectadores, que se habían escondido en los cines o en los rincones diciendo —con espíritu contrario al de aquel meditador a horas fijas— «No es eso».

El humor se hizo horror. Curaban a Franco por odio; casi parecían decir: «No te mueras, perro». Y no se moría: ¡Qué orgullo! Un segundito más de poder justificaba el atroz vapuleo del anciano. ¿Por qué no eres Dios, maldito? Ese era el fondo de la ira médica. Se moría, pero esto era impensable.

Así se demostró que, en la lógica del franquismo, el poder no tenía derecho a ser humano, y todo quedó explicado durante este extraño paréntesis sin duración, en el que un anciano que murió el 25 de octubre fue obligado a resucitar en un infierno que, mira por donde, existió por una vez ante los ojos sorprendidos de veinte millones de incrédulos.

Luego ha llegado este día 20, y el señor Sánchez Bella ha salido en la televisión para decir que, en realidad, el anciano no estaba muerto y que todo era aparente. Y así es, porque aquel cerebro que conservaron intacto a través de cordilleras de males, va a seguir dando órdenes después de la fecha cabalística, órdenes secretas dictadas a mediums orondos que están en contacto con las ondas celestes de la historia.

Y la Bolsa seguirá subiendo aparentemente; pero nos colocarán sobre las nuca un rey aparential, que hará reformitas constitucionales y dictará indultitos aparentes, para que aparentemos un acuerdo con cosas que no recordamos.

Madrid, 20 de noviembre de 1975.



Corona fúnebre

Estaba el muerto sobre sí difunto.
Comieron las estólidas costuras de la patria
sobre un incorruptible podredumbre.

Señor opaco de las morcas.
Su reino no era de este mundo
ni de otro mundo.

Imprudente error
y largos cementerios sin fin bajo la luna.

De la muerte nos diera innumerables versiones.
Padre invertido: nos desenfundaba.

Viva la muerte, en círculo dijeron
con él los vivos.

Viva, con él, al fin la muerte.

La muerte, los bastardos, los banderas.

Jose Ángel Valente

José Angel Valente : Corona fúnebre

Estaba el muerto sobre sí difunto.
Corrieron las estólidas cortinas de la patria
sobre su incorruptible podredumbre.
Señor opaco de las moscas.
Su reino no era de este mundo
ni de otro mundo.

Improvidente error
y largos cementerios sin fin bajo la luna.
De la muerte nos diera innúmeras versiones.
Padre invertido: nos desengendraba.
Viva la muerte, en círculo dijeron
con él los suyos.
Viva, con él, al fin la muerte.
La muerte, sus bastardos, sus banderas.

Intramuros : la muerte de Franco

Nota del autor: Esta crónica traiciona deliberadamente su denominación: no es un relato cronológico de la enfermedad, agonía y muerte de Francisco Franco, que sería una fórmula para escamotear la realidad subterránea de esos días, mucho más reveladora. Además —o precisamente por ello— la prensa legal narró puntualmente los detalles de ese proceso.

La crónica pretende, por el contrario, desvelar las relaciones y actitudes del poder en ese periodo a través de los hechos de que se tiene constancia y que, sin embargo, ignorados o voluntariamente encubiertos y falseados, no se han publicado. Quien advierta pues la ausencia de determinados datos, la referencia leve a otros, incluso algún salto en la narración, atribúyalo a que se suponen suficientemente conocidos y no falseados.

En segundo lugar, se ha querido evitar toda toma de postura que pudiera deformar esa realidad que se narra. Los hechos son por sí mismos bastante reveladores. Si la verdad es revolucionaria, una información auténtica no puede serlo menos.

Al llegar para mí la hora de rendir la vida ante el Altísimo y comparecer ante su inapelable juicio, pido a Dios que me acoja benigno a su presencia. Franco, el hombre que se declaró a sí mismo responsable tan sólo ante Dios y ante la Historia, no tuvo valor, en el trance de la muerte, de someterse a ese juicio histórico. En su testamento público no apelaba más que a Dios. Para él, habría sido un error el aceptar ahora ese juicio. *Quien durante casi cuarenta años gobernó a nuestro país con un poder personal absoluto*, en frase del conde de Barcelona, fallecía a las cuatro y veinte de la madrugada de un 20 de noviembre de 1975 en una sala del servicio de reanimación del departamento de cardiología de la Residencia Sanitaria «La Paz», de la Seguridad Social, en Madrid. Moría solo; nadie, salvo los médicos de guardia, se encontraba en ese momento en su habitación. Hubo que esterilizar el cadáver antes de su embalsamamiento.

En verdad, desde la primera intervención quirúrgica (el 3 de noviembre), no había quien apostase por su vida. Los profesionales de la medicina saben que las dos siguientes operaciones carecían de sentido. Está por averiguar en nombre de qué deontología se justificaron. La misma Carmen Franco parece que se opuso a la tercera y última de las intervenciones (el 14 de noviembre), decidida por su marido, el marqués de Villaverde, cuando Franco era ya un puro despojo.

Esta pertinacia en prolongar la vida vegetativa de un cuerpo exánime cobra ciertamente un significado político. Se corresponde, en otro orden, con la machaconería de los grupos ultras y allegados al palacio de El Pardo en hacer creer que Franco conservó la lucidez durante la mayor parte de la enfermedad. Pero el 25 de octubre se le había practicado una intubación que exige la inconsciencia del enfermo. Las sucesivas anestésicas, la administración continua de morfina, sedantes y analgésicos con-

tradecían a estos agoreros, empeñados en afirmar una y otra vez que mejoraba y, en el colmo del ridículo, que había comido, por ejemplo, unas albóndigas.

Coto informativo

El curso de la enfermedad, agonía y muerte del dictador es, no obstante, suficientemente conocido. La prensa legal lo recogió con puntualidad, a pesar de los escollos que ponían a su tarea las Casas civil y militar de Franco y el Ministerio de Información y Turismo, para los que toda noticia fuera de los comunicados y partes médicos constituía un intento de subvertir la verdad oficial con intereses alarmistas.

Parecerá exagerada esta apreciación; pero en el interior del país se contaba con que los beneficiarios de la administración de la finca tratarían de ocultar por todos los medios el estado real del amo. Si se le mantuvo en extrema gravedad en el palacio de El Pardo, si se montó allí una verdadera Unidad de Vigilancia Intensiva, si se le intervino en el botiquín del Regimiento de su guardia personal en condiciones precarias, fue precisamente por apartar de la observación pública las intrigas familiares y políticas y el consiguiente descrédito que rodean siempre la muerte de un dictador; todo aquello que no pudo ocultarse en julio de 1974, cuando la tromboflebitis obligó a internarle en la Ciudad Sanitaria de la Diputación de Madrid.

La desinformación llegó al punto de que los ministros se enteraron de lo que ocurría en la mañana del lunes 20 de octubre, cuando desde Presidencia se les comunicó, por teléfono y de forma oficiosa, que Franco sufría una endocarditis. Ello, a pesar de que habían asistido el viernes anterior, día 17, a un Consejo de ministros presidido por el general y la crisis cardíaca se le había manifestado ya gravemente.

La confusión llegó a tal extremo en los primeros días que hasta un consejero nacional, Antonio Pedrosa Latas, solicitó públicamente información en el curso de una sesión de la Comisión de Trabajo de las Cortes, que preside; llegó a tal extremo que la cadena de televisión norteamericana ABC interrumpió su emisión la tarde del martes 21 de octubre para comunicar la muerte de Franco y citaba a un portavoz oficial de la Casa Blanca como fuente de la noticia. La embajada de los Estados Unidos en Madrid no hizo ninguna gestión oficial de disculpa cerca de las autoridades españolas, pero confirmó oficialmente que el bulo había partido de sus servicios de información.

El bulo de la lucidez

A lo largo de la enfermedad se ha producido un fenómeno revelador de intereses profundos: la campaña de desbordado optimismo sobre la salud de Franco, tendente a impedir o a condicionar la más mínima modificación del esquema de poder vigente. La campaña fue sostenida

hasta el absurdo por los grupos ultras del Régimen; para ellos, no había día en que el dictador no mejorara y jamás perdió la lucidez. El ministro de Planificación del Desarrollo, Joaquín Gutiérrez Cano, se distinguió en esta labor; los hombres del área del exministro Girón (algunos sindicalistas, consejeros nacionales y otros adláteres) defendían a gritos las mismas mentiras.

Un papel especial correspondió en esta campaña a los medios de comunicación encuadrados en la cadena de prensa y radio del Movimiento, que dirige y controla Emilio Romero, otrora director del vespertino *Pueblo*. La agencia de noticias de la cadena, Pyresa, difundió por ejemplo el miércoles 22 de octubre un despacho en el que se afirmaba rotundamente que el Consejo de Ministros del viernes siguiente se celebraría bajo la presidencia de Franco y en el palacio de El Pardo: como comentaban los periodistas, no acertó ni una.

El objetivo de esta campaña era el de mantener permanente la amenaza de que Franco estaba vivo y, más aún, lúcido. A sabiendas de que mientras el dictador conservara vida y consciencia contaban con el paraguas que siempre les ha protegido, estos grupos, intérpretes fidelísimos y poseedores de la verdad del franquismo, pretendían condicionar cualquier decisión que comprometiera su posición de privilegio.

La campaña derivó al chantaje una vez que Juan Carlos de Borbón asumió interinamente la jefatura del Estado. Dado que el presidente de las Cortes, Alejandro Rodríguez de Valcárcel, terminaba su mandato el 27 de noviembre y que correspondería al príncipe designar su sustituto, arreciaron los rumores de mejoría de Franco y hasta llegaron a afirmar que el dictador, en un momento de lucidez, había expresado su deseo de que Valcárcel continuara. La campaña de este candidato, que ofrecía a los ultras suficientes garantías de tranquilidad, trascendió incluso a la prensa. Sólo cuando se tuvo la certeza de que la muerte de Franco era irremisible los grupos ultras abandonaron a marchas forzadas su franquismo y proclamaron su monarquismo de toda la vida, para que Juan Carlos de Borbón les tuviera en cuenta en su reinado.

Emplearon también, en último extremo, la pantalla del testamento de Franco. El exministro de Justicia, Ruiz Jarabo, empedernido franquista, comentó el 18 de noviembre, mientras se celebraba una sesión plenaria de las Cortes, que él estaría siempre a lo que dispusiera el testamento público de Franco. El testamento parece que fue inspirado por Franco, aunque no su redacción definitiva. Algunos allegados a El Pardo conocían efectivamente su existencia. Sin embargo, era previsible que no contuviera más que generalidades, los tópicos que una y otra vez ha manejado en sus discursos y que el redactor final no acertó a reproducir, empero, con exactitud, puesto que se utiliza en él la palabra regiones, que no figuraba en el lenguaje del general.

Los discursos de Blas Piñar el 9 de noviembre en Zaragoza y de Girón (rodeado de otros consejeros nacionales: Labadíe, Pinilla y Anguera) el día 16 en Sama de Langreo eran un muestrario de condiciones sobre lo

que la Monarquía, una vez que la muerte de Franco se veía próxima, debía significar.

Provocaciones

Los ultras actuaban paralelamente en la calle, buscando la provocación de las organizaciones y partidos de izquierda. Los asaltos (despacho del abogado Muñoz Salvadores, en Madrid; disturbios en la Universidad de Zaragoza; paliza a la madre y a la hermana de Txiki, en Zarauz, como más resonantes), amenazas de muerte a destacadas personalidades de Barcelona y otras fechorías obligaron a la prensa legal a denunciar las actividades del terrorismo blanco. En la Residencia Sanitaria «La Paz», los Guerrilleros de Cristo Rey se mezclaron con los periodistas acreditados que montaban guardia a la espera de noticias sobre la enfermedad del general, sin que las fuerzas de seguridad, muy severas con la prensa, les impidieran el paso. En el colmo de la impunidad, uno de los más caracterizados alardeó ante los informadores de ser el asesino del hermano de Juan José Echave, el militante de ETA.

La Hermandad de Excombatientes, en la que se integran desde los alféreces provisionales hasta los marinos voluntarios que guerrearon en el bando rebelde, recibieron continuas consignas a lo largo del proceso de la muerte de Franco. Iban a tener misiones de policía paralela en las concentraciones de personas que se produjeran con motivo del fallecimiento (entierro y desfile ante el cadáver, especialmente) y, en cualquier momento y lugar, sobre todo si vivían en barrios obreros, debían considerarse en servicio. Les fueron repartidas armas, al menos, a buen número de ellos.

En la utilización política de la enfermedad, la familia por antonomasia (la de Franco) y su entorno tuvieron peso específico, aunque su esposa, Carmen Polo, y su hija, Carmen Franco, rogaron al marqués de Villaverde en varias ocasiones que dejara morir al dictador cuando ya perdieron toda esperanza. Su interés coincidía con el de los ultras y, a fin de cuentas, ellos eran más franquistas que nadie y tenían motivos para serlo. Entre los íntimos figuraban Pedro Nieto Antúnez, José Antonio Girón, Mariano Calviño de Sabucedo, los Lapique, conocidos financieros, monseñor Bulart, capellán de palacio... Todos ellos coincidían, por ejemplo, en la conveniencia de que Rodríguez de Valcárcel fuera reelegido para un nuevo mandato en la presidencia de las Cortes.

La incompetencia de Arias

Ya se ha dicho que para sus intereses era vital mantener oculta la verdad y a Franco bajo su custodia. El conflicto surgió sobre este punto en los primeros días de la enfermedad y precisamente con el gobierno, con su presidente, Carlos Arias, en concreto, que fue el protagonista de la situación hasta que él mismo decidió la asunción temporal de la jefatura del Estado por Juan Carlos de Borbón.

Es absolutamente necesario, para entender su postura en esos días, analizar previamente la personalidad de Carlos Arias y el contexto en que hubo de moverse. Hombre asustadizo, inseguro, demasiado impresionable, es alarmantemente indeciso cuando se enfrenta en solitario a las responsabilidades propias de un presidente de gobierno, como ya ha demostrado a lo largo de dos años de desempeño del cargo. Dócil a la más mínima indicación de Franco, se presta siempre a obedecer para liberarse del problema personal en que indefectiblemente traduce las decisiones trascendentales. Además, conoce la poca estima que se le tenía en El Pardo; la familia le consideraba poco menos que un traidor porque en los primeros momentos de su mandato había querido actuar con cierta autonomía y porque en el verano de 1974 dudó de que el general debía reasumir los poderes de la jefatura del Estado.

Así pues, Carlos Arias, que llegó pronto al convencimiento de que Franco estaba incapacitado para el ejercicio de la jefatura por la gravedad de su dolencia, no se atrevió siquiera a plantárselo en la última ocasión en que pudo conversar con él: la tarde del 21 de octubre. En la madrugada de aquel martes, el dictador había sufrido su primera grave crisis cardiaca. Arias fue enterado de ello inmediatamente por el Servicio de Documentación de la Presidencia del gobierno, nombre bajo el que se oculta un departamento de información confidencial que contaba con personas de confianza entre los altos mandos de la Casa militar del generalísimo.

Saltó de la cama y marchó a El Pardo, donde comprobó por los informes médicos la gravedad del enfermo. Ya no se acostaría. Después de pasar otra vez por su casa (en un suburbio residencial de las afueras de Madrid), llegó muy temprano a su despacho en Presidencia, desde donde telefoneó a Juan Carlos de Borbón; mandó llamar a su hombre de confianza, el ministro Antonio Carro, y le encargó que pusiera a trabajar a su gente con urgencia en la elaboración de varios informes sobre las posibles alternativas: transmisión temporal de poderes o definitiva, con sus variantes (incapacitación o dimisión mediante ley de prerrogativa).

Volvió a El Pardo; almorzó después con el presidente de las Cortes, Rodríguez de Valcárcel, al que confesó su propósito de acelerar la transmisión y pidió apoyo; regresó a su despacho en Presidencia y se aprendió los informes solicitados por la mañana. A las siete de la tarde se encontraba otra vez en el palacio de El Pardo con la firme voluntad de sugerirle a Franco la transmisión. Pero el dictador no le dejó siquiera empezar. Con un hilillo de voz, sentado en una silla de ruedas, en pijama y cubiertas las piernas por una manta, le dijo que iba a presidir el Consejo de ministros del viernes siguiente.

Arias no reaccionó y, con Rodríguez de Valcárcel, se fue a La Zarzuela a contar a Juan Carlos de Borbón lo ocurrido. Un comunicado de las Casas civil y militar informaba a las ocho y media de la noche que Franco había sufrido una insuficiencia coronaria, de la que se recuperaba rápidamente, hasta el punto de que había despachado con el presidente del

gobierno durante tres cuartos de hora. El comunicado era un golpe bajo a los propósitos de Carlos Arias; mezclaba la información sobre la crisis, sin citar la hora en que se había producido (dieciocho horas antes), con la audiencia, que especificaba que se celebró a las siete de la tarde. La conversación en sí no duró más que diez minutos; el resto de los tres cuartos de hora los pasó Arias con el marqués de Villaverde y el jefe de la Casa civil, Fuertes de Villaviciencio, pero la prensa no iba a atreverse a contradecir el comunicado oficial en el caso de que llegara a conocer la verdad.

Vano intento

Arias, vacilante y desolado por el problema del Sahara, superior a sus fuerzas, a un paso del *casus belli*, entendió pronto que, mientras no tuviera en su bolsillo un auténtico parte médico —no un comunicado político— que se ajustara a la verdad, no podría forzar la transmisión, aun cuando, tímidamente, desde algún sector de la prensa ya se apuntaba la existencia de un vacío de poder y los comentarios de los corrillos políticos giraban en el mismo sentido.

A *priori*, caben dudas legítimas de que la actitud de Arias fuera realmente la descrita. Pero, aparte de los datos ya reseñados, hay otros que aseveran que así se comportó, recordando seguramente la experiencia del verano de 1974, y que el tema le preocupaba. El presidente había convocado para el 15 de octubre una reunión informal y restringida a unos pocos ministros con el fin de estudiar las repercusiones en España y en el exterior de las penas de muerte ejecutadas días antes, la aplicación del decreto-ley de 26 de agosto sobre prevención del terrorismo y la elaboración de un nuevo programa de gobierno que devolviera al gabinete la credibilidad perdida. A esa reunión el ministro secretario general del Movimiento, José Solís, iba a presentar, por ejemplo, un plan de relanzamiento político desde arriba, en el que se incluía una reforma constitucional: la declaración de aconfesionalidad del Estado, que llevaba implícitas otras reformas como la separación de la Iglesia, la suspensión del pago de sueldos a los curas, el reconocimiento legal a todos los efectos del matrimonio civil y de su separación, etc. Solís pensaba argumentar a sus colegas que el tema ofrecería al país debate y distracción de otros problemas más serios y que el referéndum sería un éxito para el gobierno. También el ministro de la Presidencia, Antonio Carro, llevaba en cartera un proyecto de reformas, algunas de carácter constitucional y otras de mera adaptación de la legalidad vigente, en la línea de Fraga.

En la reunión iban a participar, además, los tres vicepresidentes, García Hernández, Cabello y Suárez, ministros, a su vez, de Gobernación, Hacienda y Trabajo, y los ministros de Marina, Pita da Veiga, y Relaciones sindicales, Fernández Sordo. Pero el día 14 Carlos Arias ordenó que la convocatoria se ampliara a todo el gobierno y, sabedor de que Franco

estaba griposo y de que había sufrido alguna leve complicación cardiaca, sorprendió a su gabinete con la petición de que todos y cada uno (sólo estaban ausentes los titulares de Comercio y de Planificación del Desarrollo) elaboraran un informe personal, sin participación de sus respectivos gabinetes técnicos, sobre la situación política y la oportunidad de proceder a la sucesión en la jefatura del Estado. La enfermedad de Franco aún no había trascendido.

Al lunes siguiente, por cierto, tres ministros le hicieron llegar su opinión; el informe de dos de ellos, Tomás Allende, de Agricultura, y Antonio Valdés, de Obras públicas, recomendaba como primer punto el cambio en la jefatura del Estado; el tercero, de Cruz Martínez Esteruelas, ministro de Educación y Ciencia, ni siquiera tomaba en consideración esa posibilidad. El martes, día 21, se encontraban en la mesa de Arias los de otros cuatro ministros y, en días sucesivos, los del resto; la mayoría era claramente favorable a la sucesión en vida. Para entonces, el general ya había sufrido varias recaídas.

Hay quizá un indicio más revelador aún de la disposición de Carlos Arias en ese día clave, el martes 21 de octubre. Después de visitar a Juan Carlos de Borbón en La Zarzuela junto con el presidente de las Cortes, volvió a su despacho oficial y ordenó que se cursara a los capitanes generales y gobernadores militares el siguiente texto cifrado: «Póngase en marcha primera fase Operación Lucero». El día anterior Arias había presidido por la mañana una reunión de la Junta de Defensa nacional y comentó con los tres ministros militares y los jefes del Alto Estado Mayor y de los Estados Mayores centrales de los tres ejércitos la salud de Franco.

Adelante Lucero

De esas conversaciones debió deducir que no encontraría oposición para dar este paso, por lo que dispuso la ejecución del plan Lucero. La Operación Lucero había sido diseñada por el Alto Estado Mayor para el supuesto de muerte del jefe del Estado. Además de medidas concretas (acuartelamiento de tropas, reforzamiento de guardias en establecimientos militares, localización permanente de la oficialidad de los cuerpos de operaciones especiales del Ejército, etc., en esta primera fase), la operación implicaba el compromiso de los altos mandos de las Fuerzas Armadas en respetar y hacer respetar el mecanismo de sucesión previsto en las Leyes fundamentales.

Las siguientes fases, puestas en ejecución según los altibajos de la enfermedad y retrotraídas a la primera cuando Franco se mantenía estacionario, consistían en una intensificación de la medida de control de la sociedad entera, más rigurosas cuanto el peligro de muerte era más próximo. La Lucero prestó especial atención al control de las comunica-

ciones (teléfonos privados, agencias de prensa, diarios y radios, en especial Radio Nacional y Televisión Española, tomadas por fuerzas de la Guardia civil) y a la más estricta prevención del orden público (detenciones de numerosos políticos de la oposición; vigilancia policial de los movimientos de otros muchos; sondeo de la actitud de los principales partidos y organizaciones obreras por medio de terceras personas; incluso control de los grupos extremistas de derechas y de la Hermandad de Excombatientes, éste último, de cara tan sólo al día «D» y siguientes). En la operación se designaba día «D» al de la muerte de Franco y «D+7» al de la proclamación del rey, fecha hasta la que abarcaba. Por la hora en que el dictador falleció, el «D+7» se transformó en «D+8» —modificación que ya estaba prevista—, de forma que la proclamación se retrasó al día 27 de noviembre porque la operación hubo de incluir completo el día 20, el del fallecimiento.

Como dato curioso puede reseñarse que los servicios de Presidencia del gobierno transmitieron por error el télex también a los gobernadores civiles, a quienes hubo de informarse sobre el contenido de la primera fase de la Operación Lucero, que no se les había revelado por ser estrictamente militar.

Carlos Arias concentró pues sus esfuerzos en la publicación de un parte médico que reflejara cabalmente la gravedad del enfermo. Lo consiguió el 23 de octubre. Aunque referido a quince horas antes (se hizo público después de las ocho de la tarde), informaba de que en la madrugada de hoy la evolución favorable que seguía la enfermedad coronaria del jefe del Estado ha sufrido un retroceso y han aparecido signos incipientes de insuficiencia cardíaca. Lo firmaban nueve doctores, que contradecían así y ponían al descubierto el comunicado político publicado esa misma mañana por las Casas civil y militar, absolutamente engañoso.

Ese día el marqués de Villaverde visitó en La Zarzuela a Juan Carlos de Borbón; después, a primera hora de la tarde, a Arias en Presidencia; luego, a Rodríguez de Valcárcel en las Cortes, de donde marcharon a El Pardo en el mismo automóvil. Cuando terminó la larga reunión del gobierno aquel jueves, Carlos Arias fue también al palacio. Coincidió con Rodríguez de Valcárcel, quien, reconociendo la gravedad del enfermo, no era ya sin embargo partidario de la transmisión. Sabía el fracaso de Arias en este punto y no quería subir a ese carro cuando Franco todavía no estaba desahuciado. Los dos presidentes se llegaron por último al palacio de La Zarzuela, donde trataron con Juan Carlos de Borbón del tema.

Sólo represión

La Administración había parado las máquinas desde el mismo día en que se conoció la enfermedad del general. La paralización de todo el aparato burocrático en ese momento era perfectamente previsible, lógica

secuela de un Estado que giraba en torno a una sola persona. La Bolsa, pesimista a lo largo de todo el año, acentuó su caída. Los expertos aseguraban que el parquet «había descontado» hacía tiempo la muerte de Franco, pero lo cierto es que a las vacas flacas de los últimos meses bolsísticos se sumaba la inseguridad ambiental del ahorrador medio y el contagio de la confusión existente en los medios oficiales.

La política legal se sumió en la penuria. No era para menos si se tiene en cuenta que el jefe del gobierno, los ministros, el presidente de las Cortes, los políticos de segundo orden, los altos cargos y hasta los «ex» perdían el tiempo en ir y venir a El Pardo —en algunos casos, también a La Zarzuela— o colgados del teléfono, ávidos de información veraz, abstraídos en conspiraciones de pasillo que les aseguraran un lugar al sol del futuro.

Particularmente penoso era el espectáculo de las asociaciones políticas, que se aletargaron súbitamente. Sus líderes permanecían en Madrid, callados, haciendo cábalas sobre la virtualidad que podrían tener si el futuro llegaba a ser diáfano. Los débiles intentos de Solís por sacarlas del marasmo y aparentar que el engranaje se movía no dieron resultado. De modo que, a primeros de noviembre, se les anticipó a cada una de ellas un millón de pesetas y la promesa de que el Ministerio de Hacienda iba a habilitar un crédito extraordinario con cargo a los presupuestos generales del Estado que inmediatamente se les repartiría.

Pero la represión sí funcionaba: era el único servicio de la Administración que lo hacía, en la calle, contra la oposición democrática, contra la prensa. En este punto también estaban alerta las Cortes y el Consejo nacional del Movimiento, cuyas comisiones permanentes acordaron desestimar la solicitud de recurso de contrafuero que presentaron contra el decreto-ley de 26 de agosto, sobre prevención del terrorismo, el exministro Joaquín Ruiz Giménez y otras trece personas de la Comisión Justicia y Paz.

El Consejo nacional hubo de celebrar una sesión plenaria, obligada por el protocolo de conmemorar el 29 de octubre la fundación de Falange Española, pero retrasó hasta agotar el plazo otra sesión para la que había fecha límite, ordenada por el Estatuto de Asociaciones Políticas: 30 días para el reconocimiento definitivo de una asociación (en este caso, Anepa), que cumplían el 17 de noviembre, en que no quedó más remedio que celebrarla. Igualmente las Cortes debían haberse reunido en pleno en la última semana de octubre para aprobar la nueva Ley de Régimen local, para que a los cuarenta días de su publicación en el *Boletín Oficial del Estado* pudieran convocarse las elecciones de presidentes de Diputación y de alcaldes, que se desarrollarían, como estaba previsto, a mediados de diciembre. Las elecciones se celebrarán a mediados de enero porque el pleno se aplazó hasta el 18 de noviembre.

Así, el viernes 24 de octubre, ante más de un centenar de periodistas españoles y extranjeros, el ministro de Información y Turismo, León Herrera, que ampliaba oralmente la referencia de lo acordado el día ante-

rior por el gobierno (reunión que se transformó en Consejo de Ministros, al no poderla presidir Franco), declaraba sin pudor que en ningún momento se había producido vacío de poder y las instituciones aseguraban la marcha del país.

Los hechos se encargaron de ridiculizar al ministro. El 30 de octubre, Franco entró en agonía. Carlos Arias se presentó por la mañana en La Zarzuela, después de pasarse por El Pardo, para tratar con Juan Carlos de Borbón de la transmisión. Volvió a El Pardo antes del almuerzo. Se decidió que la cesión automática de poderes (artículo 11 de la Ley orgánica del Estado: por enfermedad o ausencia del jefe del Estado) dependería de la situación del enfermo: si fallecía o si los médicos predecían la muerte dentro de 24 horas, era cuestión de esperar; si el general iba a durar más días, el príncipe asumiría los poderes.

Juan Carlos de Borbón quiere

El parte médico de las ocho de la tarde era moderadamente optimista respecto de la salud de Franco: aún aguantaría un tiempo. Carlos Arias, que se encontraba en El Pardo (también Rodríguez de Valcárcel), telefoneó a Juan Carlos de Borbón; todo estaba ya hablado y se limitaron a confirmarse mutuamente la puesta en práctica del artículo 11. Arias llamó también al Ministerio de Información y Turismo para que la Dirección general de Coordinación informativa transmitiera a la prensa el parte médico sobre la salud de Franco y, acto seguido, el comunicado sobre la cesión de poderes. Rodríguez de Valcárcel salió para las Cortes con el texto oficial del comunicado.

La decisión fue responsabilidad de Arias, sin duda. Pero Juan Carlos de Borbón no se hizo rogar. En las muchas conversaciones que mantuvo con su padre, el conde de Barcelona, desde el comienzo de la enfermedad, habían quedado en que una cesión temporal de poderes no era conveniente para la Monarquía y, menos aún, en momentos comprometidos. Participaban de esta opinión los amigos del príncipe, a cuyo juicio la interinidad anterior no había añadido nada favorable a la institución ni a la persona que la iba a detentar. Esta vez, no obstante, las posibilidades de salvación del dictador eran mínimas y Juan Carlos de Borbón, calculando que ya sólo dejaría la jefatura del Estado en manos del Consejo de Regencia, para recuperarla inmediata y definitivamente, no lo pensó dos veces.

Prueba de ello es que una hora antes de que se hiciera público el comunicado sobre la transmisión, lo que ocurrió a las nueve y diez de la noche, Juan Carlos de Borbón, arrogándose facultades que aún no tenía, ordenó modificar la convocatoria de la reunión del Consejo de ministros que al día siguiente, viernes 31 de octubre, se iba a celebrar en la Presidencia del gobierno: el Consejo tendría lugar en el palacio de la La Zarzuela y lo presidiría él mismo. Carlos Arias se sorprendió, pero calló; que al Borbón, haciendo honor a su apellido, le gustaba mandar era evidente.

Hasta el punto de que invitó a asistir al Consejo al jefe del Alto Estado Mayor, teniente general Fernández Vallespín, y, por su cuenta y riesgo, el domingo 2 de noviembre se presentaba en El Aaiún para arengar a las fuerzas destacadas en el Sahara, entre el espanto del gobierno, que temía que un atentado o un accidente dejara al país, de nuevo, huérfano de cabeza visible. Todo iba dirigido a congraciarse a las Fuerzas Armadas, uno de los puntos —junto a la especial atención que debía dedicar a la política exterior— en que más insistían los consejos del conde de Barcelona.

No puede negarse que la cesión de poderes en favor del príncipe sentó bien al país oficial. La Bolsa empezó a recuperar puntos en sesiones sucesivas, a pesar de que el Ministerio de Hacienda intervino a través del Banco de España en sentido contrario del que había actuado en días anteriores: si para paliar los efectos negativos de la enfermedad del dictador había comprado papel en forma descarada, lo soltaba ahora masivamente para evitar un contraste demasiado claro.

El consejero nacional Antonio Pedrosa tendría ocasión de decir que ya no hay vacío de poder. No es que todo el régimen aplaudiera con entusiasmo la entronización interina, puesto que muchos sabían que era ya definitiva, pero sí la celebraron diversos sectores: los aperturistas (gentes como las encuadradas en Fedisa, los Tácito, los miembros del Grupo parlamentario, algunos sectores financieros y, en mayor medida, empresariales) estaban convencidos de que ahora podían aspirar a sustituir a la camarilla de El Pardo en el poder, a ser ellos mismos la nueva camarilla; era su oportunidad, la de la transición, antes de que la democracia auténtica arrumbara definitivamente con las cenizas del franquismo.

Fugas del franquismo

Al cambiar de manos el poder, puesto que el régimen seguía siendo —y lo es aún— esencialmente personalista, toda la atención de la clase política oficial se centró en La Zarzuela. Citar nombres de quienes aquellos días visitaron a Juan Carlos de Borbón sería deformador de la verdad, porque en este caso una enumeración quedaría corta y parecería que se sacaba de un contexto a unos pocos para significarlos especialmente: todos pasaron por La Zarzuela, absolutamente todos, incluidos los más fervientes franquistas, que no tardaron en comprender que el centro de decisión se había desplazado y El Pardo ni pintaba ni había de contar en el futuro.

No obstante, merecen mención las campañas personales de José María de Areilza y Manuel Fraga, que vieron el cielo abierto a sus ambiciones. Areilza, previsor, se vio con Juan Carlos de Borbón aun antes de que éste asumiera los poderes de jefe de Estado y salió de la entrevista convencido de que iba a ser el primer presidente de gobierno de la Monarquía. Reuniones en su casa con notables aperturistas (Cabanillas, Oreja, Escudero, Javier Vidal —casado con una Huarte, lo que aseguraba

un cierto dinero—, Tarruellas —yerno de uno de los Oriol), algún viaje a provincias (Guipúzcoa y Barcelona) en busca de una base que ofrecer al futuro rey y que le avalara como interlocutor válido de la oposición... Parecido fue el programa de Manuel Fraga cuando volvió el 18 de noviembre, tan sólo dos días antes de la muerte de Franco, de su embajada en Londres. Sus giras por provincias (particularmente a Barcelona, donde fue a conocer cómo eran los obreros) tenían el mismo objetivo: ofrecerse a la Monarquía como interlocutor válido.

Hubo personas que llegaron al ridículo, como el duque de Arión, habitual compañero de regatas con Juan Carlos de Borbón en el yate de éste, el *Fortuna*, que se presentó a varios partidos y organizaciones de la oposición democrática como portavoz autorizado de La Zarzuela enviado a tomar contacto con estas fuerzas. De haber alguna que se hubiera tragado su embajada, lo que no ocurrió, el de Arión habría podido presentarse a su vez ante Juan Carlos de Borbón como otro interlocutor válido y cualificado.

Juan Carlos de Borbón, aconsejado por su padre, prefería esperar y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos, cómo —sobre todo— se iban encajando en la nueva situación creada por su propia asunción de poderes las familias políticas del Régimen, igual que si volvieran a su ser los huesos dislocados en un esfuerzo extraordinario. Cuando le visitaron Girón, Rodríguez de Valcárcel (que tenía pendiente su cese como presidente de las Cortes) y otros de los ultras y le ofrecieron su colaboración sin condiciones, supo que nada debía temer de ellos, que seguirían la táctica de arrimarse al sol que en cada momento más calentara.

Obsesión por las Fuerzas armadas

Su preocupación máxima era el Ejército. Como luego se ha visto, le ha dedicado una atención preferente, por consejo también de su padre, para darle un papel protagonista en la transición como vigilante de la legalidad que, al mismo tiempo, le aseguraba el trono. Juan Carlos de Borbón, cuya inteligencia no es brillante, a decir de quienes le conocen bien, se guía en buena medida por sus filias y fobias personales. Entre las primeras contaba a Torcuato Fernández-Miranda, a quien ya rey nombraría presidente de las Cortes, que antaño fue su preceptor y hoy es su mentor en política interna.

Su fobia era Carlos Arias, a quien una vez rey, pretendió echar de la Presidencia del gobierno y sustituirlo por Areilza, efectivamente, que ya había tomado la precaución de conseguir el concurso de Joaquín Ruiz Giménez y su grupo (quizá Fernando Álvarez de Miranda y algún otro democristiano habrían sido ministros con él de haber sido nombrado presidente). El conde de Barcelona no olvidaba que apenas meses antes el gobierno presidido por Carlos Arias le había impedido la entrada en España.

Juan Carlos de Borbón, cuando creyó que había dado a las Fuerzas Armadas suficientes muestras de afecto y apoyo como para cobrar un precio, recibió el miércoles día 12 de noviembre a los tres ministros militares en su palacio. Les reiteró su total confianza en las Fuerzas Armadas y les dijo que esperaba mucho de los militares para el momento de la transición, puesto que contaba sólo, de entre las instituciones, con la lealtad del Ejército. Juan Carlos de Borbón, según creen fuentes bien informadas, debió apuntar a los tres ministros que en la primera etapa de la Monarquía no podía ser Carlos Arias quien presidiera el gobierno. Al día siguiente, 13 de noviembre, Carlos Arias no presidió la reunión que el gabinete celebró en la Presidencia del gobierno, preparatoria del Consejo de ministros que había de tener lugar al día siguiente, sino que reunió en su despacho, entretanto, a los tres ministros, Ejército, Marina y Aire, para tantearlos sobre el interés del futuro rey, que él consideraba una conspiración para destituirle una vez que Franco muriera y se viera obligado a poner su cargo a disposición del nuevo jefe de Estado. Como es sabido, Juan Carlos de Borbón lograría colocar en la presidencia de las Cortes a su fiel y ambicioso Torcuato Fernández-Miranda, pero la presión de los grupos ultras le impidió, a la postre, sustituir a Arias, a quien han terminado apoyando, como más claro nexo de unión al pasado y garantía de que las cosas no cambien hasta puntos insoportables para ellos, los mismos que en vida de Franco le combatieron con saña por su remedo de evolución.

En las reuniones del todavía príncipe y del presidente del gobierno con los ministros militares el segundo tema de importancia fue el del Sahara. El 14 de noviembre se firmaría, en el propio palacio de La Zarzuela, la llamada «declaración o acuerdo de Madrid», por el que la ignominia, hecha jefe de Estado en funciones y gobierno españoles, entregaba a Hassan II un territorio y un pueblo, el del Sahara, que ni siquiera les pertenecían.

Borbón puro

La prensa legal ha tratado de minimizar el hecho, demasiado significativo, de que esa declaración se firmara en el palacio de La Zarzuela y ante el futuro rey, que antes de reinar ya sumaba así un nuevo baldón a la dinastía de los Borbones. Presionado por el poderoso *lobby* marroquí en España, por Estados Unidos y, sobre todo, por el presidente de Francia, Valéry Giscard d'Estaing, quien a cambio le ofrecía un apoyo personal a la consolidación de la Monarquía y se comprometía a ser su anfitrión ante Europa, Juan Carlos de Borbón no dudó en ordenar la firma de la declaración.

La revista *Cambio 16*, con su habitual alarde de frivolidad que ha conseguido no ya desinformar sino engañar sistemáticamente a sus lectores bajo su camuflaje de falsa impugnación del sistema, dedicó once pági-

nas de su número 205 al tema del Sahara. Se podía leer en ella que *este sencillo acto* (el viaje de Juan Carlos de Borbón a El Aaiún el domingo 2 de noviembre) *explicó al mundo el pasado fin de semana que España no iba a «vender» el Sahara Occidental y mucho menos regalárselo a un rey* (Hassan II) [...] *No había tal pacto [...] el viaje de Juan Carlos parecía demostrar que no había tal vacío de poder ni España pensaba cambiar de chaqueta.*

En primer lugar, había pacto, en la medida en que Solís, todavía ministro secretario general del Movimiento, había firmado el 21 de octubre en Marrakech un documento, con rango de protocolo, por el que se comprometía a negociar sobre el Sahara. Juan Carlos de Borbón lo sabía y fue a El Aaiún no a reafirmar una postura de defensa de la autodeterminación de los saharauis, que España ya había abandonado, sino a congraciarse con los altos mandos del Ejército, que no querían exponerse —exponer el prestigio que pudieron ganar en una guerra civil— a salir malparados de una guerra colonial que podía estallar y para la que no estaban preparados. No es que el Sáhara no mereciera ni una gota de sangre española, como había dicho el presidente del Gobierno, sino que no merecía la pena defender a los saharauis.

Los oficiales jóvenes sabían que una guerra en el Sahara, en la que habrían contado frente a Marruecos con el concurso decisivo de Argelia, nunca habría llegado a producirse, porque para Hassan II, en cuyas manos estaba esa decisión, significaba antes que nada su propio derrocamiento. Los oficiales jóvenes sabían que, con mantener una imagen de firmeza frente a Marruecos, los saharauis estarían salvados.

Pero tampoco era éste el objetivo de Juan Carlos de Borbón. Su viaje al Sahara, su gesto, iba dirigido a los burocratizados jefes de las Fuerzas Armadas, y no a sostener al Ejército africano, desconcertado por las contradicciones gubernamentales, sino a asegurarse una adhesión personal, para el momento en que fuera proclamado rey.

Cambio 16 (y se trae aquí como paradigma del resto de la prensa legal) no podía haber ignorado, como hizo, la visita que al día siguiente, 3 de noviembre, recibió Juan Carlos de Borbón en su palacete: la de Ahmed Osman, primer ministro de Marruecos, quien llegó a Madrid para recordar el futuro rey que había un pacto del que no podía volverse atrás y para pedir explicaciones sobre el verdadero significado del viaje a El Aaiún. Osman, quien advirtió de que era mejor tener en Marruecos como aliado a Hassan II que como oponente a un socialista o a un comunista, quien advirtió de que la postura de Estados Unidos y Francia no se había modificado y se mantenía favorable a la tesis marroquí, recibió del joven Borbón toda suerte de explicaciones, incluso seguridades de que España haría todo lo posible porque Hassan conservara su trono, hasta el punto de que se comprometió a permitir la entrada de la «marcha verde» en territorio saharauí para que el monarca alauita pudiera exhibir un triunfo de su política ante la opinión marroquí.

Las mentiras del rey

Todo esto han ido confirmándolo los hechos: no cabe hablar de interpretaciones subjetivas. Pero la mixtificación de la realidad por la revista que a sí misma se llama la mejor informada del país le llevaba a despachar la visita de Osman con las siguientes líneas: *Las conversaciones [...] fueron reanudadas en la capital española por el primer ministro del reino alauita el 3 de noviembre*, y, en el mismo párrafo en que afirmaba que no había pacto, calificaba el viaje de Osman de *visita desesperada a Madrid*. No es mucha información para once páginas dedicadas al tema del Sahara. Pero de no haber escamoteado la verdad de esta entrevista Borbón-Osman, la prensa legal no habría podido interpretar el viaje de Juan Carlos como una operación para conservar intactos el prestigio y el honor de las Fuerzas Armadas (según dijo él mismo en su discurso en El Aaiún) y para reafirmar una postura, la de la autodeterminación, que cínicamente se atribuía todavía al propio príncipe.

El afán de mando de Juan Carlos de Borbón, envalentonado por contar con los altos jefes militares, con toda la clase política del régimen (en plena fase conspirativa por lograr, aperturistas o ultras, su favor personal) y con el hastío del país por tantos años de dictadura franquista (que ya empezaba a notarse, muy tímidamente en la prensa) y tanto deseo insatisfecho de cambio, le convirtió en el auténtico protagonista de los últimos días de Franco, como Arias lo había sido de los primeros de enfermedad.

Ahí se preparaba ya la sucesión. Se preparaba también ya, desgraciadamente a espaldas del pueblo, como siempre había ocurrido, el futuro inmediato al que estos días de diciembre y enero hemos asistido. Un rey preocupado por mantenerse en el poder, su principal objetivo; la inercia de un régimen pugnando por sobrevivir a sí mismo —los ultras abogan por el método tradicional de la represión; los aperturistas, por las reformas—; la oposición democrática tratando de obtener por negociación lo que no es capaz de conseguir en la calle: todo ello conforma ese futuro que hoy es presente.

A las cuatro y veinte de la madrugada del jueves 20 de noviembre de 1975 murió Franco; a las doce y media de la mañana del sábado 22 de noviembre del mismo año Juan Carlos de Borbón era proclamado rey de España en las Cortes. Pero el cambio real, el que ha de protagonizar el pueblo soberano, aún no se ha producido.

España contemporánea

HUGH THOMAS

La guerra civil española

800 páginas 30 mapas 60 F

GERALD BRENAN

El laberinto español

Antecedentes políticos y sociales de la guerra civil

330 páginas 9 mapas en colores 39 F

GUY HERMET

Los comunistas en España

216 páginas 30 F

STANLEY G. PAYNE

Falange. Historia del fascismo español

276 páginas 30 F

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO

De las Cortes de Cádiz al Plan de desarrollo

412 páginas 36 F

JUAN MARTINEZ ALIER

La estabilidad del latifundismo

440 páginas 7 mapas 17 documentos fotográficos 42 F

STANLEY G. PAYNE

Los militares y la política en la España contemporánea

498 páginas 39 F

DANIEL ARTIGUES

El Opus Dei (Nueva edición: corregida y aumentada.)

256 páginas 30 F

ROBERT G. COLODNY

El asedio de Madrid

304 páginas 83 documentos fotográficos 30 F

FRANZ BORKENAU

El reñidero español

256 páginas 24 F

Ruedo ibérico

¿ Quién amnistiará al amnistiador ?

De una entrevista con el señor Eduardo Tarragona, procurador en Cortes (*Diario de Barcelona*, 27 de abril de 1975):

«De la guerra civil no quiere hablar.

— Uno de los defectos de los españoles es hablar de la historia. No se debe hablar de la historia. Considero que es una equivocación de la humanidad. Ahora que se está tratando de la Reconciliación Nacional no es conveniente hablar de cosas que puedan dividir.

Se enfada. Sube el tono de voz.

— ¿Por qué no les preguntas a los del otro lado por las checas de la calle San Elías...? Parece que sólo tengáis ganas de poner a parir a los de un lado.

Para colmo, la pregunta siguiente del cuestionario decía: ¿Es usted franquista?

— Hay preguntas que no tienen contestación. Preguntas con poca educación.»

Se habla todo el tiempo de reconciliación y se pide una amnistía. Se discute la diferencia entre indulto (que supone el perdón de quien delinquiró) y la amnistía (que implica reconocer que no se delinquiró). Tal vez habría que dar una amnistía o indulto a personas como Fraga (ministro del gobierno que asesinó a Grimaud y a otros), o a Pío Cabanillas (ministro del gobierno que asesinó a Puig Antich), o a Areilza, alcalde de Bilbao al ser conquistado por las tropas franquistas: todos ellos, y muchos otros, parece que están dispuestos a reconocer sus errores pasados y lo estarán cada vez más. Pero hay mucha distancia entre amnistiar a unos cuantos arrepentidos y dar una amnistía general a todos los que han llevado a cabo la represión franquista: hay que exigir responsabilidades políticas no sólo a los policías torturadores sino a los organizadores y cómplices de la represión. ¿Por qué? No por ansia de venganza, sino porque la petición de responsabilidades políticas lleva aparejada una necesaria discusión y esclarecimiento a fondo de la represión desde 1936 hasta la fecha, lo cual evidentemente perjudicará mucho más a la derecha que a la izquierda. Una vez esclarecidos y discutidos los hechos, una vez la derecha colaboradora con el franquismo haya sido desacreditada por su papel en la represión, entonces sí que podrá dárseles un indulto o amnistía, y podremos reconciliarnos.

Entre los franquistas pasados a la «oposición» el caso de Ruiz Giménez es particularmente instructivo. Ruiz Giménez afirma siempre, y es de suponer que sinceramente, su aprecio personal al general Franco. Los periodistas que le entrevistan, evidentemente no pueden preguntarle: ¿Cómo explica usted ese aprecio y lealtad a una de las personas más crueles de la historia de España, a una persona que mandó ejecutar a cientos de miles de compatriotas? Ese silencio cómplice de Ruiz Giménez ante el hecho fundamental de la vida política española puede ser utilizado por la izquierda como un arma contra la democracia cristiana, y eso dejando aparte la propia actuación de Ruiz Giménez en la administración de los reformatorios juveniles donde se «reeducaba» a los hijos de rojos.

Pero lo que resulta realmente curioso es que la izquierda, o la llamada izquierda, no está discutiendo si va a exigir responsabilidades políticas a los franquistas o si les va a perdonar ya de entrada sin una investigación previa y detallada de la represión desde 1936 hasta ahora, sino que la izquierda está reclamando que los franquistas le den una amnistía ¡a la propia izquierda! Realmente, el colmo. La izquierda solicita perdón y clemencia en vez de denunciar la ilegitimidad de los poderes actuantes, y en vez de insistir en la cantidad de muertos que Franco y los franquistas han producido, ante la complacida aquiescencia de obispos y generales y del borbónico sucesor (de quien no se recuerda que, por ejemplo, inter-

cediera cuando Puig Antich fue asesinado ni que denunciara la brutalidad policial cuando, poco tiempo después de ser nombrado sucesor, varios obreros fueron asesinados en Granada, El Ferrol y otros lugares. Ni que, ya más cerca de la herencia, hiciera otra cosa que aprobar mediante hipócritas cláusulas de estilo el asesinato de las últimas cinco víctimas de Franco). La izquierda, así, ayuda a que el poder se consolide.

Y es que, además, el poder se permite no hacerles caso y, conociendo las verdaderas tensiones dentro del país mejor que la llamada izquierda, recurre como siempre a la porra y a los estados de excepción.

Así pues, eso de pedir amnistía no es sólo desmovilizador sino que es un poco ridículo. En todo caso, a la vez que se pide amnistía, habría que discutir si se amnistiará a los eventuales amnistiadores. Una amnistía que permitiera al franquismo y a la sucesión del franquismo sacarse de encima, a última hora, como quien no quiere la cosa, a cientos de miles de muertos y todo lo que cuelga, sería una mala operación para la izquierda, pues le privaría de una buena arma de ataque contra la derecha. La izquierda debería anunciar que exigirá responsabilidades políticas (que no quiere decir, necesariamente, penas de muerte, sino, por ejemplo, inhabilitación para la vida pública) a los miles de personas que desde 1936 han colaborado activamente, e incluso con silencio cómplice, en la represión.

Colección España contemporánea

Jon Amsden

Convenios colectivos y lucha de clases en España

Índice: Prólogo de Juan Martínez Aller. Introducción. 1. La tradición obrera. 2. La Falange y el franquismo. 3. La España contemporánea: el dilema de la «liberalización». 5. El movimiento obrero de oposición durante el periodo de «liberalización». 6. El Jurado de empresa: entre el «economicismo» y el «poder obrero». 7. Los convenios colectivos: dos estrategias. 8. Conclusiones. Bibliografía. Índice analítico. 192 páginas

30 F

Ruedo ibérico

24 abril 1974

La oposición española está en un *impasse*. Las comisiones obreras se desintegran; el PCE no aumenta su credibilidad, a pesar de sus esfuerzos, y se le escapa la Asamblea de Cataluña, que no consigue sacar partido de un protagonismo momentáneo, facilitado por el régimen franquista al detener a los 113 de Barcelona. El PSOE intenta resurgir de sus cenizas, pero sólo consigue que se hable de él en el extranjero. La izquierda del PCE anda a la greña, como siempre, debatiéndose en discusiones escolásticas, programas y manifestos.

Es la hora de Arias, que ataca con su «aperturismo» y sus asociaciones. ¿Consiguirá el gobierno su sueño dorado de asegurar el posfranquismo, de organizar el cambio para que nada cambie?

25 abril 1974

La revolución de los claveles en el país vecino introduce ese suplemento de imaginación —y de ánimo— que todos necesitaban. ¡La revolución es posible! Y lo que es decisivo: sin sangre.

Carrillo, rejuvenecido, exulta, lanza su Junta Democrática y prepara las maletas. El PSOE alterna de tú a tú con la socialdemocracia europea. Las comisiones obreras se lanzan al asalto de la fortaleza sindical, para preparar la «correa de transmisión» que asegure el control del partido sobre las masas, el día de los claveles españoles. Los intelectuales, los profesionales liberales, descubren su vocación profundamente política socialista-marxista; y se unen en unas «convergencias» que se hinchán rápidamente, como el PS de Soares, demostrando así la existencia de un vacío entre el PCE y el PSOE.

Hasta en el ejército han llegado los reflejos del MFA, y los capitanes, hartos de escalafón, sueñan con Otelo de Carvalho.

1975

Los claveles se han marchitado. El pueblo portugués, con el que nadie contaba, actúa, y su actuación rasga los velos de los modelos prefabricados. Cunhal revela su estalinismo y Soares su reformismo derechista. La revolución muestra sus contradicciones que el análisis oportunista de Carrillo no supo o no quiso prever.

De ahí que el PCE sea el grupo político que más ha sufrido con la Revolución portuguesa, cuando empezó a vislumbrarse que era algo más que una mera revolución política, y que se estaba fraguando una verdadera revolución social.

Cuando se produjo la sublevación militar, el 25 de abril, el PCE la apoyó plenamente; señalando cómo «el interés suscitado por la Revolución portuguesa [...] obedece también a la convicción de que las cosas en Portugal han evolucionado en una dirección que tiene mucho parecido con lo que podría suceder en nuestro país»¹, o todavía más: «Lo que ocurre en Portugal, permite ver, como en una película, lo que puede pasar muy pronto en España»². Era un apoyo incondicional porque «el golpe militar portugués constituye por su esencia, una revolución política muy similar a lo que los comunistas preconizamos para España»³. Además el acontecimiento portugués permitía hacer manifestaciones pacíficas, con claveles

1. *Horizons nous*, nº 28.

2. G. López Raimundo: *Reflexiones sobre la anticipación portuguesa*.

3. *Mundo Obrero*, mayo de 1974 [en lo sucesivo MO].

rojos, el PCE no podía desear nada mejor. Para su desgracia, sería muy difícil parar el proceso de cambio dentro de los límites burgueses. Las ocupaciones, las colectivizaciones, los hospitales populares, expresión de la actividad creadora de la clase trabajadora, junto con un PCP que temía perder el tren de la historia, y cuya única línea política era estar «pegado» al MFA y ocupar el aparato del Estado, serían «graves inconvenientes» para las fuerzas reformistas españolas.

Cuando gracias a la rápida movilización popular, el golpe de Estado de Spínola fue derrotado, la izquierda revolucionaria apareció con toda su fuerza. A partir de entonces, el PCE se dedicará, las pocas veces que trate de la situación portuguesa, a recalcar: «hay Democracia, Unidad, Trabajo y Orden»⁴. El sueño reformista sería congelar la Revolución portuguesa en lo que de aleccionadora, para ellos y la burguesía, tiene. Ante la imposibilidad de hacerlo, hay que forzar la realidad, aunque ello contradiga lo que inicialmente se había dicho. Frente al alzamiento de Spínola y la consiguiente reacción popular, Carrillo dice: «Los franquistas ponen el grito en el cielo [...] Hablan del peligro de una dictadura comunista. Para el PCE estos hechos hay que afrontarlos así: ¿Existía en Portugal, antes de la revolución de abril, una derecha que fuese favorable al cambio democrático? La respuesta es NO. Y ahí está el *quid* de la cuestión [...] El drama de la derecha portuguesa es precisamente éste: que allí no había una derecha civilizada [...] Spínola terminó siendo juguete de la derecha incivil que se mantuvo al lado de Caetano hasta el último momento. ¿Existe en España esa derecha civilizada? Yo creo que sí»⁵. El PCE comprende, como el PCI de Berlinguer, que «lo de Portugal» se va convirtiendo en verdadero peligro para las políticas interclasistas, llámense pacto

para la libertad o compromiso histórico. La actuación del PCP, forzado desde un primer momento a olvidar su estrategia antimonopolista y obligado a plantearse la cuestión del socialismo, ponía en peligro directamente todas las alianzas de clases, que tanto había costado construir. El PCE pasa del apoyo incondicional a desmarcarse. Si antes resaltaba las semejanzas, ahora parece olvidarlas ante el cúmulo de diferencias, que de pronto se descubren: que si en Portugal no había la susodicha derecha civilizada (¿Entonces por qué la revolución burguesa sí fue apoyada, dejando de serlo al radicalizarse el proceso?), que si la plusvalía acumulada en España es superior y permitirá estabilizar por tanto el proceso de cambio, etc. Se trata de tranquilizar a la burguesía para que no se vuelva atrás. Carrillo apoyará en todo momento a los socialistas, verdadera izquierda del capital cuya política tendente a implantar una «democracia avanzada» le favorece: «A este respecto considero lamentable la suspensión del diario *República* que puede empañar la imagen del Portugal democrático»⁶. Ratificando: «¡Imagínense que los tipógrafos nos quitaran *Mundo Obrero* para editarlo ellos!»⁷. Evidentemente sería insostenible. Sin embargo, la deformación de la Revolución portuguesa por parte de los reformistas alcanza su apogeo, al ignorar la implantación y extensión de las formas de organización de clase, consejos, comisiones, etc. como embriones de poder obrero. El PCE oculta en todo momento estas formas de expresión de la autonomía obrera, porque tiene muy presente la experiencia del 36,

4. MO, 15 de octubre de 1974.

5. MO, 30 de octubre de 1975.

6. Declaraciones a *Le Nouvel Observateur* (en MO, junio de 1975).

7. *Cambio 16*, n.º 198.

y sabe que la formación de estos organismos de clase ligados a la tendencia autonomista o autogestionaria constituye el preludio de una fuerte lucha de clases. La situación portuguesa plantea de modo inmediato importantes cuestiones: —Obliga a tomar posición sobre el tipo de socialismo a construir; —Pone en un primer plano la necesidad de una teoría de la revolución social, hoy día; —Muestra el papel fundamental de los organismos de clase autónomos, como embriones de poder. Evidentemente al PCE, como a los grupos reformistas en general (PTE, ORT, BR, MCE, etc.) les tiene sin cuidado responder en su propia realidad a estas preguntas.

Hemos expuesto rápidamente cuál ha sido el análisis reformista de la revolución portuguesa; su variación a lo largo del tiempo y a medida que la radicalización crecía es sintomática. ¿Pero cuáles han sido las enseñanzas?

Varias han sido las lecciones que los grupos reformistas, y en especial el PCE, han extraído de los hechos históricos portugueses. En primer lugar, la ocupación de la intersindical casi en su totalidad por el PCP, lo que le permitía acudir donde el partido no llegaba, fue un punto importante. Como el PCP se había introducido en el antiguo aparato sindical, los reformistas dedujeron rápidamente: hay que ocupar la Organización Sindical ya ahora, para que cuando llegue el cambio, que está al caer (?) seamos los «dueños». Y se lanzaron al copo. Sólo que no previeron el endurecimiento actual, la caída de Socías Humbert, y el ataque sistemático represivo que parece abrirse.

Los reformistas también han comprendido el peligro que constituyen para ellos las acciones obreras promovidas por la tendencia autonomista. Cada vez más, en las empresas en lucha (el ejemplo Mi-

niwatt no es único) los luchadores autonomistas tienen que hacer frente al bloque homogéneo de reformistas y demás, que se niegan a que la lucha obrera supere los límites del antifranquismo, y se convierta en lucha de clases conscientemente llevada por los mismos trabajadores. Para evitarlo tienen que recurrir a manipulaciones de la asamblea, a ataques personales, y a aliarse con la fracción obrera más retrasada y menos politizada. Con todo, hasta el PCE habla de asambleas, y del poder de la asamblea. Los grupos reformistas han tenido que aceptarlo si no querían quedarse aislados. Es un gran éxito de la clase obrera, aunque ésta todavía no sepa defenderlo muchas veces. El papel contrarrevolucionario del PCE ha sido tan acentuado, que hasta el mismo PSOE se lo achaca: «el [PCE] subordina su actuación a los intereses de la burguesía y esto le lleva a adoptar una posición de freno e incluso anulación de aquellas luchas populares que puedan comprometer su política de pactos con dichos sectores.» A todo esto el PCE responde: «Son insultos, son mentiras tan evidentes que sólo pueden desprestigiar a quien las profiere»¹.

En cuanto a los otros grupos políticos reformistas (PTE, BR, MCE, etc.) satélites del PCE, no ven muy claro el futuro, de seguir como en la actualidad. Portugal les demuestra que cuando la lucha de clases, cuando la situación se convierte en prerrevolucionaria, aparecen tres tendencias, claramente. La burocrática-capitalismo de Estado, la autonomista-autogestionaria y la socialdemocrática-contrarrevolucionaria. ¿Dónde están ellos? Son grupos estalinistas desde su origen, que se definen en función del PCE, y se niegan a adoptar planteamientos socialistas que superen su línea populista. Su práctica y

1. MO, 4 de marzo de 1975.

su teoría son tan parecidas a las del grupo madre, el PCE, que lógicamente se da un proceso de acercamiento. Bandera Roja fue la primera organización que llegó a la conclusión de que pretender construir «el partido vanguardia de la clase» era un absurdo. Por supuesto no comprendieron que la única vanguardia política es la clase trabajadora en lucha. No, su constatación fue mucho más simple. Descubrieron al PCE que gustosamente les esperaba con la ventaja de que se mantendrían los cargos. Así quien estaba en el Comité central no perdía su posición, el que era «base» suponemos que se quedó como «base». Quedan otros grupúsculos que todavía tienen reparos. El PTE, el MCE, etc. ¡Son tantos años criticando al PCE, que algo queda! Tarde o temprano se acercarán, más si cabe. Además al PCE no le va mal la existencia de sus satélites, actualmente muy respetuosos con él. El PTE, el MCE, etc. se encargan de reclutar a los militantes revolucionarios que nunca entrarían en el PCE, pero que no ven claramente otra alternativa. Poco a poco la situación se define y se clarifica. Portugal ha polarizado las fuerzas políticas. Ha ayudado mucho en este sentido. Los socialistas también han aprendido de Portugal. A las enseñanzas del PCE hay que añadir otras, genuinas de la corriente socialista. Los socialistas se han dado cuenta de que aislados no son nadie y que en cambio tienen un buen «futuro». Al PSOE ni se le ve, ni nadie sabe exactamente en qué posición está. Por ello en Catalunya se ha dado un proceso de acercamiento que ha desembocado en la creación de Convergencia socialista. Grupo desde su inicio formado burocráticamente por la unión de diversos grupos políticos catalanistas y de independientes, ha seguido un proceso de constitución en Frente, a la imagen del FOC pero de modo más democrático. En teoría están contra

Soares y el PS portugués. Pero su composición de clase, a pesar de la inclusión reciente de una base obrera ya organizada, no permite suponer que sus planteamientos políticos sobrepasen una cierta defensa de la autogestión y por otra parte una política interclasista más o menos original.

Sin embargo Portugal no es España. La sucesión de las luchas de los trabajadores a partir de la gran ofensiva proletaria del juicio de Burgos, ha tenido con la muerte de los cinco militantes del FRAP y de la ETA, la respuesta esperada de la dictadura capitalista. La situación ha cambiado. Ya nadie mira al proceso portugués como modelo a imitar, aunque todos confían que los militares se inspiren en el MFA. ¿Qué ha pasado?

El fin de la apertura

Morir es fácil en España, lo difícil es vivir. La represión ya anda completamente suelta. Todos los grupos políticos se han visto atacados: la ETA, el PTE, el FAC, la LCR, los anarquistas; uno, hace más de un año que parece sortear todos los peligros: El PCE. El miedo, la oscuridad vuelven. Pero no se puede negar que hemos estado viviendo hasta hace poco una época ciertamente «curiosa». Aunque parezca increíble, en los cines españoles se están proyectando *Amarcord* o *Blow Up*, las revistas expuestas en los quioscos rozan la más vulgar pornografía, y lo que es más extraño si cabe, ¡*Le Monde* llegaba con normalidad!¹ Las conferencias se prodigaban. En Barcelona, que parecía ser la punta avanzada, tuvieron lugar unas reuniones públicas en las que se expusieron las denominadas «terceras vías» al socialismo.

1. A partir de la agonía de Franco, vuelve a prohibirse su entrada.

No por esto disminuyó la represión. Nunca se habían secuestrado tantas revistas, prohibido tantos actos públicos, y reprimido tan ferozmente a los luchadores antifranquistas. La ETA ha sido la excusa, como antes lo fue la bomba colocada en la cafetería madrileña. La represión en el País vasco fue desde un principio contra los miembros de las comisiones obreras, de barrios, etc. con la ayuda de un poder paralelo (policía y abogados). La represión iba dirigida a destruir el movimiento popular, que no de clase, más fuerte del país. Las primeras detenciones de miembros de la ETA han sido el fruto recogido al final.

Lo menos que puede afirmarse, es que hemos estado asistiendo, hasta este trágico mes de septiembre, a una *situación contradictoria*. Para el PCE, sin embargo, la cosa no podía ser más clara: «El cambio ha empezado ya ahora» (Carrillo). «El futuro ya es el presente» (La Pasionaria). Por esto se lanzaron como locos a ocupar el sindicato vertical, a crear sus zonas de libertad. Se permitían hechos insospechados, y a la vez se prohibía, se reprimía con dureza. Se abría una etapa de transición, la transición al posfranquismo, y el encargado de desarrollarla y dirigirla era el «equipo Arias». Con la muerte de Carrero se había hundido el puente que debía permitir el tránsito pacífico. Carrero era el eje, la mediación entre el Opus Dei y la Falange. Arias ha sido la solución de recambio. La política de la fracción burguesa que se agrupa a su alrededor, era, fundamentalmente, una política dialéctica. Y aquí, pensamos, estaba la solución para entender las contradicciones que citábamos al principio, y no caer en los errores ilusionistas de los partidos reformistas. La política de Arias se basaba en *combinar* la apertura con la represión, y la represión con la apertura. No se trataba de una dicotomía

sino de las dos caras de una misma moneda.

Claro está que los destinatarios no eran los mismos. Libertad para la burguesía para que tranquilamente pudiera organizarse en las Asociaciones; para la pequeña burguesía, libros y cine para así unirla al carro franquista; y para la clase trabajadora, pornografía y represión. Para los revolucionarios, una ley especial destinada a reprimir más selectivamente. Los comunistas tendrán un trato especial. Los socialistas también. Conviene estar a bien con los socialistas alemanes que tanto habrían podido apoyar la causa Arias, como prometieron en Helsinki.

Toda la «grandeza» de la política Arias, durante este periodo, estaba en combinar represión y apertura, porque ambos eran momentos de una misma práctica. Los reformistas y demás no lo comprendieron. Y creyeron en la apertura propiciada por la fracción burguesa «buena e inteligente», que se veía obstaculizada por la fracción burguesa «mala y ultra». Para ellos, represión y apertura, constituían una dualidad. No vieron la relación dialéctica que existía entre los dos términos durante todo aquel tiempo. Por algo alguien dijo que la dialéctica es el álgebra de los revolucionarios.

Lo que no quería decir que no existiesen contradicciones dentro de la burguesía, y que hubiera unanimidad en torno a la política Arias. De hecho, fracciones burguesas se habían separado completamente. Por ejemplo, la que se organiza en torno de una determinada democracia cristiana.

¿Qué perseguía la política Arias? La política burguesa promovida por Arias, que conjugaba represión con apertura, no era más que la aplicación concreta de una política más general que buscaba renovar las formas políticas de dominación, pero *permaneciendo* dentro de la ortodoxia

franquista. Difícil empresa realmente. ¿Cómo, por ejemplo, sin alterar la Organización Sindical, Arias puede conseguir unos sindicatos de clase «fuertes pero responsables» capaces de controlar al proletariado y ser buenos interlocutores para la burguesía? El éxito de la «operación Arias» residía en la estabilización del posfranquismo en unas formas políticas nuevas de tiposeudodemocrático que tuvieran el aval internacional.

Pero hoy puede decirse que *ha fracasado la política Arias*. Ni ha conseguido agrupar en torno a las Asociaciones a la pequeña burguesía, ni a importantes fracciones burguesas (Fraga, Garrigues Walker, Ruiz Giménez, etc.), ni tampoco ciertamente a la clase obrera. La primera Asociación, la del falangista Cantarero, ha visto censurado su texto-manifiesto en el cual amenaza con retirarse si no se clarifica el «juego». Sin una alianza de clases amplia sustentadora de la política Arias, con *la represión siguiendo una dinámica propia* (policía paralela, exigencias policiales a cierto ministro no favorable a la pena de muerte) que la lleva a independizarse y a *hundir la apertura*, el experimento parece que no funciona. El asesinato de dos militantes de ETA y tres del FRAP es la culminación lógica de algo que en cierta forma era previsible. La respuesta del gobierno atacando a Europa en nombre de la España eterna y el definitivo y fascista «seguiremos cabalgando», indica que a pesar de tener el contexto geopolítico favorable (inestabilidad en Portugal, triunfo comunista en Italia...), el gobierno franquista se encuentra internacionalmente tan aislado o más que durante el juicio de Burgos.

En cambio, en el interior, esta vez la ofensiva popular ha sido prácticamente nula⁹. Las acciones del FRAP respondían a necesidades partidistas que poco tenían que ver con la violencia revolucionaria, que

no por esto es un problema numérico, como dirían los prochinos. Una minoría *interna* al movimiento revolucionario y de clase puede ejercer una verdadera violencia revolucionaria. Esta razón, la represión previa que ha sido muy fuerte sobre todo en los barrios donde se han sucedido los registros, y también, porque los grupos reformistas se hallaban demasiado preocupados por escalar puestos en la Organización Sindical, explica por qué la respuesta al ataque de la dictadura ha sido muy débil. Las organizaciones del movimiento obrero autónomo, que apoyaron resueltamente a Puig Antich frente a la indiferencia general de los grupos reformistas (que después no saldrían de su asombro ante la reacción popular espontánea) poco han hecho. Los católicos más o menos progresistas en sus campañas contra la pena de muerte tienen que hacer frente ahora a la crítica: ¿Por qué no apoyáis también una campaña contra la muerte de los policías? Su paralización es comprensible, ya que su lucha contra la pena de muerte al no estar apoyada en el punto de vista obrero, se basa en un humanismo contradictorio y pequeño burgués.

A otro nivel, para constatar la progresiva reducción de la base social de apoyo de Arias, es importante destacar las declaraciones del Consejo provincial de Empresarios de Barcelona poco después del cese de Socías Humbert. Este dirigente sindical a su modo ya practicaba cierto «compromiso histórico» con los reformistas y contra la radicalización de las huelgas obreras del Baix Llobregat. Los empresarios, en este escrito, se pronuncian por una mayor intervención del Estado en cuestiones de sanidad, de educación, etc., para que el salario tenga menos peso,

9. Exceptuamos al País vasco, que cada vez más se configura como «caso aparte».

y por tanto la lucha obrera en este terreno, pierda virulencia al estar ya cubiertas las necesidades básicas. Lo más interesante es la estrategia burguesa para hacer frente a la apropiación de riqueza por parte de los trabajadores. La revista *Cambio 16* la resume así: «En definitiva, los empresarios piden con insistencia una representatividad real en la parte de los trabajadores y parecen llegar a la conclusión de que esta representatividad auténtica depende de un sindicato auténtico.» La burguesía no rompe con el régimen. Pero cada vez es más consciente de que hay que definir lo que ellos llaman unas «nuevas reglas de juego».

Arias no podrá establecerlas. Al verdugo Arias le ha pasado ya su hora. Las Asociaciones por él preconizadas, que deben moverse dentro de los límites del franquismo, no tienen credibilidad en el interior y mucho menos en el exterior. Las Asociaciones actuales no pueden ser admitidas en Europa como seudopartidos políticos por dos razones: 1) No participan en ellas ni la socialdemocracia ni la democracia cristiana. 2) Las Asociaciones han quedado ligadas necesariamente al hombre, Arias, que manda asesinar a cinco antifranquistas.

Ruptura controlada o ruptura revolucionaria

En estas condiciones, se puede decir que el futuro de la dictadura capitalista española puede seguir varios caminos distintos que de hecho confluyen en un mismo punto.

Que Arias, en una involución autoritaria, con la represión como única arma, levante los engendros de las Asociaciones y empiece la «función teatral» de las seudo-elecciones con los seudopartidos, es a buen seguro lo más probable. Es la primera etapa. Pero la clase obrera no será,

porque sus condiciones mismas de supervivencia no se lo permiten, un mero espectador desinteresado. Las luchas obreras autónomas van a sucederse, y cada vez le será más difícil al Estado, con sus actuales formas de dominación y control, *asegurar a los capitalistas una tasa de ganancia media*. Al Estado capaz de planificar el desarrollo capitalista, aunque sea sectorialmente, sucederá, está sucediendo ya, el Estado-terrorista, el Estado-crisis, mero organizador de la represión contra la clase obrera. Un ejemplo de lo que decimos ocurrió este mismo año. Miles de policías ocuparon la fábrica Seat, cuando después de una larga huelga los trabajadores se reintegraban a sus puestos. Debían evitar que, tras nuevas asambleas, se retornara al paro. El trabajo tomó entonces la forma de orden militar, la pura forma de orden represiva. Es la última cara del Estado capitalista: El Estado crisis-terrorista, que necesita la violencia para vencer el rechazo del trabajo por parte obrera, el Estado promotor de atentados para paralizar a la clase trabajadora por el miedo y el desconcierto. La precariedad del capitalismo es tal, que únicamente puede subsistir en su propio desorden. Este momento en cierto modo no está tan lejos, ya ha habido ensayos. La estrategia del caos para reagrupar a las fuerzas políticas que se quieren separar, ha sido ya puesta en práctica. El atentado a la cafetería madrileña involucrando a ETA y al PCE perseguía una doble finalidad inmediata: Hundir en el desprestigio a la organización armada, mas no por esto no popular, la ETA, y a la vez mostrar las «intenciones y métodos» de los comunistas a los ilusos e inconscientes burgueses que pensasen en colaborar con ellos. Esta fase última que adopta el Estado, esta crisis política con la putrefacción de la estabilidad burguesa a causa de la presencia de un poder obrero

autónomo, mínimamente estructurado en organización de clase, tiene el efecto de hacer *converger el reformismo del capital con el reformismo obrero*. La clase obrera habría conseguido imponer lo que más le conviene, la ruptura total con el régimen, lo que los reformistas denominan corrientemente como ruptura democrática. Es importante destacar que esta ruptura no puede venir con llamadas a la burguesía, a la pretendida derecha civilizada y con la correspondiente política interclassista. La ruptura de la continuidad del régimen es la culminación de *una crisis política impuesta* por la clase obrera a la burguesía. Corresponde por tanto al momento de máxima ofensiva proletaria, durante el cual el Estado va a remolque de la iniciativa obrera, incapaz de responder si no es con el terror.

Sólo una política de clase, capaz de unificar al proletariado en torno a la fracción de la clase descualificada, que es la portadora del proyecto comunista, permitiría erosionar día a día el poder burgués. Desplazar a su favor la correlación de fuerzas en la fábrica, en todo el espacio en el cual se valoriza el capital, aumentar constantemente su autonomía, bloquear el desarrollo capitalista, es el camino, *el único camino* para llegar a la ruptura. Ruptura que tendrá muy poco de democrático-burguesa, porque no en vano vendrá impuesta por una clase obrera en ofensiva.

La ruptura democrática o sea, el momento prerrevolucionario que sella el encuentro del reformismo del capital y el reformismo obrero, supone alcanzar una situación límite inmejorable para las fuerzas revolucionarias, pero muy precaria para el capital.

Privilegiar solamente esta evolución de la dictadura capitalista, como muchos hacen, supone olvidar completamente otra posibilidad mucho más negativa para la

clase trabajadora. Nos referimos a la ruptura controlada de la continuidad, a *la ruptura desde el interior*, lo que la oposición moderada llama la reforma constitucional.

¿Qué significa esta posibilidad? Supone intentar aplazar y alejar la crisis política impuesta por el proletariado en lucha, mediante la formación de una nueva alianza de clases más estable por su mayor amplitud. La oposición moderada (Fraga, demócratas-cristianos, etc.) e incluso el mismo PSOE, serían las fuerzas políticas representantes de las nuevas fracciones de clase que intervendrían en este proceso de integración. La forma práctica que podría adoptar esta ruptura interna es imprevisible. Podría haber un reagrupamiento en torno a Juan Carlos de Borbón después de la muerte de Franco, que tendría el apoyo de los «neutrales y apolíticos» del ejército, porque parecen ser mayoría. El apoyo del capital monopolista internacional, vía Alemania, seguramente estaría asegurado con la participación en el «tinglado» de los socialdemócratas.

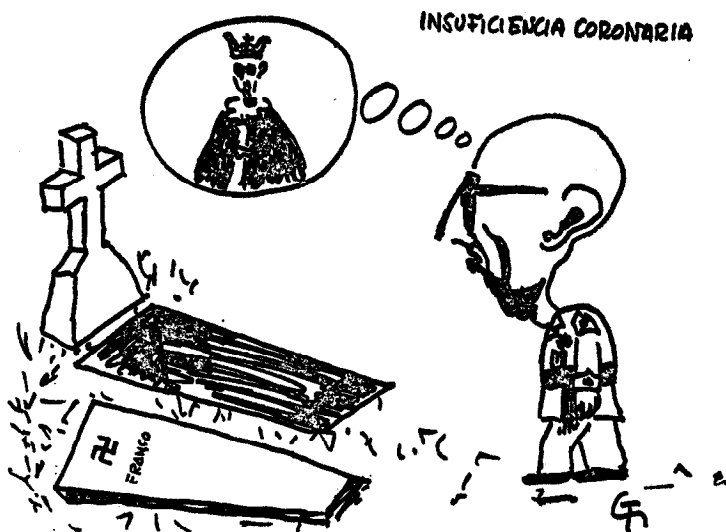
En todo caso, la reforma constitucional, a pesar de lo que desearían sus promotores, no puede ser una tregua en la lucha de clases. Para la burguesía se trataría de abrir una etapa de desarrollo capitalista programado, gracias a convenientes pactos sociales. Para la clase trabajadora esta reforma debe ser una pausa para reagrupar fuerzas, y gracias a un salto cualitativo en la organización y en la estrategia, avanzar hacia la revolución social, que pasa forzosamente por la ruptura democrática tal como nosotros la entendíamos anteriormente.

En resumen y aventurando algunas hipótesis, podemos decir que la política Arias ha fracasado, pero continuará en cuanto sistema altamente eficaz para reprimir al movimiento obrero. Su persistencia puede

preparar la ruptura controlada (reforma constitucional) al allanar el camino por destrucción de la clase tabajadora en lucha. O bien, de no resolverse la situación en este sentido e ir «pudriéndose», llegará una exacerbación de la lucha de clases, con fases de guerra armada, en la cual el proletariado estará más cerca de imponer *su propia ruptura*.

¿Qué es lo más probable? Si continúa la situación actual, con la acentuación de la represión indiscriminada y dirigida a sectores cada vez más amplios, posiblemente el camino de la ruptura interna y controlada se esté cerrando poco a poco. Las declaraciones de Ruiz Giménez a la BBC nos reafirman en esta opinión. El dirigente demócrata cristiano decide romper, ¡por fin!, con el franquismo y pide

la constitución de un gobierno provisional que incluya a los comunistas. El ejército también se ve atravesado por contradicciones y parece existir una organización democrática parecida al MFA en su interior. El endurecimiento del régimen no va a alterar las posiciones estratégicas de la oposición. La Junta Democrática y la Plataforma Democrática se unen, pero a pesar de que Carrillo por primera vez hable de la violencia necesaria (?) desde el extranjero, su línea política colaboracionista y e interclasista no va a cambiar para nada. De hecho, actualmente los reformistas se esconden, esperando tiempos mejores, confían más en los capitanes y en la «derecha civilizada» que en las propias fuerzas de la clase trabajadora.



A. Sáez Alba

**La otra "cosa nostra"
La Asociación
Católica
Nacional de
Propagandistas**

y el caso de «El Correo de Andalucía»

Aportación fundamental para el conocimiento de la naturaleza y del papel político de la derecha católica en la España contemporánea. Libro polémico y, sin embargo, de una riqueza de datos y anécdotas difícilmente superable. Documento fundamental del anticentrismo y la antirreconciliación.

Prólogo del editor: Introducción a la ACNP. La ACNP y las derechas católicas españolas antes de la segunda República. La ACNP, la segunda República y la guerra civil. Los propagandistas y la construcción del nuevo Estado en los años cuarenta. El fracaso del Estado nacionalcatólico (1956-1965). La preparación del posfranquismo.

Introducción. De los orígenes al franquismo. Incondicionales a Franco. Por los secretos claustros de la ACNP. La religiosidad acenepista. Ideología y práctica política. El humanismo acenepista. ACNP, Promotora Nacional de Altos Cargos. Al asalto de la Información. La aperturita: ¿Conversión o adaptación? Apéndices: Cronología del caso de El correo de Andalucía. Índice biográfico.

Los políticos católicos y la convergencia erótica

«Todos los factores que atentan contra la indisolubilidad y unidad del matrimonio son otros tantos obstáculos para la reconciliación» (Pastoral colectiva del episcopado español, abril 1975)

En Cataluña, quienes predicán una democracia «sueca» son políticos católicos. Pero la verdadera democracia sueca tiene una actitud desenfadada hacia la institución familiar. Esos políticos deberían decir pues si están a favor de: 1) el divorcio automático, si existe mutuo acuerdo, y con facilidad cuando lo quiera sólo una de las partes, con efectos civiles también para los casados eclesiásticamente; 2) suprimir el adulterio y la homosexualidad como delitos del Código penal; 3) la legalización de la interrupción del embarazo, en los tres primeros meses, a petición de la mujer (según cifras oficiales, hay unos 300 000 abortos anuales en España, todos ilegales: es decir, más o menos la mitad del número de nacimientos o el cuatro por ciento de las mujeres en edad fértil. En Italia hay el doble, en Brasil ocho veces más. Lo importante no es la cantidad sino la ilegalidad).

¿Llegaremos hasta ahí? ¿Correrá tanto peligro la familia cristiana con Jordi Pujol en el poder como cuando el libertario Juan García Oliver fue ministro de Justicia? La moralidad católica, ¿es compatible con la autonomía y la libertad en materia sexual y familiar? Cuando algunos políticos católicos hablan de «personalismo comunitario», ¿ponen mayor énfasis en el respeto a la persona o en su inserción, a las buenas o a las malas, en comunidades supuestamente «naturales»?

Yo pienso que cualquier teólogo con un poco de gracia es capaz de acomodar sus prédicas morales a las realidades sociales, jugando con la ambigüedad de los textos sagrados. Por ejemplo, el canónigo González Ruiz ha publicado un artículo en *Sábado Gráfico* donde, del mito del nacimiento de Jesús de una virgen, infiere tesis feministas y presenta la fecundación de María como fruto, podríamos decir, de una inseminación artificial, muy en la línea ultrafeminista que considera superfluo al marido-padre. Pero los católicos, tanto en Italia como en Francia, se han opuesto al divorcio y a la legalización del aborto y, en general, han estado en contra de la legislación de tipo «sueco» introducida en la mayoría de Estados europeos en los últimos años.

¿Qué razones había para castigar el adulterio (y más en la mujer que en el hombre), para prohibir la interrupción del embarazo, para castigar la homosexualidad, para dificultar el divorcio y, en conjunto, para fortalecer la familia monogámica indisoluble y para entorpecer la sexualidad preconjugal y extraconjugal? La respuesta es fácil: la familia sirve para regular la transmisión del *status* social y de la herencia, lo cual es muy importante en sociedades estamentales y bastante importante en sociedades burguesas. Así, por ejemplo, las subcastas de la India se definen precisamente por la endogamia. La regla en una sociedad burguesa es también el matrimonio entre personas socialmente iguales, con excepciones como la indicada en la frase «al patrimonio por el matrimonio».

La sexualidad de las mujeres debe estar pues bajo un control estrecho, para lograr que se casen bien, con un «buen partido», y que no se descasen después: de ahí que se predique la virginidad de las solteras y la castidad de las casadas. A las mujeres hay que controlarlas de cerca porque pueden introducir bastardos en la familia. Los métodos anticonceptivos, si se ponen al alcance de todas las mujeres, facilitan el salirse de ese control, uno de cuyos elementos más eficaces ha sido la amenaza de un embarazo no deseado y que no pueda interrumpirse legalmente. La curiosa clasificación de los niños en legítimos, ilegítimos, naturales, etc., con sus consecuencias sobre la parte de herencia que le toca a cada tipo de niño, indica bien a las claras cómo la familia sirve para transmitir *status* sociales y herencias.

En una sociedad más burguesa y menos estamental, el origen familiar no cuenta tanto: los apellidos no son tan importantes como el dinero, por así decir, y no importa mucho si el dinero es heredado o de propia adquisición. De todas formas, tanto el *status* social adscrito, de origen, como el *status* social adquirido tienen importancia en el mercado matrimonial. Por ejemplo, aunque las madres burguesas de Barcelona digan que la principal cualidad de sus yernos es que sean «bons nois i treballadors», los apellidos y el dinero heredado o que van a heredar también cuentan. Pero a medida que hay más movilidad social, el control de la sexualidad femenina empieza a relajarse: por ejemplo, la edad en la que puede contraerse matrimonio sin necesidad de permiso paterno ha ido bajando en todas partes y también en la misma España.

El teatro de Ibsen es una muestra de que Escandinavia ha tenido los mismos problemas que nosotros tenemos. La represión sexual en España, a causa del triunfo de las fuerzas católicas en la guerra civil, ha sido mayor que en Europa, pero sería tan absurdo pensar que no ha habido y hay represión sexual en Europa como que España no va a seguir una evolución parecida. La legislación tendrá que recoger esta evolución, en el sentido ya indicado, y también, por ejemplo, protegiendo a las madres solteras en vez de discriminar en su contra.

La mayor movilidad social, el mayor grado de igualdad de oportunidades, los impuestos sobre las herencias, la democratización de la enseñanza conducen a que la familia monogámica indisoluble pierda importancia. La mujer se libera entonces de la vigilancia calderoniana de padres, maridos, dueñas y curas. Como en Suecia. En una sociedad verdaderamente igualitaria, la importancia del matrimonio en sentido tradicional y de la familia monogámica indisoluble sería nula, y el amor se haría por amor. Sería libre el amor, no se reprimiría por obligación ni se haría nunca por obligación. La igualdad y la libertad van juntas. En Suecia, los chistes de chicas a quienes se les «pega el arroz», de maridos con cuernos y de maricones, producirían una hilaridad muy moderada. Todo esto es un asunto archisabido, que casi da vergüenza repetir, de tantas veces como se ha dicho ya.

Por tanto, sorprende que a los políticos católicos de este país nuestro les haya dado ahora por la democracia «sueca». ¿Qué siniestros propósitos albergan contra la familia, célula básica de la sociedad? Mucho me temo que absolutamente ninguno, y que cuando hablan de democracia «sueca» estén pensando en el urbanismo, la autogestión, la ley del suelo y otras cosas igualmente asexuadas. La Iglesia española (y supongo que la Iglesia catalana está de acuerdo) ha dicho claramente que no está dispuesta a reconciliarse con quienes quieran introducir las sanas costumbres suecas en la familia española. De modo que jugar a la vez la carta católica y la carta «sueca» es hacer trampa.



Del atentado contra Ruedo ibérico y de otros atentados

En la madrugada del 14 de octubre pasado, la librería de Ediciones Ruedo ibérico fue objeto de un atentado. La explosión de una bomba produjo graves destrozos en sus locales. Los vidrios de las casas del vecindario quedaron hechos añicos y los coches estacionados en la calle sufrieron daños, en algún caso irreparables. Si se tratara de un acto insólito, aquí terminaríamos la noticia, para pasar a enumerar las consecuencias del atentado sobre nuestra actividad y las muestras de solidaridad recibidas.

Pero se trata de un atentado más —no el último— de los muchos perpetrados contra personas físicas y morales españolas en diversos lugares de Francia, a lo largo de 1975¹. Como en otros casos —los más— el atentado fue reivindicado horas más tarde por «ATE-Antiterrorismo ETA». Forma parte, pues, de una larga serie que revela la voluntad sistemática de sus inspiradores y permite valorar políticamente la reacción —o la ausencia de reacción— que ha provocado en los medios exilados españoles y en los ambientes demócratas franceses y permite formular hipótesis sobre las preocupaciones de unos y otros en vísperas y en el curso de la agonía de Franco.

Esa serie de atentados ha provocado un eco débil en la gran prensa francesa, en un año en que sus columnas concedieron la mayor importancia a otros aspectos de la política española. En el caso del atentado contra Ruedo ibérico el silencio ha sido casi absoluto. Lo que me parece casi normal. Ha merecido en cambio alguna mayor atención en la prensa anglosajona, lo que siempre es de agradecer². Aunque

en algún caso hubiera valido más el silencio que la noticia tendenciosa o clara-

1. Se puede consultar una lista bastante completa de estos atentados en *Euskadi: el último estado de excepción de Franco*, Ruedo ibérico, París, 1975.

2. «La explosión de una bomba, la noche del 13 al 14 de octubre, en la conocida editorial española exilada Ruedo ibérico ha sido la culminación de una serie de ataques contra los enemigos culturales del actual gobierno español [...] Ruedo ibérico ha publicado obras de Gerald Brenan, Herbert Southworth, Stanley Payne, Ian Gibson y Hugh Thomas en español —y en algunos casos en francés—, así como otras muchas obras de significado ampliamente anti-franquista. Ha conseguido acreditarse superando muchas dificultades [...] el gobierno francés debe ciertamente hacer algo para evitar más actos de destrucción de este tipo, que sólo pueden ser obra de malhechores españoles derechistas, o incluso (como se ha dado a entender a menudo) de miembros de los servicios secretos o de policías españoles «fuera de servicio»» (*Times Literary Supplement*, Londres, 31 de octubre de 1975.)

«[...] La extrema derecha está decidida a llevar su combate contra los intelectuales españoles al territorio francés. En la madrugada del 14 de octubre, una editorial española, Ruedo ibérico, domiciliada en la Orilla izquierda, fue víctima de una bomba. El grupo que se considera responsable del ataque se denomina ATE, Antiterrorismo ETA [...] grupo vinculado a los restos de la OAS establecidos en España después de la guerra de Argelia [...] Ruedo ibérico es una editorial única. Fue fundada en 1962 por intelectuales españoles residentes en Francia [...] [ha hecho] accesible la historia política y cultural de España a otra generación educada enteramente a base de propaganda [...] Las nuevas leyes antiterroristas dictadas a finales del verano en España hacen imposible editar libremente [...] Sería desastroso que, en breve plazo, y por causas económicas, Ruedo ibérico dejase de publicar su revista y sus libros [...]» (*The Village Voice*, Nueva York, 17 de noviembre de 1975.)

mente falsa y desorientadora. *The New York Times* presentaba así los hechos, el 15 de octubre de 1975: «[...] Ruedo ibérico, de izquierdas y antifranquista, ha publicado obras relativas a España y a Portugal. Uno de sus textos clásicos es *La España del siglo XX* de Tuñón de Lara. La policía ha abierto una información, presumiendo un motivo político [...] Se ha especulado esta noche con la posibilidad de que Ruedo ibérico haya podido ser atacada, creyendo por error que se trataba de una editorial profranquista.» La carta que nuestro asociado Nicolás Sánchez-Albornoz dirigió al *New York Times*, rectificando las falsedades, no fue publicada³.

Las denuncias de periódicos como *Le Canard Enchaîné* o *Libération* y *Times Literary Supplement* y *The Village Voice* o las de las propias víctimas se han manifestado ineficaces para poner a la policía francesa sobre la pista de los «antiterroristas», si se juzga por los resultados obtenidos. Sin embargo, muchos han sido los indicios para salir de una situación a todas luces poco laberíntica. El propio Poniatowski, ministro francés del Interior, se creyó obligado en junio a acusar a «organizaciones que trabajan paralelamente con la policía española» y a declarar: «Si el gobierno español tolera las acciones de sus policías sobre nuestro territorio, se comporta de manera inamistosa susceptible de poner en juicio las relaciones normales de Estado a Estado.» La demanda de protección formulada por Ruedo ibérico ante la policía competente, meses antes del atentado —tras aquellos que hicieron víctimas a Mugalde, al CISE y a la editorial Ebro— tuvo una acogida involuntariamente humorística: «—¿Son ustedes comunistas? No. Pues nada tienen que temer.»

A juzgar por el interrogatorio a que fui sometido en la Brigada criminal, a lo

largo de tres horas, dos días después del atentado, me percaté de que el hilo conductor de la investigación tiene poco que ver con el de Ariadna. El interrogatorio puso de manifiesto los términos en que aparentemente planteaba el problema la Brigada criminal. En más de un momento, me sentí acusado más que víctima. O quizá víctima, pero merecedor de serlo. Allí no se descartaba la hipótesis de que el atentado no estaba dirigido contra la librería —persona moral ejerciendo una actividad amparada por la ley— sino contra mí mismo, a causa de mis antecedentes políticos. Para explicar el atentado, era de la mayor importancia determinar mi posición personal ante la violencia, y el test para ello quedaba reducido a inquirir mis sentimientos respecto al atentado contra el agregado militar adjunto de la embajada de España en París, reivindicado unos días antes por el comando francés «Brigade Internationale Juan Pa-redes Manot». Obtener de mí una declaración genérica, indiscriminada, contra la violencia, quizá diera razones a la Brigada criminal para retener la hipótesis —formulada ante mí por sus miembros varias

3. «Como uno de los cofundadores de Ruedo ibérico [...] me he visto sorprendido al leer en *TNYT* la reseña de lo sucedido. En primer lugar, Ruedo ibérico no ha publicado el libro de Tuñón de Lara *La España del siglo XX*, como se afirmaba [...] Ruedo ibérico es un conocido centro de españoles disidentes. Desde 1962, es como un hito en la Orilla izquierda parisina [...] En los últimos meses, más de treinta librerías que exhibían obras tachadas de izquierda, como por ejemplo grabados de Picasso, han sido atacadas en España por terroristas de derechas. La campaña contra librerías y editores ha cruzado ahora la frontera. Mugalde, una editorial vasca de Hendaya, fue también atacada hace unos meses. En junio, Ruedo ibérico solicitó protección contra los terroristas a la policía francesa. Las motivaciones de la destrucción de esta editorial sin censura provienen de la misma mentalidad que en 1936 inspiraba el grito «Abajo la inteligencia»,»

veces— de que el atentado contra Ruedo ibérico pudiera ser obra de un grupúsculo izquierdista descontento con una apreciación contra la violencia (no formulada por mí, ni en público ni en privado). Si se acepta esta lógica, pocos días después, los «antiterroristas daban respuesta a la Brigada criminal: otra bomba hacía víctima al gobierno de Euskadi en el exilio, animado por el PNV, partido emparentado con el del actual ministro francés de la Justicia, y partido cuya posición pacifista es harto conocida.

Dos hipótesis se enfrentan pues, en ese momento, en el ánimo de la policía: la de la ley del talión, la del golpe por el golpe, justificable, si no justificada, en sentido único; o atentado contra enemigo de la violencia, dicho de otra manera, arreglo de cuentas entre izquierdistas. Y a manera de puente entre ambas, en nuestro caso, error de objetivo de los terroristas de izquierda, según insinuaba *The New York Times*. No estamos en presencia de meras aberraciones intelectuales, sino de reflejos de la dialéctica propia a todas las policías.

Como en otros casos, quizá no sepamos nunca quiénes fueron los autores materiales de los atentados, más que cuando aquéllos hayan perdido la vida al comerlos⁴. Tampoco importa sobremanera el saberlo, con nombres y apellidos: funcionarios españoles enviados al país vecino a perpetrar actos condenados por las leyes de éste o mercenarios reclutados —¿por quién?— sobre el terreno. En todo atentado político lo importante es la voluntad instigadora. Importa, pues, hallar el denominador común de la serie de atentados y este denominador acusa irrefutablemente a los ultras españoles y, en consecuencia, a la complicidad inmediata de los órganos represivos franquistas. Sin la protección de éstos, tales ultras, si es que los hay fuera de la policía, son inca-

paces de llevar a cabo acciones más allá de las fronteras del Estado español. La identidad de los «Guerrilleros de Cristo rey», antes y ahora, y de «ATE (Antiterrorismo ETA)» o «GIN (Grupo de Intervención Nacionalista)», ahora, con las fuerzas represivas oficiales franquistas es de fácil prueba, incluso ante el más puntilloso de los jueces⁵. A pesar de las afirmaciones de Cortina Mauri, respondiendo a las acusaciones de Poniatowski, de que tal identidad no es sino un «rumor público».

Importa aquí valorar la respuesta, o el silencio, de los agredidos, única manera de trazar los límites de quienes se sienten agredidos. Porque tal sentir cuenta. La tentación de diferenciar en dos grupos sin conexión el conjunto de los atentados cometidos en Francia por el franquismo comporta peligros evidentes. Pero, a buen seguro, tiene también atractivos eficaces. Y más de uno cayó en la tentación. Los atentados contra personas físicas —limitados hasta ahora a militantes de organizaciones vascas— pueden quedar justificados (?) ante muchos españoles y franceses, aun entre los que se consideran liberales, socialistas, comunistas...: Terrorismo contra terrorismo; la violencia llama a la violencia. Por ser difícilmente implicables en actos de terrorismo las personas morales que han sido víctimas de atentados, éstos serían condenables —éstos sí— por el conjunto de españoles y franceses que se consideran liberales, socialistas, comunistas⁶... Lo cierto es que

4. Marcel Cardona Amorós, francés nacido en Rabat. Condenado dos veces por robo en España. Muerto por la explosión de la bomba que intentaba colocar en el coche del refugiado vasco Urruticoechea, el 5 de junio de 1975.

5. Puede consultarse en este sentido *Euskadi: el último estado de excepción de Franco*.

6. Dejo de lado el problema, sin embargo esencial en este plano, de saber quién recurrió primero a la violencia, quién empujó ineluctablemente hacia la violencia a las víctimas de la

tal división escamotea la unidad profunda que une entre sí ambos «tipos» de «antiterrorismo». Es el equivalente, en otro plano, menos general, al establecimiento a la hora de condenar el terror franquista de una distinción entre etarras y miembros del FRAP.

El denominador común de las personas jurídicas víctimas de atentados franquistas no es precisamente su talante violento. Nos parece ineludible citarlas: Librería Mugalde (Hendaya); Comité de Información y Solidaridad con España, CISE (París); Librería Naparra (Biarritz); Anai-Artea (San Juan de Luz); Editorial Ebro (París); Sala de fiestas Le Bataclan (París); Librería de Ruedo ibérico (París); Gobierno de Euskadi en el exilio (París). Se trata de centros frecuentados, en mayor o menor medida, por toda suerte de españoles, e incluso franceses, y todos ellos, en un grado u otro, desarrollan funciones informativas que no pueden ser asumidas por nadie de fronteras a dentro en el Estado español. Por ser públicos y frecuentados sin discriminación, sus locales no son lugares propicios para cobijar la preparación de actos terroristas. Su vulnerabilidad es un dato que debe ser tenido en cuenta, pero que no puede explicar enteramente la preferencia de los «antiterroristas» por ese tipo de establecimientos o instituciones.

La cronología da indicios sobre los fines objetivos perseguidos por el terrorismo parapolicial franquista. Es de señalar que entre el 29 de junio en que estalla la bomba en Le Bataclan y el 14 de octubre en que es destruida la librería de Ruedo ibérico, no tiene lugar ningún atentado de este tipo. No se trata de meras vacaciones veraniegas, pues el terrorismo de ese tipo alcanza su clímax durante ese periodo dentro de las fronteras españolas. Ese periodo coincide con la movilización de la opinión pública mundial en favor

de Otaegui, Garmendia, Baena, García Sanz, Sánchez Bravo y Txiki, y esa movilización —rica, sin embargo en violencias contra símbolos del franquismo fuera de sus fronteras, lo que en lógica formal hubiera debido provocar la respuesta— aconseja poner freno a las acciones «antiterroristas» perpetradas fuera del Estado español. Hay que esperar la calma, la desmovilización de los antifranquistas europeos y especialmente franceses.

Si nos remontamos más allá del último estado de excepción en Vizcaya y Guipúzcoa, quedamos convencidos de que la violencia parapolicial franquista es de carácter ofensivo y no defensivo; no tiene un objetivo «antiterrorista», sino pura y simplemente terrorista. No nace en el País vasco. Mucho antes de adoptar la forma mimética antiETA, tal violencia se había manifestado preferentemente en Madrid y en el este de España (Cataluña y Levante), contra intelectuales y sacerdotes tildados de progresistas y contra librerías, salas de arte o simples lugares de reunión «cosmopolita»⁷. Y, durante ese periodo, la lucha contra ETA seguía siendo asumida, a cara descubierta, por las fuerzas represivas del Estado español. Cuenta pues, igualmente, la significación objetiva de los actos perpetrados. Y éstos demuestran que, aun sin haber sido alcanzado, el obje-

violencia. Entre muchos de los aludidos antes, el monopolio del recurso a la violencia que el derecho concede al Estado, da carácter de restablecimiento del orden —reacción contra la violencia del oprimido— a la violencia de los órganos del Estado, es decir, del opresor. La convergencia en la necesidad prioritaria del mantenimiento del «orden» —aunque se trate del orden franquista— de ciertos sectores «antifranquistas» con otros sectores caracterizadamente franquistas, ya ha sido denunciada hasta la saciedad.

7. La economía de medios impone que las víctimas designadas tengan cierta notoriedad, pero sin que alcancen el nivel de «estrella».

tivo de acabar con ETA ha sido plenamente desbordado. En Euskadi (como en el resto del Estado español) para amedrentar al conjunto de la población. ¿Y en Francia?

Es inimaginable que los agentes represivos franquistas hayan abrigado la esperanza de destruir las presuntas bases terroristas ubicadas en Francia y debilitar seriamente, por sí solos, los dispositivos políticos exilados. Pero trasladar una lucha interna al país vecino constituye una ingerencia caracterizada en la política de su Estado y tiene, necesariamente, que provocar una reacción por parte de éste; el sentido de esa reacción es previsible cuando se tiene un conocimiento correcto de las líneas de fuerza de tal política. Los sucesivos gobiernos franquistas demostraron desde 1939 gran interés por el exilio español radicado en Francia, incluso en periodos de pasividad política casi absoluta de aquél. Añoraron siempre la época de la ocupación alemana de Francia y el régimen de Pétain, sus campos de concentración, las extradiciones y la rigurosa clandestinidad a que obligaban a los refugiados antifranquistas. Veintisiete años de exilio me han permitido asistir a la decadencia de la potencia del exilio. Sin embargo, siempre —ayer como hoy— ha sido más fácil para el Estado franquista suprimir las acciones que él calificaba de terroristas, que destruir las potencialidades del exilio español en lo que respecta a su capacidad de acogida de perseguidos políticos, de vehículo informativo, de plataforma de movilización internacional contra el franquismo. Cabe que sólo los gobiernos franquistas hayan valorado con realismo aquellas potencialidades. Mientras las organizaciones clandestinas *intra muros* desdénaban, se enfrentaban o negaban valor al exilio —con razones, cierto es, de peso⁸— los gobiernos franquistas acentuaban su presión ante los

gobiernos franceses, exigiendo medidas contra el exilio, y extremaban la vigilancia del mismo con empresas masivas de infiltración. Es verdad de perogrullo que la lucha contra un Estado altamente represivo exige la existencia de bases fuera del alcance de aquél, ya sea en el extranjero, ya sea en tierra liberada. En nuestro caso, la destrucción del exilio sólo es posible mediante la intervención directa del Estado francés y en un grado de violencia represiva por su parte incompatible con las normas que él mismo aplica a sus propios ciudadanos. El Estado francés ha efectuado en los últimos decenios una escalada represiva general que ha afectado a ciertas minorías extranjeras más que a los ciudadanos franceses; pero con excepción de la suerte corrida por la minoría argelina en Francia, durante la guerra de liberación de Argelia, nunca alcanzó grados susceptibles de dar entera satisfacción a los gobiernos franquistas en lo que a la minoría exilada española se refiere. Ni siquiera en el caso vasco —al que por motivaciones de política interior tiene que ser sensible el jacobinismo de los gobiernos franceses— sus reacciones han superado la adopción de medidas —duras según el criterio de quienes eran objeto de las mismas y de carácter ciertamente represivo— pero que los gobiernos franquistas han considerado siempre de carácter tolerante o benigno. Ciertamente el metro franquista tiene más centímetros que cualquier otro metro. Ni siquiera durante la guerra fría lograron satisfacerle las medidas adoptadas en Francia contra el PCE. Fuera de este caso,

8. Las miniburocracias del exilio tuvieron siempre tendencia a considerarse líderes de la oposición antifranquista, del conjunto de ésta, o del sector propio, sin aceptar el papel que las exigencias de la lucha política les imponía: ser la base logística de aquella oposición o de aquellas oposiciones.

la escalada represiva del Estado francés ha afectado escasamente a los grupos e instituciones tradicionales más importantes del exilio español.

Quizá ciertos sectores del aparato estatal franquista hayan considerado llegado el momento en que el Estado francés esté maduro para salir de su pasividad. Por cierta comunidad de interés en lo que al problema vasco se refiere. O por considerarlo más represivo de lo que es. En esas circunstancias trasladar a Francia la lucha violenta que opone ciertos grupos a las autoridades franquistas dentro del Estado español, puede suscitar, con la ayuda de ciertas complicidades, que la pasividad se convierta declaradamente en pasividad en sentido único, provocando en muchos exilados un reflejo masivo de autodefensa violenta, ofreciendo así al Estado francés el pretexto que al parecer le falta para abandonar —en nombre del orden patrio— las medidas individuales, parciales o sectoriales y adoptar medidas represivas generales contra el exilio español, susceptibles de destruir casi completamente las potencialidades que antes señalaba. Y no faltarían voces francesas que las reclamasen. En este aspecto, es significativa la carta recibida por Ruedo ibérico días después del atentado, y que es exponente de una mentalidad bastante difundida⁹.

Es justo afirmar que tal objetivo no ha sido alcanzado esta vez. La circunstancia puede ser atribuida a que la respuesta violenta a la violencia ha quedado estrictamente circunscrita. Puede ser atribuida a consideraciones de política interna o internacional francesa. Puede ser atribuida a la expectativa despertada por la agonía de Franco, simplemente confundida con el ocaso de su régimen, lo que haría innecesaria a corto plazo la adopción de medidas fácilmente explotables en el combate político por la propia oposición francesa.

Pero no se puede afirmar que sea debido a una acción del conjunto del exilio. Yo entiendo que nuestro problema está ahí. El problema lo plantea ante el conjunto de exilados la ausencia de respuesta política global de sus organizaciones ante la serie de actos «antiterroristas» de que han sido víctimas individuos y organizaciones suyas. Los atentados han provocado —¿cómo evitarlo?— protestas, denuncias, actos de solidaridad valiosos. Pero salta a la vista el carácter desperdido de esas reacciones, siempre de menor vuelo que las movilizaciones motivadas aquende sus fronteras por otros crímenes del franquismo. Sólo un acto unitario de carácter francés ha provocado la serie de atentados, y ello al comienzo del fenómeno: el 31 de mayo, manifiestan conjuntamente en Bayona el PCF, el PSU, la CFDT y la Liga de los Derechos del Hombre. Lejos de mí la intención de comparar en número y en rigurosidad ambas series de agresiones y crímenes, o la sobrevalorización de la participación no española en las movilizaciones, o la acusación de explotación demagógica de hechos por ciertos grupos políticos¹⁰. Una intención de eficacia política, no al servicio del estricto exilio, sino de la liberación del pueblo español, es lo que guía mi razo-

9. «Paul Meyer, aunque reprobando el método, se entera con gusto del atentado que ha causado daños en Ediciones Ruedo ibérico especializadas en libros antiespañoles. Desea que su país en una brusca reacción nacionalista, expulse a los extranjeros indeseables y castigue a sus compatriotas que permiten la difusión de ideas subversivas como las que se encuentran en los libros de ustedes. (26, rue de l'Egalité, 59650 Villeneuve-d'Ascq.)»

10. Hay que señalar que la unanimidad de fuerzas, tanto exiladas como francesas, no ha sido alcanzada nunca. Ni siquiera en las grandes movilizaciones (Conill, Grimaud, Granado y Delgado, Proceso de Burgos, Puig Antich, Garmendia, Otaegui, Baena, García Sanz, Sánchez Bravo y Txiki).

namiento. Al exilio se le defiende desde el exilio y desde éste luchan los exilados contra el franquismo, o al menos deberían hacerlo. Una respuesta política conjunta contra los atentados «antiterroristas» hubiera sido capaz de suscitar en la izquierda francesa un reflejo antifranquista agresivo, situando tales atentados en el contexto político francés, subrayando la ingerencia de un país, de un régimen político extranjero en los asuntos franceses, el chantaje político que ello supone, el carácter de atentado contra las propias libertades del pueblo francés, y todo ello en un contexto político-diplomático que nunca fue más desfavorable al franquismo, desde 1945-1947, que durante esas semanas.

La decadencia del exilio a que aludí antes no niega la existencia —todavía— de reservas de energías que alberga en sí, ni el capital de simpatías que —todavía— despierta en numerosos ambientes franceses¹¹.

La iniciativa de una movilización del conjunto del exilio y de los democratas franceses en esta circunstancia, no sólo a nivel de los órganos de información de masa, sino en el propio nivel parlamentario, no podía ser asumida por una de las víctimas de los atentados, ni siquiera por su conjunto. Conscientes de ese hecho y de los sentimientos ambiguos que Ruedo ibérico suscita entre los españoles (empresa comercial para unos, grupo politicocultural para otros), nos lanzamos, sin muchas esperanzas, a suscitar una campaña de protesta, que no limitamos al atentado de que había sido víctima Ruedo ibérico, sino que hicimos extensiva a los atentados que lo habían precedido. Los resultados obtenidos no han sido óptimos, sobre todo si se los compara con los que en teoría hubiera podido alcanzar una iniciativa encabezada por las instituciones republicanas en el

exilio —a ellas correspondía la iniciativa en esta ocasión—, secundadas por los partidos políticos y las organizaciones sociales exiladas. Los modestos resultados obtenidos por Ruedo ibérico —más allá de lo que a él concierne individualmente— prueban (teóricamente) la amplitud y profundidad que hubieran podido alcanzar las formas de protesta del conjunto del exilio español.

Al responder en orden disperso y con escasa energía, el exilio español en Francia ha demostrado no sentirse concernido en su conjunto por el brutal ataque del franquismo, el más brutal dirigido desde 1944 hasta ahora contra él. Ni siquiera parece haberse percatado de que, por encima de sus propias divisiones políticas, existe una unidad jurídica que le impone —o le otorga— el Estado francés y que es condición básica de su propia existencia colectiva legal, es decir, de la existencia de cada uno de sus fragmentos, y que los atentados apuntaban, por su carácter de provocación, a poner esa existencia legal en peligro. Una vez más ha puesto de manifiesto su carencia de unidad. Ciertamente entre ambos hechos existe una relación estrecha. Sin embargo, hay que señalar que todas las miniburocracias que pretenden representar a los exilados han afirmado siempre, y afirman todavía, que la causa de su debilidad

11. Mañana, tras la descarga emotiva provocada en muchos amigos del pueblo español por la desaparición de Franco, cuando la mala conciencia europea se troque en buena conciencia al socaire de medidas seudodemocráticas posfranquistas, tan esperadas por las burocracias socialcristianas y socialdemócratas europeas para liquidar, sin gran algarada de la opinión pública, los contenciosos que todavía marginan a España de Europa, la eficacia del exilio español, no quedará reducida a cero, pero se verá considerablemente mermada, sin que hayan desaparecido las razones que exigen esa eficacia e incluso su reforzamiento.

radica en su falta de unidad. Mera cláusula de estilo, por supuesto. E imposible unidad política.

Pero el atentado contra el gobierno de Euskadi en el exilio lo consideré como la gota de agua que iba a desbordar el vaso de la «paciencia» (el de la imposible unidad política) de aquellas miniburocracias y ser aprovechado por ellas para suscitar un reflejo unitario, tan deseado según confesión propia y que tan buen provecho —creo yo— les hubiera hecho en la ocasión. Por eso me atreví entonces —y no antes— a sugerir al gobierno de la República en el exilio (en la persona de Alonso Baño) y al gobierno de Euskadi (en la persona de Manuel de Irujo), la urgencia de patrocinar una iniciativa, a la vez de carácter tan limitado y tan general. En ambos casos obtuve una acogida cordial. Días más tarde me dirigí por escrito a José Maldonado, presidente de las Cortes republicanas en ejercicio del poder ejecutivo, exponiéndole esa necesidad y subrayando la disparidad política de las víctimas, la unidad legal del exilio y la inanidad, en nuestro caso, del silencio como arma política. Meses después, la no manifestación de resultados prácticos indica que mi sugerencia era inoportuna. Inmotivada, incluso¹⁹.

El antifranquismo no fue nunca el cemento político unitario de los antifranquistas, porque más de lo que éste podía unir, los dividían razones políticas más profundas. El reflejo defensivo tampoco ha sido esta vez cemento unitario para una acción concreta, limitada, pero necesaria y henchida de posibilidades ulteriores. Quizá se haya considerado que, a las puertas de la «instauración» de la democracia en España, defender el exilio —o atacar al franquismo desde el exilio— era un combate de retaguardia y que no valía la pena gastar energías en defensa o en ataque de realidades condenadas a desa-

parecer por aquella razón, y no por otras, en breve plazo. Así sea.

Así sea. Porque en mí se trata únicamente de un deseo en condicional, desesperanzado. Nada hoy en el acontecer político español dice que el exilio vaya a dejar de ser una necesidad ineluctable, única tierra un tanto libre de que pueden gozar muchos españoles obligados —hoy, ayer y mañana— a abandonar España por su acción en pro de las libertades, ni que las funciones del exilio —las asumidas, las desdeñadas o las castradas— no vayan a seguir siendo necesarias.

Pero, ¿qué será de Ruedo ibérico después del atentado? Y sobre todo, ¿qué será en los próximos meses? Su existencia ha sido puesta en peligro gravemente. Los daños materiales producidos por la bomba son reparables y parcialmente cubiertos por las pólizas de seguros. Pero la casi completa inactividad comercial y administrativa a que el atentado nos ha condenado a lo largo de dos meses, ha tenido consecuencias financieras que Ruedo ibérico, solo, no puede afrontar. Al millón de pesetas en que se han evaluado los destrozos, se añade una pérdida de ventas de dos millones de pesetas. Esta circunstancia se une al descenso anterior de nuestras ventas, provocado por el estado de excepción en el País vasco

* Sin embargo, y como siempre he temido, el atentado contra el gobierno vasco no iba a ser el último. Lo noche del 17 al 18 de diciembre, a las 2 h 30 hizo explosión una bomba en una librería dependiente de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), en el n° 39 de la rue La Tour-d'Auvergne, París 9. La explosión, que causó importantes daños materiales, fue reivindicada, en una llamada telefónica a la agencia France-Presse por «los Guerrilleros de Cristo Rey». El 21 de diciembre, otra bomba explota en el coche del propietario de la librería Nafarroa, en Biarritz. Tienen lugar en los mismos días varios otros atentados en el País vasco francés.

y por el recrudecimiento de la represión dentro de las fronteras del Estado español. Ello había obligado ya a retrasar considerablemente nuestro programa de ediciones. El retraso ahora tendrá que ser mayor. Y, en tales condiciones, la incidencia de los gastos generales fijos puede provocar la desaparición de Ruedo ibérico. Así lo hemos hecho saber a todos nuestros amigos. No sólo por reflejo defensivo, sino por ánimo ofensivo. Pues nuestra voluntad es proseguir nuestra actividad en Francia en tanto que ella sea necesaria, es decir, hasta que podamos ejercerla en nuestro país. A la violencia franquista, a la censura franquista —ambas moneda corriente todavía— no podemos responder más que denunciándolas, combatiéndolas; es decir, en nuestro caso, publicando libros. Tanto más cuanto que algunos de los títulos en preparación en el momento del atentado imponían por su temática la urgencia de su publicación¹³. Así lo han comprendido muchos amigos

13. Enumeramos únicamente los más significativos: *Euskadi: el último estado de excepción de Franco*; *Consejos de guerra franquistas*; *Libro blanco sobre las cárceles franquistas: 1936-1975*. El primero ya ha sido publicado, los otros son de publicación inminente.

y las muestras de solidaridad que nos han manifestado nos permitieron evitar el colapso en noviembre de 1975 y hacen posible empezar el año 1976 con algunas novedades publicadas.

No sería posible mencionar individualmente en todos los casos, por la discreción impuesta por los donantes, muchas de las ayudas recibidas. Pero esperamos poder hacerlo en un día no muy lejano. Entre tanto, a todos reiteramos aquí las gracias. Una mención especial merece el esfuerzo de nuestros amigos catalanes. Pero por valiosas que sean y por considerables que hayan sido los efectos positivos que ya han tenido tales ayudas, son insuficientes para colmar el déficit producido por el atentado, sin abandonar ediciones urgentes, sin sacrificar una vez más la publicación de *Cuadernos de Ruedo ibérico*, sin renunciar a la tarea informativa que nos impusimos, porque nadie la había asumido. Sigue siendo, pues, imperativo para el grupo promotor de Ruedo ibérico proseguir en la búsqueda de ayudas y soluciones que permitan reforzarlo y continuar en la labor que emprendimos hoy hace justamente catorce años.

París, 1 de enero de 1976

1. Traducción del comunicado de *Le Monde* y lista de firmantes, completada con las personas cuyas firmas llegaron con posterioridad a la publicación.

El terrorismo franquista en Francia

Desde abril de 1975 se han multiplicado sin suscitar medidas oficiales los atentados contra instituciones y personas antifranquistas, tanto francesas como españolas: la librería Mugalde, editorial vasca de Hendaya, fue plasticada en dos ocasiones en abril y mayo. El 6 de junio, la sede del CISE (Comité de Información y Solidaridad con España) fue destruida por una bomba. El 16 de junio, las Ediciones Ebro, de París, que editan en español obras de orientación marxista, fueron atacadas. Poco antes, la sede de Anai-Artea, asociación de ayuda a los refugiados vascos, de San Juan de Luz, fue plasticada. El 12 de octubre, atentado fallido con metralletas contra militantes vascos en el domicilio del cantante Imanol. El 14 de octubre, explota una bomba en la sede de las ediciones Ruedo ibérico, que desde 1961 publican obras de todas las tendencias prohibidas en España. Esta escalada de violencia por parte de la extrema derecha en el territorio francés está directamente relacionada con la recrudecencia de la represión del gobierno español que, mediante elementos teledirigidos, intenta llevar a Francia la guerra que sostiene ya en España.

Nos solidarizamos con las víctimas de la lucha antifascista y pedimos al gobierno francés que se tomen medidas inmediatas para acabar con las actuaciones de los fascistas —españoles o franceses— que ponen en peligro la seguridad de las personas y el ejercicio de las libertades más fundamentales.

Francia : Monique Abittan (abogado), Valerio Adami (pintor), Robert Akaoui (abogado), Nuri Albala (abogado), Ramón Alejandro (pintor), Les Amis de la Terre, Antonio Alonso Baño (ministro Gob. Rep. español en el exilio), Juan Andrade (escritor), Monique Antoine (abogado), Daniel Artigues (escritor), André Balland (editor), Yves Baudelot (abogado), Simone de Beauvoir (escritora), Simone Ben Amara (abogado), Daniel BenSaid (profesor), Norbert Bensaid (médico), Pierre Bérés (editor), Elise Bertou (maestra), Jérôme Beth (periodista), Roger Blin (actor), Jacinto Borrás, José Borrás (escritor), Virgilio Botella Pastor (escritor), Paul Bouaziz (abogado), Christiane Bouchet (abogado), Claude Bourdet (escritor), Jean Bourg (profesor), Christian Bourgois (editor), Jean Michel Braunschweig (abogado), Jean Denis Bredin (abogado), Maurice Buttin (abogado), Clara Candiani (periodista), Jean Cassou (escritor), Julio Cerón (escritor), Champ Libre (edición), Jean Claude Chauveaud (abogado), Jacques Chevallier (profesor), Jean Cholet (arquitecto), Comité Espagne Libre, Comité d'Information et de Solidarité pour l'Espagne, Comités pour la marche sur l'Espagne, Julio Cortázar (escritor), Pierre Cot (senador), Claude Couffon (profesor), Laure Dachewski-Perrin (abogado), Jean Daniel (periodista), Michel de Certeau (escritor), Yves Dechezelles (abogado), Gaston Defferre (diputado), Jean-Marie Domenach (director de *Esprit*), Nicole Dreyfus (abogado), Sylvie Dreyfus-Weil (abogado), Claude Durand (escritor), Jacques Dupin (escritor), Ebro (editor), Ediciones Hispano-Americanas, Editions Catalanes de Paris, Aline Elmayan (editor), Emmanuel Errera (abogado), Etudes et Documentations Internationales, J.J. de Félice (abogado), Editions des Femmes, FEN (sección Livry-Gargan), Alberto Fernández (periodista), Francisco Fernández-Santos (escritor), Roger Foirier (profesor), Simone Foirier, *Frente Libertario*, Max Gallo (escritor), Antonio García (presidente del Comité Nacional de la Liga de los Derechos Humanos), Agustín García Calvo (profesor), Costa Gavras (cineasta), Daniel Gentot (escritor), Jacques Georgel (escritor), Christiane Gillmann (abogado), Moncho Goicoechea (periodista), Fernando Gómez Peláez (director de *Frente Libertario*), Julián Gorkin (escritor), Josiane Gougis-Moutet (abogado), Juan Goytisolo (escritor), Angèle Grimaldi (directora teatral), Daniel Guérin (escritor), Gisèle

Halimi (abogado), Fred Hermantin (abogado), Guy Hermet (profesor), P. Herold (secretario general de la Liga de los Derechos Humanos), Paco Ibáñez (cantante), Rogelio Ibáñez (actor), Manfred Imerglik (abogado), Manuel de Irujo (ministro del Gob. Vasco en el exilio), Francis Jacob (abogado), Yves Jouffa (abogado), François Kaldor (abogado), Pierre Kaldor (abogado), K.S. Karol (escritor), Alfred Kastler (profesor), Georges Kiegeam (abogado), Eddy König (abogado), Gilles Lapouge (escritor), Pierre Lavigne (profesor), Claude Lefort (escritor), Michel Léiris (escritor), Daniel Lelong (escritor), Librairie Espagnole, Impensé Radical, Joie de Lire, Ophrys, Parallèles, Pensée Sauvage, La Taupe, Le Tiers Mythe, Les Yeux Fertiles, Jérôme Lindon (Editions de Minuit), Roger Louis (escritor), Georges Madesclaire (ingeniero), André Pieyre de Mandiargues (escritor), Jacqueline Martínez, S. Marty, Franchita Maspero (editora), Léo Maratasso (abogado), Suzanne Maury-Southworth (ex magistrado), Henri Melich (librero), André Méric (vicepresidente del Senado), François Meunier (abogado), Frank Mintz (escritor), Michel Moutet (abogado), Mouvement d'Action Judiciaire, Pierre Naville (escritor), Jean-Lou Nicot (abogado), Henri Noguères (presidente de la Liga de los Derechos Humanos), Jacqueline Outin (profesora), Claude Perroud (abogado), Monique Picard-Weyl (abogado), David W. Pike (profesor), Jean Poperen (diputado, secretario nacional del Partido Socialista), Jean Pronteau (ediciones Anthropos), Francis Pudlowski (abogado), Luis Quintanilla (pintor), Rabaté (profesor), Paul Reyberolle (pintor), Olivier Revault d'Allonnes (profesor), German Robin (ingeniero), Jeanne Rouil-Suret (abogado), C. Rozelaar-Vigier (abogado), Severo Sarduy (escritor), Jean-Paul Sartre (escritor), Alain Savary (diputado), Philippe Schiffman (pintor), Suzanne Schiffman (cineasta), SEMA (sección CGT y CFDT), Carlos Semprún (escritor), *Sexpol*, Christine Sigaut-Corneveaux (abogado), Daniel Singer (periodista), Wilebaldo Solano (periodista), Georges Soria (escritor), H.R. Southworth (historiador), D. Stephan (ingeniero), Macrino Suárez (ministro Gob. Rep. en el exilio), Gérald Suberville (ingeniero), Antonio Téllez (escritor), Paul Thibaud (redactor jefe de *Esprit*), Yves Tournoi (abogado), C.M. Vadrot (periodista), Fernando Valera (presidente del Gob. Rep. en el exilio), José María del Valle (periodista), Ber-

trand Vallette (abogado), Vázquez de Sola (dibujante), Pierre Vilar (profesor), Jean Marie Vincent (profesor), F. Wahl (filósofo), Roland Weyl (abogado), M. Aymard, J.P. Beaujot, Billaz, J.P. Chevènement (diputado), Combes, Jean-Pierre Cot (diputado), Jean-Marie Daillet (diputado), Decobert, Michel Drain, J.C. Dupas, C. Dupille, (escritor), B. Escarbel, Claire Etchevelli, Federación UJP de la Lozère, Editions Federop, C. Flores (profesor), G. Gayot, J.L. Gérard, Hocquet, M. Jones-Daries, André Labarrère (diputado), D. Lahaye, C. Lanzman, Liceo Corneille de Rouen (SGEN-CFDT), M. Maillard, D. Mayer, Maurice Nadeau (director de *Lettres Nouvelles* y *La Quinzaine Littéraire*), A. Nicolas, C. Parent, Christian Pierre (primer secretario de la Federación de París del Partido Socialista), Procofrance (sección sindical SNPBE-CGT), Josette Riandière (profesora), René Robert (presidente de la Liga de los Derechos Humanos, Argenteuil), Didier Saint-Maxen, J. Verger.

Inglaterra : Robin Blackburn (periodista), Ian Gibson (escritor), Salvador Giner (profesor), Paul Preston (profesor), Hugh Thomas (escritor).

Benelux : Francisco Carrasquer (profesor), Bonderayn Chorus, Confederación Europea Sindical, A.L. Constandse (periodista), Thea Duyher, Thom. Holterman, Pauline Huizinga, Rudolf de Jong (historiador), Jean Kulakowski (secretario de la CES), Götz Langhau, J. Lechner (profesor), Ernest Mandel (filósofo), Merlijm Boekhandel, Meulenhoff Nederland, de Mol (librería), Simon Radius, Hans Ramaer, Théo Rasschaert (secretario general CES), Fr. Tictelman, Dr. J.R. Van der Leenras, Hermine Van Nederveen, A.M. Welcher.

Estados Unidos : Jon Amsden (profesor), J. Anello, Alvah Bessie (escritor), Norman Birnbaum (profesor), Carlos Blanco Aguinaga (profesor), Burnett Bolloten (profesor), Inés Callahan, Noam Chomsky (profesor), Michael Davis, Louise Fairnberg, Charles Fisher (médico), Juan García Durán (profesor), Maxwell Geismar (crí-

tico literario), Juan Girona (escritor), Claudio Guillén (poeta), V.M. Hernández-Villavicencio, Irving Howe (profesor), Gabriel Jackson (profesor), Susan Kirkpatrick, Caroline Kiser (escritora), Clara E. Lida (profesora), Eduardo López (profesor), Harry Magdoff (profesor), Norman Mailer (escritor), Edward Malefakis (profesor), Kenneth Maxwell (profesor), M. Mebarkia, Carlos-P. Otero (profesor), James Petras (profesor), Stanley Plastrik (profesor), Barbara Probst Solomon (escritora), L. Reyes, Nicolás Sánchez Albornoz (profesor), Alicia Schachter-Rich (pianista), Nancy Sigal (escritora), Paul M. Sweezy (economista), J.A. Vargas-Mendoza, Gloria F. Waldman (profesora), Barbara Wasserman, William Watson (profesor), Sol Yurick (escritora), Iris Zavala (profesora).

Italia : Giorgio Agosti (ex magistrado), Rafael Alberti (escritor), Margarita Alexandre (cineasta), Franco Alfani (editor), Alexandre Bilous (periodista), Norberto Bobbio (profesor), Giulio Bollati (director ed. Einaudi), Alberto Cavallari (periodista), Centro Studi Piero Gobetti, Tristano Codignola (ed. Nuova Italia), Gastone Cottino (profesor), Antonio Dorta (funcionario internacional), Giulio Einaudi (editor), Enzo Enriquez Agnoletti (director de *Il Ponte*), editorial Feltrinelli, Carlos Franqui (escritor), Carlo Galante Garrone (abogado), Sandro Galante Garrone (profesor), Aldo Garosci (profesor), Franco Grande-Stevens (abogado), ed. Laterza, María Teresa León (escritora), *Lotta continua*, Dacia Maraini, Alberto Moravia (escritor), Maurizio Pavia (director ed. Loescher), Vasco Pratolini (escritor), Nuto Revelli (escritor), Rossana Rossanda (periodista), Saverio Tutino (periodista), Bernardo Valli (periodista), Leo Valliani (periodista).

R.F. Alemana : Europäische-Verlagsanstalt, Kiepenheuer-Verlag, Marxistische Blätter, Rotbuch-Verlag, Suhrkamp-Verlag, Trikont-Verlag.

Suiza : CIRA (Marianne Enckell), José Angel Valente (escritor), Diógenes Verlag, María Zambrano (escritora), José Revueltas (México).

El movimiento libertario español

Presentación (José Martínez).

Rudolf de Jong : **El anarquismo en España**. Gerard Brey y Jacques Maurice : **Casas Viejas : reformismo y anarquismo en Andalucía (1870-1933)**. Carlos-Peregrín Otero : **Noam Chomsky**. Noam Chomsky : **Objetividad y cultura liberal**. Noam Chomsky : **Notas sobre anarquismo**. James Stuart Christie : **Sobre presente y futuro del movimiento libertario español**.

Carlos da Fonseca : **Sobre el proletariado español y la Asociación Internacional de Trabajadores en Portugal**. Frank Mintz : **La autogestión en la España revolucionaria**. Juan García Durán : **La CNT y la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas**. Fernando Gómez Peláez : **De « Soli » a « Frente Libertario »**. Publicaciones libertarias en exilio. Albert Meltzer : **CNT : lo que muere contra lo que nace**. Freddy y Alicia : **Apuntes sobre el anarquismo histórico y el neoanarquismo en España**.

Encuesta : **Pasado, presente y futuro del movimiento libertario español** : Introducción y nos de **Cuadernos de Ruedo Ibérico**. Respuestas de Octavio Alberola, Ramón Álvarez, José Borrás, José Cabañas, José Campos, Salvador Cano, Francisco Carrasquer, Colectivo de jóvenes ácratas, Eugenio Domingo, Miguel García, Víctor García, Juan García Durán, José García Pradas, Freddy Gómez, Juan Lorenzo, José Martín-Artajo, Juan Manuel Molina, Jaime Mora, Mikel Orrantia, Abel Paz y José Peirats.

Felipe Orero : **Consideraciones sobre lo libertario**.

Diego Abad de Santillán : **Ayer, hoy, mañana**.

Salvador Seguí : **Misión del sindicalismo y Por qué soy sindicalista**.

¿Qué fue la FAI? Documentos. Testimonio de un fundador. Resumen del acta del Pleno regional de Grupos anarquistas de Cataluña (1927). Síntesis del acta de la Conferencia nacional de Valencia (1927). ¿Quiénes somos? (manifiesto). **Sentido actual de las enseñanzas de la FAI** (Grupos Autónomos de Combate).

Una polémica : « treintaistas » y « faístas ». El manifiesto de los treinta. Un editorial de **Solidaridad Obrera** (Peiró). Hablan a Eduardo de Guzmán : Durruti, Peiró, Arín, Piñón y García Oliver.

Carlos da Fonseca : **Dos notas de lectura : « La revolución de 1868. Historia, pensamiento y literatura » y « Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España (1868-1873) » de Max Nettlau**. Fernando Claudín : **« Los anarquistas españoles y el poder (1868-1969) » de César M. Lorenzo**. José Martín-Artajo : **Veintidós años en las cárceles de Franco (« Franco's Prisoner » de Miguel García)**. Francisco Carrasquer : **El gran problema del anarquismo (« El pueblo en armas. Durruti » de Abel Paz y « La guerrilla urbana. Sabaté » de Antonio Téllez)**.

Dibujos de Chichi, L., Xesús Campos, Xosé Díaz.

352 páginas

17 ilustraciones

36 F

Ediciones Ruedo ibérico

6, rue de Latran

75005 Paris

« Cuadernos de Ruedo ibérico » con rumbo

Con el número triple 43-45 de enero-junio de 1975, zarpa de nuevo *Cuadernos de Ruedo ibérico* y toma el rumbo que tenía que tomar. Para un intelectual de izquierdas al que por todas partes le salen al paso de sus lecturas axiomas y consignas marxista-leninistas, pasadas o no por los grandes Padres de la Iglesia, es muy difícil sustraerse a la coacción moral de sus consocios, correligionarios, colegas, camaradas o compañeros que pontifican, como si fuera algo de cajón, por boca del Padre Marx, del Hijo Lenin y de ese Espíritu Santo tan repartido, descuartizado o empalado entre un Trotsky o un Stalin, un Mao o un Tito, o entre un Lukacs y un Gramsci o un Garaudy y un Althusser, entre tantos tomases y buenaventuras. ¿Qué queréis que sienta un ateo que ha perdido incluso la fe en el Padre, que deplora que ese mismo padre se hubiera hecho el amo del cielo como un vulgar San Miguel condenando al infierno del utopismo «objetivamente» antirrevolucionario al otro cofundador de la común creación de la Internacional que fue Bakunin, y a otros ángeles caídos con tan fecundo verbo como Proudhon, Fourier, Kropotkin y demás cohorte luciferina estigmatizada con el sambenito de anarquistas? Tiene que sentirse un gusano. ¿Cómo va a pretender ser intelectual, y menos intelectual investido de izquierdismo? De izquierdas sólo pueden serlo los comunistas, que son los que han sabido y siguen sabiendo (¿no lo oís en las calles de Lisboa?) explotar a fondo la táctica dilemática: o comunismo o fascismo. Pero no caigamos en la trampa del término medio: lo que falta es el otro extremo realmente opuesto a fascismo hiperautoritario: el anarquismo antiautoritario, o el comunismo libertario o el socialismo antiestatal.

Ya era hora, pues, de romper el sortilegio. Creo que *Cuadernos de Ruedo ibérico* ha tenido el acto de valor que se le suponía al poner proa. Pero, ¿adónde?

El hecho de que se haya embarcado por su cuenta sin obedecer a los prácticos de la «intelligentsia» significa haber tenido que arrostrar la situación «herética» que ha de desembocar en hacer de la herejía el valor revolucionario por excelencia. Ahora bien, creo que sería, más que prematuro, falso, decir a secas y sin llover que *Cuadernos de Ruedo ibérico* se ha convertido en una revista anarquista. Lo único que se puede decir es que, por ser de inspiración revolucionaria, su marcha hacia la revolución la ha llevado necesariamente a explorar la solución libertaria como última alternativa que además se adivina pletórica de hallazgos y de sorpresas hasta ahora disimuladas o amordazadas. De hecho es la salida que van buscando los jóvenes revolucionarios de todo el mundo, porque, ¿qué revolucionario medianamente lúcido tiene fe todavía en los partidos políticos reinantes de izquierdas, cuyo izquierdismo nos está resultando tan reaccionario? ¿Cómo no habrían de ser los españoles los primeros en aprovechar la gran lección en cabeza propia cuando España se anticipó en 40 años a los planes y deseos por una sociedad justa y libre que animan hoy a todos los revolucionarios del mundo? ¿Es que han de ser siempre los extranjeros los que interpreten nuestra propia historia? Por una vez, un puñado de españoles inteligentes, galvanizados por esa corriente de busca sinceramente revolucionaria que ha sabido generar *Cuadernos de Ruedo ibérico*, rompe los velos del falso misterio y no espera a ningún oráculo extranjero para ver y rever cómo fueron las cosas en nuestra revolución y guerra civil y proyectar una nueva visión política sobre el inmediato futuro español. Porque lo primero que hay que hacer es ver y rever, sí. Para lo que hace falta previamente desescombrar, desbrozar y quitar tantas telarañas y disipar tantos humos de vertedero en ese terreno vago o solar baldío que ha sido el anarquismo durante los años 40, 50 y 60.

Por eso es tan útil la tarea que sobre diversos frentes se inicia en el número 43-45 de *Cuadernos de Ruedo ibérico*, significativamente blanco. Porque, ¡cuidado que se han echado basuras en ese terreno vago y cómo se ha cuidado de que esté bien

abandonado, bien a trasmano para que no se viera, y que en el caso de verse apareciese repulso, despreciable, pueril o anodino!

Es útil que Aulo Casamayor corrija algún que otro error de bulto de la ya centenaria biblia marxiana; que Juan Martínez Alier dé el salto al camino de la praxis actual y detenga con voz serena la desbandada de tantos «reconciliadores» impacientes por mangonear y temerosos de que se les escape de las manos su botín de poder; que Felipe Orero le haya parado los pies a ese cazador furtivo que es Santiago Carrillo en el libro *Demain l'Espagne*. Es aleccionador este caso porque vemos en él toda la hondura del abismo a que han ido rebajando al anarquismo español los marxistas de todo pelaje. Puesto que si Carrillo no hubiera contado con esa previa y larga campaña denigratoria y desvalorizante, no se habría tal vez atrevido a soltar, desde su altura de celebridad política representativa y, como tal, fácil blanco de bulto a la crítica liberal que quiere seducir, todas las mentiras con que tan mal parado queda el movimiento libertario español. A poca vigencia que hubiese conservado este movimiento entre las fuerzas antifranquistas, semejantes negaciones, expresadas además con tanta obviedad, no habrían sido «presentables».

Pero no es cosa de glosar aquí todo el primer número de la segunda época de *Cuadernos de Ruedo ibérico*. Me parece mucho más importante tratar de ayudar al equipo redactor, ya puesto en camino, a fijar rumbo. No es nada fácil.

Sin perdernos ahora en tecnicismos inacabables, lo cierto es que estamos de acuerdo en principio sobre el mismo fin de la historia que signifique a su vez el fin del Estado. Y sobre lo que discutimos es sobre el camino hacia esa meta. Pero hay otra cosa no menos cierta: y es que el aplazamiento de la supresión del Estado no ha hecho más que reforzar al Leviathan que se quería precisamente deshauciar. O de otro modo dicho: que todos los sistemas fundados a partir del Manifiesto Comunista funcionan mal, lo que se dice humanamente mal. Y la reacción unánime de los revolucionarios de hoy que piensan por su cuenta es la de volver a aquel otro camino del que se apartó Marx, abandonando a Bakunin, de paso. Pero lo bueno del caso es que a estas alturas parece que se está averiguando que aquellos dos personajes no se despreciaban tanto como se ha creído o se ha hecho creer y se nos van apareciendo como eminentemente complementarios. Lo que quiere decir que deberíamos lograr en cierto modo una prolongación histórica de aquellos dos gigantes para poner en marcha un prometedor y fecundo movimiento revolucionario internacional. En esta tarea no creo que se acabe todo con aplicar la fórmula mágica de la dialéctica; tesis de Bakunin/antítesis de Marx-síntesis anarcomarxista. Ni tampoco por el método ecléctico. Recientemente se ha descubierto en física el «monopolo» o carga unipolar, con lo que se ha destronado a la pareja reinante hasta aquí de la bipolaridad. Quiero decir con esto que habríamos de ser capaces de hacer de Bakunin y Marx una sola carga revolucionaria, sorprendiéndolos en su común inicio y reanimándolos a la vez sobre nuestro espacio histórico y al nivel de nuestros conocimientos científicos y empíricos.

Esto por el lado teórico. Por el lado práctico, veo como misión de los grupos o colectivos de *Cuadernos de Ruedo ibérico* la de explorar y explotar decididamente esa estrecha faja de terreno historiable que podríamos llamar «el hecho consumado revolucionario», esa hora blanca «del crimen» al ravar el alba, situación única de hecho que permite hacer labor revolucionaria. Primera aporía, pues, o fallo que evitar: embarcarse con hipotecas, contratarse sobre la base de eventualidades hipotéticas y fundándose en planes demasiado ambiciosos por lo totalitarios o en teorías demasiado universalistas que pierden de vista el hombre y el grupo humano que han de sufrir esos planes o teorías. La salud de una revolución suele perderse en sus preparativos, cuando funcionan a fondo los señuelos que pueden ser fatales, esos «bellísimos ideales» de la unidad y de la paz, por ejemplo.

Otro «momento» que exige intenso estudio es el que se sitúa entre la libertad individual —con todo lo que significa de creadora— y la seguridad social, con todo lo que implica de previsiones para satisfacer las necesidades. Desde niño,

las necesidades fundamentales del hombre más fuertes son la de afirmación, la de libertad y la de seguridad. Los sistemas autoritarios nos garantizan de sobras la tercera necesidad. Pero para ese viaje mejor sería regresar al estadio ganglionar o exclusivamente instintivo de las hormigas o las abejas. No hace falta ya demostrar que sin libertad no hay justicia y sin afirmación individual no hay vida que valga la pena de vivirse. Porque la afirmación individual es a la sociedad lo que la libertad es a la justicia: su razón de ser y condición dignificadora y estimulante. Por eso la primera palabra que hay que desterrar de nuestro vocabulario revolucionario es la de *masa*. Esta y la de *poder* figuran entre las responsables del envenenamiento de la izquierda en lo que va de siglo.

Con el vivo deseo de que sean pensadas y repensadas, he aquí unas cuantas proposiciones que someto al juicio de los lectores de *Cuadernos de Ruedo ibérico* y a su capacidad de réplica constructiva y reelaboradora:

- I. Si vale la pena de *forzar* una revolución, ¿hasta qué punto, en qué grado, medida *ex-tensión* (o cantidad), *in-tensión* (o calidad)?
- II. ¿Cómo asegurar, o hacer que funcione *segura*, una sociedad libre?
 - a) ¿Es posible un régimen de asamblea a todos los niveles políticos y a diario?
 - b) ¿Cómo garantizar al máximo la *inspiración-aspiración* del pueblo en la revolución?
 - c) ¿Cómo desmontar o conjurar toda maniobra basada en la desconfianza en el pueblo (es decir, todo revolucionarismo autoritario)?
 - d) ¿Cómo evitar la más mínima formación de autoridad, o cómo mantener la más mínima expresión de mando personal?
 - e) ¿Cómo lograr en el plano nacional, o inter-regional, e internacional unas superestructuras coordinadoras eficientes sin subvertir o menoscabar el gobierno de abajo-arriba?
 - f) ¿Es absolutamente cierto, o falla en algún aspecto o de alguna manera, el principio del *libre y justo juego entre derechos y deberes* que bastaría para regirse racionalmente en todo y por todos? (Correspondencia mecánica de todo deber a *su* derecho y viceversa).
 - g) ¿Podría funcionar una sociedad con la libertad y la seguridad individual y colectiva requeribles, a base de ordenarla sobre estos tres planos de ejecución: el automático, el semiautomático y el libre o creativo? *

* Hay que aclarar algo estos conceptos, sin pronunciarnos aún a fondo, porque son, precisamente, propuestas a la reflexión y a la investigación: Digo *automático* a nivel económico: legislación del trabajo, de la producción y el consumo, del espacio natural y humano, etc., a rajatabla y sin apelación posible tras la aprobación mayoritaria correspondiente o el común consenso constitucionalmente establecido. Algo así como andar leyendo un libro: los pies en régimen automático, las manos y los ojos en régimen dirigido semiautomático y el cerebro captando el contenido de la lectura y repoblando en torno a la misma, rellenándola de pensamientos, proliferándose de imágenes, recreando libremente. En biología, especialmente en zoología y aún más en psicología general del comportamiento, hay ejemplos incontables de esta progresión a base de pisos de más a menos automatizados. Véanse a este respecto los estudios sobre los mecanismos de repetición en el aprendizaje y en la formación o deformación de opiniones que constituyen la base de las técnicas publicitarias, pero también que aseguran el funcionamiento de estímulos que irrumpen sobre un campo libre y son susceptibles de propiciar la creación en todos los órdenes.

Espero que hayan interesados por estos planteamientos para formar un grupo que podría tener de momento su centro de contacto y correspondencia en Editions Ruedo ibérico.

- III. Con vistas al proyecto de la revolución social en España, ¿no habría que organizarse al margen de partidos, y prescindiendo de actas de diputado, en las filas sindicales por un lado y a través de una red de grupos de afinidad por otro?
- IV. Hay que cuidar de que la *autogestión* no sea escamoteada por los socialistas de Estado —que también la van adoptando como siguiendo la irresistible moda— y sea algo más que una fórmula económica para abarcar los planos sociopolíticos, sin perder su hierro revolucionario radical.

Editions Ruedo ibérico

Gabriel Jackson Breve historia de la guerra civil de España

Síntesis brillante de la guerra civil española. Jackson ha hecho compatible la brevedad y el rigor con la claridad de las exposiciones — son notables las descripciones de la vida políticosocial en las retaguardias republicana y sublevada —, con la profundidad de los análisis de los hechos políticos y la riqueza de las interpretaciones originales sólidamente fundadas.

Índice: Prólogo. El trasfondo de la guerra civil. De la rebelión de octubre a la sublevación militar de julio de 1936. De un pronunciamiento a una guerra civil internacional. La revolución y la contrarrevolución. El asedio de Madrid. La evolución política desde octubre de 1936 hasta mayo de 1937. Un año de guerra: de abril de 1937 a abril de 1938. Aspectos internacionales de la guerra civil. Desde la consolidación pacífica del régimen hasta la victoria nacionalista. La importancia actual de la guerra civil. Bibliografía. Índice de nombres.

Carta abierta a la redacción de «Cuadernos de Ruedo ibérico»

Un año después de haber anunciado su pasajera desaparición —que muchos creímos definitiva— habéis vuelto a publicar *Cuadernos de Ruedo ibérico*. El acontecimiento me ha llenado de satisfacción, y no sólo porque en sus páginas se publique un artículo mío. La razón es más profunda. Ricardo de la Cierva —personaje gracias al cual muchos españoles han sabido de la existencia de Ruedo ibérico— saludó vuestra noticia con alborozo y se apuntó el tanto: le habían bastado ocho meses en el ejercicio de su cargo de Director general de Cultura popular «para que Ruedo ibérico decidiera que no hacía falta ya publicar sus cuadernos». Lector asiduo de la prensa de «oposición», me extrañó en aquellos días no hallar en ella ninguna necrología que enfriara, siquiera un tanto, la vanagloria de la «mantis religiosa» de la guerra civil española. Aquel júbilo y aquel silencio han hallado su merecido eco en la reaparición de *Cuadernos de Ruedo ibérico*. He aquí la primera razón de mi satisfacción. Porque lo que había detrás de la afirmación de de la Cierva era el proyecto de una manipulación más delicada de la información que, so capa de libertad de prensa, sirviese a la puesta en pie del modelo de sociedad política que aspiran a implantar aquellos entre los que cabe clasificar al ex Director general de Cultura popular. Estos aquellos son hoy ya muchos. Sólo esto ya exige la reaparición de vuestros cuadernos. Primera razón, decía, porque hay otras. En su forma conocida —los 42 fascículos publicados autorizarían a escribir en su forma tradicional— *Cuadernos de Ruedo ibérico* no se enfrentaban con los problemas que el posfranquismo, omnipresente a lo largo de los años de vida de la revista (1965-1973), planteaba, como plantea hoy a quienes, fuera o dentro de formaciones políticas, aspiramos a un cambio revolucionario de la sociedad. Aspiración modestamente consciente en mí y atenta, por tanto, a la conservación de sus posibles vehículos intelectuales. No es éste el momento de hacer una crítica detallada de las carencias de que adolecían los cuadernos en trance cataleptico o simplemente difuntos. Pueden ser resumidos en una fórmula: eran una revista estrictamente

«antifranquista». Incluso sus aportaciones —valiosas en sí— apuntando a un horizonte socialista quedaban mediatizadas por ese talante antifranquista. Pero sí es el momento —y el lugar— de criticar el primer número de la segunda época de *Cuadernos de Ruedo ibérico*. Por lo que ofrecen —un cambio radical de lo que fue su antigua óptica— y por lo que dan en su fascículo 43-45. Ciento que en esta carta se me va a ir la mano. Va a desbordar la estricta referencia a la revista. Habrá que achacar esto a mi propio sesgo político. Pero también a aquella satisfacción a que antes aludía. La atonía, el conformismo pragmático —expresado a veces con mimética desenvoltura agresiva— que caracteriza el cajón de sastre de las producciones literarias de la «oposición», hacen que sea estimulante leer muchas de las páginas del primer fascículo de vuestra segunda época. En primer lugar, la «declaración de principios» dirigida a todos. ¿Cómo no aceptar su autocritica, modesta y sincera, como deben ser todas ellas, reconociendo su fracaso —«su indefinición política concreta»— y las razones del mismo? ¿Cómo impugnar las grandes líneas de su análisis de la actual sociedad española? ¿Y, sobre todo, cómo no manifestar el acuerdo con su visión —hoy profética— de la coyuntura política española resumida en uno de los periodos de la «declaración de principios»: «[...] cuando se extingue la vida de Franco y se acentúan las tensiones en la cumbre del Estado, cobra fuerzas la idea, extendida de antiguo entre la oposición antifranquista de izquierdas, de que es necesario pactar con las fuerzas políticas de derechas para eliminar la superestructura franquista.» Y si el somero análisis que hace de las fuerzas de la derecha coincide con el mío, no coincide menos el más amplio de las fuerzas «izquierdistas» y el de las que, según fórmula de Fraga, no son ni de izquierdas ni de derechas sino centro de una izquierda y una derecha inexistentes. ¿Cómo no sentirse atraído a la colaboración en la empresa de colmar «la ausencia de un modelo de sociedad futura, considerado exigencia utópica y anarquizante, en nombre de un materialismo histórico empobrecido»?

Detengo aquí la enumeración de mis conformidades generales, porque el fascículo no nos da todo lo que la «declaración de principios» promete —«ir más allá del antifranquismo caduco y miope». Si es imposible definir el fascículo como idéntico a los que lo precedieron, sería faltar a la verdad afirmar que es, por entero, cualitativamente diferente a ellos. Mis críticas no serán ecuanímes. Se sitúan en una perspectiva anarquista, ácrata, libertaria —la degeneración del vocabulario político me impide ser más concreto—, aclaración esta que me parece pertinente por lo que va a seguir, y que quizá sólo a un anarquista le esté «permitido» decir.

La división de los cuadernos en sus cuatro secciones, netamente diferenciadas por la temática, por el estilo, por la necesaria elasticidad que debe existir entre los distintos planos de lo político, hay que considerarla un acierto. Acierto que exige del equipo redactor que cada una de ellas sea llenada de manera coherente —ideológicamente coherente, formalmente coherente. Y éste no es el caso en este primer fascículo de la segunda época de vuestros cuadernos. Hay una parte del fascículo que vuela hacia los propósitos anunciados en la «declaración de principios»; otra que queda anclada, firmemente anclada, en el pasado de la revista. Admito que es difícil llegar a la coherencia en las circunstancias en que ha debido trabajar vuestro equipo para lograr el fascículo. Pasaré sumariamente sobre tres de sus secciones, porque en ellas al acuerdo con el título se une mi conformidad con el contenido, al menos en este fascículo. «Teoría y práctica del movimiento revolucionario». Aulo Casamayor no defraudará a ningún lector abierto al estudio de las altas y bajas mareas que agitan el movimiento obrero actual, al choque que tiene lugar en él entre viejas ideologías (no digo necesariamente caducas) y las nuevas realidades sociales (tampoco digo definitivamente implantadas). Sección imprescindible y plenamente henchida para un primer fascículo. «Tribuna libre». Soy consciente que al enjuiciar el trabajo de Francisco Lasa corro el riesgo de que se me trate de inconsecuencia más adelante, aprobando aquí un texto de filiación semejante a los que después no obtendrán mi completa adhesión. Al publicar este trabajo en su Tribuna libre, la redacción de los cuadernos ha tenido un doble acierto. Porque en sí —no como tribuna libre— el trabajo es valioso, con su talante doctoral y todo. Ha sido un grave error de los anarquistas aceptar —casi siempre— sin discriminación el carácter marxista-leninista de cualquier empre-

sa, programa político o grupo que se autoafirmase marxista-leninista, al combatir la empresa, el programa o el grupo. Prueba de cierta fe profunda en la sinceridad de quien atacaban, ingenuamente compatible con la afirmación de signo contrario en otros planos. Renunciaban *a priori* a impugnar el bastión más débil de las fortalezas de sus enemigos: el bastión teórico. El asalto partía disminuido de una de las armas principales que cabe —que debe— ser utilizada en el caso: la demostración de la incoherencia entre la ideología (la teoría) y la acción política y sus consecuencias (la praxis) que se pretendían justificar con la ideología-teoría. No se trata de un simple recurso al principio de la eficacia en política, que ningún libertario puede aceptar como axioma ineludible en «política». Al analizar desde posiciones teóricas marxistas-leninistas los proyectos políticos aberrantes, en contradicción flagrante con aquella ideología, el proyecto haría agua —y éste es el caso de la política de Santiago Carrillo y del PCE en la Junta democrática, a manos de Lasa esta vez— sin que por ello se vea afirmado el carácter «científico» del marxismo-leninismo. Tales críticas hay que considerarlas, cuando son formuladas sin tapujos —heroicamente, cabría decir en este caso— como un enriquecimiento del acervo teórico y político del movimiento obrero. ¿No plantean el problema del porqué de la escandalosa contradicción?

Lejos de mí la voluntad, movida por un arranque de simpatía hacia *Cuadernos de Ruedo ibérico*, de eximirles del calificativo de no marxistas, de antimarxistas, de anticomunistas, como algunos de mis conocidos comunistas se han apresurado a afirmar, frotándose las manos, ellos sabrán por qué, y como algunos de mis amigos libertarios se han precipitado a afirmar, frotándose igualmente las manos. En el plano en que parecen instalarse los redactores actuales de *Cuadernos de Ruedo ibérico* tales «definiciones» ajenas carecen de significación y tales regocijos de razón de ser.

(La lectura de este primer fascículo de la segunda época, revela que el rigor semántico en materia política a que parecía introducirnos la «declaración de principios» vuestra, está todavía lejos de ser alcanzado en sus páginas. Incidentalmente, arguyo que el marxismo-leninismo, uno de los términos más utilizados —más vigentes— hoy día en la lengua política, castellana o de otros pueblos, es un contrasentido que hay que disipar, porque en el pasado, el presente y, sin remedio total, en el futuro, ha sido, es y será origen de graves confusiones

para el movimiento obrero. El marxismo-leninismo, como el centauro, es un ente mitológico. Hay que reducirlo a sus propios límites y dejarlo en leninismo, simplemente. O darle una genealogía —ascendente y descendente— que destruya un monopolio injustificado y una invulnerabilidad nociva para el movimiento obrero. Es decir, darle una genealogía de riguroso valor genético, con lo que quedaría reducido a lo que es: hijo de muchos padres, no confesados, y padre de muchos hijos desnaturalizados. La filiación lenino-estalinista ya no ofrece dudas —ni teórica ni políticamente— más que para los timoratos o los interesados en mantener genealogías de prestigio para finalidades poco prestigiosas; la filiación marxismo-leninismo es, por lo menos, bastarda. El firmante no atribuye sentido peyorativo alguno a tal bastardía, pues no cree en la familia burguesa. Pero no ha logrado ver cómo Marx hubiera podido reivindicar la paternidad del leninismo, no ya en su praxis (praxis dirigida por Lenin, Trotski y Stalin), sino en su teoría, paternidad que hubiera concedido —no sean malos y no piensen en otra cosa— al rosaluxemburgismo y quizá al «renegado Kautsky» de *La cuestión agraria*. El tema es preocupante y preocupa. Pero no pretendo ser *magister* en este paréntesis en que no cabe extenderse en consideraciones analíticas ni citar, siquiera, una somera bibliografía sobre el tema. Queda que el rigor semántico de *Cuadernos de Ruedo ibérico* debiera ser acentuado.)

La tercera sección («La España real») es la que más recuerda a los viejos cuadernos. Pero me parece fuera de discusión que en el plano en que se sitúa la sección la labor de *Cuadernos de Ruedo ibérico* fue siempre óptima, lo que hace de su serie completa una fuente de documentación muy estimable. La dicotomía a que aludía en líneas precedentes se manifiesta escandalosamente en la segunda sección de este fascículo de vuestra revista. Cabría incluso hablar de una división tripartita. Sección necesaria y título afortunado, precisamente en esta sección es donde corresponde perfilar la línea política concreta de los futuros *Cuadernos de Ruedo ibérico*. Y en ella pocos progresos se hacen en este sentido en vuestro primer fascículo. Las primeras 53 páginas de la sección (Martínez Alier: «Contra la reconciliación») las considero modélicas. Siete trabajos que hay que clasificar entre el ensayo «sesudo» y la crítica ligera, el análisis somero o la exposición concentrada al extremo. Para una revista de la periodicidad de *Cuadernos de Ruedo ibérico*, me parece ser el estilo adecuado para seguir el hilo de los

acontecimientos y para marcar hitos en el trazado de aquella «línea política concreta» que a todos nos preocupa tanto. Método puntual —de punto— pero con una trama que impone su coherencia. A mi juicio, se trata del trabajo más eficaz del cuaderno. Y esto sin estar completamente de acuerdo con las categorías sociológicas del autor, ni con todas sus conclusiones políticas. Pero en la página 83 del fascículo, comienza un ensayo —sesudo éste— de Sevilla-Guzmán y Giner: «Absolutismo despótico y dominación de clase». Lo primero que me he preguntado es qué hace ahí, en esas páginas precisamente, entre las críticas puntuales —de punto— de Martínez Alier y mi trabajo «Aproximación al mundo político de Santiago Carrillo». Hay una nota de la redacción que puede dar una pista a un lector ladino. Pero todos no lo son. Al ladino lector, la nota de la redacción puede expresarle que ésta no estaba de acuerdo con las tesis de los autores. Me parece evidente que el ensayo no figura en la sección que le correspondería y ésta sí parece una pista segura para adivinar la disconformidad de la redacción. Lo cual no debiera traer necesariamente consigo la no publicación del trabajo. Pero sí su impugnación crítica al canto. Pues siendo el Estado la entidad que separa profundamente a irracionalistas, idealistas conservadores, liberales, marxistas, leninistas y anarquistas, en una revista como la vuestra un ensayo sobre el Estado (por muy español que éste sea) debiera figurar en la primera sección.

Entre los trabajos que figuran en este fascículo de la revista —excluidos los puramente informativos— cabe establecer dos vertientes: una, aquellos que cabría calificar de marxistas (sin adjetivos) y libertarios y, otra, de marxistas-leninistas (más o menos valiosos). Pero el trabajo de Sevilla-Guzmán y Giner no entra en ninguna de esas vertientes. ¿Es entonces la espina dorsal de la revista? Si así es, grave cosa es. No porque el ensayo en sí no sea interesante, sino porque no considero las páginas de *Cuadernos de Ruedo ibérico* el lugar apropiado para su publicación sin comentario, sin polémica, sin conclusión asumida por la redacción de la revista. En lo formal, desentona; pero esto no puede ser un reproche. Tampoco se puede reprochar a los autores las motivaciones que tengan para arregarles las cuentas a de Miguel o a Linz, a lo que también se dedica en el mismo fascículo Juan Martínez Alier, y a lo que me dedicaría yo si dispusiera de categorías intelectuales apropiadas para el caso. Mi reproche a los autores —y en consecuencia a *Cuadernos de Ruedo ibérico*— es que la crítica

del Estado franquista —calificado aquí de «absolutista despótico» (y de «pluralista de de-rechas» en Linz y de Miguel)— se haga contra el alambicado vocabulario de la sociología americana, utilizado por Linz y de Miguel, con un vocabulario sociológico no menos alambicado y no menos americano. Hay además algo más serio. El carácter clasista del Estado franquista es una vez más reafirmado en lo sustantivo (con variantes adjetivales que a mí me parecen de menor importancia) y la existencia de clases dominantes y dominadas no deja lugar a dudas en el trabajo. Todo esto lo sabíamos ya. Pero no descubro la salida política a tanto rigor formal. Porque la «respuesta sociológica al problema de la estabilidad del régimen [franquista] a través de un análisis sistemático de su estructura interna» está fundada en un ente nebuloso («las clases de servicio») a caballo, sin mayor discriminación, entre clases dominantes y clases dominadas. La introducción de ese término en la descripción ha permitido a los autores despejar (escamotear) la incógnita política que en el Estado español suponen las «clases medias». Insisto en el plural. ¿Cuántas clases sociales definía Marx en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*? ¿Y qué instrumentos intelectuales utilizaba para diferenciarlas? Meter en el mismo saco de estratos sociológicos a la Iglesia, al Ejército, al aparato represivo, a la Administración pública, me parece acientífico, neutro, sin interés sociológico y sin sentido político. No niego que los componentes de cada uno de esos grupos sociales se inserten en una u otra clase media, aunque según los criterios sociológicos que los autores no impugnan en su trabajo, muchos de ellos habría que insertarlos en las clases dominantes —por su origen, nivel de vida e ideología— y otros quizá en las clases dominadas, al menos por su origen —siempre condicionador de ideología— y por su nivel de vida. Y en ambos casos, por las perspectivas ineluctables que les ofrecería un cambio radical del sistema sociopolítico del Estado español. ¿Cómo agrupar en algo social y políticamente significativo a un cardenal o a un teniente general y a un cura obrero y a un cabo primero profesional del cualquier arma, aunque unos y otros pertenezcan a la Iglesia o al Ejército? Temo que nos hallemos ante un ejemplo de aplicación tan enteca de la «sociología funcionalista» que al propio Merton avergonzaría. La división entre clases dominantes y clases dominadas me parece un concepto excesivamente basto para extraer consecuencias políticas —y sociológicas— de su dicotomía a nivel de aplicación política inmediata. La división entre clase domi-

nante (oligarquía, en muchos casos) y pueblo, a que tan aficionados son Carrillo, Berlinguer y Marchais y sus respectivos partidos, me parece —por encima de las motivaciones que a ello puedan impulsar los divisores— algo monstruoso y, como monstruoso, peligroso. Políticamente peligroso. En los límites de esta carta —ya larga— no puedo ir más allá. Es decir, debo quedarme en una exigencia de lector-colaborador. Estimo que uno de los problemas de mayores consecuencias políticas, en el aspecto coyuntural, que plantea a los revolucionarios la sociedad española, es el de la definición, el del establecimiento de límites, el del estudio de la dinámica social —demográfica, económica, política y cultural— de las diversas clases medias españolas. Porque diferentes clases medias coexisten en la sociedad que engloba el Estado español y porque entre las diversas clases medias pasa siempre el meridiano de la política y de la revolución.

Muchos somos los que consideramos carente de soporte material la política desarrollada por el PCE a lo largo de los años que discurren entre 1921 (año de su fundación) y nuestros días. Pero pocos son los que se inclinaron con instrumentos intelectuales adecuados sobre el estudio de la flotante realidad social (las clases medias del Estado español), cuya manipulación teórica y práctica daba a los esquemas políticos comunistas una apariencia lógica. No se puede exigir a un grupo como es la redacción de *Cuadernos de Ruedo ibérico* que nos ofrezca la solución inmediata de un problema que se halla en el centro de toda la historia política contemporánea del Estado español. Pero sí podemos pedirle que no avale —con un silencio unido a un indiscutible prestigio— empresas que no hacen más que añadir confusión en este plano.

Debo decir que, aunque haya aprobado «el marxismo-leninismo» de la impugnación de la Junta democrática que hace Lasa, no extendiendo esa aprobación a los dos trabajos que firma Colectivo 70. En ellos, el marxismo-leninismo da menos la cara, se difumina en la descripción y en el análisis de dos procesos políticos (Junta democrática y Manifiesto de los economistas), procesos que por otra parte no podían estar ausentes de las páginas de *Ruedo ibérico*.

Una conclusión provisional se impone a esta altura. *Cuadernos de Ruedo ibérico* están aún lejos de haber hallado la coherencia interna —que no hay que confundir con el monolitismo—, sin la cual los objetivos que se propone su «declaración de principios» no podrán ser alcanzados. Pero el esfuerzo que representa

este primer cuaderno de la segunda época constituye un logro estimable y algo insólito en la prensa todavía no domesticada por el régimen vigente en el Estado español —ya sea oficial, privada, autorizada o clandestina. Esto me lleva al problema del ser y del estar de *Cuadernos de Ruedo ibérico* en esta época. Si la que inician ahora vuestros cuadernos debe estar dirigida a la formulación de una línea política estricta, tal como deja entender la «declaración de principios», la primera exigencia que se plantea ante la redacción actual es la de agrupar en torno suyo a grupos de trabajo de perfil diferente al que la lectura de su pasada serie permite intuir que fueron los suyos. Porque esa línea será de difícil trazado sin un esfuerzo conjugado en tres planos: un análisis en profundidad del Estado franquista (o posfranquista), desde luego; pero sobre todo del sistema capitalista español del que aquél no es sino un exponente político circunstancial; una crítica de la «oposición antifranquista», ente cada vez más ambiguo, que ahora ya va adoptando el nombre de «oposición democrática», y que exige ser desmenuzado sin concesión táctica alguna; una búsqueda que permita detectar y delimitar las fuerzas revolucionarias que alberga en su seno la sociedad española y que contribuya a la elaboración de un proyecto revolucionario, renovado cada día y formulado a partir de las potencialidades de esas fuerzas y en contacto directo con su práctica.

Cuadernos de Ruedo ibérico se acantonaban en una posición de espectador crítico, externo a un proceso en el cual sólo incidían a nivel superficialmente teórico o informativo. La escisión entre teoría y práctica se manifestaba tan pertinazmente en ellos como en cualquier otra revista. Sólo a través de la inserción de sus grupos de trabajo en las fuerzas revolucionarias, es decir, en la práctica de éstas, podían escapar a aquel sino. Quizá el grupo que animó —o que anima todavía— a la revista sea incapaz de superar tal escisión. El rumor dice que intentáis agrupar, federar en igualdad de condiciones, colectivos de trabajo que superen en su propio seno la escisión entre la teoría y la práctica. Ya en el número 43-45 aparecen dos de tales colectivos. Esta es también la propuesta que yo os hago.

En la clase obrera española, fundidos en ella en su práctica, son necesarios grupos de ese tipo, fermentos de conciencia de clase en el seno de la clase y no separados de ella por estructuras, rígidas cuando no verticales, externas a ella. Tales grupos son más nece-

sarios que una revista. Pero una revista como *Cuadernos de Ruedo ibérico* puede ser el vehículo entre ellos, su órgano de expresión, el motor, incluso, que permita que se constituyan y que se extiendan tales grupos. Debo aclarar que mi concepción de grupo es completamente informal, es decir fundada en la afinidad. La experiencia no es original. Los *Quaderni Rossi* de Raniero Panzieri desarrollaron su actividad no como revista que abordara los problemas a partir de un esquema teórico externo, para adaptarlos a la solución preconcebida por el esquema; su esfuerzo para borrar en las fábricas de Turín la escisión entre obreros organizados e inorganizados, considerados ambos como sujetos pasivos de la lucha por una burocracia sindical que se definía a sí misma como sujeto activo, desbordaba el estricto marco de la lucha para alcanzar el de la investigación y el de la teorización en y sobre la lucha concreta, fundiéndolos en un proceso único en el que el obrero se transformaba en investigador y el investigador en protagonista activo de la lucha. Esta práctica afrontaba el problema, fundamental en la lucha revolucionaria, de la conciencia de clase: conciencia-reflejo introducida en la clase por un agente exterior a ella, o conciencia de clase-en-sí, elaborada por la propia clase en forma autónoma en el proceso de sus luchas contra las clases dominantes. ¿No era ésta igualmente la voluntad que subyacía en *L'Ordine Nuovo* de Gramsci, al hacer inseparable su revista de las luchas obreras turinesas en 1919-1920, en un momento en que el proceso de «degeneración» de la revolución rusa no era todavía perceptible en el conjunto del movimiento obrero? Ambas experiencias tuvieron breve vida, porque son muchas las barreras que contienen el desarrollo de empresas semejantes y muchas las agresiones externas que las amenazan, no siempre procedentes de los órganos de represión de las clases dominantes, sino de las estructuras políticas y sindicales que pretenden representar y dirigir a las clases dominadas. En la coyuntura clasista e ideológica por que atraviesa la sociedad que engloba el Estado español, el principal enemigo de las empresas de ese tipo me parece ser de carácter interno: su incapacidad para superar el localismo —geográfico, sociológico, ideológico, político.

Cualquiera de esos tipos de localismo condenaría a los cuadernos a no poder asumir los fines que se proponen en vuestra «declaración de principios». Si en su localismo, el grupo promotor de la revista se manifestara liberal, receptivo a la producción de horizontes distintos e,

incluso, opuestos, no reductibles a común denominador, se perpetuaría el talante de los antiguos cuadernos, empresa justificable únicamente en una situación política que hoy llega a su fin; si el grupo promotor se cerrara sobre sí mismo, los cuadernos se convertirían en el órgano de expresión de una capilla intelectual y, en el mejor —o peor— de los casos, en embrión de un nuevo grupúsculo político, necesariamente situado al exterior de la clase obrera. Debo recurrir aquí a un ejemplo —otra revista— aunque haya nacido y crecido en un terreno ideológico que no parece ser el mismo en que *Cuadernos de Ruedo ibérico* intenta chupar la savia en su segunda época. Me refiero a la revista *Esprit*. Su apertura, ciertamente discriminada, su vitalidad, y en consecuencia su innegable influencia ideológica y política, se debe en gran parte a la infraestructura que desde el comienzo le dieron sus fundadores. Los grupos «*Esprit*» dieron alimento intelectual a la revista; le facilitaron canales de penetración en la sociedad; pero, sobre todo, impidieron que la redacción se encerrara en sí misma, facilitando una profunda ósmosis entre la revista y amplias capas sociales. A nivel de los proble-

mas técnicos, *Cuadernos de Ruedo ibérico* no debe despreciar ninguna experiencia anterior para evitar su aislamiento. La experiencia orgánica de *Esprit* —como en otros aspectos la de *Quaderni Rossi* o la de *L'Ordine Nuovo*—, con su funcionamiento de grupos autónomos y dispersos y sus seminarios informales pero representativos de la vida y de los problemas del conjunto, puede ser, sernos, aprovechable. No se me oculta que entre la redacción típica de una revista política, meramente intelectual, y un grupo —o varios— del tipo que aquí se propone, y que con certeza os propondrán otros lectores, hay diferencias cualitativas difíciles de salvar; un proceso de asimilación, de eliminación espontánea y de decantación que conduzca de un tipo de grupo a otro, sólo en la práctica puede tener lugar. Pero el primer paso en ese camino corresponde darlo a la redacción actual de *Cuadernos de Ruedo ibérico*. En la encrucijada que hace año y medio impuso un alto a la redacción de *Cuadernos de Ruedo ibérico*, ¿no es ése el rumbo por el que debe optar?

Diciembre de 1975

**Octavio Alberola
y Ariane Gransac**

**El anarquismo
español y la acción
revolucionaria
1961-1974**

Indice : Introducción. I. Veintidós años de dictadura y exilio (1939-1960). II. La « reunificación » confederal y el dictamen del « DI » (1961). III. Revitalización de la lucha antifranquista (1962). IV. La represión franquista y el « Eje París-Madrid » (1963). V. Triunfo del inmovilismo exilado y agravación de la crisis ideológica (1964). VI. La degeneración burocrático autoritaria de las élites confederales en el exilio y en el interior (1965). VII. El Grupo Primero de Mayo y la revitalización internacional del anarquismo (1966). VIII. La solidaridad internacional y la radicalización de la contestación (1967). IX. La revuelta antiautoritaria en Europa (1968). X. La recuperación ideológica de la « contestación » antiautoritaria (1969). XI. La dinámica del activismo revolucionario europeo (1970). XII. La guerrilla urbana en Europa (1971). XIII. La represión antiautoritaria y las nuevas generaciones revolucionarias (1972). XIV. El fascismo y la « vía pacífica hacia el socialismo » (1973). XV. La « democratización », la « crisis » capitalista y la revolución (1974). XVI. Palabras finales. Cronología general. Cronología de la « Fracción del Ejército Rojo ». Cronología de la « Brigada de la Cólera ».